VIAJE

PINTORESCO

AL

REDEDOR DEL MUNDO.

RESUMEN JENERAL DE LOS VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

de Magallanes, Tasman, Dampier, Anson, Byron, Wallis, Carteret, Bougainville, Cook, Lapérouse, G. Bligh, Vancouver, D'Entrecasteaux, Wilson, Baudin, Flinders, Krusenstern, Porter, Kotzebue, Freycinet, Bellingshausen, Basil Hall, Duperrey, Paulding, Beechey, Dumont D'Urville, Lutke, Dillon, Laplace, B. Morrell, etc.

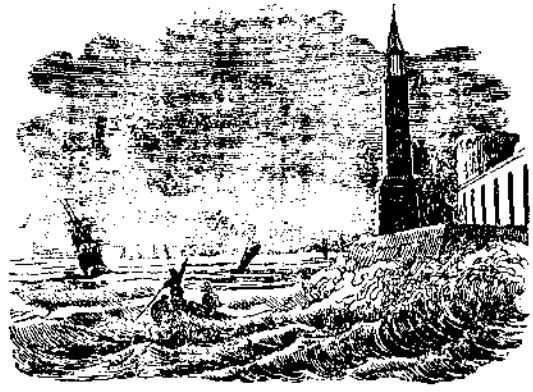
Publicado en francés bajo la direccion de

M. DUMONT D'URVILLE,

CAPITAN DE NAVÍO.

Adornado con mapas jeográficos, varios retratos y SEISCIENTAS láminas finas dibujadas por M. DE SAINSON *y grabadas sobre acero por los mejores artistas franceses.*

TOMO III.



BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE JUAN OLIVERES,

CALLE DE ESCUDELLERS, NÚM. 53.

1841.

BIBLIOTECA MADRID

si ningun hombre los reconoce por hijos están bajo el cuidado de la madre, y si esta fallece los toma otra mujer bajo su tutela.

Para sepultar sus cadáveres los lian con una cuerda colocándolos en la posicion de un hombre sentado y los de los jefes son enterrados en las islas en unos recintos cuadrados, rodeados de un muro y y plantado de palmeras; pero el mar es la única sepultura que se tributa á las jentes del pueblo, tratando del mismo modo, segun su rango, á los enemigos muertos en el combate. Para indicar la sepultura de los niños á quienes la ley no ha permitido vivir, se planta un palo en tierra señalado con incisiones circulares.

CAPITULO XXIII.

CAROLINAS ORIENTALES. — ISLA UALAN.

Abandonó el *Oceánico* á 8 de mayo los arrecifes de la isla Otdia, y dejando al S. el grupo de Eregup y pasando entre los grupos Wadelen y Namou, bajos, poblados de árboles y de una raza semejante á la que acabamos de observar, dirijió su rumbo directamente hácia Ualan. Si hubiese soplado un viento favorable hubiera sido corta la travesía, pero las calmas y brisas inconstantes nos retuvieron una semana en aquellos sitios, y hasta el 12 de mayo por la tarde no distinguimos los elevados picachos de la isla. Habituado desde mucho tiempo al aspecto triste y monótono de las tierras bajas situadas á flor de agua, esperimentámos un gran placer al ver las formas variadas y pintorescas de las tierras altas.

Toda la noche del 15 al 16 de mayo tuvímos un viento favorable; pero al amanecer cuando nos encontrábamos al frente de los arrecifes de la costa O., á dos millas á lo mas del fondeadero de la *Coquilla*, sobrevino una calma que nos impidió encontrar el paso.

Con la ayuda de nuestros anteojos de larga vista, veíamos á los naturales ocupados en pescar sobre los arrecifes, y distinguímos las señas que nos hacian para animarnos á que desembarcásemos, mientras que nosotros como petrificados sobre aquel mar inmóvil, no podíamos adelantar ni retroceder un paso (PL. LVII. — 1). En vano estuvímos tres dias enteros buscando el canal que guiaba al fondeadero; todos nuestros esfuerzos fueron infructuosos, y aun faltó poco paraque el *Oceánico* fuese á estrellarse contra los arrecifes, hácia los que le arrastraba la corriente; y hasta que vencido en fin Pendleton por un contratiempo tan obstinado, renunció á aquel descanso, que parecia prohibirnos algun jenio maléfico. Solo pude ver tres naturales, hombres de la plebe, que vinieron á bordo en una piragua. Eran sus modales afables y cariñosos, habiendo sido corta nuestra entrevista porque la brisa que se iba levantando nos obligó á seguir adelante. Ademas que Ualan no es una tierra desconocida, pues que ha sido sucesivamente visitada y esplorada á fondo por los Franceses de la *Coquilla* y por el capitan ruso Lutke, observador intelijente é imparcial.

Seguramente es Ualan la misma isla que vió en 1804 el americano Crozier, el cual la llamó *Strong*, y habiendo sido designada con el nombre de *Hope*, figura tambien en algunos mapas con el de *Teyva*, pero su descubridor fué Duperrey, quien la indicó á los jeógrafos dándola á conocer con sus trabajos al orbe científico, sus compañeros de viaje. Así pues nos ceñirémos á manifestar los resultados de esta esploracion, por las narraciones de los viajeros que han tomado parte en ella, como MM. Lesson, d'Urville y Duperrey, que recorrieron á su vez la isla y cuyas impresiones referirémos sucesivamente.

« Apenas habia la *Coquilla* echado el áncora á 6 de junio de 1824, dice M. Lesson, en la ensenada que lleva su nombre, cuando M. de Blosseville y yo, deseámos desembarcar, y como nadie hubiese saltado todavía en tierra, resolvímos probar si los naturales que cubrian la costa eran benignos y hospitalarios, ademas de que pretendíamos visitar una grande poblacion situada en la parte oriental de la isla que habíamos distinguido con el anteojo desde el navío.

« Aun distábamos bastante de la costa, cuando nuestra lancha gobernada por un solo remero no pudo seguir adelante, por lo que saltámos al agua desembarcando delante de una grande choza, en la que estaban comiendo reunidos mas de cien naturales, quienes al vernos arrojaron todos á un tiempo un prolongado *bou-ai-ai* que nos asordó, y cuya significacion no comprendíamos, aunque no tardámos en saber que así espresan ellos su admiracion. Instáronnos paraque nos sentásemos en medio de ellos, adonde vinieron luego á satisfacer su curiosidad, procurando unos indagar si el color blanco de nuestra piel era ó no efecto de alguna pintura, y manifestando todos la mayor admiracion al quitarnos nuestros sombreros, zapatos ú otra pieza de nuestro vestido, pues que tal vez creían aquellas jentes que estos objetos formaban parte de nuestra organizacion, y como se reprodujo esta circunstancia en todas las cabañas donde fuímos, y con todos los naturales que encontrámos, bastará decir que el eterno *bou-ai-ai*, acompañado de mil jestos y aspavientos singulares, fué siguiendo durante todo el dia nuestras mas insignificantes acciones. Uno de aquellos Indios nos trajo cocos, frutas del pan y una nuez llena de schiaka, de la que

yo solo gusté, y recompensando nosotros sus servicios con algunas bagetelas que lo hicieron feliz, le pedimos algunos guias paraque nos acompañasen á la gran ciudad que veíamos al otro lado de la isla. Entendieron ellos perfectamente nuestros signos y al momento tres de ellos se pusieron en marcha delante de nosotros. Uno de ellos cojió mi caja de hoja de lata de herborizar, llevándola cuidadosamente hasta la poblacion, y hablándome con volubilidad apesar de que no entendí las lindezas que sin duda me decia; atravesámos primeramente en nuestro camino unos barrancos pantanosos, cubiertos de mangles y una colina á cuyas espaldas se veía su fertilísimo suelo, cubierto de plantíos de cañas de azúcar y plátanos bien cultivados. Frondosos árboles entrenuezclados con limoneros y árboles del pan, sombreaban los sepulcros de los habitantes, resguardados por frájiles cabañas, disfrutando nosotros en silencio del nuevo cuadro que se ofrecia á nuestra vista, al mismo tiempo que seguíamos á nuestro guia cuya oficiosidad nos encantaba Nos hallábamos en el risueño valle situado en el centro de la isla, y á nuestra derecha teníamos el pico mas elevado, y la montaña de los dos picos encontrando en todas las cabañas la mas solícita hospitalidad y las mas tiernas atenciones, pues aunque al principio nuestra presencia sorprendia y asustaba á las mujeres y doncellas, bastaban para tranquilizarlas nuestra conducta y palabras de nuestros guias, y no tardando en establecerse una confianza ilimitada.

En una cabaña me desabrochó una jóven el chaleco, y se sorprendió tanto al ver mi pecho, que queria de todos modos desnudarme enteramente, sin duda para cerciorarse si éramos de diferente conformacion, pero no creí deber complacerla hasta este punto. Aquellas jóvenes tenian los ojos mas bellos que imajinarse puede, bella dentadura, facciones bastante regulares; por lo demas eran mal conformadas, y una estrecha faja era el único velo que cubria sus encantos (Pl. LVII. — 3). Nunca se les acababan las palabras, y aunque solo podíamos esplicarnos por jestos, y muchas veces sin hacernos comprender, no por eso dejaron de hablar, probándonos de este modo que el sexo femenino, civilizado ó salvaje, es siempre parlanchin. Veíamos junto á ellas sus lindos telares con que fabrican las telas que emplean para taparábos. Despues de descansar algunos instantes, continuámos nuestra ruta con otros guias; pues que los primeros no querian ir mas allá, habiéndonos antes disuadido por algunos instantes de que penetrásemos al interior. Seguímos el cauce de un rio cuya fresca corriente, bajo las sombrías bóvedas que formaban con sus ramos algunos árboles centenarios, me ocasionó un dolor reumático en la pierna que por poco me puso en el caso de no poder volver á bordo. Deslízase aquel raudal sobre un lecho de arena gruesa formando en la falda de una alta colina pequeñas cascadas, y despues de recorrer el espacio de una milla, por entre mangles va á perderse en la playa.

Allí encontrámos una gran piragua que fletaron los naturales, y en la cual nos embarcámos vogando bien pronto hácia la bahía de Pane en la parte oriental de la isla, y delante de la pequeña isla de *Lele*, en la que recibí el rey de Ualan y la mayor parte de la poblacion. Une esta isleta con la grande, una cadena de arrecifes sobre los cuales se puede andar fácilmente con el agua hasta la cintura. Desembarcáronnos en la playa como en triunfo, pareciendo envanecidos nuestros conductores de llevar á presencia de sus jefes unos objetos tan curiosos como lo éramos nosotros á su vista, y al atravesar sus calles tortuosas formadas por anchos paredones de grandes piedras de coral, y casi llenas de agua, observámos con sorpresa, una muralla construída de peñascos, obra verdaderamente colosal y cuyo fin en vann procurámos investigar, así como los medios de que se habian valido para levantar aquellas enormes masas á quince pies de elevacion. A uno y otro lado de las calles y mas elevadas, se veían las elegantes cabañas de aquellos isleños construidas sobre algunos terrenos elevados, porque las aguas del mar inundan la parte declive de *Lele*, y sin duda por esta causa se construyó la cintura de piedra que enteramente la rodea. De todas partes acudia á nuestro tránsito un inmenso jentío de hombres, mujeres y niños que se precipitaban hácia nosotros con la misma curiosidad que manifiestan los civilizados Europeos para presenciar la ejecucion de un reo, aunque en aquella ocasion la suya llevaba felizmente otro fin mas honroso.

Siempre quo nos deteníamos se impacientaban al parecer nuestros conductores, porque sin duda faltábamos á las reglas de urbanidad y comedimiento, y hasta nos prohibieron el hablar á los que formaban nuestro numeroso séquito, con el que llegámos á una espaciosa cabaña, en cuyas cercanías se veía sentado en corro en el suelo un inmenso jentío.

En el acto de atravesar la asamblea para presentarnos á los jefes nos saludó un *bou-ai-ai* jeneral retratándose al mismo tiempo en sus fisonomías el mas completo estupor. Vino luego hácia nosotros un jefe para introducirnos, y entonces volvieron nuestros guias á caer en la rada, arrastrándose de rodillas para confundirse entre la turba, compuesta de mas de trescientos hombres sin contar las mujeres que serian en número de doscientas, escepto los niños.

Veíanse sentados sobre esteras separadas y

distantes una de otra, bajo la grande cabaña pública, y sin paredes, cinco ancianos jefes que ninguna señal de distincion llevaban, yendo en cueros como los demas isleños, ó cuando mas, llevando, como ellos, un estrecho taparabo. Renováronse allí las divertidísimas escenas que causaban á nuestra vista, y los regalos que les hicímos acabaron de merecer los mayores aplausos. Mas de mil ojos seguian nuestros menores movimientos, y nuestra posicion sobre aquellas esteras en medio de aquellas sencillas jentes al lado de sus jefes ancianos y venerables y unas cabañas construídas con tanta elegancia: parecia un cuadro de las *Mil y una Noches*, siendo tan nueva la circunstancia en que nos hallábamos, que es mas fácil sentirla que pintarla. Finalmente nos cojió un jefe de la mano, y nos condujo á una cabaña contigua formada de juncos, que era la mansion del rey de la isla, ó como ellos llaman, *urosse-tôme*. Encontrámosle recostado sobre una estera con la que se cubrió á nuestra llegada la cabeza, pero como sabíamos que nadie se acerca con las manos vacías á estos monarcas salvajes le hicímos algunos presentes que le tranquilizaron, y al mismo tiempo observámos que se le habian remitido todos los presentes que habíamos hecho á los demas jefes, entre los cuales se veía una caja de hoja de lata, llena de plantas y otros objetos y que habia ofrecido al rey el indíjena que con tanto gusto la llevaba. En vano la reclamé, pues que parece que nada de lo que entra en la corte vuelve á salir; por lo que renuncié á ella sintiendo tan solo los objetos que contenia. Aquel urosse era un anciano con un pie en el sepulcro, abrumado por el peso de sus años, y cuya moribunda púpila parecia decirnos antes de eclipsarse: que especie tan particular de hombres! pues que sin duda les pareceríamos bien estraños, ya por el color de nuestro cútis, ya por nuestros vestidos, todo lo cual era enteramente nuevo á su modo de ver. En tanto que descansábamos, vinieron los jefes á sentarse á nuestro lado, quedándose el pueblo en el mismo sitio. Parece que las mujeres gozan de mas libertad, pues que formaron un círculo delante de nosotros sin que nadie las incomodase. El segundo urosse era un anciano robusto, jovial, cuyas serenas y tranquilas facciones respiraban autoridad, y cuya larga cabellera y blanca barba, ondeándole sobre el pecho dábanle una fisonomía venerable. Es hasta tal punto servil el respeto que les tienen sus vasallos que esto prueba su oríjen asiático mejor que todas las disertaciones.

« El sol se precipitaba velozmente á su ocaso, por lo cual abreviámos nuestra visita prefiriendo volver á bordo por otro camino para no separarnos de la playa. El primer camino que habíamos seguido tiene, segun el mapa, unas cinco millas tan solo de estension, pero es muy malo, y el de la vuelta ocho. Continuámos á lo largo de los arrecifes, seguidos de gran número de indíjenas, encontrando acá y acullá algunas cabañas y cocos, y llegámos á bordo bastante tarde y mas cansados que de lo regular. La relacion que hicímos á nuestros compañeros los incitó á ir el dia siguiente á Lele, cuyos naturales se mostraron ya menos curiosos y al cabo de unas cuantas visitas que les hicímos, habia desaparecido completamente su admiracion. »

M. d'Urville refiere en los términos siguientes la escursion que verificó á Lele al otro dia:

« Retenido á bordo por los deberes de mi grado, me ví totalmente imposibilitado el primer dia de satisfacer la curiosidad de que estaba dominado de visitar la capital de la poblacion de Uafan, que los isleños decian ser *Leilei*, situada á la parte opuesta de la isla. M. Lesson, que difrutaba mayor libertad en virtud de la naturaleza de sus funciones, habia empleado el dia 6 para verificar esa escursion con el alumno de Blosseville, regresando muy tarde por la noche y asegurándonos haber andado mas de diez millas para ir á Leilei, y el doble almenos para volver, sin mentar las inauditas dificultades del viaje. Esto no podia menos de asombrarme; por cuanto, segun los descubrimientos que tenia hechos, sabia que la isla entera apenas tenia veinte millas de circumferencia, y la distancia de nuestro fondeadero á Leilei aun no hacia el tercio de este ámbito. Sin embargo sabia asimismo por muchas esperiencias que nuestro cofrade Lesson era un viajante muy adocenado; sin duda la fatiga in habia triplicado las distancias, y por este tenor pude inducir á varios oficiales que me acompañasen, apesar de haberles espantado al principio los obstáculos que les describiera el naturalista.

« En consecuencia á las seis de mañana del 7 de julio, acompañado de MM. Jacquinot, Bérard, Lottin y Gabert, me embarqué en un bote; dos novicios llevaban nuestras provisiones y una hermosa hacha bien aguzada que debiamos ofrecer al *uros-ton* ó primer jefe de la isla. Mucho tiempo antes de atracar á la playa el agua se halló tan baja que tuvímos que arrojarnos todos al mar y empujar la chalupa. Llegámos á la aldea de Lual siguiendo la embocadura de un arroyuelo donde muchas veces teníamos agua hasta el pecho. En aquellas circunstancias hubiéramos trocado con mucho gusto nuestros incómodos vestidos por el lijero ceñidor de los Ualaneses que un rayo solar secaba al salir del agua.

« En Lual nos recibieron en una suntuosa casa pública, que servia al propio tiempo de ateneo de construccion, supuesto que observé en ella una gran piragua que dos ó tres ope-

rarios estaban labrando con sus azuelas de fracmentos de *tridacne* acerados. Creíame yo que aquellos salvajes necesitaban muchísimo tiempo para dar cima á semejantes trabajos con útiles tan imperfectos: pero ví que iban con bastante rapidez; cada hachazo hacia saltar astillas de madera bastame gruesas, y observé que sus hojas por su forma convenian mucho mejor á sus trabajos que las de nuestros instrumentos de acero. El rejente de aquel taller, admirando el hacha que traíamos, y sobretodo el poder prodijioso de su filo, quiso probarla, y nos la volvió á entregar diciende que cortaba demasiado.

« Habiendo pedido un guia para acompañarnos á Leilei, no nos fué muy fácil obtener el que deseábamos. Despues de media hora de conferencia, el asunto se hallaba en el mismo estado, y me pareció evidente que la visita de la víspera habia escitado ya los temores de los potentados de Leilei, y que los naturales de Lual temian comprometerse conduciendo nuevos estranjeros á la capital. Mis compañeros estaban indecisos sobre lo que iban á hacer, cuando dí á entender á los isleños, que de todos modos queria ver al uros-ton, y que si ninguno queria acompañarme, apesar de la recompensa que ofrecia, iba á emprender la marcha y sabria encontrar solo el camino. En seguida empecé á andar, y viéndome tan decidido y juzgando sin duda que valia mas para él ganar la recompensa prometida, un natural se ofreció con mucho gusto á guiarme, y solo pidió algunos instantes para componerse. Con efecto, no hizo mas que arreglar sus cabellos en la coronilla de la cabeza, pasar al rededor de sus lomos un ceñidor nuevo y colocar en su labio inferior una pechina de venus.

« Finalmente á las siete emprendímos la marcha y seguímos por largo tiempo una vereda estrecha y cenagosa que atraviesa un gran número de plantaciones. Allí se cultivan taros, bananos y cañas dulces: estas son el objeto del cuidado mas asiduo; cada una es atada á una estaca, y los espacios intermedios están despejados enteramente de malas yerbas. Las empalizadas que las circuyen son formadas con tallos elegantes de *dracæna terminalis*, atravesadas por varillas de caña ajustadas con ecsactitud. Estos cercados deliciosos encierran la mayor parte de las sepulturas de la isla, que traen el nombre de *lomsi*. Estas sepulturas no son otra cosa que casitas de seis á ocho pies de largo sobre cuatro ó cinco de ancho.

« En el camino se atraviesan muchas corrientes de un agua límpida y fresca. Está sombreado por una bóveda casi continua de árboles majestuosos que lo constituirian un paseo delicioso, si los naturales colocasen de cuando en cuando piedras grandes para poner los pies en el lugar de los barrancos donde se hunden á veces hasta media pierna (Pl. LVIII.— 3).

« Al cabo de tres cuartos de hora hicímos alto en una pequeña aldea donde nos estaba aguardando la poblacion reunida en número de cuarenta personas de todos secsos y edades, habiendo tenido la atencion de prepararnos frutos de pan, cocos y bananas. Todos aquellos salvajes nos ecsaminaban con ávida curiosidad, y cada una de nuestras acciones escitaba de su parte gritos de admiracion. Sin embargo su curiosidad, aunque tan natural, no se manifestaba en ningun caso indiscreta é intempestiva. Únicamente se nos acercaba un hombre ó una mujer solicitando, á juzgar por sus miradas, el permiso de considerar y de tocar nuestra piel. Si le otorgábamos este favor, la palpaba con dulzura, la olfateaba, y parecia complacerle sobremanera. De todas las maravillas que ostentámos á los ojos de los salvajes, la blancura y el olor de nuestro cútis me parecieron lo que mas les gustó.

« Al cabo de media hora de alto nos despedímos de nuestros huéspedes, satisfechos de la magnificencia con que habíamos juzgado conveniente corresponder á sus atenciones; y sin embargo nuestra liberalidad se ciñó á algunas bujerías de vidrio, clavos y cuchillos despreciables. Nuestro séquito se acrecentara gradualmente, en términos que al salir de nuestra primera estacion nos acompañaban ya treinta salvajes. El sendero se eleva durante algunas leguas por la falda de la montaña central; pero creo que no se remonta á mas de cien metros de altura. En aquel punto encontré una vejetacion semejante á la que habia observado ya en Waigiou en la Papuasia, pero mucho menos apreciable con respecto á la variedad de las especies. El fauno entomolójico es de una estrema pobreza y se concreta á algunas especies de mariposas: las aves terrestres no son mas que de cinco á seis especies, y hay un solo pajarillo de un encarnado brillante que satisface la vista. En la parte opuesta del collado el camino sigue por largo tiempo el lecho de un torrente delicioso que se despeña en cascadas y sombreado sin cesar por los árboles mas hermosos del globo. De esta suerte se llega al valle central situado entre ambos picos y ocupado en su mayor parte de florecientes plantaciones de cañas dulces, á través de las cuales culebrean varios arroyos que hacen inagotable su fertilidad. En medio de aquella risueña llanura hicímos un segundo alto en una gran cabaña donde nos estaban aguardando sesenta naturales. Allí encontrámos la misma hospitalidad, la misma reserva, la misma satisfaccion de vernos, de oirnos y de tocarnos. Los dos grumetes que llevaban nues-

tros presentes y nuestros bagajes fueron el blanco especial de un cortejo asiduo y de miradas las mas obsequiosas de parte de muchos naturales mas interesados, con la esperanza de obtener algunos de los raros objetos que llevaban.

« Media hora solamente duró aquel alto, despues de la cual proseguímos nuestra correría por un camino mucho mejor que el antecedente, bien que á eso de las nueve y media nos encontrámos en las márjenes de un arroyo considerable, cuyo lecho era contenido por dos malecones de piedra seca. Dimos unos cien pasos por la madre del rio con agua al pecho, y este modo de andar empezaba ya á incomodarnos, cuando repentinamente descubrímos dos hermosas piraguas que ocupaban enteramente el canal. Los bellos *palpals* (especie de sombreros chinos hechos con pequeños mariscos blancos) que las decoraban, demostraban con bastante evidencia pertenecer á uros distinguidos. Habiéndose anunciado en Leilei nuestra llegada, despacharon aquellas piraguas para recibirnos, y nos embarcámos en ellas abandonando cuanto antes el rio para entrar en el agua de Leilei. Entonces no pude menos de quedar sorprendido al ver terminada nuestra escursion con tanta facilidad y prontitud. Es verdad que creía ecsajerada la relacion de nuestro cofrade Lesson; pero nunca pudiera imajinar que aquel terrible viaje tuviese que reducirse á un pequeño paseo de unas dos horas y media.

« Por lo demas mi atencion se concentró entera en el espectáculo admirable que se ofreció á nuestra vista. Flotábamos en medio de una espaciosa hondura ceñida en las tres cuartas partes de su circumferencia por las verdeantes selvas de la playa. A nuestras espaldas se alzaban á derecha é izquierda las altas cumbres de la isla cubiertas en toda su estension de compactos tapices de verdor, sobre los cuales se columpiaban por acá y aculiá los flecsibles tallos de los cocos. Delante de nosotros se ostentaba la isleta de Leilei, circuída de las deliciosas cabañas de los isleños y coronada por un montecillo de verdor; y á alguna distancia de Leilei se ostentaban otros dos islotes mas pequeños ocupados por hermosas habitaciones. Agréguese á todo esto un dia magnífico, una temperatura deliciosa, los gritos de alegría y de admiracion de nuestros compañeros salvajes, y se tendrá una idea harto aproesimada de los sentimientos que henchian nuestra alma en aquella especie de marcha triunfal en medio de un pueblo sencillo, pacífico y jeneroso (Pl. LVIII. — 1).

« Al acercarnos á las orillas de Leilei se presentó á nuestra vista una escena nueva: casas deliciosas y circuídas de elevados muros, calles bien enlosadas, y en la playa la poblacion en masa de Leilei, en número de ochocientas personas almenos, reunidas para presenciar nuestro desembarque. Lo que mas era digno de nuestra admiracion, era el órden y el silencio perfecto que guardaba aquella muchedumbre compuesta de individuos de todas edades. Los hombres estaban alineados á una parte, y las mujeres á otra; todos iban enteramente desnudos, y no llevaban otro vestido que el estrecho ceñidor que cubre sus lomos denominado *tot*. Al atracar á la playa nuestros piraguas, desprendiéronse de la muchedumbre dos ó tres uros que nos acompañaron con gravedad y silencio á una inmensa casa situada á cien pasos de la playa y que me pareció destinada á las ceremonias públicas. Estaba cubierta por todas partes, y solo habia un rincon provisto de un tabique que parecia reservado para el caudillo principal. Fuimos acompañados á aquel cuarto, y nos dejaron solos en él, al paso que la muchedumbre se puso de cuclillas en los alrededores de la casa, sumida en el silencio mas profundo. Solo se quedó en el umbral de nuestro aposento un caudillo, y aguardámos algun tiempo sin observar el menor movimiento entre los naturales. Fatigado por fin de nuestro aislamiento, que empezaba ya á parecerme harto estravagante, pregunté al jefe sentado á nuestro lado donde estaba el uros-ton, puesto que deseábamos verle. Contestóme el jefe con mucho comedimiento que el uros-ton habitaba en una casa vecina, y que no tardaria mucho en llegar; pero que era preciso tener paciencia, atendido que tenia mucha dificultad en andar.

Al cabo de algunos momentos se presentó por fin ese grande personaje. Su cuerpo rendido, su aire decrépito, su estrema flaqueza y su andar temblon argüian su edad octojenaria.

A su acceso nos levantámos todos por un movimiento involuntario de urbanidad para recibirle; pero al momento se levantó un murmullo sordo y jeneral en toda la muchedumbre de los espectadores que nos dió á entender con harta evidencia que habíamos infrinjido el ceremonial de la isla. Con efecto, ecslje la etiqueta que todo subalterno se prosterne ante su superior, y que en presencia del uros-ton inclinen todos sus frentes hasta el suelo. A su vista todos los concurrentes y los uros mas poderosos se habian postrado humildemente; por cuyo motivo no pudieron menos de quedar altamente sorprendidos al ver la conducta de aquellos estranjeros que se levantaron sin titubear al acercarse el monarca supremo. El pueblo murmuró, los grandes se indignaron, y el mismo anciano jefe permaneció un momento indeciso y cortado sobre lo que debia hacer. Sin embargo habiendo reconocido nuestra torpeza, volví á sentarme en mi estera, é hice seña á mis

compañeros paraque hiciesen otro tanto. Al momento la oposicion calló, y el viejo uros se sentó á mi lado en ademan de benevolencia. Cada uno de nosotros le hizo diversos presentes en bujerías, espejos, cuchillos, clavos, pañuelos, lo que escitó de tal suerte su buen humor, que no pudo menos de sonreirse, confabular y refocilarse como un verdadero niño. En la fuérza de su júbilo distribuyó á cada uno de nosotros su real favor del modo mas cómico. Al uno le pellizcaba la mejilla, al otro las piernas, batia las espaldas y los muslos de un tercero, todo para manifestarnos su satisfaccion: en una palabra fuímos sus mejores amigos.

« Presentóse la reina á la puerta de nuestro aposento, y me pareció que no se atrevia á entrar; pero todas las demas mujeres que hasta entonces permanecieran á alguna distancia, alentadas por el ejemplo de su soberana, se acercaron en tropel para ecsaminarnos de cerca. En este momento el rey se decidió á mandar á buscar los presentes que debia ofrecernos, y ví con sorpresa que se reducian á dos *tots* para cada uno de nosotros, si bien del todo nuevos, pero de un tejido mas grosero. Como algunos individuos de baja estraccion se habian portado con nosotros mas jenerosamente, no pudímos menos de colejir que debia ser aquel un rey sumamente económico con respecto á lo que le pertenecia, pero muy ávido de lo que pertenecia á los demas. Igualmente codiciaba mi caja de herborizacion, mi azada, mi podadera, y todo cuanto veía; pero le dí á entender que todo esto me pertenecia, que yo era uros-ton como él, y de consiguiente que debia contentarse con lo que le daba. Sin embargo como todas estas razones no le persuadian sobradamente, me levanté y saliendo al encuentro de la reina, le pasé al rededor del cuello un brillante collar de vidrio abrillantado, y la muchedumbre aplaudió este acto con un murmullo de satisfaccion. Semejante galanteo fué tan sumamente grato á la augusta persona, que inmediatamente fué á buscar cinco hermosos tots de un tejido mas precioso que me ofreció con mucha gracia. Entretanto el pueblo se fué acercando algo demasiado á nosotros, y en consecuencia los jefes hicieron alejar á los indiscretos rechazándoles por las espaldas, pero con dulzura; lo que me presentó una ecsacta idea del carácter jeneral de la nacion.

« Asimismo nos trajeron frutos de pan y cocos que habíamos pedido; sacámos nuestras provisiones y dímos principio á una comida mas sustancial que la de la mañana. Semejante libertad por nuestra parte pareció no acomodar mucho al viejo uros; así que procuró darme á entender que no nos estaba muy decente comer en su presencia. No pudiendo menos de darle una satisfaccion, le ofrecí los manjares que habíamos traído de á bordo, y al instante recobró su buen humor. Entre los estravagantes caprichos que se le antojaron, el bueno del anciano manifestó deseos de averiguar si yo era hombre ó mujer, y no tuve poca dificultad en impedirle llevar á cabo su ecsámen. Hubiera sido por cierto un espectáculo digno de Callot ver á un oficial francés comprometido en semejante lucha con un anciano caudillo salvaje, en presencia de una poblacion de seis á ochocientos individuos de ambos secsos.

« Entre todos los uros que se hallaban presentes á aquella entrevista, uno solo secsajenario, de buen talante y mas obeso que la mayor parte de los isleños, gozaba del privilejio de permanecer con nosotros al lado del rey. Este hombre debia de ser el primer ministro ó el virey de la isla; porque el mismo rey nos le presentó como un uros de distincion recomendándole á nuestra jenerosidad.

« Cerca de hora y media habíamos pasado en aquella entrevista, y en la imposibilidad en que estábamos de comunicarnos nuestras ideas de un modo bien satisfactorio, me pareció bastante. En consecuencia levanté la sesion, y nuestro primer guia, que se eclipsara entre el populacho, púsose de nuevo á nuestro frente, preparándose á hacernos atravesar rápidamente la aldea sin dejarnos detener un momento. Como esto era apartarse del círculo de mis planes, declaréle que deseaba visitar algun tanto Leilei. En primer lugar le espresé mis deseos de ecsaminar el palacio real situado á poca distancia del gran soportal público: era una espaciosa casa circuida de cascadas y cuyo aspecto argüía el bienestar de los propietarios. Nuestro guia y otros jefes parecieron intentar oponerse á mis deseos, pero yo reiteré mis instancias, y la reina misma dió cima á la contienda mandando abrir las puertas con mucho comedimiento. El interior solo ofrecia un vasto aposento del todo desamueblado, en donde solo se notaba un tabique en su estremidad inferior, ni mas ni menos que en todos los demas que viera hasta entonces. Satisfecha mi curiosidad, hice nuevos presentes á la reina y á sus hijas, despedíme de ellas, y continué mi ecsámen.

« Las calles estaban adornadas de enormes paredes que manifiestan que aquellos naturales, al parecer débiles y menguados, son capaces de acometer empresas grandiosas. A espaldas del domicilio real llamó por de pronto mi atencion un vasto recinto cuadrado y circuido de fuertes murallas. Los salvajes me hicieron ciertas señas que me indujeron á creer que aquel local estaba destinado á ceremonias relijiosas, bien que no pude descubrir mas que algunas esteras es-

parcidas por el suelo, y en frente del recinto una espaciosa huta en muy mal estado.

« A la estremidad de la calle concitó mi admiracion una pared aun mas considerable que cuantas habia visto; su altura no bajaba de veinte pies sobre diez á doce espesor. Dificilmente se concibe como esos pueblos sin el ausilio de ninguna máquina pueden transportar pedruscos tan enormes como los que entran en semejantes construcciones; mucho mas el comprender la utilidad de tan inmensas moles. Todo cuanto pude observar se reduce á que las residencias de los uros estaban siempre acompañadas de esos enormes muros que denominan *potouro* ó simplemente *pot*, y que parecen constituir uno de los atributos de su dignidad, no de otra suerte que las murallas y los fosos que en la edad media acompañaban siempre la morada de los señores feudales.

« Junto á las gruesas murallas que acabo de citar, alzábanse dos suntuosas casas mas espaciosas y amuebladas que las del rey. La mayor parte de aquellas casas contienen cada una en su interior dos ó tres grandes piraguas sostenidas sobre unos travesaños á cinco ó seis pies sobre el nivel del suelo. La utilidad de tan inmensas piraguas era para nosotros un verdadero enigma, supuesto que los naturales parecian no tener ningun conocimiento de otra tierra que su isla. La mayor parte de aquellas casas estaban desiertas cuando entrábamos en ellas; los naturales se agolpaban detras de nosotros, y cada uno se ponia inmediatamente en cuclillas al presentarse un uros. Por lo demas, todos nos ofrecian frutos de pan y cocos; cuyos obsequios eran reconocidos siempre por nuestra parte con algunos presentes. La última casa que visitámos á la parte opuesta de Leilei escedia á todas las demas por sus dimensiones, y reconocí ser la primera que habia llamado nuestra atencion en el acto de atracar á la isla. El propietario de aquella deliciosa morada era un jóven uros, que frisaba con los treinta años, avispado, bien plantado, de una fisonomía agradable y maneras comedidas. Dispensónos una acojida semejante á los demas, y pasámos una media hora bajo su techo y otra tanta en la playa confabulando con los naturales congregados en torno de nosotros, hombres, mujeres y niños, que se manifestaban muy contentos de vernos en medio de ellos. El jóven caudillo aprestó en seguida dos hermosas piraguas y nos condujo en persona á la playa N. E. de Ualan, adonde manifestáramos nuestros deseos de ser trasladados á fin de regresar á bordo.

« Era tan solo la una de la tarde, y habíamos agotado ya cuantos objetos trajéramos para distribuir. Esta jenerosidad mal entendida habia estragado ya el carácter jeneroso y hospitalario de aquellos pueblos, especialmente en la clase de los jefes, pues en lugar de los obsequios desinteresados que nos hacian al principio, vetase fácilmente que sus ofertas estaban impregnadas de un carácter de codicia y de especulacion que les era primitivamente desconocido. Así que, nuestras jenerosas intenciones habian ya dado márjen á resultados deplorables. Pasámos entre los dos islotes de Senei y de Senai, donde hay establecidas grandes pesquerías, y desembarcámos en la playa, acompañándonos nuestro jóven uros hasta la residencia del uros jefe de aquel territorio. En aquella ocasion fuí testigo de una escena singular entre aquellos dos personajes. Nuestro compañero nos advirtió de antemano que iba á presentarnos á un uros, y se adelantó en persona con mucha precaucion cual para descubrir el sitio donde se hallaba el uros. Desde luego vímos á este á los umbrales de su murado recinto, sentado con gravedad y un poco apartado de sus vasallos reunidos en grupo. Al momento el jóven uros, nuestro conductor, fué á agacharse airosamente á cincuenta pasos de distancia con todas sus jentes, y permanecieron en esta posicion sin decir esta boca es mia, hasta el momento en que nos despedimos de nuestro nuevo huésped. Nunca acerté á comprender si semejante ceremonia era una forma de etiqueta entre los dos caudillos, ó bien el efecto de alguna antipatía. Por lo demas el último uros, hombre grave y de respetable talante, nos dispensó una acojida harto atenta y cortedida.

« Durante el resto de nuestra ruta hasta la corbeta, que fué de unas siete ú ocho millas, pasámos por delante de muchas residencias de uros, que nos ofrecieron hospitalidad, poniendo á nuestra disposicion algunos frutos de pan y cocos con mucha afabilidad. Aunque no teníamos nada que darles, ni uno de ellos pareció impelido por la codicia. A veces el camino seguia á lo largo de la playa, en cuyo caso el gravoso calor del sol nos incomodaba cruelmente; pero otras veces la vereda serpeaba á través de frondosos bosquecillos de malvaviscos, de barringtonias, de ojiceras y pandanus, que hacian circular la mas deliciosa frescura. Acompañábannos unos treinta salvajes joviales, obsequiosos y sumameme contentos de prestarnos cuantos servicios estaban en su mano. En nuestros frecuentes altos los interrogábamos muchas veces á fin de tener en su lengua el valor de muchas espresiones, y las apuntaba en mi calepino, lo cual llamaba sobremanera su atencion; pero su sorpresa subia de punto cuando me veian consultar un librete para repetirles las voces de que tenia necesidad.

« En esta correría hice el primer descubrimiento de las cuatro castas que dividen la pe-

queña poblacion de Ualan, compuesta á lo sumo de dos á tres mil almas. La mas distinguida de estas castas lleva el nombre de *ton*, y á ella pertenecen los jefes mas ilustres, todos los que presiden á las aldeas y poseen grandes casas circuídas de altas paredes; en segundo lugar vienen los *penmai*, clase numerosa que parece reunir los oficiales subalternos, los artesanos y los pequeños propietarios. En tercer lugar se hallan los *lissinguai*; pero nunca pude descubrir la calidad que constituye positivamente su diferencia de los demas; y en cuarto lugar los *neas*, que parecen ser todos los individuos destituídos de todo recurso y obligados á servir á los jefes para poder vivir. El jefe de los uros ó rey de la isla lleva el título particular de *uros-ton* ó *uros-leallen*; todos los uros distinguidos, como llevo dicho, pertenecen á la clase de los *ton*, bien que varias veces me insinuaron haber *uros-penmai*, *uros-lissinguai* y *uros-neas*. Sin embargo fuerza es confesar que me fué de todo punto imposible descubrir si esos títulos tenian alguna relacion con los uros comisionados de las diversas clases de los penmai, lissinguai y neas, ó bien si designaban algunos individuos de aquellas clases revestidos del honroso título de uros. Es constante sin embargo que los naturales sabian esplicarme perfectamente si tal uros era uros-ton ó uros-penmai.

«A las cinco y media de la tarde estuvimos de vuelta á bordo, satisfechos de nuestra escursion y muy poco molidos, sobretodo yo que no podia contemplar aquella correría mas que como un paseo delicioso.»

La relacion de M. Duperrey dará á conocer muy pocas cosas, despues de las dos relaciones precedentes; sin embargo creemos deber continuarla, como único documento oficial publicado hasta aquí respectivamente á la isla de Ualan por el comandante en jefe de la *Coquilla*:

«Desde luego supímos que los caudillos principales habitaban la isleta *Lele*, situada á barlovento de la isla. MM. Lesson y de Blosseville fueron los primeros que pasaron á ella costeando los dos valles que separan la parte N. de la parte S. de Ualan.

«Emprendimos esta travesía, M. Lejeune y yo, el dia 8. La distancia no es mas que de cinco millas; pero así al partir como al llegar, el suelo es enteramente cruzado por arroyos que deben atravesarse ó seguirse á veces durante un trecho considerable. El camino no es mucho mas fácil en los terrenos elevados, porque solo puede transitarse por ellos trepando peñas, sobre las que se precipitan numerosos torrentes. Sin embargo esta disposicion hidrolójica atempera singularmente el ardor del clima y presenta á la imajinacion un frescor y variedad de cuadros, capaces de suyo de inducir á sobrepujar los inconvenientes de semejante correría.

«Llegados á la cumbre del collado que separa los dos valles opuestos, encontrámos en un pequeño llano muchas habitaciones cuyas pertenencias estaban circuídas de una lijera empalizada. Los naturales salieron de sus casas con mucho conato, á fin de ofrecernos algunos productos de su territorio, y cuando continuámos nuestra marcha muchos se juntaron á los que nos escoltaban ya, para llevar los frutos que el tiempo no nos habia permitido consumir. Este llano subviene copiosamente á la subsistencia de los habitantes, y parece igualmente haber sido escojido para su último asilo; supuesto que entre las plantaciones de que estaba cubierto echámos de ver algunos cobertizos que nos dijeron ser sepulcros.

«Al descender al valle del E., continuámos el cauce de los rios hasta la ensenada Chabrol, y pasámos á la isla Lele, trillándonos un derrotero sobre un banco de coral del todo inundado, que une la parte N. de esta isleta con la playa de Ualan.

«La isla Lele tiene una milla de estension de E. á O. sobre dos tercios de milla de anchura. Su parte oriental presenta un morro cónico bastante encumbrado: el resto es sumamente bajo, y probablemente seria invadido por el mar, si los naturales que elijieron aquel solar para establecer en él su residencia principal no hubiesen tenido la precaucion de elevar el suelo á quince ó veinte pies sobre las aguas, y circuir la isla entera de un malecon capaz de oponer un dique insuperable á los fenómenos periódicos de las mareas.

«Puesta así la aldea á cubierto de las inundaciones por la industria de los habitantes, y atravesada en diversos sentidos por canales que las piraguas pueden recorrer fácilmente en las altas mareas, los muros que orillan esta isla, compuestos de fracmentos de basalto, de corales cortados con arte y colocados unos sobre otros sin cimiento alguno. Los naturales los construyen con el ausilio de maromas y alzaprimas de grandes dimensiones, dándoles una escarpa bastante considerable paraque se hallen en estado de resistir al empuje de las tierras que tienen que sostener.

«Nuestra llegada á Lele dió campo á un júbilo estremo. Hombres, mujeres y niños se nos agolpaban delante atajando nuestro paso, y manifestando particularmente su admiracion por el color de nuestro cútis que tocaban con las manos ó con el rostro prorumpiendo á cada instante en nuevos gritos de admiracion. De esta suerte nos escoltaron hasta el *kurosse-ton*, ó jefe principal, en cuya presencia se pusieron de cuclillas, guardando un silencio capaz de lijar nuestras ideas por lo que hace al profundo respeto que profesan á su persona.

« Este jefe, encorvado bajo el peso de los años, estaba embozado entre dos esteras en el fondo de una casita elegante y sumamente aseada teniendo á su lado su mujer y algunos criados solamente. Reinaba un profundo silencio en aquel recinto separado del camino público por medio de unos muros construídos de junco y hojas de cañas dulces. Informado de nuestra llegada, hizo algunos esfuerzos para salirnos al encuentro; mas nosotros le dispensámos de ello sentándonos con prontitud sobre una estera que estaba junto á la suya, y en esta posicion nos espetó un largo discurso que traíamos deseos de comprender, pero al que solo pudimos contestar con algunos presentes.

« Visitámos ademas otros muchos jefes, especialmente el que gobierna inmediatamente despues del hurosse-tone. Este parecia encargado de la policía jeneral: era hombre de actividad, aunque entrado en años, de aventajada estatura y de un semblante al que comunicaba un aire venerando una larga y blanca barba.

« Esta puebla deliciosa lleva sellada en su fisonomía la dulzura de las costumbres que la caracterizan, y su moralidad arguye igualmente sus calidades. Las mujeres eran libres cuando los hombres eran en número bastante considerable para resistirnos; pero tenian la precaucion de ocultarlas cuando éramos mas fuertes.

« Los hombres son de mediana estatura, de un color poco subido y de un acceso fácil y agradable. Las mujeres son agraciadas y bien formadas; pero su cualidad mas sobresaliente consiste en la blancura de sus dientes, la vivacidad de sus ojos y ese candor que las alejaba de nosotros siempre que nuestras relaciones eran de una naturaleza sobrado familiar.

« En el ecsámen de las condiciones sociales que pertenecen á esta puebla hemos reconocido que los dos mil individuos que la componen estaban divididos en seis clases: los *tone*, los *pennemé*, los *lésigué*, los *néas*, los *metkos* y los *memata*. El título de hurosse parece sinónimo de jefe, y si bien puede pertenecer á las cuatro primeras clases, regularmente es de las dos primeras. El jefe superior es siempre entresacado de la clase de los *tone*, por cuyo motivo cumula estos dos títulos á los que agrega la voz *lealen*, que significa *derecho*, por cuanto es el único que tiene el privilejio de permanecer de pie en las visitas y en las convocaciones. »

No habiéndose publicado todavía la relacion del viaje de la *Coquilla*, debemos contentarnos con decir que durante los diez dias de recalo en Ualan no cesó de reinar entre los naturales y los Franceses una amistad inalterable, y aunque no faltaron algunas tentativas de hurto, fueron toleradas ó reprimidas con induljencia sin que diesen márjen á ninguna ocurrencia desagradable. Únicamente es preciso confesar que los uros, mimados por la liberalidad del principio, llegaron á ser ecsijentes, codiciosos y aun impertinentes; así que, su sociedad acabó por ser poco agradable. Los simples *ton* y los *penmai*, al contrario, continuaron siendo complacientes y obsequiosos como el primer dia, y con ellos entablámos las relaciones mas útiles y mas fáciles. Al abandonar aquella tierra, el capitan y los oficiales regalaron á dos de aquellos buenos *ton* dos marranas, de las cuales la una estaba preñada, esplicándoles el modo de alimentarlas y la utilidad que de ellas podrian sacar. Efectivamente no habria sido un servicio poco importante prestado por los navegantes franceses á los naturales de Ualan, si tan útiles animales hubiesen podido propagarse por su territorio.

Despues de los Franceses de la *Coquilla* apareció en Ualan el capitan ruso, Lutke, que nos ha suministrado con respecto á este grupo, pormenores ecsactos é individuados, bien que no del todo desnudos de optimismo. El capitan Lutke se manifestó en estos parajes á 4 de diciembre de 1827, y despues de una larga espera se le acercó una piragua montada por cuatro individuos, entre los cuales habia dos ancianos que proferian continuamente y con voz arrastrada la palabra *ouai!*... En seguida pasaron á bordo prorumpiendo en discursos que no fueron comprendidos por nadie. Sin embargo era evidente que invitaban á los Europeos á desembarcar en tierra para pernoctar, diciéndoles igualmente que encontrarian en ella muchos cocos y mujeres. Despues de haber confabulado mucho, proferido frecuentes *ouai* y comparado con sorpresa su bronceada piel con la de los Europeos, volviéronse á tierra; pero en breve fueron reemplazados por una nueva piragua montada por tres individuos, el uno de los cuales se anunció por *uros* (jefe). Hubo nuevos discursos y nuevos *ouai*, acompañados de algunas permutas de cocos, y se fueron. Presentóse una tercera piragua, é igualmente se fué.

Al dia siguiente el buque se quedó á doce millas de la isla por razon de la calma, y se acercaron tres piraguas; la una de las cuales contenia un jóven uros, llamado Nena. Los Rusos quedaron muy contentos de la conducta y maneras de sus nuevos huéspedes; admiraron su franca jovialidad, su decoro y su estraordinario buen sentido. Nena descollaba entre los suyos por su gran decencia y por cierta nobleza de maneras, no menos que por una escesiva cobardía. No daba un paso siquiera por el buque sin agarrarse con el capitan; hubo muchas dificultades en concitarle á aplicar los ojos á los espejuelos del anteojo. En breve depositó tanta confianza en sus huéspedes, que quiso permanecer con ellos y pernoctar á bordo.

A 9 de diciembre Lutke pudo dar fondo en el interior del puerto de la *Coquilla*, despues de haber estado á punto de perderse la noche anterior en los arrecifes de la entrada. No obstante su amabilidad y sus benévolas disposiciones, los naturales robaron á los primeros un térmómetro con su estuche y tres instrumentos de hierro. Deseando recobrar estos objetos, Lutke se presentó á los dos uros Sipey y Nena, y les declaró que no haria ningun regalo hasta que los objetos fuesen restituidos.

Lutke estableció su observatorio en el islote Matanial, y echó mano de todas las precauciones imajinables paraque los isleños no fuesen á perturbarle. Empero estos se contentaron con ecsaminar atentamente los movimientos de sus huéspedes, profiriendo de vez en cuando su perpetuo *ouai!* Otras veces, sobretodo al ver la brújula ó al oir los primeros fusilazos, esclamaban: *sacre corno!* cual para recordar la accion que habian visto hacer á los Franceses. Estas dos voces son todo cuanto habian retenido del lenguaje de sus primeros huéspedes de Europa. Al hacer mencion de este hecho, Lutke no puede dar con la razon que haya podido inducir á los naturales á acordarse únicamente de esas dos voces francesas del todo insignificantes. M. d'Urville parece haber descifrado el enigma; algunos de los marineros y oficiales provenzales, que formaban parte de la tripulacion de la *Coquilla*, afectaban particularmente la jura: *sacro muchachuelo!* y lo prodigaban sobremanera con respecto á los naturales que le embarazaban ó no accedian á sus deseos. Con esto no tiene nada de estraño que al oir esta espresion con mucha frecuencia, los isleños la hayan retenido con preferencia á otra cualquiera.

Uno de los amigos mas íntimos de los Rusos era Kaki, jefe de la aldea de Lual, vecina al fondeadero. Todas las mañanas les presentaba regularmente frutos de pan cocidos, sin ningun objeto al parecer interesado. Cierto dia llevóse consigo á su hijo, de cuatro años de edad, ascentándolo á horcajadas sobre sus espaldas. Este niño tenia un miedo tan grande por los blancos, que no podia menos de prorumpir en horribles ahullidos y temblaba de pies á cabeza siempre que se le acercaba el capitan. Creyóse Lutke que todos los Ualaneses estaban poseídos del mismo miedo, por cuanto ninguno de ellos se presentó á los Rusos, y no se vió uno siquiera en las aldeas de las cercanías.

El 12 por la mañana, los uros Nena, Sipe y Seghira restituyeron los objetos que se echaran manos, y en cambio Lutke les hizo preciosos presentes y les convidó á comer. Mientras estaban sentados á la mesa, el uros Sipe propuso á uno de los oficiales rusos trocar sus nombres. Lutke trocó el suyo con Nena, y este se salió de la tienda sobre la marcha para anunciar á la muchedumbre que en adelante debian considerarle como al uros *Litské* y que *Nena* se hallaba en la tienda. La multitud sorprendida correspondió á aquella declaracion con un agudo *ouai!*

Dos dias despues, los Rusos fueron visitados por la esposa de Kaki, acompañada de la mayor parte de las mujeres de Lual. Despues de haber pasado una hora con los blancos y recibido de ellos varios presentes, volviéronse á través de la albufera, riendo y parloteando. Poco despues llegaron tres ó cuatro mozas conducidas por algunos hombres y procedentes de lugares remotos, con unas señas que demostraban muy al vivo que las ofrecian á sus huéspedes. Esta proposicion no halló eco en aquellas infortunadas criaturas, por cuyo motivo su semblante se llenó de tristeza, y Lutke menciona con especialidad que se portaron con harto decoro.

El 16, el capitan pasó á Lual situado sobre la escarpada ribera de un torrente, y encubierto bajo el follaje de espesos sotos de árboles de pan, de bananos y de pandanos. Nadie salió al encuentro de los Rusos, de suerte que dejando á un lado á dos ó tres plebeyos que muellemente recostados sobre esteras les brindaron á sentarse, la aldea era de todo punto desierta. Sorprendido de esta circunstancia, estaban á punto de volverse, cuando apareció Seghira. Trajéronse frutos, preparóse *saka* (nombre del kava en Ualan) y se ofreció á los visitadores. Seghira comenzó por despojar á las ramas de sus hojas á fin de tributarlas en homenaje á la divinidad, y las colocó con cierto aire de misterio en un rincon destinado á esta ceremonia.

La noche siguiente robaron el áncora de una embarcacion, y Lutke encargó á los uros Nena y Seza de hacérsela recobrar. Lejos de corresponder á esa confianza, al dia siguiente Seza tomó parte en el robo de un hacha que arrebataron de las manos mismas del carpintero, y desapareció. En consecuencia Lütke se vió en la necesidad de confiscar muchas piraguas que le pertenecian, creyendo que con esta medida conseguiria obligarle á enmendar su falta, pero pasó mucho tiempo sin saber de Seza. Lutke mandó destruir una de sus piraguas, declarando que las restantes lo serian igualmente si los objetos arrebatados no eran restituídos. Esta amenaza produjo el efecto deseado; el áncora fué devuelta; soltáronse las piraguas, y se restableció la paz.

Durante este altercado, los demas uros, especialmente el bueno de Kaki, continuaron sus relaciones amigables con los Europeos. El uros Seza, retenido como rehen durante algun tiempo, manifestó al principio cierta inquietud; pero

despues calmó sus temores y recobró su buen humor, cayendo en una postracion y desmadejamiento tal, que el capitan Lutke se decidió á soltarlo.

Despues de haber dado cima á sus observaciones en aquel punto del litoral, Lutke, acompañado de muchos oficiales y una masa de naturales, resolvió hacer una escursion á Leilei, capital de la isla. A este objeto eligieron la senda del litoral; la primera parte tuvo lugar con agua hasta la rodilla, á lo largo de una hilera de mangles y de *sauceratias* en una estension de cosa de media legua, y el resto del camino se pasó en una playa atestada de arena y fragmentos de coral. Al pasar por una aldea, todos los naturales indistintamente salian al encuentro de los Rusos para ofrecerles amistosamente nueces de cocos.

La piragua de Sipe los recibió á todos en el borde de la bahia, y pasaron á la isla de Leilei. Era de noche, y sin embargo la playa estaba atestada de pueblo dominado del deseo de presenciar su llegada. Nena les acompañó á Sipe, que les estaba aguardando en su domicilio y les hizo tomar asiento sobre unas esteras en su alrededor. Apenas acababa de sentarse Lutke, cuando llegó un enviado del uros Togoja, primer jefe de Ualan, para cumplimentar á los estranjeros y ofrecerles nuces de coco. Era aquella la vez primera que Lutke oia hablar de ese personaje: sin embargo hizo contestar que iria á visitarle al dia siguiente.

Llegada la noche Sipe designó para alojamiento de sus huéspedes una casita donde se instalaron del mejor modo posible. Sin la camorra que producian los ratones, hubieran dormido á las mil maravillas. El primer objeto que encontraron los Rusos en casa de Sipe, fué una marrana abandonada por los oficiales de *la Coquilla*. Los habitantes la llamaban *Cocho*; y como la abastecian copiosamente de bananas, habia adquirido una escesiva gordura. Ninguna circunstancia indicaba al parecer que hubiese multiplicado, puesto que no se vió en la isla ningun otro individuo de aquella especie. Sipe parecia tener en mucho á *Cocho*; porque viendo que incesantemente le estaban pidiendo víveres, temió por su marrana, y la sustrajo cuidadosamente á la vista de los Europeos.

A la mañana del siguiente dia Lutke, acompañado de Sipe, fué á visitar el grande uros Togoja, y llegó por una cenagosa calleja á su domicilio que en nada se distinguia de todos los demas. Al cabo de algunos minutos entró por la puerta lateral un anciano de pelo gris, frisando con los sesenta años, y se sentó sin hacer ningun caso de los Rusos; y sin embargo Sipe dijo al oido de Lutke: *Uros Togoja!* Comprendió el capitan que se hallaba en presencia del ilustre personaje, y al momento se levantó para saludarle. Entonces el anciano, tendiendo sobre el estranjero una mirada sin espresion, dijo: *Ma* (qué)? Presentáronsele los regalos que le estinaban destinados, á saber: un hacha, varios cuchillos, tijeras, barrenas, bromas, cepillos, clavos y una camisa y un gorro encarnados, colocándole este último sobre su cabeza. El uros recorria con la vista sucesivamente todos esos objetos, y repetia sobre cada uno: *Mea inghé* (que es esto?) y se le esplicaba su uso. Los concurrentes comprendieron perfectamente la leccion y dieron un agudo *ouai!* de admiracion. Pero el vejancon se contentó con repetir su *mea inghé?* Mas como su gorro le incomodaba, quitóselo para meter en él sus útiles, y envolvió el todo en la camisa encarnada. Habia clavado un clavo en una viga, y no pudiendo arrancarlo quedó altamente sorprendido. Salió por un momento, y volvió á entrar con sus presentes que tan solo consistian en esteras concluídas ó medio terminadas. En seguida sobrevino la esposa del anciano caudillo, que se colocó á poca distancia de la puerta lateral, y se dirijió al capitan mostrándole su cuello. Unas tijeras, una sortija y un collar colmaron los deseos de la vieja princesa, y en fé de su gratitud y de su reconocimiento ofreció algunos ceñidores ó tots.

Tras estas ocurrencias procedióse á la preparacion del seka. Entretanto Togoja, algo mas familiarizado, atrajo á Lutke á su lado, ecsaminóle de pies á cabeza y se mostró sorprendido sobretodo del color de su tez. Llegó á tal punto su curiosidad, que el capitan no pudo menos de detenerle. Multiplicaba sus preguntas á las que solo contestaba el Ruso repitiendo sus palabras, lo cual hacia reir al jefe sobremanera. Todos los concurrentes indijenas conservaban hácia Togoja la actitud del mas profundo respeto, hablándole en voz baja y sin atreverse á levantar los ojos para mirarle. El jefe parecia no contestar á ninguno: inclinado hácia Lutke hablóle de un *cocho* que tenia á bordo, y que el capitan consintió en cederle en retribucion de algunas raíces y frutas.

En seguida Lutke, acompañado de Nena y de una multitud de isleños, recorrió la isleta de Leilei que no tiene mas de dos millas de circunferencia. La mayor parte del litoral está circuida de un muro de piedra de cinco pies de altura, que sirve para poner las casas y las plantaciones á cubierto de las invasiones de las olas. Las tierras de los diversos usos estaban rodeadas de muros semejantes, de tres toesas de elevacion. En estas fábricas entran piedras enormes, entre las cuales hay algunas que deben de pesar unos cincuenta quintales almenos, supuesto que tienen cuatro pies de dimension. Hay ademas muchos islotes inhabitados, espar-

cidos por los arrecifes, y circuidos de muros de esta misma naturaleza. Lutke admiró sobremanera los numerosos canales que surcan en diversas direcciones la comarca de Ualan, y cuyos bordes son contenidos por malecones que les dan tres ó cuatro pies de profundidad y facilitan las comunicaciones de las piraguas. Los Europeos se veian precisados frecuentemente á salvar estos canales con agua al pecho y conservar húmedos los vestidos que llevaban encima, al paso que los isleños, con su cuerpo restregado de aceite, casi podian considerarse como impermeables, hallándose enjutos poco despues de salir del agua.

Lutke pasó dos dias en Leilei para levantar el plano de la bahía y de los alrededores. En sus ratos de ocio mataba el tiempo con los niños que desdo la mañana hasta la noche no se movian de su albergue sin atreverse á salir; encomia en gran manera el buen humor y el candor de aquellos chicos Ualaneses, y hace mencion de dos ó tres mozas de trece á quince años que en Europa hubieran podido pasar por beldades con sus grandes y vivaces ojos negros, sus dientes alineados como perlas, y sus facciones encantadoras. Desgraciadamente aquellas bellezas eran harto desaseadas. Por algunas bagatelas aquellas mozuelas enseñaban canciones del país á sus huéspedes y se divertian mucho en su facilidad de retenerlas. La estrofa siguiente es una muestra de sus romances:

Sonde ougma Catanarie, combien non non
La Sacryca, la Sacryca
Nin nin Coulonia, nin nin Coulonia.

Entre los juegos de los chicos, Lutke cita el siguiente: los jugadores se sientan unos enfrente de otros, y baten sucesivamente sus rodillas con la palma de la mano, el plano de la mano del muchacho de delante, despues la del vecino de cada lado, y así por este tenor. El talento consiste en no interrumpir el órden convenido. Estos diversos jestos son acompañados por un canto en estremo monótono. Cierta noche Lutke fué á pasearse por la orilla del mar á la luz de la luna. Desde luego se vió rodeado por unas doce mozuelas que con el ausilio de la coquetería hubieran podido rivalizar con las mas diestras cortesanas de Paris y de Lóndres, pero que las hubieran abochornado por la reserva y la decencia de sus modales. Joviales y retozonas, se sonreian, chanceábanse é improvisaron cantos en que se hallaba mezclado el nombre del capitan. Poco despues se mezcló en esos juegos una multitud de chicos, mientras que los isleños, sentados todavía á los umbrales de sus casas, ofrecian de cuando en cuando á los oficiales rusos algunos cocos y bananos, invitándoles á descansar en su compañía. De repente sobrevino un profundo silencio que sucedió á las canciones y á las carcajadas, y cayeron sentados en tierra, cual si hubiesen sido tocados por una varilla mágica. Solo Lutke quedó en pie sin que acertase á comprender el significado de semejante ocurrencia, cuando percibió á la puerta de su alojamiento al uros Seghira que venia á verle. Durante su conversacion, toda aquella multitud, poco antes llena de bullicio y de chacota, quedó muda é inmóvil, lo cual puede dar una idea ecsacta del respeto que los individuos de todas las clases y condiciones profesan á sus caudillos.

Para regresar á bordo á través del interior de la isla, contaba Lutke en las piraguas y provisiones que le habian prometido sus amigos Sipe y Nena; pero ambos le faltaron á la palabra sin que pudiese venir en conocimiento del motivo. En consecuencia dió la vuelta á la isla siguiendo la costa, de la propia suerte que habia venido, con la sola diferencia que aprovechó un canal que le condujo á la bahía de Leilei casi hasta la punta septentrional, y que culebrea bajo deliciosos toldos de mangles y de *sonneratias*. Los uros de las aldeas situadas en la carrera salieron al encuentro de los viajeros, segun costumbre, ofreciéndoles presentes de cocos y frutos de pan. El uros de Petak, llamado Ka-ki, como el de Lual, les acompañó hasta á bordo. A vista de las maravillas que contenia la corbeta, quedó estasiado, y al recobrar sus sentidos echó á declamar largo tiempo contra la miseria de los palacios de todos los uros, desde el de Togoja hasta el último.

De regreso á bordo, Lutke mandó á decir á Togoja que se hallaba dispuesto á entregarle su marrana si le remitia las provisiones acordadas; pero no dió respuesta alguna. Habiéndose hecho á la vela á 2 de enero, permaneció al pairo ante Leilei creyendo que los uros se decidirian al trueque concertado, pero todas sus esperanzas quedaron defraudadas. Colmados de presentes, sin duda no querian desprenderse de sus provisiones. El mismo Lutke pudo percibirles con su anteojo paseándose por la playa con calma y tranquilidad, y cuidándose bien poco del buque parado y de las personas que lo montaban. Entonces Lutke, á la mañana del 3 de enero, resolvió despachar un bote para presentar su marrana al bueno de Kaki, jefe de la aldea de Lual, cuya benevolencia y jenerosidad no se habian desmentido un solo instante. Al momento Kaki con su familia y todos los habitantes acudió en presencia de los estranjeros á quienes creía no ver jamas; aceptó á *cocho* con el mas intimo reconocimiento, prometió criarlo con todo esmero y pidió noticias sobre el modo con que podria alimentarlo. Tampoco permitió que los Rusos se fuesen antes de entregarles tantas

bananas y cocos como pudo cojer aceleradamente. En el momento de la última despedida, todos los isleños preguntaron á los Europeos si iban á buscar á sus mujeres y si volverian dentro de dos dias.

Lutke abandonó Ualan, satisfecho del amable carácter y de las disposiciones sencillas y buenas de sus habitantes. Era aquella la segunda vez que pasaba muchos dias en medio de ellos un buque de guerra sin que tuviese que dispararse un fusilazo siquiera ni tuviese que verterse una sola gota de sangre. Circunstancia verdaderamente algo estraña en las islas de la Oceania que visitan por vez primera buques europeos! dijo el capitan Lutke. Sin embargo no puede decirse lo mismo de los habitantes de Vanikoro cuando el paso de los buques el *Research* y el *Astrolabio*, bien que aquellos feroces isleños en nada pueden compararse á los pacíficos habitantes de Ualan (Pl. LVII.— 2 y LVIII — 2).

Las producciones de la isla son casi las mismas que las de las otras islas elevadas de la Oceania, sin otra diferencia que en ella no se echa de ver ningun perro ni cerdo. En los alrededores de las aldeas se encuentran algunas gallinas que parecen vivir en un estado de domesticidad. No se ha observado que los naturales echasen mano de ellas para su consumo; al paso que en el reino animal las producciones marítimas son las únicas de que los naturales pueden sacar partido.

Merced á las narraciones precedentes, ha podido formarse una idea algo ecsacta de los usos y costumbres de los naturales. Solo deben añadirse, en clase de complemento, los hechos recojidos por Lutke relativamente á los ritos relijiosos de los Ualaneses, cuyas observaciones habian escapado á la perspicacia de los Franceses de *la Coquilla*, y aun á M. d'Urville, que se ocupara de ellas infructuosamente. La narracion del navegante ruso consiste en los siguientes términos:

« Este sujeto, mas que ningun otro, nos hizo sentir sobremanera la ignorancia en que estábamos de la lengua de los Ualaneses. Apesar de todas sus esplicaciones, solo pudimos adquirir algunas noticias sumamente obscuras en lo tocante á su relijion. Su divinidad se llama *Sitet-Nazuenziap*. Esta divinidad era un individuo de la tribu de *Penmai* (ó mas bien esta tribu desciende de él) que tenia dos mujeres, *Kajoua-sin-Liaga* y *Kajoua-sin-Nionfou*, y cuatro hijos: *Rin*, *Aourieri*, *Naïtouolen* y *Scouapin*. Parece que consideran á Sitet-Nazuenziap como el fundador de su raza, ó como su divinidad.

« Sitet-Nazuenziap, no tiene templos, ni morais, ni idolos. En cada casa hay un rincon ó sitio particular en que se vé una varilla de cuatro á cinco pies de largo, puntiaguda en la estremidad y acanalada por la otra, que representa sus penates comunes. Este fetiche se contenta con la ofrenda mas mediana, ramos y hojas de la planta de seka. La trompa marina está dispuesta á su lado cual si fuera su propiedad, lo cual induce á suponer que esta divinidad era un guerrero, atendido que el sonido de aquel cuerno es la señal de guerra en todas las islas del mar del Sur. A su muerte el templo de Jano fué cerrado para siempre, y este instrumento solo sirve actualmente en las ceremonias relativas á la relijion, ceremonias que describirémos despues. A través del arroyo á cuyas márjenes está situada la aldea de Lual se halla un hilo tendido y atado en un árbol por cada estremidad, y guarnecido de florecitas encarnadas. Era esto uno de los inocentes homenajes tributados á Sitet-Nazuenziap.

La bebida del seka indudablemente forma parte de sus ritos relijiosos, puesto que profesan una veneracion tan profunda á la planta misma, que no les gustaba mucho que la tocasen al encontrarla en las plantaciones. Es como una oblacion en honor de Nazuenziap, y la plegaria siguiente que recitan en esta ocasion, y siempre con respeto, constituye á buen seguro la forma de la ofrenda. Esta plegaria está concebida en estos términos:

Tula elene seka mai... Sitet-Nazuenziap (Penmai).
Rin seka.
Naïtouolen seka. } (*Penmai*).
Scouapin seka.
Chiechou seka (*Ton*).
Mananzima seka (*Lissingai*).
Kajoua-sin-Liaga seka
Kajoua-sin-Nioufou seka } (*Penmai*).
Olpat seka (*Lissingai*).
Togoja seka (*Ton*).

« Toda esta plegaria, á escepcion de las tres primeras palabras, cuyo verdadero sentido ignoro, se compone de nombres propios con la adicion de la planta seka. Entre estos nombres se encuentran los de las mujeres y de los hijos de Sitet-Nazuenziap, y en seguida el de uros actual, Togoja. Cada uno de estos personajes es considerado como perteneciente á una de las tribus en que está dividida la nacion, segun está marcado en los paréntesis correspondientes á sus nombres.

« La ceremonia de que hemos hecho mencion, tuvo lugar en el comedor de Sipe, y consistia en lo siguiente: el hombre que desempeña la parte principal estaba sentado con las piernas encojidas sobre la cubeta en que traen agua cuando beben el seka. Llevaba en el cuello un collar de ramos de tiernos cocos, y empuñaba una varilla representando á Sitet-Nazuenziap que apre-

taba continuamente contra su rodilla. Sus ojos eran turbios; á cada momento volvia la cabeza, ora silvaba de un modo el mas estraño, ora tenia hipo, algunas veces castañeaba como acostumbran hacer cuando beben el seka. Proferia voces cortadas é inarticuladas, entre las cuales se oía: *uros litake* (así es como me llamaban jeneralmente). Todos sus movimientos parecian ser el remedo de un hombre embriagado de seka, y creí por algun tiempo que efectivamente se hallaba en este estado. Entretanto se calentaban las piedras en el hogar, y se aprestaba todo lo necesario para la coaccion de los frutos de pan, pero con la calma y el silencio convenientes en las ocasiones solemnes. Cuando todas aquellas monadas hubieron durado bastante, Sipe tomó la trompa y la presentó respetuosamente al oficiando, que, despues de haber sonado un poco se la devolvió; lavóse poco despues y se fugó de la casa por la puerta lateral aplicando de paso el pie en el hogar candente. Nos dijeron que habia ido á casa de Togoja para repetir la misma comedia. Corrió por la calle ajitando la varilla del propio modo que se lleva un fusil, entró por la puerta lateral inclinado y como á hurtadillas; y despues de haber depositado la varilla en su lugar, vino á sentarse entre nosotros en sana salud y como si nada hubiese acontecido.

«No obstante las largas esplicaciones de Sipe y demas, no acertámos á comprender lo que significaba precisamente aquella ceremonia. Quizás se ha establecido la representacion de un hombre embriagado por el seka con el objeto moral de inducir á aquel pueblo á abstenerse de semejante bebida, cuya opinion es tanto mas verosímil, cuanto que durante todo el tiempo de nuestra mansion no vimos un solo hombre emborrachado de seka. Este sacerdote, de la tribu de Lissingai y uno de nuestros asiduos visitadores, refiriéme que era *Seyalik* de Sitet-Nazuenziap, mezclando en ello la relacion de unas piraguas procedentes de remotos mares; pero esta relacion ni mas ni menos que muchas otras fué del todo perdida para mí.

«Parece ademas que tienen algunas ideas obscuras sobre el estado del hombre despues de la muerte. Revisten sus cadáveres con sus mejores vestidos, envuelven el cuerpo de tejidos, aplican las manos plegadas sobre el empeine, y los entierran. En la aldea de Onegul ví una tumba reciente al lado de la casa de un pariente del difunto, indicada por dos bananos enteros depositados á lo largo. Hablándoles á este objeto, mostraban el cielo.»

Hemos visto ya que M. d'Urville divide la poblacion de Ualan en cuatro clases, entre las cuales establece varios grados de jerarquía bien marcados, á saber: los *ton*, *penmai*, *lissingai* y *neas*. A juicio de este navegante, *uros* significa jefe en jeneral, y se hallaba para cada una de estas divisiones.

M. Lesson admite cinco clases que denomina *urosse*, *pennemé*, *lissique*, *siné* ó *singué*, en fin los *neas-metkao* y *memato*, de las que juzga podrian hacerse tres divisiones. Por lo demas reconoce asimismo diferentes grados de precedencia y de consideracion para esas clases que ascienden de los uros hasta los reas.

M. Duperrey admite siete clases, y sin embargo solo nombra seis, á saber: *tone*, *penmei*, *lesiqué*, *neas*, *metkos* y *memata*.

Finalmente Lutke, que debe haber estudiado con mas ecsactitud esta nacion, no reconoce mas que tres divisiones que llama tribus, y entre las cuales no señala supremacía positiva. Su contesto es el siguiente:

«La nacion se considera como dividida en tres tribus, las de *pennemé*, de *ton* y de *litchengué*. A la primera pertenecen una parte de los caudillos principales, Sipe, Seghira, Alik-Nena, Kanka, Simburko, Seek, Seza y Nena. Togoja y Seoa pertenecen á la segunda. Sitet-Nazuenziap, que invocan en sus oraciones, pertenece á la tribu de pennemé. Los uroses de la segunda clase y los individuos del pueblo son de la misma tribu que el urose principal de la que dependen, cuya circunstancia recuerda el gobierno patriarcal que se encuentra entre muchas tribus vagantes. En la tribu de litchengué solo encontrámos uroses de la segunda clase é individuos del comun, pero ninguno de los principales caudillos.»

Esta diversidad de opiniones manifiesta la reserva con que deben acojerse los indicios suministrados por unos viajeros que solo pueden tener noticias harto vagas sobre el lenguaje de los pueblos que visitan, y que por consiguiente estan espuestos á cometer muchos errores sobre las esplicaciones que pueden procurarse de parte de los naturales.

CAPITULO XXIV.

ISLAS CAROLINAS. — ISLAS MAC-ASKILL, DUPERREY, HOGOLEU Y TAMATAM.

Partido de Ualan á 19 de mayo, el *Oceánico* percibió el 21 por la mañana, despuntando en el horizonte, los grupos de árboles que señalan los dos islotes del grupo Mac-Askill. Cuando se halló á poca distancia de la costa, vió navegar hácia sí una multitud de piraguas cuya maniobra anunciaba á otros navegantes que los isleños de Ualan, que ignoran completamente el uso de las velas. Desde luego se nos acercaron siete ú ocho de aquellas piraguas, y empezaron por arrojar una lluvia de objetos que caian á la cubierta, y que á veces nos alcanzaban. No sabíamos que pensar de semejante preludio,

cuando reconocimos que aquellos proyectiles eran frutos de pan, de pandanus, y aun algunos cocos. No obstante ser tan brusco y singular, aquel acto de liberalismo prevenia en favor de nuestros visitadores, que en efecto asomaron en breve sobre los filiretes sus cabezas joviales y confiadas. En retribucion de sus artículos les dimos algunas bagatelas que les llenaron de alegría, y continuámos nuestro derrotero. Estos isleños se asemejaban en muchos puntos á los de Ualan, y en jeneral eran mas rechonchos y robustos: algunos ofrecian una gordura muy rara entre los Carolinos. Distinguiéronse aquellos salvajes por su lealtad en las permutas, sin que cometiesen la menor tentativa de hurto.

El pequeño grupo de MAC-ASKILL fué descubierto en 1809 por el capitan de este nombre, visitado en 1824 por Duperrey y en 1828 por Lutke. El grupo tiene seis millas de circumferencia y se compone de tres islotes bajos y selvosos Pélelap, Tougoulou y Takaï: el primero que es el mas considerable, tiene una milla y media de lonjitud sobre doscientas toesas á lo sumo de anchura. Las islas del N. están situadas á los 6° 14' lat. N. y á los 158° 28' lonj. E.

Al dia siguiente costeámos igualmente la parte meridional del pequeño grupo que descubrió Duperrey en 1824 y al que aplicó su nombre. Este grupo consiste en el agregado de tres islotes bajos y arbolados, denominados Mongoul, Ongal y Aoura, el mas considerable de los cuales tiene tan solo una milla de largo sobre doscientas cincuenta toesas á lo mas de ancho; tiene seis millas de circuito, y su parte N. O. está situada á los 6° 39' lat. N. y á los 157° 30' lonj. E.

Los naturales de este pequeño grupo vinieron tambien á visitarnos en sus piraguas, de una construccion grosera y de una marcha mediana. Repetidas veces nos pidieron hierro que apellidaban *lulu*; pero en cambio solo podian ofrecer algunos cocos corrompidos. Las únicas observaciones que hicimos en aquella rápida entrevista, es que sus caudillos se llaman *Tamon*. Igualmente les oímos articular varias veces la palabra *radak*, lo cual induce á suponer que mantienen relaciones con esta isla, no obstante distar mas de de ciento cincuenta leguas.

Al abandonar este grupo, el *Oceánico* navegó en direccion al E. S. E., y á 24 de mayo se avistó por la parte del N. y durante dos ó tres horas una masa confusa que muchos de nosotros tomaron por una elevada isla. Sin embargo Pendleton no sabia como llamarla, pues en ninguno de sus mapas estaba designada una tierra en aquel punto, y una densa niebla impedia distinguir con claridad si era una ilusion de nublos. En virtud de esas razones hubiera velejado hácia ella para cerciorarse de la realidad, á no temer prolongar demasiado una navegacion estéril á través del archipiélago de las Carolinas. El *Oceánico* continuó pues singlando hácia Gouaham, donde supo que el capitan Lutke habia descubierto por aquellas aguas una isla denominada *Pounipet*. No era sensible haberla dejado sin reconocimiento, por cuanto estaba ocupada por una raza negra, de un carácter feroz, que solo habia mostrado al capitan ruso disposiciones hostiles.

Durante ocho dias navegámos sin avistar tierra alguna. Hasta el 1 de junio no se pudieron observar algunas barras de perroquete, y á mayor distancia varias copas de árboles que argüian islas bajas y selvosas. Juzgámos que era el pequeño grupo descubierto en 1824 por M. Duperrey, y al que aplicó la denominacion de *d'Urville*. En el mapa de Lutke figura bajo el nombre de *Louasape*, que sin duda le fué indicado por los habitantes de las vecinas islas, por cuanto no lo tocó. Esos islotes están situados á los 7° 5' lat. N. y á los 150° 10' lonj. E.

Singlando desde allí en direccion al E., el *Oceánico* se encaminó á la parte S. del considerable grupo de Hogoleu, uno de los mayores de las Carolinas, así por el número de sus islas como por la elevacion de muchas de ellas. Solo entablámos de paso algunas comunicaciones sumamente rápidas con los habitantes de algunas de las isletas mas meridionales. Aquellas jentes nos parecieron retozonas, de un carácter benévolo y festivo, y su conducta indicaba que tenian frecuentes relaciones con los Europeos. Muchos llevaban una especie de sombreros puntiagudos como los Chinos; otros iban vestidos de esteras que afectaban la forma del *poncho* americano. Trocámos con ellos algunas bagatelas por varios frutos, pescado y objetos de su industria. Varias veces nos instaron paraque desembarcásemos en sus islas; pero cabalmente acababan de declararse á bordo algunas enfermedades, y á Pendleton le convenia alcanzar alguna estacion donde pudiese procurarse los remedios convenientes: así que lejos de ponerse al pairo continuó navegando hacia las Marianas.

El grupo de Hogoleu fué conocido sin duda de los antiguos navegantes, puesto que figura en los mas viejos mapas, aunque de un modo muy incorrecto. Sin embargo el capitan español Dublon fué el primero que en 1814 lo señaló de un modo positivo, bien que solo menciona una isla elevada. John Hall lo reconoció mas correctamente á 2 de abril de 1824; dos meses y medio despues M. Duperrey trazó la jeografía de una buena parte del grupo, y comunicó muchas veces con los naturales, á cuya empresa dió cima M. d'Urville en abril de 1828. Lutke reconoció Hogoleu en febrero del propio año,

y el Americano Morrell, en agosto de 1830, fondeó en este grupo que apellidó *Islas de Bergh*. Este grupo tiene cien millas de circumferencia, y contiene unas sesenta islas ó islotes, de las cuales solo hay diez algo elevadas, pues todas las demas son bajas, selvosas é insignificantes. Entre las primeras las mas considerables, Tol, Falanje, Iros, tienen ocho ó diez millas de circuito, al paso que de las segundas, las islas Jacquinot, Bois-Duval, Bory y Pis, que son las mas considerables de todas, apenas tienen tres ó cuatro millas de circuito. Este grupo está situado entre los 6° 58' y los 7° 43' lat. N. y entre los 149° 9' y los 149° 32' lonj. E.

Por lo que hace á la etnolojía, continuamos la relacion de M. d'Urville en su diario inédito de la *Coquilla*:

« Si bien á primera vista este grupo parece muy considerable, en realidad es muy poca cosa y debe de ser medianamente poblado. Nosotros nunca vímos de doce ó quince piraguas juntas, no obstante que durante los dos primeros dias nos pusímos muchas veces al pairo para comunicar con los naturales. Esos isleños no tienen nada de particular; su estatura es mediana, y muchos son diformes y acometidos de males asquerosos. Su intelijencia parece sumamente corta, y en cuanto á mí juzgo esta raza inferior á la de Ualan. En lo tocante al buen tono y á la dignidad, los *Tamots* de Hogoleu no pueden compararse á los uros ni á los ton de Ualan, bien que tengan las mismas disposiciones al robo. Todo induce á creer que han contraído relaciones frecuentes con los Europeos, por cuanto nada absolutamente parecia escitar mucho su curiosidad ni su admiracion. Sus maros y sus ponchos son fabricados con un tejido consistente y bien trabajado. Sus taros son bien hechos, pero su maniobra está muy lejos de ser ventajosa por la sencillez y la celeridad de su marcha. Nunca vímos en sus manos armas ni hachas de piedra: únicamente eché de ver dos hondas de borra de coco, que he logrado adquirir. Creímos reconocer que la autoridad de los jefes sobre sus inferiores era bastante estensa, supuesto que nunca se olvidaban estos de depositar á las plantas de los primeros cuanto acababan de procurarse en virtud de los presentes ó por efecto de los trueques. Algunos son pintorreados, mas otros no. Permanecen del todo indiferentes con respecto á los clavos y aun á los cuchillos, y solo parecen codiciar hachas que denominaban *saran*. Tampoco se cuidaban de espejos, y solo daban algunas bagatelas en retribucion de anzuelos. Llevaban pendientes de las orejas cilindros de madera bastante voluminosos; en el cuello collares de diversos tamaños hechos con pequeños discos de nueces de coco y de mariscos entremezclados. Sus telas eran teñidas de encarnado, de negro y á veces de blanco. Solo pudimos obtener un corto número de voces de su lengua, que considero sumamente dudosas en lo tocante á su verdadera significacion. »

Cuanto difiere este sencillo relato del cuadro brillante que acaba de trazarnos el Americano Morrell, siempre tan sospechoso de ecsajeracion! He aquí lo que dice de Hogoleu y de sus moradores:

« De todos los isleños que he visitado en mi vida, estos son ciertamente los mas activos, los mas amables y los mas interesantes. La destreza con que manejan sus piraguas es en realidad sorprendente, bien que en nada cede á la habilidad con que proceden en su construccion y aparejos.

« Estas piraguas sirven principalmente para la pesca. Vamos á mencionar los utensilios necesarios á este objeto; sus redes y sus buitrones son de hilo retorcido que fabrican con una corteza de árbol. Sus mallas tienen sobre una pulgada cuadrada, y la lonjitud del buitron varía de quince á diez y ocho pies. En lugar de flotadores alcornoqueños, emplean nuditos de mambú, y para hacer hundir la red echan mano de piedrecitas pesadas y lisas en vez de plomo. Sus anzuelos y sus sedales son trabajados injeniosamente: los primeros son de madreperla y de concha de tortuga. La madreperla es muy propia para este objeto, atendido que los anzuelos de esta especie no tienen necesidad de cebo, porque su brillo atrae y seduce al pez que lo engulle al momento. Sus sedales son de la misma materia que sus redes, bien torcidos y de gran fuerza. Como esas jentes pasan una parte considerable de su vida en la pesca, tienen por nada ir á cuarenta ó cincuenta millas de distancia en busca de su presa, y regresar por la tarde del mismo dia.

« Una faja de cuarenta isletas circundan otras muchas mas considerables, entre las cuales hay cuatro que tienen unas treinta millas de circumferencia. Los islotes del interior son las únicas habitadas y contienen una poblacion de treinta y cinco mil almas dividida en dos razas distintas. Las dos islas principales del O. con algunas otras pequeñas, son pobladas por la raza indiana de color bronceado, al paso que las dos islas orientales con sus pertenencias contienen una raza mucho mas vecina á la de los negros. Frecuentemente se hacen la guerra, como supe de ambos partidos, aunque se hallaban á la sazon sumidos en una profunda paz. Los negros son los mas numerosos; ascienden á unos veinte mil, al paso que el número de los Indianos apenas llega á quince mil. Vamos á trazar por via de ensayo una sucinta reseña de cada una de las dos tribus, empezando por la raza ne-

gra que ocupa las dos islas del E.

« Por lo que hace á la estructura, los hombres tienen unos cinco pies y otras tantas pulgadas de elevacion; sus miembros son proporcionados, activos y musculosos; su pecho es anchuroso y prominente, sus manos y pies pequeños, sus cabellos lanosos y rizados sin que por esto se asemejen en nada á los de los Africanos. Su frente es alta y recta; sus juanetes salientes y sus labios bastante delgados. Sus dientes son hermosos y blancos, su barba ancha, su cuello corto y grueso, sus hombros anchos; sus orejas pequeñas y algo mas abiertas que las nuestras. Sus ojos son negros, vivaces y brillantes, con cejas largas y realzadas. La espresion habitual de su fisonomía arguye un carácter altivo y emprendedor.

En la cintura traen una esterilla fabricada de corteza de árbol, tejida con elegancia y adornada con gusto de cierto número de figuras de colores. Asimismo traen en la cabeza tejidos de la misma naturaleza, ornados de diversas especies de plumas: semejante tocado se asemeja á un turbante rebajado y superado de una franja rica y elegante. Los caudillos tienen hendido el lóbulo inferior de las orejas, de suerte que presenta una abertura suficiente para introducir pedazos de una madera sumamente lijera que muchas veces son tan gruesas como el puño. Este ornato es enriquecido en jeneral con una variedad de hermosísimas plumas, de dientes de tiburon, etc. Igualmente traen en el cuello collares de concha de tortuga, de madreperla y mazorcas de plumas. Su cuerpo está cubierto de pinturas, y esta operacion es ejecutada comunmente de un modo sumamente agradable á la vista, presentando el aspecto de una armadura. Tíñense el pelo de encarnado, la cara de amarillo y blanco, escepto cuando van á la guerra, porque en este caso se pintan el rostro de encarnado para comunicarse un aspecto mas feroz.

« Las mujeres son pequeñas, dotadas de facciones bonitas y de unos ojos negros y vivaces que respiran la ternura y el placer. Sus pechos son redondos, su estatura langaruta, sus manos y pies pequeños, sus piernas rectas y el tobillo poco sallente. Reservando á un lado nuestras preocupaciones relativamente á cierta complecsion, los atractivos personales de esas mujeres son de un órden superior. Sin embargo, no dejan de echar mano de los recursos del tocador estranjero, decorándose con las plumas y mariscos mas ricos que pueden obtener del afecto de sus padres y hermanos, ó de los galanteos de sus amantes y de sus maridos. Al rededor de la cabeza y del cuello traen diversas especies de ornamentos hechos con despojos de aves y peces; y sus brazos y piernas son decorados en los mismos términos, aunque su garganta es pintada lijeramente, bien que con gusto. Igualmente traen un pequeño delantal de ocho pulgadas de ancho y doce de largo, ribeteado con mucho injenio y enriquecido en el centro de un ornamento de obras conchiles. Encima del todo traen un manto ó túnica, fabricado con una bellísima yerba sedosa, tejida con mucho gusto y habilidad, y bordado á veces de una elegante franja. Este vestido tiene unos ocho pies sobre seis de ancho, con un agujero en el centro, del grandor suficiente para pasar la cabeza; parécese mucho al poncho de los Americanos del Sur.

« Los deberes y las ocupaciones de las mujeres consisten en la fabricacion de toda clase de telas, de redes de pescar y de sedales, en los cuidados de la cocina y en la educacion de los hijos, cuya última tarea la desempeñan con una atencion y ternura sin ejemplar. Pórtanse con mucha dulzura hácia sus maridos, quienes las tratan en despique con una delicadeza capaz de sonrojar á no pocos cristianos. En una palabra, parecen dignos de corresponder á los esfuerzos de los misioneros que aplican mas ferviente zelo á la práctica de la relijion que á sus dogmas.

« Las dos islas del O., como llevo dicho, son pobladas por unos 15.000 Indios de color de bronce, algo inferiores, con respecto á la estatura, á los negros que acabo de describir. Los hombres en jeneral solo tienen cinco pies y tres pulgadas; pero son mas robustos, mas vigorosos, mas atléticos, mas aptos para la guerra y la fatiga que los pueblos de color mas cargado. Su actividad y su fuerza son grandes. Entre ellos he visto muchos que no pesaban mas de ciento cincuenta libras cada uno, y que levantaban nuestra serviola de seiscientas libras de peso con la misma facilidad que si alzasen un peso de cien libras. Apesar de todo esto, viven únicamente de frutas y peces sin corroborantes de ninguna naturaleza. Su cuerpo es recto y redondo, su pecho prominente, sus miembros nerviosos, y sus manos y pies conformados.

« Su tinte es de un cobrizo bajo y apagado; sus cabellos, largos y negros, son jeneralmente reunidos en la coronilla de la cabeza. Su frente es ancha y saliente, emblema ordinario de la capacidad intelectual. En la parte inferior de la frente, en especial entre las mujeres, corre un par de cejas sedosas, negras como el azabache y sumamente arqueadas. No parece sino que es un ropaje sedoso, á través del cual se refleja su alma en el cristal de dos ojos negros y brillantes. Sus rostros son redondos, llenos y regordetes, y sus carrillos menos prominentes que entre las demas naciones salvajes. Su nariz es hermosa, elevada medianamente, su boca

bien proporcionada, y su doble carrera de dientes mas blancos que el mas precioso marfil. Las mejillas con hoyuelos y las papadas son comunes entre los mozos de ambos sesos. Los hombres tienen el cuello corto y grueso, jeneralmente cubierto por delante de una larga barba negra que dejan crecer muy poco. Sin embargo no faltan algunos de los caudillos principales que traen largos bigotes. Tienen orejas grandes, cuya parte inferior es agujereada con una abertura suficiente para recibir un ornamento del grueso de un huevo de oca. Este ornamento es decorado muchas veces con los dientes de diversas especies de peces, de mariscos, de picos y plumas de aves y de flores. Igualmente traen collares de la misma naturaleza, pero solo se pintorrean desde el cuello hasta la concavidad del pecho. Muchas veces los jefes se hacen en el pecho un pintarroteo no interrumpido que representa una multitud de figuras fantásticas, ejecutadas con mucho gusto y delicadeza. La vestimenta de ambos sesos es semejante á la de sus vecinos del E., de quienes no se distinguen por ninguna circunstancia importante. Traen brazaletes de conchas de tortuga en los brazos, y de madreperla en las piernas y en el tobillo. Por lo que hace al aseo y á la limpieza personal, estos isleños pueden muy bien competir con cualquier otro pueblo del globo terraqueo: naturalmente son jovialas, caprichudos, amables, vivarachos y activos, estraordinariamente apacibles y aficionados á sus mujeres é hijos, y llenos de deferencia y respeto á la caduca senectud.

« Sus mujeres son comunmente de la misma talle que las nuestras; sus formas son delicadas, su talle esvelta, y su busto muy bien formado. Sus pies y manos son como los de nuestros niños á la edad de doce años, y no pocas veces he abrazado entre mis manos la cintura de mozas de diez y ocho á veinte años. A la luna ciento quincuajésima prima son ya nubiles, es decir, á los doce años con corta diferencia. Su cabeza es pequeña, su frente alta, sus ojos grandes y negros, sus mejillas llenas y gordinflones, su nariz bien formada, su boca pequeña, y, lo que nunca se echa mimos en aquella parte del mundo, su dentadura tan suntuosa, que añade mil atractivos á cada una de sus sonrisas encantadoras. Sus orejas son pequeñas, y su cuello formado con mucha delicadeza. Sus largas y negras cabelleras son reunidas en el sincipucio ó flotan por sus espaldas. Estas mujeres son modestas y dotadas de una sensibilidad esquisita: á veces se manifiesta su rubor á través de su subido tinte. Su talante arguye satisfaccion y vivacidad, y sus movimientos son lijeros, ondulatorios, elásticos y comparables á los de la sílfides. Por fin, las Virjinianas *Pocahontas* jamas podrian rivalizar con las agraciadas mujeres del grupo de Bergh ni en cuanto á los atractivos físicos, ni en lo tocante á las cualidades morales.

« La castidad y la fidelidad conyugal parecen sentimientos innatos en esos pueblos, y solo con mucho trabajo se concibe la posibilidad de olvidar semejantes deberes: por cuyo motivo los vínculos de Himeneo son casi siempre felices y afortunados. Una mujer casi siempre habla á su marido con la sonrisa propia del contento, y en todas sus relaciones con ellos nunca he visto hombre alguno tratar con dureza ó insolencia á una mujer. Los efectos sociales son asimismo muy fuertes, y entre ellos el amor del mas remoto parentesco parece mas sagrado y venerando que las relaciones mas íntimas entre Americanos civilizados. Son amigos fieles, vecinos de conducta irreprensible, y muestran una ciega obediencia á las leyes y costumbres á cuyo imperio están sujetos. Apenas se conocen entre ellos los actos de injusticia y opresion; por el contrario, la filantropía, la caridad y la benevolencia son sus virtudes mas comunes. Las contiendas particulares son rarísimas, y aun en los pocos casos de esta naturaleza su conducta es basada siempre sobre las reglas del honor y de la lealtad. Defienden con valor á un amigo, mas no conservan ningun resentimiento ni rencor por cualquiera injuria personal. Un hombre nunca atacará á su vecino, sea cual fuere la ofensa recibida, sino está convencido de que bajo el ponto de vista de la fuerza física su enemigo no le es inferior, pues tienen á mucho horror abusar de su debilidad. Por lo que hace á la industria, el buen humor, la actividad y la constancia, estos naturales no admiten comparacion alguna con los de las demas islas del Océano Pacífico que he tenido ocasion de visitar. Los hombres, las mujeres, los niños, todos están en continuo movimiento desde el salir hasta el poner del sol, ocupados en la pesca ó en la fabricacion de armas, de utensilios de pesca, de telas, y en la construccion de habitaciones y de piraguas. Todo cuanto hacen es ejecutado con sumo gusto y habilidad, apesar de no tener á su disposicion mas que instrumentos conchiles, de piedra ó de dientes de pescado. Sus leyes vijentes les prohiben espresamente acostarse despues de la puesta del sol, salvo los casos de enfermedad ó de achaque corporal. La dispepsia, las enfermedades de hígado y los innumerables males que atacan á las razas civilizadas, son de todo punto desconocidas entre los naturales de esas islas afortunadas.

Al hablar de las virtudes y calidades de estos isleños, no pretendo asegurar que carezcan de ejemplares ó circunstancias aisladas en que las leyes hayan sido infrinjidas. Un estado perfecto de sociedad no ecsiste ni ecsistirá jamas en este globo tan rico en anomalías: la necesidad misma de las leyes indica lo contrario. Castigar á una

una mujer es considerado justamente por los habitantes del grupo de Bergh como una accion inhumana y bárbara, sea cual fuere su causa. Pero si una mujer se declara en rebeldía y desobediencia contra su marido, si los medios de suavidad y dulzura no son parte á convertirla, la trasladan á una isleta del grupo habitada por mujeres solas. El hombre que se tomase la libertad de protejer la evasion de una de aquellas desterradas seria al instante mismo condenado á muerte. No menos severos son los castigos en que incurre cualquier marido que maltrate á su mujer.

« En lo tocante á los ejercicios de fuerza y de ajilidad, algunos de aquellos naturales podrian muy bien abochornar á los Alcides que se nos presentan en Europa como fenómenos. Con una rapidez la mas sorprendente hacen muchas piruetas por delante y por detrás, sin el ausilio de ningun calzado elástico, y asimismo son sumamente hábiles en saltar, correr y arrojar pesos enormes. Igualmente suben á la copa de un coco encumbrado, recto y liso como el palo de una embarcacion; con la misma facilidad de un ájil marinero suben por los llechastes de los obenques. Sobresalen en el ejercicio de la nadadura y parecen zambullirse en el agua como tiburones ó tortugas. Sudierjiéndose á una profundidad de quince toesas, consiguen sacar á veces una docena de ostras perleras.

« En pocas palabras puede resumirse cuanto atañe á sus ideas relijiosas. Creen que todos los seres han sido creados por un ente sabio y poderoso que todo lo dirije y gobierna, y cuya residencia es superior á las estrellas fijas; que este ente superior vela sobre todos sus hijos y sobre todas las criaturas con un cuidado y afecto paternales; que subviene á la subsistencia de los hombres, de las aves, de los peces y de los insectos, destinando el animal mas pequeño á servir de pasto al mas grande, y debiendo servir todos al sosten del jénero humano; que el creador riega esas islas con su propia mano, haciendo llover desde lo alto en tiempo oportuno; que ha plantado el coco, el árbol de pan y todos los demas árboles, ni mas ni menos que las plantas y los céspedes; que las buenas acciones le son agradables, pero que las malas le ofenden en alto grado; que serán felices ó miserables en la vida futura segun su conducta observada en este mundo; que los buenos vivirán en un grupo de islas deliciosas, mucho mas bellas y agradables que las suyas al paso que los malos serán separados de los buenos y trasladados á alguna isla peñascosa y volcanizada, carente de cocos, de árboles de pan, de agua fresca, de pescado y de toda clase de vejetacion. Por lo demas, esos naturales no tienen templos, ni iglesias ni formas esteriores de culto; pero dicen que profesan un profundo amor al ser supremo á causa de su bondad hácia ellos.

« Consideran el contrato conyugal como una obligacion sagrado, y debe celebrarse en presencia del rey ó de uno de los principales oficiales de S. M., debidamente autorizado y delegado á este objeto. Antes de formar un contrato semejante, no se impone á ningun secso la menor restriccion, de suerte que las mozas pueden conceder sus favores á quien mejor les parezca, sin incurrir en ningun reproche ni sentir ninguna especie de remordimiento; pero cuando casadas el menor tropiezo les acarrearia la infamia. Qualquiera mujer preñada, sea casada ó soltera, es considerada con honor y con respeto: justamente envanecida de su fecundidad, está muy lejos de tomar ninguna precaucion para encubrir su estado. El mozo que busca una esposa comunmente da la preferencia á la que ha dado ya una prueba tan auténtica de su disposicion á procrear.

« Sus ceremonias fúnebres están igualmente impregnadas de un carácter singular. A la muerte de un prócsimo pariente se abstienen de toda clase de alimentos por espacio de cuarenta y ocho horas, y durante un mes solo comen frutas privándose enteramente de pescado, que constituye la mayor golosina del país. Cuando sobreviene la pérdida de un padre ó de un esposo, se retiran ademas á una soledad en las montañas por espacio de tres meses. Sin embargo fuerza me es añadir otra circunstancia que para honor de la naturaleza humana quisiera pasar en silencio. La muerte del rey ó de un caudillo principal es celebrada siempre con sacrificios humanos! Elijen al objeto muchos hombres, mujeres y niños para servirle de comitiva honorífica en el mundo de los espíritus, y se jactan de esta distincion, porque son enterrados en el mismo sepulcro que él. En estas ocasiones, y durante los dos meses siguientes á los funerales de un caudillo, no es permitido á ninguna piragua estar á flote. Un corto número de misioneros hubieran disipado en breve tiempo esas tinieblas supersticiosas.

« Llevo ya dicho que la raza indiana que habita las dos islas del O. y la raza negra que ocupa las dos islas del E. están comunmente en guerra; pero todavía no he mencionado su modo de empezar y proseguir las hostilidades. Segun los datos que he podido reunir, la marcha ordinaria de sus operaciones es la siguiente.

« Si los isleños del O. han recibido ó creen haber recibido alguna injuria de sus vecinos del E., despachan un ajente debidamente autorizado para anunciar á los agresores que en el espacio de cinco dias contaderos desde la fecha (porque siempre proceden por dilaciones de cinco dias), á tal hora y en tal punto, cierto

número de guerreros desembarcarán de un número designado de piraguas en su territorio, armados y equipados en tales términos; en fin que se entablarán negociaciones en el tiempo y sitio indicados, relativamente á las esplicaciones que deban darse y á las reparaciones que puedan ecsijirse.

« En consecuencia tiene lugar el desembarque, la conferencia y la negociacion; si el objeto de la contienda se compone amistosamente, celébrase el concordato con un festin, y los dos partidos se dan por satisfechos; pero si no pueden convenirse, no les queda otro recurso que las armas. Un número igual de guerreros vienen á las manos con los querellantes, y el mas fuerte tiene razon. Por espacio de media hora combaten como tigres furiosos, esparcen la muerte y las heridas sin reserva y confusion; sepáranse en seguida cual si hubiesen tomado un acuerdo definitivo, y descansan el resto del dia. Los dos partidos se quedan en el campo de batalla, y se ocupan en enterrar los muertos y cicatrizar las heridas.

« Al siguiente dia, cuando las dos parcialidades declaran hallarse dispuestas á combatir, prosiguen la lid con nuevo entusiasmo, y la hacen durar doble tiempo que la víspera, á menos que uno de los dos partidos ceda el campo y dé al otro la victoria; pues de lo contrario, al cabo de una hora de obstinado combate se separan de nuevo, abandonan sus armas y se ayudan mutuamente á sepultar sus muertos y á curar sus heridos haciéndose del amigo. Al dia tercero se decide la suerte de la campaña: al rayar el alba dan nuevo principio al combate y lo continuan hasta que sucumba uno de los partidos. Si el que sucumbe es el agresor, abandona sus piraguas y sus armas á los vencedores; pero estos están obligados á dar un festin á los vencidos y acompañarles en seguridad á sus islas, donde se ratifica un tratado de paz por medio de un nuevo festin que dura dos dias. Entrambos pueblos traen luto durante quince dias en honor de sus camaradas muertos en el combate. Renuévanse las relaciones de amistad, y los isleños de ambas tribus van y vienen como de costumbre, los unos á casa de los otros.

« Por otra parte si los agresores salen con la victoria, los otros acceden á todas sus demandas y concluyen un tratado tan favorable como lo permiten las circunstancias, y ratificado por un festin que dura dos dias. Los prisioneros hechos en la accion pertenecen á los que les cojen si su partido alcanza la victoria, pues de otra suerte son restituidos á los vencedores. Sin embargo los individuos del partido que cede no son considerados jamas como prisioneros; antes les tratan con mucha consideracion y les acompañan á sus casas.

« Las armas que sirven en esos combates consisten en lanzas de una madera muy lijera, terminadas en puntas de sílex ó de espinas de pez, y en otras lanzas de madera muy pesada, de unos quince pies de lonjitud y terminadas en punta acerada y endurecidas al fuego. Estos naturales arrojan sus lanzas á treinta ó cuarenta pértigas de distancia sin errar ningun blanco de la talla de un hombre. Las puntas de sus armas no son atosigadas, no sé si por un sentimiento de honor ó por falta de recursos. Sus macanas son fabricadas con una especie de madera muy semejante á nuestro *fusia*; su lonjitud es de cinco ó seis pies, y su grueso en cada estremidad como el puño, bien que algo mas delgadas en el medio, bien trabajadas, pulidas con esmero y cinceladas á veces con elegancia. Estos salvajes las empuñan por el medio y se sirven de ellas como un Irlandés de su *shilabch*. Yo mismo he visto á un hombre tener á rollo con esta arma á media docena de adversarios. Las hondas con que dan principio al combate son hechas con las hebras de una corteza de árbol, y tienen tres pies de lonjitud sobre dos de grueso. En el centro se encuentra un agujero para recibir la piedra, que ordinariamente es del tamaño de un huevo de oca, y que pueden arrojar á ciento ó ciento cincuenta pértigas con bastante precision.

« Las habitaciones de esos isleños son bien concebidas y construídas con injenio. Sus dimensiones varían de veinte á sesenta pies de lonjitud y de diez á treinta de anchura; no tienen mas que el piso bajo, con unos techos angulares retejados con hojas de coco ó de otra palmera que las constituyen completamente impermeables. Durante la estacion lluviosa, las partes laterales de la casa son guarnecidas de anchas esteras que se colocan á fines de noviembre y se quitan á principios de febrero para ajustarlas bajo el remate del techo, en un punto destinado á este objeto. Así es que durante unos diez meses el aire circula libremente por toda la casa, así de noche como de dia. Cuando en febrero se quitan las esteras á prueba de agua, las reemplazan en la buena estacion con esteras de mallas abiertas, semejantes al parecer al filarete de un navío. El piso es tapizado de groseras esterillas clavadas regularmente una vez cada semana en la playa del mar.

« Sus camas consisten en esteras flecsibles y muelles, pero muy bien trabajadas, y los mas mimados tienen muchas amontonadas unas sobre otras. A veces las madres tienen unas cunas de mimbre sostenidas del techo de la casa para servir de camilla á los niños. Asimismo tienen una especie de cama, ó mas bien litera, notable por el injenio de su invencion, destinada á los enfermos; consiste en una vasta y consistente estera, estendida sobre un bastidor de bambú

elevado diez y ocho pulgadas sobre el nivel del piso y ribeteado de briznas. Estas esteras tienen un agujero en el centro, á fin de que el enfermo pueda satisfacer todas sus necesidades corporales sin ser trasteado. En la parte del techo correspondiente á estas literas hay suspendidos grandes abanicos de hojas de palmera que el paciente puede con facilidad poner en movimiento con el ausilio de un bramante. Asimismo tienen esterillas muy bien trabajadas, que hacen veces de manteles y que se lavan siempre que deben servir: en una palabra, en lo tocante al aseo personal y doméstico, estos isleños pueden sostener ventajosamente la concurrencia con cuantos pueblos he visitado, y mi patrona me dijo con frecuencia que para su instruccion en la ciencia de la economía doméstica debe mucho á las lecciones que recibió en el grupo de Bergh.

« Las casas son dispuestas por grupos ó villorios alineados con regularidad y separadas por medio de calles de unas cincuenta toesas de ancho. Cada habitacion tiene un espacioso verjel circuído de una empalizada de bambú que permite la libre circulacion del aire. En el centro de cada villorio se halla la residencia de un caudillo que dirije todos los negocios en calidad de majistrado. Todas las disputas locales se someten á su juicio, pero se tiene el derecho de apelar de su sentencia á la del rey ó del jefe principal de la tribu.

« Estas islas son de una elevacion mediana: cada una es encumbrada en el centro, y el terreno va declinando por grados hasta rematar en deliciosos valles ó pingües praderías que se estienden por las playas: en todas partes se ven torrentes de agua límpida corriendo hácia el mar. Fácilmente se concibe que un grupo de islas situado cerca del ecuador, cubierto de un terreno profundo y poco compacto, y bajo la influencia del sol de los trópicos, debe de ofrecer una vejetacion rápida y perpetua. Con efecto, no pocas veces se observan en un mismo árbol y aun en una misma rama flores y frutos en sazon mezclados con otros frutos en todas las faces de su medro. Cada hoja que cae es reemplazada casi inmediatamente por una nueva hoja, al paso que los frutos llegados á su madurez ceden el puesto á nuevos jérmenes. La primavera, el estío y el otoño se disputan continuamente en aquellas islas el imperio de la naturaleza. En esta lucha apenas se echa de ver el invierno por un momento, retirándose con una sonrisa vivificadora, aun mas dulce que las de las otras estaciones.

« Si los habitantes de estas islas deliciosas tuviesen algunos conocimientos de agricultura y quisieran consagrar á ella una parte del talento y de la habilidad que despliegan en sus trabajos de menor importancia, estas comarcas podrian transformarse en breve tiempo en los jardines mas deliciosos del globo. Yo me atrevo á congratularme con la esperanza de haber podido contribuir á echar los cimientos de una revolucion tan apetecida. A este objeto les he suministrado todas las luces que me permitieron la brevedad de nuestra permanencia y el ausilio de algunos intérpretes, cuyo idioma natural era tan semejante al suyo que podian confabular juntos sin la menor dificultad. Igualmente les procuré otras diversas especies de simientes, que prometieron plantar y cultivar segun mis instrucciones. Entre estas simientes se hallaban manzanas, peras, albérchigos, melones, ciruelas, patatas, berzas, calabazas, cebollas, remolachas, zanahorias, pastinacas, judias, guisantes, etc. Creo que el café, la pimienta, la caña dulce y diversos jéneros de especias surtirian muy buen efecto en estas islas con mucha facilidad y casi sin cultivo.

« La abundancia y la frondosidad de las selvas son una prueba bien patente de la riqueza del territorio de estas islas. Bien sé yo que los terrenos elevados producen madera de sándalo; mas no puedo asegurar en que cantidad. En todas partes se encuentra un gran número y una variedad de escelentes plantas, no solo en los valles y llanuras, sino tambien en las eminencias y casi en las mas encumbradas cimas. Muchas eran del todo estranjeras para mí, y creo que hay algunas poco conocidas de los naturalistas. A buen seguro que se encontrarian varias sumamente apreciadas por nuestros aficionados á objetos científicos. Los cocos y los árboles de pan se remontan á una altura enorme, y sus frutos son mucho mas abultados y sabrosos que cuantos llevo visitados en las demas islas de esos mares.

« Los naturales del grupo de Bergh son favorecidos de un agua muy pura, que desciende en límpidos torrentes de los manantiales de sus montañas; pero raras veces la beben sin que haya circulado por las venas invisibles del coco y sin que haya formado su reservatorio vejetal en el centro del delicioso fruto de este árbol. Purificada así en uno de los mas perfectos alambiques de la naturaleza, la consideran como la bebida mas pura y mas saludable del mundo.

« El clima de estas islas no es nunca sobrado cálido ni frio. Situadas en el sitio donde corre con mas fuerza el viento alisio del N. E., son refrescadas sin cesar por la brisa marina que mantiene la atmósfera en un estado de salubridad favorable á todos los seres de la naturaleza animada.

« Mis conocimientos son sumamentente limitados en lo tocante á los animales que se hallan en el grupo de Bergh, atendido que no he tenido ocasion de visitar su interior. Sé sin embargo que los bosques abundan en aves de diversas

especies; todas agradables á la vista y dotadas en su mayor parte de un canto melodioso. He visto igualmente mucho réptiles de la familia de los lagartos, pero ni una serpiente siquiera. Los insectos son numerosos y brillantes, mas no importunos. Nunca llegámos á percibir un mineral que merezca ser citado. En el interior del arrecife que circunda el grupo entero, las aguas abundan en todo jénero de pescado, que puede cojerse en abundancia, ya por medio del anzuelo, ya con el ausilio del buitron. En los arrecifes, en las hondonadas y en las playas se encuentran diferentes especies de mariscos, entre los cuales hay algunos que esceden á cuantos he encontrado en las demas partes del mundo. No sé un sitio donde el naturalista y el aficionado puedan procurarse una coleccion de mariscos raros, curiosos y apreciables, mas rica que en esas islas. Las ostras perleras son comunes, y las que obtuvímos de los naturales son de la misma especie que las de Soulou. La tortuga verde es asimismo comun; pero júzgo que la tortuga de cabeza puntiaguda es sumamente rara, por cuanto encontrámos muy pocas en el agua, y los naturales poseian muy pocas conchas.

« La *corza marina* (holoturia ó tripang de los Malayos) puede obtenerse en abundancia y de una calidad superior, con tal que pueda contarse con las disposiciones amigables de los naturales; pues de lo contrario el tiempo y el trabajo aplicados en semejante pesca serian del todo inútiles. Si las circunstancias fuesen favorables, podrian hacerse muchos cargamentos de este jénero, y su mayor parte se venderia á un precio muy subido si las muestras que observámos pudiesen servir de norma para juzgar de su calidad en jeneral. Algunas de las que encontrámos, tenian dos pies de lonjitud y diez y ocho pulgadas de circumferencia, y su carne pesaba, sin los intestinos, de siete á nueve libras, cuya dimension es ciertamente superior á la de todos los moluscos de esta especie que he visto en las islas Fidjí, en las Nuevas Hébridas, en la Nueva Zelandia, en la Nueva Bretaña, en la Nueva Guinea, y aun en las islas de la Matanza (1).»

Tales son las narraciones de Morrell, narraciones en realidad impregnadas voluntariamente por el aventurero americano de cierto entusiasmo que huele á poesía. Sin embargo dejando á un lado sus ecsajeraciones, Morrell se ve forzado á añadir que no bien habian transcurrido tres dias desde que se hallaba en el fondeadero, cuando se acercaron á su nave los amables y sencillos isleños de Hogoleu con cuatrocientas piraguas de guerra, entre las cuales habia muchas provistas de abundantes provisiones de guerra. Apesar del buen concepto en que tenia el Americano á sus nuevos amigos, mandó sin titubear un zafarrancho jeneral y dispuso que se virase de ancla á fin de abandonar aquellas aguas. Por manera que aquellos recomenda-

(1) En la páj. 369 del tomo II de esta obra hicimos ya mencion del reciente viaje al rededor del mundo verificado por el contra-almirante Mr. Dumont d'Urville, en el espacio de 1.100 dias y á espensas del gobierno frances, con las corbetas del Estado *el Astrolabio* y *la Zelée*; viaje altamente importante á la jeografía, la historia natural y todas las demas ciencias físicas por los grandiosos y satisfactorios resultados que en él se han obtenido en órden á la esploracion de la Oceanía y de todo el hemisferio Sur, por tanto tiempo olvidado, y aun en la actualidad tan poco conocido. Con efecto, son tan preciosos é interesantes bajo todos aspectos los documentos recojidos por los oficiales adictos á esa espedicion científica en todos sentidos, que no podemos menos de trazar á continuacion una sucinta reseña de los principales trabajos, debidos al jenio de MM. Beautemps-Beaupré, de Blainville y Serres, á fin de que nuestros lectores se convenzan perfectamente de que esta peligrosísima empresa á que ha dado cima Mr. Dumont d'Urville, es sin disputa una de las mas útiles y fructuosas que ha acometido la Francia de un siglo á esta parte.

La hidrografía se ha enriquecido de setenta y tres mapas y cuarenta y dos planos de varios puertos y fondeaderos. La mayor parte de los mapas, trazados por el concurso de observaciones astronómicas hechas así en tierra como en mar, constituyen una coleccion que ha sido calificada por la Academia de ciencias, á quien ha encargado su ecsámen el Ministro de Marina, «como «un monumento científico que será consultado con fru«to durante muchos años por los navegantes de todas las «naciones.»

Las variadas colecciones de historia natural suministrarán á la ciencia, segun la espresion de Mr. de Blainville, una grandísima cantidad de especies raras y enteramente nuevas, cuyo número total asciende á unas 2.200, á saber: 700 aves, 170 réptiles, 400 peces, 1.300 insectos y 567 crustaceos. Por lo que hace á los cuadrúpedos, solo se cuentan unas cuarenta especies: pero es de notar que en un viaje como el del *Astrolabio* y *la Zelée*, que no permite alejarse demasiado de la orilla del mar no es posible hacer colecciones harto importantes de esta naturaleza.

Uno de los resultados mas apreciables de la espedicion consiste en la riquísima y numerosa coleccion de cráneos y bustos de yeso, vaciados sobre el natural, de todas las razas de hombres mas ó menos adelantados en la carrera de la civilizacion. Esta parte interesante de las colecciones del *Astrolabio* se debe enteramente á los trabajos de Mr. Dumoutier. Es cierto que ninguno de los modernos navegantes ha olvidado del todo la historia de la especie humana á través de las razas y variedades que pueblan el mar del Sur, desde la Patagonia hasta la Malasia y la China: pero tambien lo es que desde los viajes del inmortal Cook que dió el ejemplo á sus sucesores, todas las noticias que han suministrado al orbe científico se reducen á algunas descripciones ó retratos raras veces iluminados y mas raras veces aun de tamaño natural. MM. Péron y Lesueur, Quoy y Gaimard, Lesson y Garnot, trajeron ademas de sus viajes algunos cráneos de diferentes razas; pero Mr. Dumoutier ha hecho muchísimo mas, vaciando uno ó dos individuos de cada raza, á veces de entrambos sexos, y dando al yeso la tinta natural. Esto supuesto, fácilmente se echa de ver cuanta habilidad artística debió de ecsijir este jénero de trabajo, por cuanto es mucho mas difícil de lo que jeneralmente se cree; pero tampoco debe pasarse en silencio la imponderable perseverancia y medios persuasivos de que tuvo que echar mano Mr. Dumoutier para inducir á unos hombres mas ó menos salvajes á dejarse tocar la cabeza y el pelo, que entre ellos es reputado casi irreligioso, y por último hacerles mantener la cabeza y el rostro aplicados á una masa de

bles isleños apesar de sus bellas circunstancias obligaban á su admirador entusiasta á darles una despedida con puntas de retirada.

Entretanto el *Oceánico* iba continuando su navegacion. A 5 de junio costeó á poca distancia el grupo de Tamatam, Fanendik y Ollap, pasando á dos ó tres millas de la primera de estas islas. Los naturales nos salieron al encuentro á diez millas de distancia en grandes y suntuosos paros de una construccion elegante y de una marcha superior (PL. LIX.— 1, 2 y 3). La vela en triángulo, la proa y la popa salientes, la plataforma formando en cada lado una especie de camarote, todas las circunstancias indicaban un pueblo bastante adelantado en el arte de la navegacion. Sin embargo á primer golpe de vista reconocimos fácilmente cuanto habian ecesajerado la marcha de esas piraguas los primeros navegantes, estimándolas en veinte nodos por hora, puesto que en lugar de su rapidez fabulosa, apenas andaban siete nodos por un mar tan sumamente duro.

Robustos, activos y bien constituidos, estos isleños abordaron al buque con la osadía de hombres habituados á ver Europeos. Reian á carcajada suelta, cantaban y nos ofrecian varios objetos de la madera misma de sus piraguas, que traian deseos de permutar contra hierro, que llamaban *loulou*. Joviales, antojadizos, honrados y fieles en sus trueques, aquellos salvajes estaban muy lejos de presentarnos las formas flecsibles y sueltas, las facciones dulces y agraciadas, las maneras decentes y reservadas de los habitantes de Otdia, de Uatan y aun de Hogoleu. Las comunicaciones que con ellos tuvimos fueron muy pocas, en razon de que Pendleton quiso cuanto antes hacerse á la vela para pasar á la parte meridional de las Marianas.

Este pequeño grupo parece corresponder á las ISLAS MÁRTIRES de los antiguos mapas españoles; pero hasta en 1801 no fué señalado con entera certidumbre por el Español Ibergoïtia, capitan del buque *Filipina*. En seguida fué reconocido sucesivamente por Freycinet en 1819, por Duperrey en 1824 y por d'Urville en 1828. Compónese este grupo de tres islotes bajos, selvosos, separados unos de otros por muy poco trecho y circuidos de una rompiente cada uno. El grupo entero no tiene mas que seis millas de estension de N. á S. y está situada á los 7° 37' lat. N. y á los 147° 10' lonj. E. (ollap).

Nuestro derrotero era ya del todo libre hasta Gouaham, sin que se encontrase una sola isla. Apesar de esto, no pudimos doblar la punta S. de la isla hasta á 10 de junio; pero al dia siguiente, alcanzado por el Inglés Anderson, antiguo capitan de puerto en aquella residencia, el *Oceánico* llegó á la espaciosa bahía de Apra, donde amarró el ancla á las tres de la tarde.

CAPITULO XXV.

ISLAS MARIANAS.— GOUAHAM.

Gouaham era una diversion y un contraste entre esos árchipiélages poblados de razas primitivas. Esta isla no contiene ya ningun natural de cuerpo medio desnudo y de idioma ininteligible: estábamos en España ó almenos en colonia española: embarcado en la yola para pasar á Agagna, llegando hácia esta puebla cristiana, pude disfrutar de cuantos efectos curiosos y casi nuevos para mí ofrecia aquel espectáculo: torres de iglesia, cruces fijadas en todos los promontorios, edificios que recordaban los pobres arrabales de Manila y el tañido de la campana católica que retronaba en el seno de aquella dilatada atmósfera me hacian esperimentar impresiones un dia familiares y á la sazon casi de todo punto desvanecidas. Tras un año de vida vagabunda, tropezaba de nuevo con el culto cristiano en un grupo aislado en medio de un mar sin orillas; podia aplicar un sentido determinado al menor retintin de aquella especie, ya cuando llamaban á los fieles á la oracion, ya cuando parecian significar: Idos, la oracion está concluida ya.»

No dejó de continuar esta impresion al desembarcar: era un dia festivo para el país, y la poblacion se encaminaba á la iglesia, sobrado estrecha para contenerla toda. Alineadas en prolongadas filas, las mujeres y las mozas caminaban en silencio con órden y recojimiento. Pa-

yeso hasta que se endureciese. Tal es la causa que impidió á veces coronar la operacion de un éxito completo, pues muchos salvajes, no teniendo la paciencia necesaria para aguantar mas, destrozaban la carátula antes de que se hallase bien consolidada. Sin embargo, apesar de todas estas dificultades, Mr. Dumoutier ha conseguido obtener una serie de 54 bustos que comprenden todas las variedades de la especie humana de los paises que ha visitado sucesivamente la espedicion dirijida por Mr. Dumont d'Urville.

Mr. Dumoutier se ha procurado igualmente, ademas de estos bustos, varios cráneos de diversas razas de hombres y aun esqueletos enteros, bien que en esta parte ha tenido que arrostrar obstáculos y dificultades no menos considerables que los del vaciado, por razon del respeto religioso con que todos esos pueblos considerados como salvajes conservan los restos de sus padres. Es tan profundo este respeto, que cierto habitante de las islas Solou, raza la mas feroz de toda la Malasia, á quien Mr. Dumoutier pedia que le procurase un cráneo á precio de oro, decidióse sobre la marcha á ir á decapitar un enemigo para suministrárselo, pero en ninguna manera consintió en sacar uno de ningun sepulcro. El mismo hecho tuvo lugar por parte de un habitante de las islas Viti.

Estos pormenores, verdaderamente curiosos y estimables bajo cualquier aspecto que se consideren, no podrán menos de merecer el aplauso de los naturalistas que se dedican á un estudio detenido y filosófico de la quinta parte del mundo, en tanto que el mundo científico populariza y ensalza el nombre de Mr. Dumont d'Urville, bajo cuyas órdenes se han alcanzado unos resultados tan ventajosos al progreso de las ciencias naturales, norma infalible de la paz y prosperidad de los imperios.

ra amenizar la monotonía de aquella marcha relijiosa, cada una de ellos habia encendido un inmenso cigarro que iban fumando con una gravedad enteramente española. Lo que retardaba el servicio divino, consistia en que habian ido á buscar al alcalde D. Domingo, ó D. Manuel, no sé á punto fijo cual de los dos. Despues de un cuarto de hora otorgado á su dignidad, llegó el señor alcalde, escoltado de seis monacillos y del sacristan. El alcalde era un jóven de gallarda presencia y de buenas carnes, cubierto de un sombrero de paja de Manila, calzado con zapatos y medias, y cubierto con calzones flotantes con una blusa ó una camisa listada (Pl. LX. — 1). Encaminóse directamente á la iglesia con lentitud y majisterio, fué á sentarse en el puesto de honor, y escuchó el oficio divino en latin cual si acertase á comprender alguna cosa. Y sin embargo era un indijena que hablaba una jerigonza de español y de *chamorro*, el antiguo dialecto del país.

Semejantes escenas me embelesaban sobremanera. No cabe duda que aquella poblacion era sumamente miserable poniéndola al paralelo con recuerdos europeos; pero parangonada con sus vecinos de la Oceania, ofrecia un aspecto muy notable de órden y civilizacion. Esas mujeres con la cabeza y pies desnudos, sí, pero cubiertas de una saya y una almilla, decentes y aseadas. esos cigarros en todas las bocas, esas cruces colgadas del cuello, esos tocados semi-españoles, semi-italianos, esas iglesias, esas imájenes en sus pequeños nichos (Pl. LX.— 4), todo sorprendia, todo absortaba, en medio de tan remotos mares, entre aquellas razas misteriosas y diversas, entre aquella confusion de cultos y de oríjenes. No eran menos curiosos los tipos para observados; aquí una especie de dómine, de frente calva y de cabello liso, con el libro debajo del brazo conteniendo todo su saber; allí el natural mimando á su gallo favorito, su gallo de batalla, su fortuna y su diversion; acá el cazador del país, el valiente cazador de ciervos, con su busto desnudo, con sus bragas holgadas y su espadin al lado (Pl. LX.— 2): tales eran las escenas que se ofrecian á mi vista á medida que me acercaba á la ciudad.

Esta si se quiere ciudad, no puede llamarse tal si este nombre se toma rigurosamente en su acepcion europea; pero sí una ciudad colonial, una ciudad marianesa. Las casas son construídas en su mayor parte de aristas y de hojas de cocos, y forman calles bastante anchas y plazas harto regulares. A primera vista se conoce ya que ha presidido á su disposicion un plan de órden y de simetría. Cuéntanse en Agagna cerca de seiscientas casas, entre las cuales hay unas cincuenta solamente de mampostería, pues todas las demas no son mas que casas circundas de una pequeña cerca plantada de tabaco. Estas casas no tienen raras veces mas de dos aposentos separados por un tabique de tallos de bambú ó de cocos. El uno destinado para confabular, trabajar ó columpiarse en la hamaca de dia, y por la noche para dormir los hijos y los criados de la casa. En la otra pieza descansan los jefes de familia bajo la proteccion de algunas imájenes de santos. Las casas, salvo las que son de mampostería, están construídas todas sobre estacas á causa de la estacion de las lluvias, y á algunos pasos de distancia se vé la cocina, pequeño edificio separado de la habitacion principal.

Recojiendo por este tenor algunas noticias preliminares sobre Agagna, llegué al palacio del gobernador D. Medinilla (1) á quien debia mi primera visita así por conveniencia como por necesidad. D. Medinilla me recibió de la propia suerte que recibe á todos los Europeos que se le presentan, con una amabilidad y urbanidad esquisitas. Tenia un no sé que de afectuoso y digno á la vez, de dulce y de serio. No llevando sus preguntas hasta la indiscrecion, se enteró con interés del objeto de mi viaje, y se puso á mi discrecion para suministrarme todas las proporciones necesarias. El palacio en que me recibió en Agagna es construído de piedra y de madera, y sus avenidas están defendidas por ocho piezas de artillería y una pequeña guardia mal armada. Este edificio es espacioso, pero destituído de todo artículo de ornato, salvo un retrato del rey de España y algunos grabados medianos que tapaban las paredes interiores. A espaldas del palacio hay un campo ceñido de

(1) El título de *Don* usado solamente en España como un tratamiento de honor que antiguamente se daba á muy pocos, pero que se ha hecho ya distintivo de todos los nobles y aun de los que no lo son, por efecto de un mero abuso ó tolerancia, debe anteponerse siempre é indistintamente á los nombres del bautismo y en ningun caso á los apellidos, como D. Pedro, D. Diego, D. Bernardo, etc. Así diremos: *D. Federico Carreras*, *D. Pedro Escuder*; mas no *D. Carreras*, ni *D. Escuder*. Sin embargo, los Franceses, que siempre andan muy equivocados en órden á los usos y costumbres de nuestra España, juzgan que el *Don* español equivale al *Monsieur* francés, y que así como este último tratamiento puede anteponerse indiferentemente al nombre de pila ó al apellido, como cuando dicen *M. Alexandre Dumas*, ó solo *M. Dumas*, del mismo modo puede decirse en español *D. Alejandro Dumas*, ó bien *D. Dumas*; sin advertir que el *Don* es un título esclusivamente español, que no tiene equivalente propio en francés, y que el *Monsieur* equivale en romance á *Señor*, de suerte que observan entrambos el mismo uso, y así diremos muy bien, el *Sr. Saura*, ó el *Sr. Diego Saura*; el *Sr Serra*, ó el *Sr. Ignacio Serra* etc. En esta misma equivocacion incurre actualmente Mr. Dumont d'Urville, creyendo que el D. sigue las mismas vicisitudes que el Sr. y que lo mismo puede decirse *D. Medinilla* que *D. José Medinilla*, cuyo error no hemos querido enmendar en lo mas mínimo, bien persuadidos de que el traductor debe hacer una copia fiel al modelo tal como salió de manos del autor, á fin de que resalten con mas evidencia las cualidades del orijinal.

murallas que llamaban el *jardin*. Al atravesarlo rápidamente eché de ver en él un prodijioso número de hermosísimas ananas de que se jacta Gouaham (PL. LXII.— 1).

Ademas de este palacio, Agagna encierra otros establecimientos públicos, como por ejemplo un colejio real (PL. LXII. — 3) y una escuela primaria, donde casi tan solo se aprende á leer y cantar. Ecsisten igualmente dos ó tres hilanderías, las unas francesas, las otras chinas.

Entretanto Pendleton fué asimismo á visitar á D. Medinilla, y en honor de este recomendable jefe que no desconocia el capitan, fuimos testigos de algunas fiestas. La primera diversion fué la de un combate de gallos, pasion de los naturales del pais, que á buen seguro tomaron este juego cruel de los Malayos. La segunda, mas nueva para nosotros y mas característica, fué la representacion de danzas mejicanas cuyas tradiciones importadas sin duda en otro tiempo por los galeones de Acapulco se habian perpetuado en las islas Marianas. Ya mucho antes que á nosotros, se habia dado este espectáculo á M. Freycinet y á los Franceses de la *Urania*. Eran los actores unos alumnos del colejio de Agagna, cubiertos de vestidos recamados que los jesuítas encontraran un dia en los templos indíjenas de la Nueva España. Esos bailes, especie de pantomima alegórica (1), fueron ejecutados ante el palacio del gobernador, en una plaza alumbrada por antorchas y morteretes llenos de resina. Veíase figurar en ellos el emperador Motezuma con la diadema imperial en la cabeza empuñando un abanico de plumas y seguido de algunos pajes ricamente vestidos. Tras este grupo venian con la frente ceñida de una corona y cubiertos de vestidos igualmente ricos, doce bailarines, entre los cuales se dignaba inmiscuirse el emperador. Todas estas parejas danzaban con gravedad, ora formadas en cuadro, ora desplegándose en semicírculo, ora disponiéndose en una especie de X. De los bailarines, unos tenian abanicos, otros castañuelas. En el segundo acto, los doce actores se apiñaron de dos en dos, teniendo cada pareja el cabo de medio aro muy grande, guarnecido de brillantes sederías. Solos ó reunidos con el emperador ó sus pajes, ejecutaron diversas y graciosas figuras, produciendo cada una un efecto pintoresco, de suerte que los aros dibujasen guirnaldas, arabescos y festones. Finalmente la danza se finalizó con algunas evoluciones guerreras, entremezcladas de pernadas grotescas y de farzas burlescas de los graciosos. Enmascarados y vestidos segun la usanza mas ridícula, estos graciosos traian un sable de madera con que espadachineaban á derecha é izquierda, y su blanca carátula tenia dimensiones diformes y desproporcionadas.

A estos bailes que dibujaban casi por entero la historia de la vida del infortunado Motezuma, sucedió una especie de juego de cintas semejante al que se practica en las provincias meridionales de Francia. Fijóse en tierra un palo con ocho ó doce cintas largas y anchas en su punta, las unas encarnadas, las otras amarillas ó azules, pues los colores eran mas ó menos variados, segun el número de los bailarines. Cada comparsa tenia la estremidad de una cinta, y debia jirar en redondo pasando alternativamente del que estaba á su derecha, y por detras del que venia despues. Los bailarines de número par jiraban en un sentido, y los de número impar en otro; de cuyos pasos y contrapasos, ejecutados en torno del palo, resultaba un enrejado ó entretejido cuya gracia nacia de la diversidad de colores y de la regularidad del dibujo. Para despojar el palo, los bailarines se entremezclaban por segunda vez, pero en sentido contrario y con una habilidad bastante grande para no embrollar las cintas. Todos los caballeros pares son guiados por un jefe, y los impares por otro. Aunque de suyo muy sencillo, este baile parece á primera vista muy complicado, por razon de la multitud de cordones que se cruzan rápidamente á derecha é izquierda, formando unas combinaciones cuya marcha no puede observarse con harta facilidad.

Los bailes nacionales no son tan curiosos ni ecsijen tanta destreza, pues todos se reducen á pasos carentes de gracia, de decoro y de simetría. El mas célebre es el llamado *el baile de los anticuos*, que sin duda es de tradicion entre los naturales, y de cuyas combinaciones se deduce una nueva prueba del ascendiente que en estas islas ejercieron algun dia las mujeres sobre los hombres. Sus evoluciones forzadas y sus jestos poco agraciados presentan un cuadro bien marcado. Un jóven con la cabeza cubierta de un sombrero de paja puntiagudo lanzóse á la arena armado de un palo, y en un discurso enérjico retó á sus adversarios, quienes no contestaron una palabra. Entonces las mujeres le coronaron y depositaron á sus plantas algunos frutos y telas en premio de su fácil victoria. Los bailes de los niños eran muy diferentes, y se asemejaban en algo á la chega de los negros.

El baile gusta muy poco á los Marianeses, y, ni mas ni menos que todos los criollos españoles, solo tienen una pasion real, que es la del *farniente*. El estado mas apetecible para ellos es la inercia y la inmovilidad; de manera que solo mudan de sitio cuando están obligados á ello. Esta indolencia es llevada á un grado increíble. Un viajero nos referia, entre otras pruebas que podrian servir de apoyo á este aserto, que aca-

1) Véase la pág. 51 del tomo II.

baba de comprar á un Marianés, y al precio bastante módico de un peso, un porquito. Satisfecho el precio, el viajero deseó que le llevasen la mercancía al bote, que solo distaba unos doscientos pasos del sitio donde quedaron acordados. Empero, habiendo manifestado este deseo, el Marianés se retractó inmediatamente. «Oh! dijo, para transportarlo hasta allí vale un peso mas;» y se recostó tranquilamente á la sombra para fumar su cigarro.

El baile es pues del todo antipático á este pueblo perezoso, que solo se entrega á él en las ocasiones solemnes. Pero en cambio la música constituye uno de sus mas dulces pasatiempos. El Marianés se despierta, descansa y se duerme cantando. Estos cantos son en jeneral dulces, lánguidos y armoniosos: son *trios*, *boleros* ó algunas *seguidillas*, aunque comunmente el natural prefiere á lo que anima lo que amodorra. En las islas Marianas, todo el mundo trina así. Casi siempre se componen las coplas nacionales en honor de algun santo del paraíso, ó en memoria de algun suceso de importancia, como por ejemplo la llegada de una embarcacion.

Despues de los bailes ejecutados por los naturales de las Marianas, presenciámos otros que tenian un carácter del todo opuesto, los de los Carolinos. Los Carolinos con el ausilio de sus piraguas rápidas y coquetas no temen salvar las doscientas leguas que separan su archipiélago del de las Marianas. Por medio de las estrellas y servidos por la direccion de los vientos se aventuran á un mar comunmente proceloso, y casi siempre llegan á buen puerto. Durante mi permanencia observé unos diez de esos paros carolinos que hacian el servicio del cabotaje de las Marianas. Ájiles, esveltos y atrevidos, los marinos que montaban estas barcas nos dieron un espectáculo de sus bailes nacionales, tan vivos, alegres y petulantes, como lentos, muelles é indecisos eran los bailes marianeses. La fiesta era sin embargo mas solemne para los actores que para los espectadores. Armados de palos, se sonreian, daban pernadas, jugaban y se divertian. Reunidos al principio en dos columnas, los bailarines entonaban un canto acompañado de jestos graciosos y movimientos lascivos; pero en breve sucedió á esta escena erótica un canto mas alegre. Tomábanse por la mano, corrian en redondo, daban mil brincos, aplicando cada uno el pie al muslo de su vecino y pidiendo á los concurrentes si estaban contentos de sus esfuerzos.

De esta suerte se pasaron algunos dias de fiesta, durante los cuales Pendleton consintió en olvidar su *Oceánico*; pero así que le fué posible, el vijilante capitan regresó á bordo dándome seis dias de tiempo para completar mis reconocimientos sobre Gouaham. La bondad del gobernador me procuró una semana de distracciones á cual mas deliciosa. Mi primera correría tuvo por objeto la aldea de Mongmon, situada á poca distancia de Agagna sobre un territorio fértil, pero mal cultivado: el maíz, el arroz y el tabaco constituyen la base de sus esplotaciones agrícolas. Al llegar á Mongmon fuí á visitar la primera autoridad del país, una especie de correjidor, el *gobernadorcillo*, que me recibió empuñando el baston de mando, insignia de su dignidad. En seguida fuí presentado á su mujer, marimacho acurrucado sobre el piso de su cabaña y en medio de un grupo de niños medio salvajes, la cual respondió sin dejar su cigarro á la fórmula de introduccion que habia aprendido en Agagna. En cuanto hube pronunciado: «*Ave María Purísima*,» la señora alcaldesa tartamudeó sin levantar los ojos: «*Sin pecado concebida*,» lo que fué todo cuanto pude obtener de ella, apesar de los esfuerzos que hacia el bueno de su marido para hacer mas animada la conversacion. Asimismo visité la deliciosa aldea de Sinabagua que domina toda la comarca; la de Sanvitores, sitio ilustrado por la muerte del misionero de este nombre, apóstol de las Marianas. En la bahía de Tomon y en el sitio mismo del martirio se ha erejido un altar donde mas de un Marianés verifica anualmente una piadosa romería. Yo pasé á él por mar con el secretario del gobernador, admirando los copados árboles que orillan la playa, y sobretodo los innumerables *cycas* (especie de palmera cuya fécula es semejante á la del sagú) que se hallan en los alrededores de la bahía Taynanesto. Aunque nuestra navegacion tuvo lugar en medio del dia, acercábanse á nuestro barco nubes de murciélagos. Llegados á Tomon visitámos aquellos sitios venerados, y un sacerdote del país nos refirió sobre el mausoleo mismo el misterio de Sanvitores y sus milagrosos resultados. Apenas, decia aquel buen pastor, descargaron á Sanvitores el golpe mortal, cuando su alma, salvando las distancias y llevada en alas de los vientos, llegó á su patria y anunció en ella el infortunio acaecido. Todas las iglesias fueron enlutadas; las campanas tocaron por sí mismas, la corte se puso luto: parecia una calamidad jeneral. Ocho ó diez meses despues, Gouaham fué conmovida por dos ó tres terremotos, cuya causa no era por cierto desconocida: el crímen de Matapang debia ser espiado. Despues de haber recojido en el teatro mismo de la catástrofe esas piadosas tradiciones, nos dirijimos por una vereda escabrosa á la aldea de Guaton, allende la que se encuentra la punta de *Los Amantes*, célebre por una aventura romancesca. Toda esa parte del territorio de Gouaham es de una fecundidad prodijiosa: con un poco de trabajo se-

ria un manantial inagotable de riquezas, pero los indolentes Marianeses no cultivan mas que el pedazo necesario para subvenir á su subsistencia, y en verdad que con poco tienen bastante. Por otra parte, aun cuando no pensasen en su alimento, la naturaleza se lo suministraria por sí misma, pues en toda la estension del país prodiga las raíces nutritivas y los *cyces* ó *federicos*, que son un recurso inagotable. Atravesando de paso estas llanuras, fuimos testigos de la operacion con que preparan el cyca, á fin de quitarle sus cualidades ponzoñosas por medio de la maceracion.

En todas esas aldeas nos prodigaban la hospitalidad mas alhagüeña, merced á la presencia de mi compañero de viaje. En todas partes acudian los habitantes con algunos presentes; estos ofrecian gallinas, aquellos huevos. En vez de recibir estos objetos gratis, los satisficimos con algunos pesos, lo que pareció colmar de alegría á aquellas buenas jentes. Desde luego nos dieron el espectáculo de una pesca: la que ecsije mas cuidado es la del *magnahak*, sabroso pececillo de que los Marianeses hacen un consumo prodijioso. Este pez tiene una época de paso: cuando llega, todos los habitantes del litoral se ponen en movimiento. Nosotros asistimos á una de esas pescas: hombres y mujeres, todos se hallaban en el mar sin esceptuar los jóvenes de diez y siete á diez y ocho años, que se habian quitado su almilla anudándola al rededor del cuello, lo que las dejaba casi desnudas.

Visité sucesivamente en Agagna el almacen jeneral, las casernas donde hay una parte que sirve de hospital, un hermoso puente de piedra y un soportal sostenido por pilares de mampostería que sirve para abrigar á los operarios del gobierno ó para poner las piraguas á cubierto de los rayos solares. Pero de todos estos edificios el mas suntuoso así en su conjunto como en sus detalles era el colejio (Pl. LXII. — 3), fábrica regular que se compone de dos alas y de un casco con pequeñas ventanas y una puerta en arco.

Habia visto ya Agagna, la capital de Gouaham; pero todavía me faltaba ver Umata, la segunda poblacion de la isla, célebre por muchas recaladas científicas. Siempre interesado por mí, el gobernador no permitió que hiciese esta correría solo: dióme su mayordomo para acompañarme, con la órden de poner á mi disposicion el palacio de Umata.

Al dia siguiente partimos para aquella residencia con el equipaje mas singular que puede imajinarse. Mi guia el mayordomo abria la marcha con su mujer, llevando algunas bananas para amenizar la monotonía de la caminata; seguia despues el mayordomo montado sobre un buey embridado por las narices, al paso que recostado en una hamaca llevada por dos naturales, y á cubierto de los rayos solares por medio de un inmenso quitasol, adelantábame yo cual verdadero sibarita por un sendero árido y arenoso (Pl. LXII. — 2).

Despues de una caminata de tres horas llegámos á Umata, trayendo mas deseos de hallar un abrigo contra los rayos solares que visitar la residencia. Sin embargo antes de entrar en palacio tuvimos que aguantar la plática del hombre que lo guardaba, de un *sarjento de la milicia*, funcionario muy chocante por su orgullo español y por el profundo desprecio que afectaba para la poblacion de las Marianas. Este hombre, antiguo militar del ejército de La Serna en el Perú, habia abandonado aquella comarca despues de la derrota de Cantazada, y refujiádose en las Marianas, donde casara con la hija del alcalde de Tinian, mujercita bastante fresca y avispada. A cada momento se jactaba con el gobernador de ser los dos únicos Españoles verdaderos que se hallaban en la isla, y trataba con un profundo desprecio al resto de la poblacion, que en su concepto no eran mas que *chamorras*, nombre de las razas primordiales y de sus diversos cruzamientos. Sarjento de la milicia, me enteró por puntos y comas de su jerarquía. Segun él, la fuerza armada de las Marianas se componia entonces de ciento sesenta hombres, divididos en tres compañías compuestas del siguiente modo: un *sarjento mayor* que es Don Luis de Torres, célebre por las relaciones de Kotzebue, Chamisso y Freycinet; tres capitanes, tres tenientes, tres *alféreces*, nueve sarjentos, tres *cabos*, y el resto soldados rasos. La paga del sarjento es de seis pesos mensuales; la del alférez de ocho; la del teniente de diez, y la del capitan de doce. Sin embargo ningun oficial ni soldado cobran un cuarto, pues sus asignaciones eran saldadas en objetos procedentes de Manila, y vendidos á precio muy alto por el gobernador mismo. En las islas Marianas no hay mas que tres alcaldes propietarios, los de Agat, de Umata y de Rota, pues el de Tinian solo es honorario. La paga de esos funcionarios solo es de doce pesos mensuales; pero estos pesos solo constituyen los menores productos de su destino. No parece sino que en todos los paises del mundo hay un sueldo reconocido y otro sueldo oculto.

Tras esta corta conferencia entrámos en el *palacio*. Este palacio de Umata, ó *casa real*, era un edificio bastante notable que alzaba con cierto orgullo su hermoso techo de tejas encarnadas sobre el miserable bálago que lo flanqueaba á derecha é izquierda. Este palacio se compone por una parte de un cuarto bajo y de un primer piso con un terraplen, y por otra parte de un cuarto bajo en los jardines, de suerte que

el uno es cuarto bajo de delante con respecto al otro. El edificio está construído de piedra y de madera y de palo de teck, desgracia de seguros, lo cual motiva sin duda que las bigas que sostienen el edificio hayan sido labradas con bastante grosería. Los tablones que forman los pisos son igualmente muy desiguales, apesar de la edad y de los tudimentos que han debido sufrir. Por lo demas, el palacio es tan robusto y tan fuertemente enclavijado en el suelo, que los terremotos, tan frecuentes en las Marianas, apenas han conmovido su armadura, ó dislocado algunas carreras que actualmente hacen mas pintoresco el conjunto (Pl. XL. — 3). La puerta del palacio, ó mas bien su vestíbulo, sirve de soportal público á Umata. Bajo el real peristilo pernoctan y hacen sus meriendas los cazadores de ciervos, acostándose y durmiendo sobre el duro suelo. En el mismo sitio se hallan las mujeres abrigadas de dia contra el sol ocupándose en trabajos manuales, al paso que los hombres con el cigarro en la boca y dispersos por acá y acullá, confabulan entre sí, ó se abandonan al soberano bien de los Españoles, el placer de no hacer nada.

El sarjento de la milicia habia ido á prevenir el alcalde, quien me hizo los honores de la casa real. En cuanto á mí, me abrieron los cuartos del primero, que consistian en un salon flanqueado de dos aposentos y de otras piezas pequeñas. Alojáronme en la sala principal, y me dieron por cama un viejo canapé de junquillo que gruñia bajo mi peso. Esta sala era abierta á las brisas marinas, y solo dejaba ver el sol poniente en las vastas aguas de la bahía dorada por sus reflejos (Pl. LX. — 1). Una cruz de madera, unas gradas, una especie de desembarcadero; á lo lejos la playa orillada de cocos; mas allá el pobre y mezquino fuerte San Angel: tal era la vista esterior. En la sala habia una inmensa mesa de teck macizo que causaba otras impresiones. A buen seguro que á la época en que la España tenia en su mano el monopolio de las grandezas marítimas, cuando sus galeones cargados de oro y plata iban á anclar en aquellos parajes en su travesía de Acapulco á Manila, al rededor de aquella mesa se sentaron muchas veces oficiales y pasajeros, relijiosos y marinos, seculares y eclesiásticos. A buen seguro que aquellos antiguos navegantes, que entonces se aventuraban á unos mares casi desconocidos, olvidaron de todo punto, acodados sobre la mesa, los peligros pasados y venideros. El vino á cántaros, las tajadas de ciervo servidas como en un banquete homérico, los cantos, las carcajadas, las talegas de oro y plata rodando por el pavimento, las preciosas mercancías amontonadas en los rincones de aquella sala; tales eran las escenas que se presentaban á mi imajinacion á la luz dudosa de mi lamparilla; á aquella hora en que el pensamiento tiene mas vuelo para salvar las distancias de épocas y para meditar acontecimientos antiguos. Por lo demas, en la actualidad nada ofrece aquel recinto que dé márjen á prolongadas ilusiones. Los huéspedes mas ordinarios de la vivienda real son algunos perros que vienen á olfatear al estranjero, y que atestan las salas de sus inmundicias. Los rústicos son igualmente unos visitadores altamente incómodos é infatigables.

Al siguiente dia visité mas detenidamente Umata. El edificio mas considerable despues del palacio es la iglesia, fábrica bastante sencilla, sin torre alguna, y precedida de una especie de gradas con una docena de escalones (Pl. LXI. — 1). Estas gradas se hallaban á la sazon guarnecidas de fieles que entraban en ringla para oir los sagrados oficios. A poca distancia de la iglesia se veia un convento antiguamente poblado de relijiosos, pero en la actualidad desierto y medio arruinado (Pl. LXI. — 3). Sus materiales se componian asimismo de mampostería y de maderámen. Desde su tejado se descubre un punto de vista magnífico. Ademas de estos dos edificios, ecsisten en Umata, un hospital, un vasto sotecnado para las embarcaciones, otro que sirve para los juegos de los naturales, dos escuelas, la una para los niños, la otra para las niñas, y las fortalezas que dominan la bahia.

La situacion de la aldea es deliciosa. Sus casas de madera, cubiertas de hojas de palmera y levantadas dos ó tres pies sobre el nivel del suelo (Pl. LXI. — 2), son alineadas en dos filas á cada lado del camino, en medio de bosques de cocos y sotillos de naranjos. Los frutos de estos últimos árboles son escelentes; en parte alguna la naranja tiene mas jugo ni mas sabor. Al pasar por debajo de aquellos arcos de verdor no pudimos menos de cojer y comer algunos.

El dia que pasé en Umata, fué lleno para mí de agradables distracciones. Con un fusil al hombro recorrí las cercanías plantadas de taro, de tabaco y de bananas, y á mediodía, cuando la fuerza del calor ecsijió un alto, tomé un baño delicioso en un límpido arroyuelo sombreado por un inmenso toldo de mambúes. Toda aquella campiña es de una fecundidad prodijiosa, pero la pereza de los habitantes no sabe utilizar sus recursos. En otras manos el terreno produciria en abundancia arrow-root, patatas, sagú, azúcar, café, algodon, y quizás la nuez moscada; pero los Marianeses menosprecian todas esas esplotaciones: caracterizados por una apatía increíble, no tanto son amigos de las riquezas como enemigos de un trabajo manual, y para dar una prueba evidente de esta pereza escesiva, basta decir que en toda la estension de la isla, la tierra solo tiene valor positivo donde se encuentran

cocos estimados á un peso el pie. Todos los demas terrenos pertenecen á quien desea cultivarlos, para lo cual falta hacerse un recurso al gobierno, quien los cede sin ningun precio y sin el menor foro anual.

Los habitantes de Umata son poco ricos, pero joviales, pacíficos y contentos con su suerte. La aldea encerraba unas 300 almas. La devocion y el galanteo parecian constituir los dos grandes resortes de las mujeres, que saben conciliar singularmente una y otra de estas pasiones. Todo manifestaba en aquel pueblo los profundos vestijios que habian dejado en él los usos y costumbres españolas: no ecsistia ya ninguna antigua costumbre local; la vida primitiva se habia fundido en la vida de los conquistádores, y era de todo punto imposible discernir el menor resabio. La fortuna de aquellas buenas jentes consistia en la posesion de algunos cerdos y aves caseras que vagueaban por los afueras de su domicilio. Hallábanse en gran parte cubiertos de lepra, enfermedad muy comun en toda la isla, igualmente que las úlceras y los lamparones.

En Umata como en Agagna, y como en toda la isla, los asuntos relijiosos ofuscan y anulan todos los demas. No son usos ni costumbres lo que se pide á los hombres y á las mujeres, sino prácticas piadosas: con tal que cumplan ecsactamente con la misa, fácilmente les perdonan sus defectillos. En las Marianas, como en todos los países españoles, los maridos están sumamente zelosos de sus mujeres; pero en cambio las señoritas gozan de una libertad bastante lata. En las aldeas el fallo está á cargo del alcalde, y la ejecucion corre por cuenta de los *gobernadorcillos*. Estos juicios no admiten apelacion en cuanto á los negocios de poca entidad; mas los grandes criminales son enviados á Manila, donde juzgan y califican sus delitos. Las cuotas percibidas en las ciudades están subordinadas á ciertos reglamentos, pero en los pueblos foraneos están sujetas á la discrecion y antojo de los alcaldes.

Entre las cualidades de los naturales, no debe pasarse en silencio, entre los que figuran en primera linea, el respeto que profesan á sus padres, sin que la edad sea escusa suficiente á la inobediencia. Los hijos de cuarenta años tiemblan á una reprension de su anciano padre, y nunca pronuncian su nombre sin acompañarlo de la palabra *señor* y de un lijero acatamiento. Las madres amamantan casi siempre á sus hijos: los hombres pueden casarse á la edad de catorce años, y las niñas á la de doce, bien que estos precoces himeneos son bastante raros. El número de hijos en una familia, tomando el término medio, es de tres á cinco. No faltan algunos ancianos que tienen de veinte á treinta hijos, y M. Arago, dibujante de la *Urania*, hace mencion de una mujer que tenia 137 vástagos de todos grados. Desgraciadamente toda esta sangre está infestada de lepra, vicio hereditario que los hidalgos marianeses se transmiten de jeneracion en jeneracion.

El traje de los hombres y de las mujeres es semejante al de las provincias españolas. En lugar de mantillas, las mujeres traen en la frente un pañuelo que les cae por las espaldas. Los cabellos anudados muy abajo y recojidos en la espalda, á veces un sombrerito de hombre rebajado hasta la oreja, y el corsé que deja desnudas una parte de sus formas, todo comunica á las Marianesas cierto aire atractivo y agraciado. Su tinte es amarillo, sus dientes en jeneral gastados por el uso del betel, y quizá tambien por el abuso de esos enormes cigarros que tienen á veces seis pulgadas de largo sobre ocho á nueve líneas de diámetro. La reserva no parece la virtud mas comun entre aquellas mujeres. Los Franceses de la *Urania* pudieron cerciorarse de ello por muchas ocurrencias, de las que podrémos citar la siguiente, por la cual podrá juzgarse de las demas. Al N. de la ciudad corre un riachuelo poco profundo y sombreado por encumbrados cocos, donde las mujeres y las muchachas de Agagna acostumbran bañarse casi todos los dias. Zelosos de los placeres del baño, beneficio inapreciable bajo aquel cielo abrasador, los oficiales de la *Urania* fueron en busca del rio, y en cuanto lo encontraron, al principio se espantaron. La hora de la llegada de los Franceses era la señal de la partida de las Marianesas; pero poco á poco se fueron habituando á aquellas nuevas cataduras, y en breve el baño fué comun. En consecuencia casadas y solteras se arrojaron al agua enteramente desnudas, lo cual no podia menos de parecer estraño á unos hombres educados en los hábitos del pudor europeo.

Otras escursiones siguieron á mi visita á Umata: en una de ellas, acompañado del secretario del gobernador, llegué hasta Pago, villorio situado en la costa oriental de la isla. De paso debiamos visitar el cortijo real de Tachogna que se halla en el centro de la isla en una comarca salubre, fértil y pintoresca. Despues de haber atravesado Sinahaga, aldeilla que tenia ya vista, y á Famé, de la que solo restan algunos escombros, llegámos al cortijo. Fundado antiguamente por los jesuítas, fué en un principio floreciente, y ya se habia levantado á poca distancia una aldea entera, rica y poblada, que parecia iria adquiriendo una importancia mas considerable aun, cuando un huracan destruyó las plantaciones, derribó las casas, y esparció la miseria y la consternacion por un pueblo que poco antes respiraba riqueza y alegría. Es verdad que desde entonces se ha intentado restaurar

las casas y dar nuevo principio á los cultivos; pero estas tentativas han sido parciales y poco seguidas. El cortijo de Tachogna no tiene actualmente otra importancia que la del ganado que cria. Para ir á Pago desde Tachogna, debe tomarse á través de la selva un estrecho sendero cuyo paso obstruye el follaje de la arboleda. A cada paso se descubrian en aquellas profundas selvas vestijios de villorios, entre los cuales los de Fagto, Tagon, Pomod, Tinaka y Agoan son los mas considerables. Sin embargo desde esta última localidad hasta Pago no se encuentra mas que un bosque inmenso. Pago es un pueblo bastante considerable, que contiene un palacio para el gobernador, una iglesia y un convento, edificados antiguamente por los jesuítas: D. Luís que mandaba á la sazon en aquel distrito nos dispensó la acojida mas satisfactoria.

Merced á su bondad y á su hospitalaria conducta, al siguiente dia tuvimos el placer de una suntuosa caza que nos condujo á los alrededores de Merisso. Al rayar del alba nos ballábamos congregados en número de doce, entre cazadores indijenas y europeos, unos armados de fusiles, otros de estacas, de machetes y de una soga de nudos corredizos que debia tenderse en senderos practicados al objeto. Comunmente el cazador se pone al acecho del ciervo, en el punto de seccion entre la montaña y la llanura: lánzanse los perros en pos del animal y le persiguen á macha martillo hasta que cae en una emboscada. Sin embargo, sucede á veces que todos los cazadores le acosan; mas si lo persiguen cerca de la orilla se arroja al agua, se hace mar adentro y se vuelve á tierra hasta que ha desaparecido el peligro. Cuando sopla un viento fuerte, la caza es mucho mas fácil que en tiempo de calma: la época mas favorable es desde el mes de junio hasta el de octubre.

Nuestra empresa fué feliz; apenas llegámos á la altura de Merisso, cuando nuestros perros descubrieron en el fondo de la selva cuatro ciervos que dispararon en la direccion de la montaña. Uno de ellos fué muerto á paso por un indijena, diestro tirador, que le apuntó á gran distancia. Un segundo, fatigado por nuestros perros, se arrojó á nuestra vista en un estanque donde le acribillaron á balazos (Pl. LXI.—4). Satisfechos de nuestra espedicion, volvimos á Merisso por la tarde para empalagarnos con los trofeos de aquella escelente caza.

Cuando un cazador aislado mata un ciervo, corta al animal en dos partes con el ausilio de su machete; suspende cada mitad de una larga palanca que fabrica con una rama de árbol y que se pone en equilibrio al hombro, y cargado de este peso regresa á su vivienda. Todos los años matan en Gouaham un gran número de ciervos, que á veces asciende á ochocientos, mil y hasta mil doscientos. Apesar de tan enorme mortandad y no obstante de prodigarse á manos llenas las corzas y los cervatillos, parece que su número no ha esperimentado un decremento considerable. Los animales de esta especie que han llegado á todo el medro de que son susceptibles, pesan hasta trescientas libras.

La caza del ciervo no es la única que se practica en Gouaham. Encuéntranse igualmente bueyes, cerdos y cabras monteses, aunque estas últimas en número insignificante. Con respecto á los bueyes y á los cerdos, como forman parte de los bienes del Estado, está rigurosamente prohibido darles caza, á menos que pueda obtenerse permiso del gobernador. En Gouaham no se matan mas que las vacas necesarias á la guarnicion. La caza del javalí se hace con el ausilio del galgo corredor y del modo mas sencillo: por lo comun bastan dos hombres armados, el uno de un machete, el otro de una pica. Comiénzase por lanzar los perros, y en cuanto se oyen los primeros ladridos, el azuzador los hace replegar en el sitio de donde procede el ruído, y desde luego el javalí se vé rodeado por la jauría que se estrecha hasta el punto de imposibilitar la fuga á la caza. Cuando el javalí es grueso y gordo, lo matan, pues de lo contrario lo dejan escapar. El primero que se coje, ordinariamente lo abandonan á la discrecion de los perros como ralea. Cuando se vé cercado por todos lados, el animal se defiende terriblemente; pero el azuzador lo coje sin mucha dificultad por los pies traseros. A los solos ladridos de los perros, los azuzadores reconocen si el cerdo es grueso ó pequeño.

De regreso á Agagna, el dia fijado por el puntual Pendleton, apenas tuve tiempo de despedirme por último del gobernador y pasar á un paro carolino que debia trasladarme á bordo, por cuanto el capitan habia dado ya la señal de leva. Por cuyo motivo no pude menos de satisfacer mis deseos de visitar las islas curiosas de Tinian y de Rota, que contienen vestijios de grandiosos monumentos pertenecientes á la era primitiva de las Marianas, escombros colosales que arguyen una civilizacion suntuosa en un país cuyas fábricas actuales son tan pobres é insignificantes. Es cierto que traía deseos de indagar con mas ecsactitud el estado de aquella comarca que los marinos y los artistas de la *Urania* no habian hecho mas que tocar someramente: pero la falta de tiempo no me dejó llevar á cabo mis proyectos, y de consiguiente tuve que contentarme con el reconocimiento practicado en comun por MM. Bérard, Gaudichaud y Arago, el uno oficial, el otro naturalista, y el tercero dibujante de la *Urania*.

Estos tres investigadores partieron de Agagna

22 de abril de 1819 en una pequeña escuadra, compuesta de ocho paros, tres carolinos y cinco marianeses; los primeros mucho mas finos veleros que los segundos. Apenas se habian embarcado los viajeros, cuando ya presenciaron la destreza de los pilotos. Con un pequeño sloop, los paros arriaban cuatro nodos por hora; y sin embargo nadie cuidaba del timon. Un solo hombre habia en la escota que maniobraba la piragua y cargaba la vela. Sin embargo habiendo arreciado el viento á mediodia, fué preciso mudar de bordada para navegar hácia la costa y bordear en seguida para pasar al fondeadero vecino en el O. de Ritidian.

Durante esta travesía, M. Bérard mató cuatro pájaros, pero sus tiros metieron el miedo en el ánimo de los pilotos carolinos, quienes miraban el fusil del oficial con espasmo y atencion aplicando al arma el nombre de *pak*, y al oficial al de *Birar-Pak*. En cuanto acababa de tirar, arriaban la escota, y uno de los individuos se arrojaba á nado con una amarra en la mano para ir á buscar la caza. Los Carolinos son tan diestros nadadores, que les es del todo indiferente tener la cabeza dentro ó fuera del agua: diríase que la mar es su elemento favorito. El cazador abandonó la caza á su discrecion, por otro lado no muy buena de comer, y la paladearon cual provecho inesperado.

Entretanto la flotilla alcanzaba el fondeadero, y los Franceses desembarcaban para pernoctar. Algunos Carolinos se lanzaron á nado de antemano y al llegar á tierra mondaron mas de cincuenta cocos, encendieron una grande hoguera y cocieron su caza marina. Para esto no hicieron mas que quitar las plumas mas largas, y pasando un pedazo de madera en el pico de las aves, las volvieron y las revolvieron sobre el fuego hasta que estuvieron bien cocidos. Finalizada esta operacion, empezaron á comer á dos carrillos, despues de haber convidado con todo comedimiento á los viajeros, quienes pernoctaron en la cabaña de un isleño.

Al dia siguiente volvieron á emprender la marcha á las siete, en medio de un tiempo incierto y proceloso. Cuando aparecia algun chubasco en el horizonte, la tripulacion carolina se agachaba, y batiendo por intérvalos con la mano abierta la otra mano medio cerrada, mandaba á las nubes que se alejasen, y pronunciaba á media palabra y con mucha uncion algunas voces rápidas que reiteraban periódicamente y como por estribillo. M. Arago logró trasuntar la siguiente plegaria:

Léga chédégas, léga cheldi léga, chédégas léga chédégas, légas cheldi léga chédégas, léga chédégas mottou.

Oguéren quenni chéré péré peï; oguéren quenni chéré péré peï.

En el decurso de toda aquella navegacion, los Carolinos se mostraron ávidos y tragones. Incesantemente estaban molestando á los Franceses paraque multiplicasen sus banquetes, bien persuadidos de que les abandonarian sus relieves, ya fuesen algunos bocados de volatería, ya algunas migajas de pan. Solo hubo un plato que no quisieron catar, y fué el del cuervo, por razon de que esta ave frecuenta los cementerios y se alimenta de carne humana. Sus provisiones de campaña consiste en cocos sazonados, que constituyen su alimento habitual. Todos los individuos de aquella tripulacion estaban animados de jovialidad y de buen humor, en términos que desde la mañana hasta la noche estuvieron cantando ó salmodiando.

Los Franceses dieron fondo en Rota mucho antes de anochecer. Al caer la noche los paros se colocaron uno junto á otro arreglándose por mutuas señas hechas con una bocina, instrumento que nunca se echa menos en las piraguas de los Carolinos y que arroja el sonido á una distancia considerable. Deseando provocar de parte de los habitantes de la isla con una señal que pudiese facilitar el baradero, M. Bérard disparó un escopetazo; pero solo contestaron desde la playa con encender una grande hoguera, y despachar una piragua que parecia acercarse con muchísimo miedo. Llegó por fin, y M. Arago, sobrecojido del marco, manifestó deseos de embarcarse en ella; pero en cuanto hubieron andado algunas brazas, cuando la piragua zozobró, y sin los esfuerzos de un intrépido Carolino que se arrojó al mar con ánimo de salvar al artista, quizás hubiese perecido en el naufrajio. Por último, merced á la intervencion de una embarcacion de mayor porte, nuestros viajeros desembarcaron sanos y salvos, y encontraron un asilo en casa del alcalde que les dispensó la acojida mas cordial, especialmente al tener conocimiento de las cartas del gobernador D. Medinilla. Todo el influjo de esta recomendacion superior, apenas fué parte á calmar el país que, al oir al fusilazo disparado por la noche, se alarmara sobremanera tomando á los Franceses por insurjentes de la América española.

Nuestra permanencia en Rota fué corta, pero agradable. Mientras el naturalista y el oficial reconocian el interior de la isla, el dibujante bosquejaba diversos puntos de vista, entre los cuales se hallaba una de esas ruinas antiguas que no pueden menos de absortar al observador así por sus proporciones como por la naturaleza de los materiales empleados (Pl. LXIII. — 1). Estas ruinas se hallaban situadas en el recuesto de una montaña. Veíanse en ellas escombros de colum-

nas de tres pies de diámetro, cuya disposicion parecia indicar un solo edificio redondo de unos ochocientos pies de circumferencia. Ni un resabio de escultura se observaba en aquellas piedras: varios cascos de roca y plantas parásitas obstruian el interior del circo. M. Arago interrogó á su guia, el capitan Martinez, sobre el oríjen de aquel edificio, pero no tuvo otra contestacion que la siguiente: « Ni yo, ni ningun Marianés lo sabe. El vulgo lo llama la *casa de los anticuos*, pero todo se acabó. »

La conducta del alcalde de Rota y del capitan Martinez hácia los viajeros franceses fué altamente recomendable. Todo cuanto producia la isla, fué puesto por ellos en requisicion, y en su honor hicieron traer víveres de remotas comarcas. No faltaron escelentes frutas ni sabrosas aves: la campiña parecia de una fecundidad admirable; los árboles eran magníficos, y los frutos y legumbres deliciosos; los collados estaban entapizados de plantaciones de algodoneros, cuyas blancas mazorcas reproducian en aquel paisaje ecuatorial los atributos de la nieve. Todo es en Rota de mejor cualidad que en Gouaham, el nima, el tata y la sandia. El principal azote del pais es el raton, que pulula en él desastrosamente. Estos animales andorrean á millares, destruyen las cosechas y aniquilan la mas rica vejetacion, y si no se toman algunas medidas para estirparlo de raiz, esta playa esterilizará Rota. Encuéntranse asimismo en la isla un murciélago monstruoso, un cientopies que abunda sumamente en las grutas, y muchos cerdos monteses. La misma aldea se compone de ochenta casas que contienen unos cuatrocientos habitantes. En cada calle hay cinco ó seis cruces, y sin embargo no hay en la isla sacerdote alguno. La iglesia está sin cura, y en ella se reunen los fieles á la hora comun del oficio divino. Cuando fallece un natural, lo envuelven en una estera y lo acompañan al cementerio con la cruz al frente, al paso que el mas notable de los habitantes entona el himno de difuntos. Esta falta de sacerdotes hace muy compasible la situacion de las mujeres, pues solo pueden casarse durante las cortas y raras visitas del cura de Agagna, muy ocupado en su parroquia. Así es que no pocas veces se aventuran en las mas frajiles embarcaciones para hacer bendecir su union, ó para cumplir con sus deberes relijiosos. Este obstáculo es ademas un manantial inagotable de escesos y de desórdenes: mas de una moza procura destruir el fruto de una union que la iglesia no ha lejitimado.

Las casas de Rota, ni mas ni menos que las de Gouaham, están construídas sobre estacas, pero su aspecto es mucho mas miserable. Los hombres van casi desnudos los dias de trabajo, pero el domingo se calzan el pantalon. Las mujeres solo pueden cubrirse con un pañuelo retenido por una soga, que hacen envolver por delante ó por detras. M. Arago traza con respecto á estas mujeres un cuadro que parece algo poético: « Sus contornos, dice, son sumamente bellos, sus espaldas redondeadas eróticamente, su andar elegante, su seno alto, sus pies pequeños, sus piernas muy bien torneadas, y sus cabelleras admirables, negras como el azabache y flotando por sus espaldas. Huian de nuestra presencia con una pesada tenacidad; y habiendo encontrado en las montañas algunas de ellas cargadas con enormes fardos, corrian á pie descalzo por guijarros afilados sin sentir al parecer el menor dolor. »

Rota seria á buen seguro mas poblada y menos descuidada por los Españoles si fuese mas provista de agua. Los habitantes van á sacarla de un pozo situado al N. E. de la aldea, á una legua y media de distancia. El agua de este depósito es un poco salada, y aunque la mezclan con agua lluviosa que recojen por un medio bastante injenioso, no deja de serlo bastante. En la copa del coco fijan una de sus hojas de suerte que haga concavidad, y de esta suerte embutiendo hoja por hoja forman una especie de conducto vejetal, en cuyo caso hay una cuba que recibe el agua que mana. En casi todos los cocos se ven aparatos de esta naturaleza.

A 26 de abril los Franceses se despidieron de sus huéspedes y partieron para Tinian en los paros de los Carolinos. Esta travesía ofreció á M. Bérard una ocasion propicia de averiguar la irregularidad y estravagancia del réjimen de esos naturales. El alcalde de quien acababan de despedirse les habia dado un cerdo asado, un canastillo de galletas de maíz, y ciento cincuenta raices de batatas, sin contar una enorme provision de cocos. Es cierto que todas esas provisiones podian durarles una semana, pero se los comieron en un dia. Para coadyuvar á la dijestion, se pasaban las manos por el estómago y el vientre, cual si quisieran apilar los alimentos. Antes de ponerse el sol no les quedaban mas que algunos frutos de rima y los cocos, y aun M. Bérard les dió dos aves caseras, dos panes otras tantas sandías y una docena de batatas y naranjas. Al dia siguiente purgaron su glotonería de la víspera, y solo se comieron un coco. « Esta es, decian, nuestra racion diaria durante las travesías del archipiélago de las Carolinas al de las Marianas. »

Todo el dia 26 los Franceses bordearon por un mar muy denso y hasta las diez de la noche del 27 no llegaron á Tinian. Los paros anclaron ante el domicilio del alcalde, que no se mostró menos cumplido ni jeneroso que su compinche de Rota. Sin embargo la poquedad de los recursos de su isla no le permitia dar libre curso á su jenerosidad, y, por mas que haya di-

cho Anson, ninguna isla es mas árida, mas triste ni mas miserable que esta. Sea que haya ecsajerado la belleza de sus campiñas, sea que en pocos años su fecundidad haya dejenerado en ingratitud, lo cierto es que Tinian es actualmente un terreno maldito, carente de cultivo y de poblacion. Todos los habitantes de la isla se hallaban en el salon del alcalde. Su número se remontaba á quince, que se alojaban en cuatro miserables albergues. Los árboles del campo son sumamente raros y desmedrados: por acá y acullá se ven algunos rimas añejos, algunos cocos y un corto número de plantaciones mezquinas: tal es el aspecto de esa comarca que parece haber sido conmovida por los impulsos de alguna tremenda catástrofe.

Con efecto, á vista de los escombros magníficos todavía en pie, es imposible dejar de reconocer que esa tierra ha tenido su época de prosperidad y de grandeza. Cuando el viajero penetra á través de las malezas, encuentra algunos de los restos que en la isla de Rota llevaban el nombre de *Casas de los Antiguos* (Pl. LXII. — 4). A vista de aquellos escombros de producciones colosales, no puede menos de indagarse qué pueblo erijió esos monumentos, y si han sido derribados por la naturaleza ó por mano del hombre. La semejanza de esas fábricas, su forma semicircular, sus materiales de arena unida con argamasa, su situacion, su órden, su disposicion, todo absorve y aturde la imajinacion. Porqué esos macizos coronamientos? Qué soberano, como dice M. Arago, pudo construir esa inmensa columnata que indudablemente formaba un edificio solo? Nada absolutamente dicen las leyendas locales, ó bien dicen unos asertos tan absurdos, que en ninguna manera son de creer. Por ejemplo: «Toumoulou-Fega era el caudillo principal de esta isla: reinaba felizmente, y á nadie le vino á las mientes disputar su autoridad. De repente uno de sus parientes llamado Tjoenanaï enarbola el estandarde de rebelion, y su primer acto de inobediencia consiste en construir un edificio semejante al de su rival. Fórmanse dos partidos: vienen á las manos; la casa del rebelde es allanada, y de la liza, ya jeneralizada por do quiera, nació una guerra que acarreó en pos de sí la despoblacion de la isla y el asolamiento total de aquellos edificios.» Las ruinas mas bien conservadas son las que se ven al O. del fondeadero. Tenia el edificio doce columnas, pero ocho solamente estan en pie. Cuando cayeron las primeras permaneció intacto el cimborio que las corona. Vense á mas otros escombros mas atrasados junto á un pozo llamado igualmente *el pozo de los antiguos*. Parecen haber formado un edificio de mas de cuatrocientos pasos de largo. Las raíces que todavía unen estos añejos escombros comunican un aspecto orijinal y pintoresco á todo el recinto.

Despues de una breve permanencia en Tinian, nuestros viajeros volvieron á embarcarse en los paros carolinos cuya tripulacion se habia aumentado con un tamol procedente de la isla de Saypan. La travesía de la vuelta fué mas pronta y afortunada que la de la ida. A 2 de mayo los Franceses pasaron á bordo de la *Urania*, y dieron cuenta al capitan de su curiosa correría.

CAPITULO XXVI.

ISLAS MARIANAS.—HISTORIA Y JEOGRAFÍA.

A 6 de marzo de 1521, Magallanes dobló el cabo Horno, descubrió el grupo de las Marianas, y las denominó *Islas de las velas latinas*, y despues *Islas de los Ladrones*. Créese que las únicas islas avistadas entonces fueron Saypan, Tinian y Agigan. Es cierto que el almirante español deseaba detenerse algunos dias en aquel grupo; pero la audacia de los naturales, su propension al robo y su importuna conducta le retrajeron de su proyecto. Hubo instante en que fué preciso desembarazarse de la molestia de los visitadores á mosquetazos. Los Indios contestaron al fusileo á pedradas y lanzadas, cuyas escaramuzas continuaron á la vela hasta que los naturales consiguieron arrebatar la chalupa suspendida de la popa del buque. Entonces el comandante echó el ancla, desembarcó con cuarenta individuos armados, mandó pegar fuego á las habitaciones y á las piraguas que encontró acerca de la playa, mató siete isleños, y recobró su chalupa. De regreso á bordo tras esta ruidosa venganza, se vió circuído por una flotilla de piraguas, cuya resistencia se vió forzado á sobrepujar.

Cinco años quedaron olvidadas las Marianas. En 1526 el Español Loyasa avistó el grupo á 4 de setiembre, y recojió en él á un desertor español de la tripulacion de Espinosa, uno de los capitanes de Magallanes. En vez de hallar á los naturales mal dispuestos, Loyasa entabló con ellos relaciones amigables, y para reconocerlas arrebató once naturales que agregó al número de sus marinos.

Los navegantes que en seguida aparecieron en las Marianas tenian la mision de todo el archipiélago en nombre del rey de España. Álvaro de Saavedra lo hizo de un modo harto incompleto y nominal; pero á 25 de enero de 1565 Miguel Lopez de Legaspi marcó su paso de un modo mas auténtico. El Padre Urdaneta, que se hallaba á bordo, queria formar al instante un establecimiento en aquellas islas por parecerle que subvenian á una cómoda subsistencia; pero Legaspi despreció esta opinion como contraria á las órdenes del rey, que le mandaba encaminarse directamente á las Filipinas. Sin embargo

apesar de la prohibicion formal del comandante de desembarcar y traficar con los isleños, fué imposible evitar las contiendas entre estos y los marineros, como que llegó á ocurrir el asesinato de un individuo despachado á la aguada, que dió ancho campo á las mas terribles represalias. La muerte de unos diez isleños, y el incendio de algunas piraguas y casas de la playa; he aquí á lo que el autor de la relacion llama una venganza incompleta.

Francisco Galli en 1582, Tomas Cavendish en 1588, Mindana en 1596 y Olivier Van Noort en 1600, hicieron escala sucesivamente en las Marianas, y se ciñeron á corroborar la observacion ya hecha de la propension de los indijenas al robo. El buque español *Santa Margarita* fondeó en Rota en 1600 en muy mal estado, tanto que los naturales pasaron á bordo, se apoderaron del buque, pillaron el cargamento y pasaron á cuchillo algunos marineros. Los restantes se dispersaron por la isla, pero la mayor parte fallecieron, y solo algunos pudieron pasar algun tiempo despues á las Filipinas, despues de haber intentado en vano embarcarse en el galeon *el Santo Tomas*. En 1616 y 1635, los Holandeses se mostraron de nuevo ante el grupo para abastecerse de víveres; pero hasta en 1668 no tuvo lugar la verdadera colonizacion de las Marianas.

La iniciativa pertenece al P. Sanvitores, misionero jesuita, que en la atravesía de Acapulco á Manila habia hecho escala en aquel punto, é interesádose por la suerte de los naturales que se mostraron atentos, buenos é irreprensibles. El gobernador de las Filipinas rechazó su proyecto, pero lejos de acobardarse se dirijió directamente al rey de España que aprobó sus planes. En consecuencia el P. Sanvitores, acompañado de los PP. Tomas Cardenioso, Luís de Medina, Pedro de Casanova, Luís de Morales y Fr. Lorenzo Bustillos, apareció á 23 de marzo de 1668 á la vista del grupo que denominó *Islas Marianas*, en memoria de María Ana de Austria, esposa de Felipe IV. En cuanto ancló en Gouaham el navío á cuyo bordo iba el misionero, cuando lo rodearon cincuenta piraguas esclamando: *abok! abok!* (amigos! amigos!) Hallábase en una de aquellas piraguas un Español que, establecido en aquellas islas hacia treinta años, sirvió de guia y de trujaman á los recien llegados. Acojido bajo los mas felices auspicios por el caudillo Kipoa, Sanvitores edificó una iglesia en Agagna, y transformó esta aldeilla en capital de la mision y centro de las empresas apostólicas. Apesar de la resistencia de los caudillos que rechazaban una relijion basada sobre la igualdad de condiciones, Sanvitores verificó numerosas conversiones, entre las cuales descuella la del jefe Kipoha. Cierto Chino llamado Choco se opuso á sus designios sin poder impedir sus progresos. Fundóse en Agagna un seminario, y se bautizaron al primer año 20.000 isleños. Cuando las predicaciones hubieron fructificado en Gouaham, pensóse en las otras islas. Varios compañeros de Sanvitores y Sanvitores mismo recorrieron Saipan, Rota, Tinian, Anataxan, Sarignan, Alamaguan, Pagan y Grigan, bautizando á cuantos bichos escuchaban su palabra evanjélica. Dos catequistas, el P. Lorenzo y el P. Merina, fueron víctimas de su zelosa empresa. Sanvitores estuvo espuesto á innumerables peligros, pero ninguno fué parte á desanimarle ni menos á amainar su zelo. Estableció cuatro nuevas parroquias, Merison, Paikpok, Pagan y Nigsihan, y habiendo sobrevenido la guerra, luchó, colonizó y convirtió á un tiempo. El Chino Choco era el alma y el brazo de aquellas revueltas que se estendieron en breve por toda la isla. Los Españoles fueron sitiados en Agagna; durante trece dias y trece noches vivieron en continua alarma y repetidos asaltos, y sin una salida decisiva que puso al enemigo en completa derrota, no cabe duda que hubieran sobrevenido grandes calamidades.

La victoria de los Españoles acarreó una tregua que fué cumplida y quebrantada alternativamente hasta el momento de una triste catástrofe. Sanvitores murió asesinado por un indijena llamado Matapang, á cuya hija acababa de bautizar, y como si la muerte no fuese parte á aplacar su resentimiento, el asesino trasladó su cuerpo á una piragua y fué sumerjido en alta mar.

Desde aquel funesto acontecimiento, acaecido en 1672 hasta en 1699, los Españoles tuvieron que proseguir su establecimiento en las Marianas con las armas en la mano. La posesion tranquila de este grupo se debió tan solo á D. José de Quiroga y Losada, poderoso y noble señor de Galicia, quien al venir en conocimiento del asesinato de Sanvitores se decidió á continuar la obra que el piadoso misionero habia empezado. En 1680 llegó Quiroga á Gouaham, y dividió la isla en distritos, con objeto de formar puntos de defensa contra toda revuelta eventual. Hallábase tranquila Gouaham, pero Rota encerraba todavía algunos rebeldes que Quiroga fué á encontrar y á someter. El gobernador Saravia que sobrevino halló la organizacion del país muy avanzada: reunió los caudillos principales en asamblea solemne, hízoles prestar juramento de fidelidad al rey de las Españas y de las Indias, y desde entonces los naturales aceptaron con menos repugnancia los usos y costumbres de los Españoles. Acostumbrábanles á vestirse, á sembrar el maíz, á hacer con él una especie de galleta, y comer carne. Instruyeron á algunos en las diversas profesiones de Europa,

enseñáronles á hilar el lienzo, á coser, á adobar las pieles y los cueros, forjar el hierro, labrar las piedras, construir edificios, etc. Enseñábanles en los seminarios á leer y escribir, cantar y tocar el violin. La educacion de las hijas tampoco era despreciada; habituábanlas á las faenas domésticas y las ecsortaban á las virtudes morales.

Bajo la administracion de Damian de Esplana, nuevo gobernador, partió D. Quiroga para la conquista de las islas del Norte, y sometió Saypan y la mayor parte de las islas adyacentes. Sin embargo mientras se estendia por las últimas Marianas el poder español, su ecsistencia se veia amenazada en la capital misma. Estalló una formidable conspiracion cuyo caudillo llamado Djoda se presentó á su frente para vengar la independencia marianesa. Al dia designado entraron en Agagna sesenta indijenas bien armados y decididos, so pretesto de asistir á la misa del domingo. Al salir del oficio, distribuyéronse en los puntos concertados y empezaron á llevar á cabo su proyecto. El gobernador, que se paseaba por la plaza, fué acometido; los centinelas pasados á cuchillo; muchos frailes sucumbieron igualmente, y el resto de aquellos furiosos empezaba ya á penetrar en las casas y saquear la ciudad. Sin embargo dos soldados españoles se presentaron en la liza, arcabucearon á Djoda y atajaron la victoria de los conjurados. El gobernador, aunque herido de gravedad, parecia deber sobrevivir á sus heridas. Estas dos noticias detuvieron á los jefes indijenas en sus proyectos. Los Españoles aprovecharon esa suspension para disputar el puesto; pero apesar de todo su situacion era de dia en dia mas desesperada, cuando la llegada de Quiroga, libre ya de los enemigos del Norte, restableció la suerte en favor de los Europeos. Los rebeldes fueron arrojados de Agagna, batidos y perseguidos hasta el fondo de sus montañas. Sobrevinieron en la costa algunos acecinadores ingleses, que acabaron con los fujitivos por un increíble medio de barbarie. La siguiente relacion inglesa manifiesta el modo con que se portaron los primeros navegantes con respecto á los salvajes.

« Llevámonos á bordo, dice Cowley, cuatro de esos infieles con las manos atadas por la espalda, pero tres de ellos se arrojaron al mar y se alejaron á nado con las manos atadas de aquella suerte. Persiguióles la embarcacion, y nos convencimos de que el hombre mas robusto no era capaz de penetrar su piel del primer sablazo. Uno de ellos recibió cuarenta balazos antes de morir, y el último de los tres, que igualmente fué muerto, habia nadado una milla de distancia, no solo con las manos atadas como antes, sino tambien con los brazos encadenados. Entonces declarámos una guerra esterminadora á aquellos isleños, y desembarcámos todos los dias arcabuceando á cuantos avistábamos, en términos que la mayor parte se vieron forzados á abandonar la isla. Diputaron á dos de sus caudillos para hacer la paz, pero nos negámos absolutamente á tratar con ellos. Poco despues, algunas de nuestras jentes fueron á tierra para pescar, y habiendo encontrado algunos Indios que les parecieron sospechosos, les mataron; acudieron al momento un gran número de naturales al socorro de sus compañeros, pero los saludámos haciendo fuego. » Estos medios de colonizacion eran por cierto de una especie bien singular.

Desde 1689 hasta 1693 el gobernador Damian y D. Quiroga tuvieron que luchar contra algunas revuelias de la guarnicion española y contra una horrible maquinacion fraguada por unos forzados que se hallaban de paso para Gouaham. A estas calamidades se agregó cuanto antes una plaga mucho mas terrible: en la noche del 20 de noviembre de 1693 sopló un impetuoso huracan que asoló todo el grupo. Caia el agua á cántaros, el cielo, desgarrado por el rayo, y el viento parecian redoblar su furor para desquiciar la isla de su peñascosa base. Los habitantes emprendieron la fuga hácia las montañas, y á su regreso no encontraron en Gouaham nada absolutamente en pie. Los árboles, la aldea, las iglesias, la fortaleza misma, todo se hallaba al nivel del suelo. Fué preciso edificarlo de nuevo. Solo Gouaham habia sido devastada; el huracan no se habia cebado tanto en las demas islas. Este desastre fué el último que sufrió el archipiélago. Quiroga ganó la batalla de Aguigan, llevó á cabo la pacificacion completa y definitiva del grupo, arrogóse el poder supremo, y en 1699 no habia ya en todas las Marianas un rebelde ni un idólatra.

Desde entonces su historia no ofrece otros incidentes que el paso de diversos gobernadores ó el recalo de armamentos europeos. Entre los gobernadores hubo algunos que gobernaban el país mirando siempre por el interés colonial, entre los cuales debe citarse D. Mariane Tobías; pero otros, como D. Juan Pimentel, aprovecharon el poder para crearse una fortuna considerable. En cuanto á los navegantes que hicieron escala en las Marianas, se cuentan entre ellos el célebre Dampier en 1686; en 1710 Woodes Rojers; en 1716 Gentil de la Barbinais, el primero de los Franceses que han aportado en las Marianas; en 1721 el Inglés Clipperton que hizo algunas demostraciones agresivas; en 1742 el comodoro Anson; en 1765 el comodoro Byron; en 1768 el capitan Wallis; en 1772 el capitan Crozet, comandante de los buques franceses el *Mascarin* y el *Marqués de Castries*; en 1792 el capitan español Malespina; en 1817 el capitan

Kotzebue; en 1818 y 1819, el Kamstchatka y el Koutoussoff, buques rusos, y la *Urania*, corbeta francesa mandada por el capitan Freycinet; por último en 1828 el capitan d'Urville, comandante del *Astrolabio*. En este espacio de tiempo aparecieron igualmente varios paros procedentes del archipiélago de las Carolinas. La primera llegada de esos isleños data de 1721, continuando despues de cuando en cuando. En 1787 arribaron á Gouaham con sus tripulaciones tres tamols impelidos por la tempestad, cuyos paros pertenecian á la isla Namourek. En 1794 llegaron otros de la isla Goulou, y desde entonces estas travesias fueron mas frecuentes. En 1814 llegó de Namourek una flotilla de diez y ocho paros. En nuestro siglo el único suceso que ha hecho época en las Marianas es la larga y moderada administracion del gobernador D. José de Medinilla, simple teniente de infantería, que en 1812 sucedió á D. Alejandro Parreño. A la época en que prevalecia en España el sistema constitucional, Parreño tuvo por sucesor Ganga Herrera, que dejó recuerdos honorables en el país, pero que fué reemplazado cuando se consumó en la metrópoli la reaccion política.

Tal es la historia conocida y auténtica de las Marianas: todo lo demas es una sarta de fábulas. Por lo que hace á su jeografía, es fija y determinada. Este grupo está situado en la parte septentrional del grande Océano equinoccial, al E. y á unas 400 leguas de las Filipinas, y se estiende entre los 13° 10' y los 20° 30' lat. S. y entre 1° y los 17° lonj. E.

Este archipiélago se compone de diez y siete islas ó grupos de islotes. Los mas considerables son: Gouaham, Saypan, Rota y Tinian. Antiguamente todas las islas situadas al N. de Tinian eran conocidas bajo el nombre jenérico de Isla Gani.

Gouaham. Esta isla tiene unas treinta leguas de circumferencia, y aunque no es muy elevada, encierra muchas montañas siendo muy encumbradas: el monte Ilikio, de doscientas cincuenta toesas de elevacion; el monte Kinkio de unas doscientas, y el monte Langao. Gouaham contiene aguas ferrujinosas, y de todas las Marianas es la que posee los puertos mas seguros. Umata es una buena estacion por los vientos de E. y su aguada es escelente. El puerto San Luis, situado en la costa N. O., es bueno, bien que de un acceso difícil. El pequeño puerto de Agagna solo es accesible á piraguas ó paros; pero la rada de Apra está á poca distancia, y podria con rigor fondearse en ella con buenos cables de hierro, delante de la misma Agagna. El terreno de Gouaham es cruzado por varias corrientes, la mas considerable de las cuales es el Taro'ofo, engrosado por su afluente Mangoï. Los bergantines y varias embarcaciones de gran porte pueden remontarlo hasta unas cuatro millas de su embocadura. Las lagunas mas considerables son las de Cotod y de Mapopon, de donde nacen algunos rios. Agagna está situada á los 13° 28' lat. y á los 142° 37° lonj. E.

Saypan. Notable por una montaña cónica, bien conocida de los navegantes bajo el nombre de *Pico de Saypan*. El puerto de Saypan, en el O. de la isla, no es mas que un vasto *barrachois* lleno de altos fondos. Aunque sus avenidas son mal conocidas, se cree que toda especie de embarcacion podria acercarse sin dificultad. El pico está situado á los 15° 23' lat. N. y á los 143° 35' lonj. E.

Rota. En sentir de M. Bérard, el centro de la isla es ocupado por una montaña de unas cien toesas de altura que se levanta en forma de anfiteatro desde la orilla del mar, y en cuya falda hay varios senderos practicados por la naturaleza. El agua dulce es muy rara en Rota. Hállase tan solo un arroyuelo que los naturales apellidan *el Rio*: su agua es buena de beber, pero la de los pozos de la ciudad es algo salobre. El fondeadero es muy poco seguro en Rota, y el fondo erizado de corales rasgaria en un solo dia el mas fuerte cable de cáñamo: así que solo puede anclarse en él con cables de hierro. El punto culminante de la isla está situado á los 14° 7' lat. N. y á los 143° 5' lonj. E.

Tinian. Isla baja en el N. E. y mas elevada en el S. E. La direccion de la cordillera es de N. á S. Tinian carece de agua corriente, y solo contiene dos pozos de agua dulce, el uno al E. de la isla, el otro al N. O., aunque el agua mejor es la del *pozo de los antiguos*. El fondeadero está situado al O. de Sonarom. Cerca de la costa hay un banco separado de la tierra por un canal que permite el paso libre á las piraguas y á las embarcaciones de menor porte. Sonarom está situada á los 14° 59' lat. N. y á los 143° 28' lonj. E.

Las demas islas del grupo, casi de todo punto insignificantes ya por su estension como por su poblacion, son las siguientes: Aguigan, Farallon de Medinilla, Anataxan, Sarigoan ó San Cárlos, Farallon de Torres, Guguan ó San Felipe, Alamaguan ó Isla de la Concepcion, Pagon ó San Ignacio, Grigan ó San Francisco Javier, Mangs, Asuncion, Gui, Oracas y Farallon de Pájaros.

De todas las islas que componen el grupo de las Marianas, Gouaham es la única que tiene alguna importancia. Antiguamente todas estas islas estaban cubiertas de aldehuelas y villorios; pero en la actualidad su número ha disminuido mucho. Gouaham encierra como dignas de ser citadas, las localidades siguientes: Merisso, Pago, Inaraban, Agat, Anigua, Umata, Sinhagua, Assan, Tepoungan y Mongmon. La isla entera contenia en 1819, 5.000 habi-

tantes, segun M. Freycinet; pero segun M. d'Urville, que la visitó en 1828, solamente 4.000.

La parte mas salubre de Gouaham es Sinhagua, situada en la parte mas elevada de la isla. La parte oriental parece mas saludable que la parte opuesta. Los meses mas cálidos son los que median entre el mayo y agosto. El tiempo de las grandes lluvias corre de agosto á noviembre: los vientos soplan por monzones, los del E. de diciembre á mayo, los del O. de junio á noviembre. Estos últimos causan borrascas y lluvias.

El grupo de las Marianas, compuesto de rocas calcareas ó de masas madrepóricas, ó de capas volcánicas, arguye un terreno que en épocas remotas fué conmovido por volcanes submarinos, á los cuales se debe tal vez la formacion de aquellas islas. En la base de las montañas, producto de erupciones semejantes, el mar ha acumulado con mucha regularidad bancos de calizo mezclado con cascajos de madréporas. Esta formacion se estiende á lo lejos y de una manera muy uniforme; mas cuando el Océano declinó de su nivel, todas las capas calcareas contribuyeron al acrecimiento de estas islas, entre las cuales hay algunas que parecen haber sido en su principio volcanes aislados. En cuanto el reino orgánico ha encontrado en este suelo circunstancias favorables, toda vejetacion se ha desarrollado con vigor, aunque contrariada al principio por los estragos de los fuegos subterraneos. Así es que se encuentran en Gouaham trozos de árboles carbonizados. A veces estas erupciones se abren paso á través del mismo calizo, como se echa de ver en el picacho de Santa Rosa. De todos estos hechos parece deducirse que estas islas, lejos de haber formado una sola tierra con el Océano índico, segun creía Buffon, son por lo contrario de una formacion especial y reciente.

La fertilidad de este grupo se echa de ver á la primera ojeada; pero por desgracia los beneficios del suelo son improductivos, merced á la incuria y neglijencia de los habitantes. Las selvas de Gouaham, aunque muy frondosas, no tienen este aspecto de grandeza y de empuje que parece constituir el infantazgo de la vejetacion ecuatorial. Muchas comarcas no ofrecen mas que bosques, al paso que otras solo contienen campos ó dehesas. Pocos distritos hay que sean de una esterilidad absoluta, pero los mas fértiles son Merisso, Umata, Assan, Agat, Sinhagua é Inaharan. El sitio mas delicioso es el espacio comprendido entre Tepoungan y la capital.

Las demas islas del grupo no parecen inferiores á Gouaham en fecundidad. Agigan y Rota están cubiertas de una lozana vejetacion que forma malezas impenetrables, dominadas por grupos de hermosos rimas, de dogdogs (artocarpus incisa), de tamarindos, de higueras y de cocos diseminados de trecho en trecho. La vista se detiene con placer en aquel sombrío oquedal cortado por acá y acullá de rastros de rocas. Tinian parece mas árida, y no ofrece nada de lo que prometen las relaciones de Anson. En cambio Saypan ofrece todos los caractéres de una tierra rica y maravillosa. Las otras islas situadas al N. tienen un aspecto menos risueño.

Pocos países son mas favorecidos que las Marianas bajo el aspecto de las sustancias vejetales propias al alimento del hombre. Entre estas se hallan muchas especies de árboles de pan, de palmeras, de bananos, de batatas, de arroz y de maíz. El coco, el areck, el cyca, palmera muy multiplicada que produce una escelente fécula, completan el catálogo de los vejetales alimenticios. El dogdog y el rima suministran frutos abundantes y preciosos; su naturalizacion se debe á los Españoles, igualmente que el mangle, el naranjo, el limonero, el ananas, el guayabo, el granado, la uva, etc. Muchas maderas de los bosques interiores sirven para la arquitectura naval, otros tienen propiedades medicinales. Por último la flora y el fauno del país reunen casi todas las especies que caracterizan la zona ecuatorial.

Las producciones animales son asimismo abundantes en las Marianas, desde el establecimiento de los Españoles. Antiguamente solo ecsistia en estas islas el raton, pero en la actualidad se ven ademas el buey, el ciervo, el cerdo, la cabra, el caballo y el asno. Parte de este ganado vive en estado doméstico, parte en estado silvestre. El galgo es tambien de oríjen ecsótico, aunque muchos de estos animales prefieren la vida vagabunda y montés á la vida doméstica. Lo mismo acontece con los gatos, que los habitantes llaman *keto* ó *gheto*, corrupcion del *gato* español. Entre las aves solo se conocia antiguamente una que fué domesticada, tal era el *sesenhget*, especie de gallinacea de largas uñas, á la que nuestros naturalistas dan el nombre de *mejapode Lapérouse*. En cuanto á las gallinas de Europa, introducidas por los Españoles, se encuentran en cortísimo número, y la denominacion de *manok* que se les dá, es tagal.

La raza indijena se designa en el país con el nombre de *chamorre* ó *chamorrin*, ó de *hamorrés*, á cuyo nombre seria muy dificil dar una justificacion satisfactoria. Quizás un menosprecio de los compañeros de Magallanes dió márjen á esa calificacion que se ha conservado despues; mas sea lo que fuere, lo cierto es que la raza marianesa eraantiguamente magnífica. Los caudillos tenian formas atléticas, una corpulencia enorme y una fuerza muy superior á la de los Europeos. Actualmente la especie parece muy dejenerada en Gouaham: en Rota se conserva mejor, pues sus habitantes tienen toda la belleza y las formas antiguas. Los hombres son escesivamente

gordos, mas no por eso menos flecsibles y agraciados. Nadan y se zambullen con una habilidad incomparable, y en sus caminatas llevan sin fatigarse los fardos mas pesados. En las costumbres antiguas un jóven que quisiese casarse, debia dar pruebas de su destreza en encaramarse á los árboles, de su habilidad en maniobrar una piragua, etc. Estos ejercicios jimnásticos eran una condicion indispensable para establecerse, lo que no contribuyó poco á desarrollar su ajilidad y fuerza muscular. Merced á semejantes ejercicios, los corcovados y los cojos eran muy raros entre ellos. Sus rostros eran regulares, y á veces mas agraciados en los hombres que en las mujeres. El color de los indíjenas propiamente dichos es atezado, y tira un poco á negro: sus cabellos son negros y lisos, y sus formas bastante armoniosas. La raza aborijene está muy lejos de formar la mayoría de la poblacion de estas islas, pues aun no llega á la mitad. El resto se compone de colonos de orijen español, de mestizos, de Filipinos y de sus dependientes, de Carolinos, de Hawaios y de mulatos.

En los primeros tiempos de la conquista, los centenarios eran muy comunes en las Marianas, y las enfermedades sumamente raras. Sin embargo cítanse algunas epidemias acaecidas en épocas distintas. Los afectos mas frecuentes son actualmente las supresiones de transpiracion contra las cuales se emplea una decoccion de kakerlati hervido en dos vasos de agua; las fiebres intermitentes que curan con la hoja amarga del lodogao, la disentería, contra la que aplican las cenizas de los filamentos del *cabo negro* con una mezcla de harina de gap-gap (*tacca pinnatifida*), de agua y de azúcar; la sarna, importada por los Españoles, que no resiste á las refriegas de aceite y de azufre: por último la lepra, plaga orijinaria de esas comarcas, que comunica á la especie humana un aspecto feo y asqueroso. La lepra es de tres especies en las Marianas: la lepra escamosa que toca la epidérmis, la desgarra en festones y forma en seguida escamas. Este es el primer grado de la enfermedad, horrible sin duda, pero que parece no ofrecer grandes peligros. La segunda variedad es el *pian*, lepra terrible que roe y mutila, entonces el cuerpo se cubre de botones purulentos y úlceras cancerosas, que acaban por formar anchas y espantosas llagas. Los hombres están en jeneral mas sujetos que las mujeres á esta segunda lepra. La tercera variedad es la denominada *mal de S. Lázaro*, último período del pian; para contemplar sin horror sus horribles estragos, es preciso estar habituado á observar las enfermedades humanas. Hombres sin nariz, sin orejas, cuya boca, reducida á la mitad de sus proporciones naturales, solo presenta un corvo enteramente arrugado; otros que no tienen pies, y cuyas manos destituidas del todo ó en parte de las falanjes de los dedos, solo ofrecen muñones informes; otros al contrario que tienen las orejas sajadas y sobrecargadas de gruesos tubérculos carnudos, ó cuya nariz despojada de su parte huesosa, se ha redondeado en forma de globo en medio del rostro; algunos finalmente que ni siquiera tienen forma humana; tal es el deplorable espectáculo que ofrecieron al doctor Quoy de *la Urania* esas diformes víctimas de un mal inveterado.

El alimento de los Marianeses se componia antiguamente de pescado, de frutos de árbol de pan y de algunas raíces feculentas, pero los Españoles añadieron en pos de la conquista los ganados mayores y los animales domésticos. La bebida consistia en agua sola; pero actualmente usan del *tuba*, aguardiente de coco con cuya receta han llegado tambien á sacar del maíz una suerte de alcohol, inferior al precedente con respecto á su fuerza. Lo mismo debe decirse del licor sacado de la planta ecsótica denominada *barra de San José*.

Los antiguos hornos de los Marianeses, apellidados *tchanot*, tenian alguna analojía con los del grupo Tonga. Cuatro horas bastaban para cocer el rima, y seis para la carne de vaca. Los manjares una vez cocidos se disponian sobre esteras, al rededor de las cuales se colocaban los convidados puestos en cuclillas. Hacian tres comidas al dia. Los antiguos Marianeses iban muchas veces enteramente desnudos, aunque no les era desconocido el langouti, que denominaban *sadi* ó capa, y del que hacian uso particular las mujeres. Durante la guerra los hombres vestian una especie de casaca tejida con hojas de árbol, y se cubrian lo mismo que las mujeres con sombreros de la misma especie. Unas sandalias de hojas de palmera defendian la planta de sus pies contra el filo de los corales. El tocado de las mujeres consistia en una especie de catogan. Las mujeres de los caudillos separaban sus cabellos en dos partes, y las mas coquetas los blanqueaban con una especie de polvo. Los hombres llevaban los cabellos largos, anudados como los de las mujeres, ó flotantes; pero la costumbre mas ordinaria era rasurar la cabeza dejando tan solo algunos mechones. Actualmente los naturales han adaptado algunos de los trajes europeos. Los hombres y mujeres del campo traen el tronco desnudo: pero cuando van á la ciudad, los hombres se ponen una especie de medio calzon sumamente ancho, como tambien una vara en la mano; las mujeres una cotilla colorada y una camisa. Los sombreros de cuero y de fieltro reemplazan á los de hojas de árbol. Los niños van desnudos hasta la edad de siete años.

En los tiempos primitivos, los ornamentos de esos pueblos consistian en arracadas de concha

de tortuga, obras conchiles, granos de una especie de azabache entrelazados de flores, collares y rodelas, y á veces en una simple placa de concha. A veces adornaban su cintura con ciertos mariscos preciosos y pequeños cocos bien trabajados: las mujeres se teñian los dientes, pero este uso ha caído en desuetud. Al presente traen un rosario con una cruz ó un medallon de plata, y si sus facultades se lo permiten, añaden algunas sortijas y pendientes del mismo metal. Las habitaciones de los antiguos Marianeses estaban construídas sobre pilares de piedras, y otras cimentadas sobre el mismo suelo. Estas casas, ó almenos las de las personas de distincion, estaban construídas con elegancia y aseo, divididas en muchos aposentos, y sostenidas por fuertes pilares de tierra. Los vestijios que se encuentran en Tinian indican que muchos de estos edificios, palacios ó templos, tenian proporciones colosales; cada uno de los pilares consistia en una sola pieza compuesta de cal y arena, y en algunos puntos, enormes piedras conglobadas en un macizo comun. El ajuar de estos ornamentos no era muy considerable; algunas esteras, una especie de cuna para los niños, una caja de betel, algunas cestas de diversos tamaños, varios canastillos, calabazas, marmitas, un raspador de coco, morteros de madera y de piedra; hé aquí todos los muebles que contenian aquellos domicilios. Actualmente todo ha cambiado: algunos muebles y utensilios de la China y de la India, varias hamacas, vasos de metal fundido, una chocolatera de azófar, botellas y cubas, una piedra para moler el maíz; por último los primeros y mas indispensables objetos de un menaje europeo.

Antes de la llegada de los Españoles, la mayor parte de las faenas domésticas pesaban sobre las mujeres; pero este uso no ha sufrido mutacion ninguna. La pesca y la agricultura ocupaban uno y otro sexo; los hombres construian las casas y las piraguas; las mujeres fabricaban las pleitas y las maromas empleadas en la marina; tejian las velas, las esteras y todos los utensilios con hojas de árbol, como canastos, cestos, cajas, tunas, costales, etc.

Estos pueblos eran sumamente aseados: bañábanse todos los dias, sobretodo los que se hallaban en la orilla de un rio, y se frotaban el cuerpo y la cabeza con aceite de coco, ya para resguardarse del frio, ya para evitar el acceso de ciertos insectos. El pintarrajeo parece haber sido desconocido entre ellos. El uso el betel, ignorado en las Carolinas, parece haber ecsistido en las Marianas desde tiempo inmemorial, al paso que el cigarro es una importacion reciente.

Es muy difícil evaluar en nuestros dias, ni aun aprocsimativamente, el número de habitantes á que ascendia la poblacion de las Marianas cuando la conquista. Una nota del gobernador Mariano Tobías la hacia remontar, en cuanto á Gouaham, Tinian y Rota, á cincuenta mil, lo cual supondria en todo el archipiélago la suma proporcional de 73.000 almas. Si estos números no son muy ecsajerados, debemos suponer que en los cuarenta años siguientes á la colonizacion hubo una matanza espantosa de isleños, supuesto que los estados de 1710 atribuyen solamente 3.539 habitantes á todo el grupo, á menos que este inmenso vacío lo haya ocasionado el destierro voluntario. Admitiendo sin embargo esta hipótesis, adonde se han refujiado los proscritos? Lo cierto es que la progresion decreciente parece haberse interrumpido, puesto que en 1818 se contaban en todo el grupo 5.406 almas.

Los indijenas estaban divididos en tres clases: los nobles, *matoas*, los semi-nobles *atchaots*, y los plebeyos, *mangatchangs*. Estos últimos, especie de parias, parecian pertenecer á un tipo decaído, y les estaba prohibida la navegacion. Los nobles ó mainas mandaban á las otras dos clases. Ademas de esas categorías políticas, ecsistian otras; la de los *makanas* ó brujos, que llenaban una especie de sacerdocio, y la de los *eamtis* (senadores ó senadoras). Cada eamti se dedicaba á la cura de una enfermedad especial, dislocacion ó fractura de miembros, heridas de todo jénero, fiebres, disenterias, indijestiones, reumas, etc. En cuanto á la práctica de los partos, estaba reservada esclusivamente á las mujeres. Los matoas eran constructores de piraguas, guerreros y pescadores; los atchaots eran admitidos á sucederles bajo ciertas condiciones, pero los mangatchangs estaban severamente escluídos de sus faenas.

Apesar de algunas afinidades con el malayo y el tagal, la lengua marianesa tiene su carácter propio. Es dulce, de una pronunciacion fácil y clara, concisa y elíptica. El P. Morillo dice que la mayor parte de los habitantes son poetas, y en sus cantos nacionales han conservado tradiciones históricas cuyo velo fabuloso seria muy difícil rasgar.

El carácter de los nobles era dulce, franco, hospitalario, é impregnado de lealtad y grandeza. El de los mangatchangs, al contrario, era cobarde, falso y cruel. Los nobles no tenian mas que un defecto: el de su vanidad escesiva. Jenerosos despues de la victoria, fieles á la palabra contraída, solo ecsijian de un prisionero la promesa de no evadirse. Cuando decian á un estranjero ó á un compatriota: « Seamos amigos, » juzgaban contraer un empeño sagrado é invulnerable. Pero si el amigo se hacia culpable de alguna mala pasada, la familia entera del ofendido se transformaba en acérrima enemiga

del que habia roto los vínculos de la amistad. Tales eran los antiguos; los modernos son hombres mas indolentes que activos, sencillos, hospitalarios, jenerosos y humildemente sumisos á la voz imperativa de sus caudillos.

Los vínculos de familia eran y son todavía muy estrechos en las Marianas. En parte alguna son mas dóciles los hijos ni mas afectuosos y tiernos hácia sus padres. En otro tiempo un hombre no podia tener mas que una concubina, y solo debia dar á una mujer el título de esposa lejítima. Los matoas no podian entresacar de la clase de los mangatchangs, no solamente esposas, mas ni siquiera concubinas. La infraccion de esta ley era castigada irremisiblemente con la aplicacion de la pena capital. Las mozas disfrutaban de su entera libertad, y frecuentaban sin el menor reparo los lupanares, que denominaban *goma olitaos* (casa de los célibes). Los padres mismos incitaban á una moral harto relajada. Sin embargo, esas mozas, aunque tan disolutas, en el acto de casarse quedaban transformadas en esposas castas y madres honradas. Los olitaos formaban una especie de hermandad cuyo objeto propendia al establecimiento de un grosero epicureísmo, y hablaban un lenguaje misterioso y alegórico destinado principalmente á sus cantos eróticos.

La familia marianesa se multiplicaba al infinito. Contábanse entre ellos parientes de sangre (*atchafgnag*), parientes de amistad (*atchagma*) y parientes de casa (*atogtcha-goma*).

Entre las costumbres de este pueblo, el capitan Freycinet cita muchos en realidad harto característicos. Cuando tiene que acometerse una empresa jeneral, convócase la puebla en masa, como por ejemplo, cuando se han de erijir soportales comunes, ó cultivar el campo de un hombre impedido. En semejantes ocasiones, si por casualidad acertase á pasar un hombre acomodado de un pueblo vecino, las mujeres le salian al encuentro y le guiaban: una cinta de hojas de latanero que le prendian del brazo manifestaban que estaba prisionero, y en seguida le acompañaban á una casa colmándole de favores. Instruida de su cautiverio, su familia se escotaba por un rescate que pertenecia de derecho al jefe de los trabajadores; encargándole sobremanera que tratase al prisionero con todas las consideraciones posibles. Dado este paso, tanto si el jefe aceptaba el presente, como si no, restituian al cautivo á la libertad acompañándole de nuevo á su tierra con una escolta de honor y dádivas en pescado, esteras, batatas y betel. Parecia la caminata una marcha triunfal, y á la llegada se celebraba una fiesta. Comian y se divertian juntos; y al rayar del alborada, la puebla visitada acompañaba de nuevo los visitadores hasta á medio camino. Esta costumbre de hacer un prisionero de distinguida alcurnia durante un trabajo público (*hodjong songsong*), lejos de ser considerada como un acto hostil, indicaba el deseo de vivir acordes. Si la persona retenida pretestaba negocios urjentes, la ponian inmediatamente en libertad.

Nadie intervenia en una contienda particular. Pero si estaba comprometida en la marimorena una mujer, todos tomaban partido por ella. Si se pedia ausilio á un pariente, acudia solo en persona; mas si se dirijia á la parienta mas prócsima, debia acudir toda la familia, sin esceptuar á sus parientes y aliados.

El acto de urbanidad mas comun era el de olfatear la mano; y el ósculo, ni mas ni menos que los Nuevos Zelandeses, era el roce de las narices. Al entrar en una casa, se decia: *adjin djo* (aquí estoy); á lo cual contestaba el amo: *atti hao!* (desea V. que derrame agua?) Si el forastero queria significar que no, decia: *ti goaïladji* (no importa); pero si se decidia por la afirmativa, decia: *adjan* (aquí). En este último caso, segun el rango y la dignidad del forastero, el huésped iba á sacar agua ó mandaba un criado, y en seguida uno y otro vertian de ella á las plantas del recien llegado que se las lavaba por sus propias manos. Cuando se encontraban por la calle, el ceremonial era mas sencillo; *mano hao?* (adonde va V.?) *goini meno hao?* (de donde viene V.?) tales eran las preguntas que se hacian. Cuando un habitante acertaba á pasar por delante de la puerta de uno de sus amigos, este último le instaba comunmente paraque entrase. Cuando un mangatchang tropezaba con un noble, debia inclinarse casi hasta el suelo. Semejantes usos y fórmulas de urbanidad no ecsisten ya en nuestros dias. Lo que se ve por las calles públicas de Agagna, son inferiores hincar la rodilla cuando pasa un pariente ó un superior, y en seguida besar la mano que le presentan con gravedad.

Los Marianeses median antiguamente el tiempo por el estilo de los Chinos, por dias (*haam*), por lunaciones ó meses (*polan*), y por años (*sakhan*). No carecian absolutamente de toda clase de conocimientos astronómicos y náuticos: en su vocabulario se vé el nombre de algunas estrellas.

La lengua marianesa no tiene término alguno para designar la divinidad, de lo cual el P. le Gobien ha creído poder deducir que no tenian la menor idea de un ser supremo. Otros pretenden que ecsistian entre ellos creencias vagas, mas el P. Maurillo, Velarde y D. Luis de Torres aseguran que tenian las ideas siguientes sobre el orijen del mundo. Pontan ó Fontan, hombre muy injenioso, vivió muchísimos años en los espacios imajinarios que ecsistian antes de la creacion, y á su muerte encargó á sus her-

manos que de su pecho y de sus espaldas hiciesen el cielo y la tierra, de sus ojos el sol y la luna, y de sus cejas el arco íris.

Los Marianeses reconocian á lo que se cree la inmortalidad del alma; en su concepto el hombre que fallecia de muerte y sin ningun dolor, iba al paraíso donde gozaba de los árboles y de los frutos que cria en abundancia; mas si sus últimos momentos eran violentos y ajitados, era arrojado á los infiernos que denominaban *sassalugoham*. El diablo era conocido entre ellos bajo la designacion de *kaïfi ó aniti* (espíritu maligno). Estaban en la creencia de que si alguien hacia venir al suelo el pilar de una casa, el alma del que la habia construido tomaria una venganza invisible de aquella accion. El diablo habitaba entre los mortales, y se ocupaba continuamente en hacer mal. Afortunadamente las almas de sus mayores se oponian á sus esfuerzos y aun acudian á su ausilio en el momento del peligro. Habia almas superiores en fuerza al demonio, y otras que le eran inferiores: las primeras habian pertenecido á los hombres intrépidos y activos; las segundas á los cobardes y neglijentes. Las mujeres entrañaban igualmente sus almas, pero de un valor inferior al de los hombres, y no se sabe á punto fijo si tambien se atribuían de ellas á los mangatchangs. Hay un hecho bastante singular, y es el temor supersticioso que les inspiraba el ave carolina llamada *otang;* cuya aparicion á aquella costa era siempre presajio de mal tiempo y de siniestro agüero.

En la fuerza del peligro y de la necesidad invocaban los naturales los *antis* (almas de los difuntos), al principio con su voz natural, pero á medida que el peligro va tomando cuerpo, en tono mas recio hasta vociferar con toda la fuerza de sus pulmones. Estos gritos de que usan todavía en sus partidas de caza, son sumamente agudos, y significan: « Almas de los muertos, socorredme, si es que vuestra familia se hizo acreedor á vuestro entrañable afecto. «Hemos hablado ya de los makanas ó brujos. Dividíanse en dos clases; la una de mangatchangs, que no hacia mas que causar daños; la otra de nobles, que solo se dedicaban á hacer bien. Estos últimos facilitaban buenas pescas, viajes afortunados, el restablecimiento de la salud, cosechas abundantes y una temperatura conveniente. Estos makanas, á fin de protejer sus pronósticos, guardaban el craneo de sus muertos encerrados en canastas.

Los matrimonios se hacian con ciertas formalidades. Así que se proyectaba un enlace, la madre del novio, ó su mas prócsima parienta, se presentaba en casa de la madre de la moza con la caja de betel, y se la ofrecia, diciendo: « Vengo á pedir vuestra hija para fulano. » Si la demanda era del gusto de la madre, se señalaba dia para ir á saber la respuesta de la moza; mas antes de dar una palabra positiva, se pedian informes y mediaban conferencias con la familia. A la segunda visita de la que habia traído la palabra, se decia sí ó no; y al momento el candidato satisfecho estaba obligado á subvenir á la manutencion de la novia, ó servir en su casa en clase de criado. Entonces se veían sus disposiciones, si era buen cavador, buen pescador, ó buen marino, y transcurrido este tiempo se contraían los esponsales.

Tres ó cuatro dias antes, la familia que sufragaba los gastos, la mas rica de las dos, se ocupaba en trillar el arroz, acrecentado con el que los de boda habian mandado en presente. Hacian circular el betel, y fabricaban una especie de pasta de arroz con la pulpa de coco para hacer bolillas que se servian á los convidados. La víspera de la boda se hacian los últimos preparativos: los frutos de rima y de dogdog, las raíces feculentas, el pescado, todo lo pasaban al horno las mujeres, mientras los hombres construían un edificio para poner á cubierto á los convidados. Por la noche se habia hecho circular el betel, y al llegar esta, el *tchincholi*, presente compuesto de raíces feculentas, de rima, de betel, de banana, de pescado y de sal.

Al rayar del alba, los parientes del novio se encaminaban ceremoniosamente á la casa de la moza, donde las presentaban de nuevo el betel, y en seguida entregaban la nueva esposa á su marido. Seguia el desayuno, y, como de costumbre, se ponia el cubierto sobre una estera de tres pies de ancho y de una longitud proporcionada á las dimensiones del aposento, y se servian los platos en tantas porciones cuantos eran los convidados. En primer lugar se sentaban los parientes del novio en el órden de precedencia que indicaban los grados de familia, y en seguida se instalaban los parientes por el mismo órden. Acelerábase el banquete, llevándose consigo lo que no podia comerse. De esta suerte se sucedian los convidados por hornadas, hasta que todos hubiesen tomado parte en el festin. En cuanto se daba remate al desayuno, cuando se preparaba la comida en los propios términos, sin otra diferencia que la precedencia pertenecia al parentesco de la novia. Terminadas las ceremonias del matrimonio, si el desposado no tenia casa ni hogar, reuníanse los parientes para construirle un domicilio amueblado con todos los utensilios domésticos.

No menos formalidades se practicaban al nacimiento de los hijos. Todos los parientes debian asistir á la enferma y cuidarla durante su alumbramiento. Procuraban que la casa se hallase en buen estado, provista de víveres, bien abrigada y adornada con todos los muebles necesarios. Los nombres de los hijos eran tomados de las cua-

lidades personales del padre, ó de un fruto ó planta conocida: *Gof-Sipik* (diestro pescador), *Taï-Agnao* (intrépido), *Taï-Goalo* (indolente), *Gof-Togtcha* (diestro en disparar la lanza), *Matapang* (coco tierno y blando), *Pontan* (coco maduro), etc.

Pocas noticias se tienen con respecto á las ceremonias fúnebres. Segun el P. Le Gobien, contentábanse ni mas ni menos que en Hawaii con manifestar su dolor y su sentimiento por medio de demostraciones señaladas y palabras plañideras. Vertian torrentes de lágrimas y daban espantosos gritos. No comian gota, y permanecian del todo empolvados. Este luto duraba ordinariamente siete ú ocho dias, á veces mas, segun el afecto que profesaban al difunto. En seguida se celebraba un banquete sobre la tumba misma cargada de flores, de ramos de palmera, mariscos y objetos preciosos. El desconsuelo de las madres que lloraban á sus hijos era inconcebible: cortaban el pelo de las desgraciadas víctimas, y lo suspendian de su cuello por medio de una soga á la que hacian tantos nudos como noches habian transcurrido desde el fallecimiento de sus hijos.

Si el difunto pertenecia á la raza de los nobles, el dolor era intensísimo. Entraban en una suerte de furor y de despecho, arrancaban los árboles, pegaban fuego á sus domicilios, despedazaban sus bateles, rasgaban las velas y abandonaban sus harapos á merced de los vientos. En seguida atestaban los caminos de ramos de palmera, y erijian monumentos espiatorios en honor del difunto. Si este habia sobresalido en la pesca ó en las armas, dos de sus profesiones mas lucidas, coronaban su sepulcro con remos ó lanzas; mas si se habia distinguido en ambas profesiones á la vez, elevábanle una suerte de trofeos con lanzas y remos entremezclados. Estas ceremonias iban acompañadas de lamentos. — «Ya no hay mas vida para mí, decia el uno. — El sol que me animaba se ha eclipsado,» replicaba el otro. O bien: Todo lo he perdido; ya no veré mas al que difundia el gozo en mi corazon. — Qué! nuestro mas ínclito guerrero ha fenecido? Qué va á ser de nosotros?» Para completar esta espresion de su luto y de su pesar, los Marianeses guardaban respetuosamente en sus casas los huesos y los cráneos de sus antepasados, como tambien sus imájenes, grabadas de un modo sumamente grosero en cortezas ó pedazos de madera. Algunos depositaban estas osamentas en cavernas vecinas á sus domicilios, y llamaban á aquella especie de panteones *goma alomsing* (casa de difuntos).

En la actualidad ese viejo culto ó mas bien esas añejas costumbres han cejado completamente ante las prácticas de la relijion cristiana. El tertorio de Gouaham está cubierto de numerosas iglesias, y si las demas islas no tienen ninguna, es por razon de la falta de poblacion suficiente para soportar el establecimiento de un curato. Gouaham contiene cuatro parroquias principales, Agagna, Pago, Agat y Umata, en las que se celebra con bastante regularidad el servicio divino.

Ademas de las fiestas que se hacian en virtud de un nacimiento ó de un matrimonio, los Marianeses celebraban muchas otras por la conclusion de una paz, por el acto de botar al agua una piragua recientemente construida, ó por la captura de una tortuga ó de un pez grande. En este último caso, antes de entrar en el puerto, el pescador daba una señal particular, al que correspondia la poblacion descendiendo á la playa, provista de guirnaldas de flores y de tiernas hojas de palmera. La muchedumbre victoreaba á su desembarque al afortunado pescador, y le acompañaba á su domicilio en aire de triunfo. En primer lugar ofrecia el coloso marino á su mujer, quien lo remitia á la mas prócsima parienta de su marido, y esta hacia otro tanto con respecto á otra, hasta que el fruto de la pesca llegaba conforme al órden establecido á casa de una mujer que no podia remitirlo á nadie. Entonces se distribuia el pescado entre el que lo habia cojido y las personas á quienes se habia ofrecido sucesivamente. Si el pez era una tortuga, se practicaba la distribucion á poca diferencia en los propios términos. Si el autor de la captura era un hombre solo, las *trece conchas* eran atravesadas cada una por un agujero circular de la dimension del puño. Si hacia una segunda pesca de esta naturaleza, cada concha era atravesada por dos agujeros, por tres agujeros la tercera vez, etc. Si habian concurrido á la presa de la tortuga muchos pescadores, no tenia lugar la sisa de las conchas.

Entre sus juegos contaban los naturales una especie de *marro á nado*, donde los campeones se perseguian uno á otro y procuraban dar pruebas de ajilidad. La carrera, el salto, el palenque, eran igualmente diversiones jimnásticas usadas de los Marianeses. Asimismo tenian danzas sencillas y danzas mezcladas de canto. En estas danzas los hombres y las mujeres se mezclaban alternativamente, y en el centro se hallaba el caudillo de la puebla ó de la familia, ó la persona á quien se desease dispensar este honor. Entre los instrumentos de música cita la tradicion dos flautas de caña, de dos pies y medio de longitud y un pequeño dedo de grueso. La una tenia tres agujeros en una parte por cada mano y en la parte opuesta uno por cada pulgar; tocábanla como nuestro caramillo, pero sus sonidos eran dulces y graves, y no podia dar sonidos agudos. La boca de la segunda era semejante á la de nuestra flauta travesera, sin otra

diferencia que la tocaban con el soplo de las narices. Actualmente, ademas de algunos instrumentos de Europa, tales como flautas, contrabajos, molines y guitarras, los naturales tienen una especie de monocordio en forma de arco, que batido por una varilla da un sonido débil y monótono. Este conjunto se llama *belimbao*, nombre tagal que parece indicar un oríjen manilés: es el *bobre* de la Isla de Francia. Pero la mas grande pasion actual de los naturales es la trompa, la armoniosa trompa que todos llevan consigo, y con la que amenizan sus ratos de ocio. Nada cabe mas curioso que ver por las calles de Agagna y de Umata esos virtuosos locos tocando á competencia su instrumento sordo y gruñidor.

El P. Le Gobien refiere que las Marianesas tenian asambleas particulares en donde se presentaban vestidas á todo lujo sin admitir en ellas á ningun hombre. « Acuadrilladas doce ó trece en corro, dice, en pie y sin moverse, entonan los versos fabulosos de sus poetas con un gusto y una precision capaces de agradar á los mismos Europeos. La armonía de sus voces es admirable, y en nada cede á la música mas bien ordenada. En sus manos traen pequeños mariscos de los que se sirven con mucha destreza, á guisa de castañuelas. Pero lo mas sorprendente es que sostienen sus voces y animan su canto con una accion tan viva y jestos tan espresivos, que nó pueden menos de absortar á cuantos las escuchan.»

Los antiguos Marianeses tenian muy pocos instrumentos de agricultura. Entre ellos se contaban el *dagao* que servia juntamente de alzada, de pico y de almocofre, de palanca para traer los fardos y de arma defensiva en caso de necesidad; el *tanom* que servia para plantar la berza caribe, el *akoa*, bastante parecida á nuestra azada; el *damang*, especie de cuchillo, reemplazado actualmente por el machete americano; el *saïnau-dogas*, falce muy injeniosa, y bateas de todas dimensiones. El arado que actualmente se usa es el arado chino, uncido casi siempre de un solo buey, y de dos en las haciendas reales. El rastrillo que parece tener el mismo oríjen no es otra cosa que una grande mierga en cuya estremidad hay dos ganchos de madera donde se fija la yunta; el labrador gobierna la máquina por medio de dos largueros verticales guarnecidos de un travesaño en la punta (Pl. LXIII. — 2). En Gouaham se emplean algunas carretas, la mayor parte pequeñas y de bambú, á las que se enganchan de uno á cuatro bueyes, con las ruedas construidas por el estilo portugués y español, de madera maciza y sin rayos. Transformados en chirriones, con el ausilio de algunas piezas ajustadas, estos carros sirven para el transporte del arroz y del maíz á los almacenes de la capital.

El arroz, principal cosecha de las Marianas, se cultiva de dos maneras: en un terreno seco y en otro húmedo. El arroz cultivado en seco se siembra en julio, agosto y setiembre, á fin de que las lluvias que caen en esta época faciliten su jerminacion. El arroz de los terrenos pantanosos se siembra en noviembre y diciembre, y se cubre la simiente con hojas de coco. En este estado se arrancan los tallos tiernos y los rejuntan en un terreno grosero y fangoso, en donde crecen hasta un pie y medio de altura, comunmente en el espacio de dos ó tres semanas. Por esta época arrancan de nuevo el arroz; le cortan el cabo á cosa de medio pie, y lo trasplantan á un campo dividido por cuadros, donde debe acabalar su medro. A medida que en cada uno de esos se finaliza la operacion, se apresuran á hacer entrar el agua, que procuran mantener á dos pulgadas mas baja de la altura que tenia la punta de la planta tierna despues de haberla replantado.

La introduccion del maíz en las Marianas se debe al gobernador Tobías, y desde entonces se ha multiplicado medianamente. Esta graminea no ecsije otra atencion que purgar el campo de las plantas nocivas que contiene; en seguida hacen agujeros en tierra por intérvalos y á una profundidad conveniente, y en cada agujero deponen cinco granos, de los cuales ordinariamente cuatro espigas. Entre las raíces feculentas particulares á estas comarcas, las unas crecen sin cultivo, como el gap-gap, las batatas *nika* y *dago*, las aroides *papao* y *baba*; pero otras raíces nutritivas ecsijen mucha atencion, entre las cuales se encuentra la col caribe, á cuyo cultivo se aplica el mismo esmero que en Francia al de la patata. El coco es en las Marianas un objeto de cultivo mucho mas estenso. La multiplicacion de los bananos se obtiene por un procedimiento harto defectuoso, se hace un agujero en tierra, introducen un vástago recientemente desprendido de la madreplanta, y el árbol que produce no da mas que un solo réjimen de frutos, y muere. El cycas, una de las principales esplotaciones agrícolas, no ecsije grandes trabajos: el añil crece por todas partes casi espontaneamente, y entre los otros productos debe citarse una especie de bálsamo de barniz líquido que se retira por incision del árbol de pan y del dog-dog. Un hachazo ó un golpe de machete dado al tronco del árbol es suficiente para hacer fluir esta sustancia resinosa, que sale con tanta abundancia cuanto mas temprano se hace la operacion. La leche de rima ó de dogdog, cuando está fresca, se emplea en la pintura, mezclándola con polvos colorados; sin embargo es preciso apresurarse, porque se seca con mucha rapidez. El árbol en que se hacen incisiones semejantes no parece sufrir el menor perjuicio, y aun se observa que produce tanto mas cuanto mas multiplicadas son las incisiones.

La agricultura en las Marianas no es perjudicada únicamente por lo atrasado de sus procedimientos, sino tambien por una multitud de animales nocivos, tales como los ratones, los gatos monteses, los perros bravios, los lagartos, las hormigas y la oruga que es una especie de mosca hedionda denominada *taonana*.

Los animales domésticos se reducen al buey, al cerdo y á las aves caseras, pues los pocos caballos, asnos y mulos que ecsisten en la colonia, solo deben considerarse como objetos de lujo. Por la parte de Agat, de Pago, de Tachogna y de Merisso se encuentran bueyes silvestres, bien que en corto número. Los cuidados que reciben los bueyes domésticos se reducen á muy poca cosa.

Hemos visto ya lo que vienen á ser en las Marianas las dos cazas del ciervo y del javalí. Por lo que hace á la pesca, es un objeto mas importante y mas curioso, y como el pescado formaba en otro tiempo y forma en nuestros dias la base esencial del alimento, los procedimientos para cojerlo eran muy variados. Los antiguos Marianeses se servian para la pesca de anzuelos de concha, de hueso, de nácar y aun de cáscara de coco, pero ahora son preferidos los anzuelos de hierro. Las cuerdas ó sedales á que los fijaban eran, como actualmente, de corteza hilada de *balibago (hibiscus tiliaceus)* y de hebras de banano. Las redes eran de muchas especies, pero la mas importante era el *lagoa*, que sirve para cojer pececitos en la playa, compuesto de tres redes rectangulares ajustadas de cabo á cabo; las de las alas tienen una braza de altura sobre tres pies de lonjitud solamente, al paso que la del medio tiene dos brazas de elevacion sobre una lonjitud que varía de veinte á treinta pies. En cada estremidad de la red hay un palo en que está encordonada, y sirve para mantenerla tendida en la direccion de su altura. Esta red se maniobra casi del mismo modo que nuestro buitron, con él que tiene igualmente alguna analojía, semejante al trasmallo por su construccion y forma, aunque precisamente no es uno ni otro. Los Marianeses conocen asimismo el esparavel.

Los naturales, ni mas ni menos que otros salvajes de la Oceania, atraían el pez á parques construídos antiguamente de piedras secas y actualmente de cañas. Estos parques son una especie de depósitos donde se coje la presa con el esparavel, ó la pica con una fisga.

De todas estas pescas, la mas interesante es la del *magnahak*, muy notable por la estrañeza de sus costumbres. Este pez se coje regularmente en la playa durante los meses de abril, mayo y junio, y á veces en setiembre y octubre. A cualquier época se presenta el magnahak en número prodijioso. En cuanto comienza á parecer, todos los ribereños se precipitan á la playa para hacer de él grandes provisiones. Cuando empieza su aparicion, el magnahak, en sentir de los naturales, está en ayunas; mas en cuanto come cambia de color y no anda á manadas, sino que permanece en medio de las rocas. Reconócense dos especies de magnahak, de las cuales la una es de mayor tamaño que la otra. Si las de la especie pequeña son las primeras en llegar, al siguiente dia vendrán grandes magnahaks: si por el contrario, el dia segundo llegan de la especie grande, no debe esperarse ninguno mas.

Hay ademas otra pesca, la del *atchoman*, que se hace fuera de los arrecifes, desde media legua hasta cinco de distancia. Para poner el cebo en el anzuelo y hacerlo llegar á este pez que por lo comun está en el fondo del agua, debe practicarse un manejo que dura un mes. Para esto se llena la capacidad de un *poyo* con la pulpa de un coco tierno, y lo descienden á cinco ó seis brazas de profundidad. Por medio de lijeras sacudidas que hacen salir algunas partículas de coco mascado, se atrae el pez que gusta mucho de aquel cebo, y se continua la operacion en estos términos hasta vaciar del todo el poyo. Renovando esta maniobra todos los dias y levantando el poyo sobre el agua poco á poco, á razon de uno ó dos pies cada dia, se acostumbra al atchoman, que siempre permanece á una gran profundidad, á acudir en manadas hácia el poyo, cuando aparece á una braza solamente bajo el nivel del agua. En este punto es muy fácil cojerlo por medio de una vasta red en forma de buche que se va deslizando insensiblemente bajo del pez, y que se levanta hasta que aparezcan fuera del agua los aros de los bordes. Entonces se da un golpe vigoroso que basta para poner el pez en seco en la red.

Para la pesca del lagoa se practican otros procedimientos. Por la noche se valen del fuego y de la fisga. Procúrase buscar el pez dormido junto á los arrecifes, y lo pican haciendo el menor ruido posible. De dias esta pesca no es mas que una francachela. Procúranse un lagoa vivo, le atraviesan el hueso de la mandíbula inferior á la que fijan un sedal ó cuerdecilla de algunas brazas de lonjitud, combinando esta operacion, que no les hace ningun daño, de suerte que con sus dientes, que son muy fuertes, no pueda cortar esta especie de freno. Amarrado de esta suerte lo tienen en el mar y lo dejan nadar á sus anchuras. Los lagoas cautivos parecen causar mucho horror á sus semejantes, y así es que en cuanto el pescador arroja el suyo, concurren muchos á embestirle. Uno solo empieza el ataque; precipítase mordiendo al cautivo, y efectivamente lo arrastra á un punto determinado. Entonces el pescador retira su cebo, y en el punto mismo donde le han mordido ajusta un nudo corredizo en que

se comprometerá cualquier agresor. Apenas se ha arrojado el aparato al mar, cuando el lagoa libre vuelve á presentarse y procura hacer al cautivo una herida en el punto mismo en que le pellizcaron. Entonces se compromete en el nudo corredizo, y por un movimiento del sedal queda prendido entre la aleta pectoral y la inferior. Un pescador hábil no coje menos de siete á ocho lagoas diariamente.

Practícanse ademas otras pescas con métodos empleados antes dá la conquista por los indijenas que eran muy hábiles pescadores. De esta suerte se procuraban los peces veladores, la dorada, las tortugas, las langostas y los mariscos. La madreperla suministró por mucho tiempo á los Marianeses una materia preciosa para la fabricacion de los *haims*, y se la procuraban zambullándose en el fondo del mar á poca distancia de la orilla. En cuanto á las perlas, muy poco apreciadas por su estrema pequeñez, no hacian ningun caso de ellas. Hace algun tiempo que se ha intentado en las Marianas la pesca de las holoturias, completamente despreciada hasta entonces. A muy pocas profundidades las cojen á la mano y las hacen secar al sol, y si bien su consumo es casi nulo en el archipiélago, las esportan sin embargo para la China.

Las artes manufactureras de los Marianeses se reducen á muy poca cosa. Llevamos dicho que antiguamente no conocian el uso de las bebidas espirituosas: así que, todo cuanto concierne á la destilacion del aguardiente de coco es de importacion reciente. Al presente ecsisten en el grupo gran número de destilatorios ó *tovaries*, para cuya fabricacion sirve principalmente el coco. A la edad de cuatro ó cinco años, este árbol, llegado á todo el crecimiento de que es susceptible, puede abastecer á toda la isla. A este objeto se corta un poco antes de la eflorescencia la punta de los espatos que se meten en pedazos de bambú, destinados á recibir el jugo que fluye en abundancia de la incision. Cada mañana esta especie de recipientes son vaciados en grandes vasos que se trasladan á la fábrica. El aparato destilatorio se compone de cuatro piezas principales, de una cuba ó barril desfondado, de un caldero de metal fundido, sobre el que descansa la cuba ó el barril; de una bacía de hierro, y de una taza de madera (PL. LXIII.— 3). M. Freycinet esplica en los siguientes términos el modo como funciona este aparato. «Despues de haber colocado el caldero sobre tres guijarros de bastante tamaño paraque esté á seis pulgadas de elevacion sobre el nivel del suelo, se deposita el barril desfondado en el mismo caldero, de suerte que se apoya ecsactamente sobre su realce; los embetunan juntamente con una mezcla de arcilla, de hojas de banano, ó de boñiga de vaca. Preparada de esta suerte la cucúrbita, vierten el vino de coco, hasta que llegue á los dos tercios de la altura del vaso, y cubren el todo con la bacía destinada á hacer de refrijeratorio: hecho esto guarnecen ecsactamente los intersticios con el mencionado glúten, y poniendo agua fresca en la bacía, no debe hacerse mas que aplicar fuego bajo el aparato y dar principio á la destilacion. El alcohol obtenido de esta suerte es límpido y sin color, pero bajo todos aspectos muy inferior á nuestro aguardiente de Europa, y aun á la sidra, Los habitantes un poco acomodados lo someten á una segunda destilacion, y entonces es mucho mejor. El Dr. Quoy, que vió trabajar un aparato de este jénero, ha asegurado que daba cuatro botellas de aguardiente por hora.

Los procedimientos que se practican para la fabricacion del azúcar son los mismos en las Marianas que en las Filipinas, de donde los importaron indudablente. El aceite de coco es conocido de tiempo inmemorial, con sus diversos métodos de estraccion y de prensadura. Las salazones son muy mal confeccionadas. Las plantas tintoriales son mas bien empleadas; el cúrcuma para el color pajizo, y las cáscaras de coco para el color negro. Hace muy poco que el achiote y añil han acrecentado los recursos de la pintura y del tinte, cuyas dos industrias están en la infancia en las Marianas, si se comparan con los procedimientos usados en la India. Conócese en las Marianas la fabricacion del jabon, de la cal, de la sal, de la pólvora y de los vidriados. Igualmente se ejercen en ellas la mayor parte de los edificios de Europa: los carpinteros indijenas son muy hábiles; sírvense de nuestros instrumentos, la sierra, el hacha, y la azuela; mas en su defecto tienen injeniosos espedientes. Cuéntase en Agagna un solo maestro herrero, que tiene bajo sus órdenes cuatro ó cinco aprendices. La ciudad es mas rica en plateros, pues cuenta hasta siete, que hacen una enorme venta de medallas de santos estampilladas, rosarios, pendientes y groseras sortijas. Los albañiles, los cabestreros y los tejedores no son tan diestros como los demas operarios. Citanse únicamente un zapatero y algunos sastres. El trabajo de la concha y los trabajos de hojas de bambú forman una industria particular al país.

La historia como la tradicion nos presentan á los Marianeses como atrevidos navegantes. «Los bateles de estas islas, dice un antiguo viajero, son hechos de dos troncos de árboles encorvados y ahondados que se juntan con la caña de Indias. Su longitud es de quince á diez y ocho pies; mas como su anchura es de solos tres pies, y podrian zozobrar con mucha facilidad, se juntan en los costados unos ligazones de madera sólida que los ponen en equilibrio. Como el batel apenas puede contener los tres

marineros indios, se hace un panas en el centro donde se colocan los que desean trasladarse de un lugar á otro. De estos tres marineros, siempre hay uno en el medio, ocupado en arrojar el agua que entra por las rendijas, y los otros dos se ponen en las estremidades para dirijir el batel. La vela como la que nosotros llamamos latina, es hecha de esteras y larga como el batel; por cuyo motivo evitan tanto como pueden tener el viento en popa, porque esto les haria volcar fácilmente. Cuando tienen que volver de un punto á otro, no hacen mas que cambiar la vela sin jirar el batel, convirtiendo la popa en proa, y el que estaba en ella en timonel. »

Esta descripcion manifiesta que sus piraguas tenian una marcada analojía con los paros carolinos, lo cual prueba sin contradiccion que los Marianeses rivalizaban siquiera con sus vecinos en el arte de la navegacion. Sin embargo actualmente han decaído mucho en esta parte, supuesto que es tan inferior la construccion de sus paros, que se ven precisados á echar mano de los paros carolinos para la navegacion de isla á isla. Los barcos denominados *garaüdes* son malas piraguas que solo pueden andar con el ausilio de la pagaya. Los barcos algo superiores, cortados como los precedentes de una sola pieza de madera llevan en babor un enorme balancin, de una lonjitud igual á la del barco y pudiendo ponerse indistintamente á barlovento ó á sotavento. Tienen ademas una vela trapezoide que solo se desplega cuando el viento es contrario, pues seria muy imprudente bordear con embarcaciones tan frájiles. Para el servicio de la colonia, el gobernador tiene tres vastas y buenas chalupas españolas una yola y un gran bote que navega indistintamente á la vela ó al remo. El servicio entre Gouaham y Manila es desempeñado por una goleta de unas cuarenta toneladas.

El comercio de las Marianas es casi nulo, pues se ciñe á algunas remesas de tripangs hasta la China y algunas permutas insignificantes con las Filipinas. Dia vendrá sin duda en que la vida industrial y agrícola, acelerando mas su actividad, inducirá á ese pais á procurarse conductos mas remotos; pero hasta aqui la pereza de los naturales (1) y el monopolio impuesto por la España lo ha paralizado y sofocado todo. Sin embargo el catálogo de los productos del terreno ha manifestado cuantos recursos ofrece este pequeño grupo, que en cambio aceptaria la mayor parte de nuestros objetos manufacturados de Europa, los paños, las telas de algodon, los hierros bastos ó trabajados, las escopetas, los libros, los muebles, los útiles, el vidriado, los vinos, el plomo como sale de la fundicion, la tela de velas, etc.

(1) Esta espresion que aqui suelta el autor y reproduce en diferentes pasajes del contesto de esta obra, debe ser considerada únicamente por nuestros lectores como una calumnia nacida de la mas profunda ignorancia de nuestra historia y de la preocupacion que ciega á la mayor parte de los estranjeros acerca del carácter eminentemente activo de los Españoles: porqué, qué hombre que sienta circular por sus venas una gota siquiera de sangre española, no se envanece al recordar el vasto jenio y la actividad que en todos tiempos ha desplegado la España, actividad no dirémos igual á la de muchos otros pueblos, sino aun incomparablemente superior á la de todas las *naciones juntas*?

La actividad que caracteriza á los Españoles es tan clara y tan patente, que basta recorrer una pájina cualquiera de la historia para convencerse íntimamente de ello. Con efecto: mientras todas las demas naciones yacian sumidas bajo el yugo del mas horroroso despotismo y eslabonaban ellos mismos sus cadenas para labrar su miseria y su deshonra, la España tomó la iniciativa á principios del siglo XVI enarbolando en muchas ciudades de la corona de Castilla y de Aragon el glorioso estandarte de la libertad que tuvo que sucumbir bajo el peso formidable de la fuerza bruta y bajo la disciplina incontrastable de las lejiones de la tiranía y del despotismo. El historiador filósofo que haya estudiado con esmero las causas y resultados de aquel acontecimiento, que constituye uno de los *capitulos mas sobresalientes* de la historia del siglo XVI, no podrá menos de inculpar severamente la desidia y flojedad de los demas pueblos que hallándose interesados en el ésito de semejante tentativa, contemplaron como del todo ajena á sus intereses una empresa tan importante para el bienestar de la sociedad universal, y dejaron cortar á sangre fria las cabezas organizadoras de los mas ilustres caudillos, tolerando con el mayor despego y absoluta indiferencia que los nombres de los heroicos defensores de una causa santa y lejítima, que debiera ser incrustado en placas de oro en las cámaras lejislativas de todos los pueblos fuesen transmitidos á las jeneraciones futuras con el epiteto infamante de rebeldes, facciosos, perturbadores viles del órden y de la tranquilidad pública é inobedientes á la autoridad del gobierno supremo, gobierno que aherrojaba diariamente con nuevas prisiones á sus magnánimos y jenerosos vasallos.

Y qué dirémos del maravilloso descubrimiento y la conquista de la América, cuyos resultados en vano puede bosquejar la pluma? qué de los afortunados Españoles que salvaron inmensas distancias, arrostraron obstáculos inauditos y sobrepujaron peligros á cuya sola idea cejaron de terror los demas pueblos, no queriendo en un principio dar *crédito á un acontecimiento que por tan admirable llegará* con el tiempo á ser increible? qué de las portentosísimas hazañas del gran Cortés en la conquista del imperio mejicano, del intrépido Pizarro en sus afortunadas empresas contra los ricos dominios de los hijos del sol, de Ovando que en la fuerza de su jenio descendió al cráter de un volcan en actividad, de los infinitos heroes en toda la estension de la palabra, que encumbraron la gloria de la nacion española á un grado á que por su altura no es dado llegar á ningun pueblo de la tierra? Por último, son tantos y tan eminentes los rasgos de enerjía que han desplegado los Españoles en todos los paises y épocas, rasgos verdaderamente dignos de los tiempos heroicos, que la pluma intentaria vanamente trazar de todos ellos algunas pinceladas, pues dias y dias serian precisos para describir de los mismos una parte insignificante: y si los estranjeros nos echan en cara que estamos sumidos en un profundo sueño, bastante les hemos demostrado que nuestro sueño es como el del leon que es mas terrible cuando dispierta. Por manera que si los estranjeros conocen tan poco las hazañas de nuestros heroes y de cuanto es capaz su inmenso jenio, debe atribuirse á la gravedad natural de los Españoles que, muy diferente del carácter jactancioso de los Franceses, ha sido siempre enemiga de hacer alarde de sus proezas y popularizar sus glorias y sus hechos.

El antiguo gobierno marianés no reunia todas las islas bajo el imperio del mismo caudillo. Estaban divididas en cierto número de tribus, que comprendian muchos pueblos cada una y estaban sometidas á leyes y costumbres que en todas eran casi las mismas. Cada una de estas tribus tenia un jefe único ó rey, *Maga-Lahi*, es decir, antiquior, superior, cabeza de familia, patriarca. El Maga-Lahi era siempre el noble ó matoa mas anciano del pueblo, y mandaba á la totalidad de los habitantes así en paz como en guerra. Su mujer se llamaba *Maga-Haga*, superiora ó princesa. A la muerte del rey le sucedia su hermano primojénito, y á falta de hermanos uno de sus primos hermanos, y uno de sus sobrinos, siempre por órden de primojenitura. Todo matoa que tenia bastante poderosa clientela para fundar un nuevo estado, podia llevarse consigo á toda su jente y establecerse en una comarca de la que se declaraba magalahi. Las mujeres eran escluídas de la prerogativa soberana, mas en los consejos y en los tribunales de que formaban parte ejercian una influencia tan lata, que el gobierno de hecho mas bien les tocaba á ellas que á los hombres. Eran dueñas absolutas de la casa; y aun en nuestros dias en que esas tradiciones añejas han esperimentado mucho descrédito, ecsiste en las familias la autoridad de las Marianesas como un recuerdo de los pasados dias.

Las leyes civiles no estaban ecsentas de razon y de moralidad. El acto de union entre dos esposos no era indisoluble, pues solo duraba todo el tiempo que les convenia estar juntos, y se rompia desde el estado de reconocerse su incompatibilidad. Una mujer adúltera era repudiada por su marido, enviada de nuevo á la casa maternal, juzgada y al propio tiempo privada de sus bienes. El marido se hubiera echado encima una mancha indeleble con solo el acto de volverla á tomar.

El esposo tenia el derecho de vengar la adúltera en la persona del seductor, pero no en la de su mujer, cuya pena mas severa era la esclusion del domicilio conyugal. Si el marido llegase á atentar al contrato de union, ó si observaba una conducta reprensible, su mujer podia castigarle impunemente ó restituirse á su primer estado de libertad. El P. Le Gobien atribuye este derecho de represalias á términos mas vastos. « Si una mujer es convencida que su esposo tiene algun trato nada satisfactorio para ella, lo hace salir en la aldea á todas sus compañeras, las que se dan una cita donde se reunen empuñando la lanza y con el sombrero de sus maridos en la cabeza. En aquel traje guerrero se avanzan en cuerpo de batalla en direccion al domicilio del culpable. Empiezan por desolar sus tierras, destruir sus cosechas, arrancar los frutos de sus árboles y causar en todas partes un espantoso estrago; en seguida se precipitan juntos sobre la casa, y si el desgraciado marido no tiene la precaucion de retirarse y ponerse á cubierto, lo atacan y lo persiguen hasta que lo han espulsado del todo. Su modo de vengarse es muy particular. Abandonan sus casas, y hacen saber á sus parientes que no pueden vivir mas con sus esposos. Estos se constituyen inmediatamente en la casa del marido, la saquean y se llevan cuanto en ella se encuentra, siendo muy feliz el marido si no derriban su casa, como ha sucedido algunas veces. » Los hijos se iban con la mujer, y cuando volvia á casarse, miraban á su nuevo esposo como á su verdadero padre. Lo mismo acontecia en lo tocante á una hija que se veía madre; pues sus hijos entraban en la nueva familia, como entre nosotros los hijos de las viudas.

A la muerte del padre, su fortuna y sus hijos pasaban en manos de la viuda; si quien moria era la mujer, los parientes de esta se apoderaban no solo de los bienes del marido, sino tambien de sus hijos. Esta prueba de la preeminencia de las mujeres en el estado social es nueva y decisiva. Sin duda se creía que las mujeres siendo mas afectuosas y sedentarias eran mas propias para los cuidados que ecsije la educacion de los niños.

Si llegaba á morir una madre que amamantase un hijo, la parienta mas prócsima que se hallase en estado de alimentarlo debia verificarlo ni mas ni menos que educar á los hijos mayores. En jeneral ecsistia un vínculo para ayudarse en caso de necesidad y socorrerse en el infortunio entre individuos de la misma familia y casi del mismo pueblo. Esto tenia lugar cuando los nacimientos, los matrimonios, las sepulturas, cuando se trataba de construir edificios y grandes sotechados y dedicarse al cultivo de los campos y á la construccion de piraguas Cuando una mujer tenia realmente necesidad de un campo, de una piragua ó de cualquier otro objeto perteneciente á algun individuo de su familia, le presentaba un *alas* de concha (especie de moneda), y le decia: « Os doy este alas en cambio de tal objeto que necesito. » Esto era una razon suficiente paraque el propietario se desprendiese de aquel objeto al instante mismo. Esta facultad de adquirir gratuitamente no era recíproca. Admitida de parienta á pariente, no lo era de pariente á parienta.

Esta serie de costumbres estravagantes ha dado curso á la hipótesis que en los tiempos primitivos las Marianas habian pertenecido á una puebla de amazonas. Un hecho hay indudable, y es que las mujeres debieron hacer la lejislacion del país. Aun hay mas: en caso de faltas por parte de su mitad solo el marido era responsable; era

juzgado y castigado por ella. Solo las viudas incurrian en penas personales.

Cuando un atchaot habia sido espulsado de su puebla en virtud de una condenacion infamante, buscaba un matoa que quisiese tomarle á su servicio, y le servia sin salario hasta la espiracion de su pena ó hasta su entera rehabilitacion. Sino encontraba ninguno, se veía forzado á vagar sin asilo. Un matoa no podia perder sus bienes sino en virtud de una condenacion jurídica que, segun la naturaleza del delito, le declaraba atchaot vitalicio ó solo por un tiempo determinado. Cuando el juicio le condenaba á la espatriacion, los parientes de la mujer hacian los mayores esfuerzos para autorizarla á acompañarle en el destierro con sus hijos. Algunos presentes en víveres y en alas les valian ordinariamente este favor.

La espatriacion y la caducidad no podian pronunciarse contra un matoa, cuando habia construído y amueblado su casa en persona, y en los casos graves era preciso tenderle un lazo para hacerle entrar en el derecho comun. Entonces la familia construía una casa mas espaciosa y mas bella que la que ocupaba; la hacia guarnecer de los muebles necesarios, intimaba al culpable que fuese á tomar posesion de ella, y apenas se habia instalado, cuando le decian: « Alejaos, hombre deshonrado, de una puebla manchada con vuestra presencia. » Esta intimacion no admitia réplica, y en cuanto habia partido confiscaban sus bienes.

Las contiendas entre dos particulares se vaciaban entre ellos solos, pero si de ahí resultaba una riña harto violenta intervenian los espectadores para poner en paz á los contrincantes. Muchas veces el jefe de la aldea era llamado á usar de su autoridad, y en este caso una simple intimacion transmitida por un niño era bastante parte para separar los dos campeones: la negativa incurria en un castigo ejemplar.

Estos pueblos tenian tribunales, ó mas bien consejos compuestos de jefes y esposas de jefes, en los cuales estas últimas conservaban casi toda la preponderancia. Estos tribunales ejercian su jurisdiccion sobre el matoa infamado en la guerra, por causa de traicion y de cobardía, y tambien sobre cualquiera que sin permiso del maga-labi habia comerciado con una nacion estranjera, ó que se habia batido con armas prohibidas, ó que no habia socorrido á su familia en caso de necesidad, ó que habia vivido en concubinaje con una mujer mangatchang, ó que de un modo ú otro habia infrinjido las órdenes de sus jefes. El acusado se defendia por sí mismo, y hacia valer su inocencia y las circunstancias atenuantes de su crímen. Si el delito, aunque averiguado, era susceptible de remision, las parientas, ó una sola en nombre de todas, depositaban un alas á las plantas del culpable, quien á fin de contestar á aquella muda manifestacion consignaba pescado seco ó fresco, arroz, raices, etc. por un valor almenos igual. Esta permuta de alas y de comestibles se renovaba varias veces, de suerte que si el acusado no era muy rico, se veía forzado á renunciar y le condenaban, al paso que el opulento salia del mal paso con mucho honor y lo acompañaban á su casa con sus conchas. Esta especie de juicios se llamaban *talio*.

Las alas eran conchas atravesadas con cierto número de agujeros. Estas conchas eran la moneda, y de la cantidad de agujeros resultaba su mayor ó menor valor. Una simple concha de tortuga se denominaba *toïlaï*; atravesada de agujeros recibia el nombre de *pilip*, y su valor era tantas veces tres *laïlaï* cuantos eran sus agujeros. Bajo el nombre jenérico de alas, se comprendia el *goïni*, collar algo menos grueso que el dedo pequeño, y el *lokao-hogaa*, de una pulgada de diámetro. Es verdad que el valor de los alas podia aumentarse fácilmente multiplicando el número de agujeros, pero ningun Marianés se hubiera tomado la libertad de hacerlo ya por su natural buena fé, ya por temor de que el fraude, fácil de descubrir, fuese castigado severamente. Estos antiguos alas son muy raros actualmente en la comarca, por razon de que los primeros colonos los esportaron casi todos á la China.

Las guerras que se hacian los Marianeses no eran largas ni sangrientas. El pretesto que las motivaba no era nunca la sed de conquistas, sino tan solo la necesidad de vengar una injuria. Cuando dos tribus entraban en campaña lanzaban algunos gritos no tanto para amedrentarse una á otra, como para inspirarse entusiasmo. El caudillo de la tribu era jeneral de hecho y de derecho, y en caso de liga entre muchas tribus, el mas valiente de los jefes era jeneralísimo. Ningun órden ni táctica presidian al combate: cada uno, así oficial como soldado, proponia sus ideas y subvena igualmente á su manutencion. Reuníanse las tropas al son de la trompa, y marchaban bajo una bandera denominada *babao*. Solo se admitian al servicio militar los matoas y los atchaots. Los mangatchangs servian de asistentes á los guerreros y transportaban los víveres. Toda su gran táctica consistia en acechar al enemigo y hacerlo caer en alguna emboscada. Parece, dice el P. Le Gobien, que solo entran en campaña para sorprenderse unos á otros. Con mucho trabajo vienen á las manos, y cuando lo verifican, solo es para tener la mengua de retirarse sin hacer nada. No parece sino que tienen miedo de ensangrentar el campo de batalla. Dos ó tres hombres muertos ó heridos deciden de la victoria. El miedo les

sobrecoje á vista de la sangre derramada; emprenden la fuga y se dispersan al momento. Los vencidos despachan embajadores y presentes á los vencedores, quienes los reciben con todo el placer de que son susceptibles unas jentes tímidas y cobardes cuando ven á los enemigos postrados á sus plantas. Como este pueblo es naturalmente altivo y vanidoso, los vencedores triunfan de una manera insolente. Insultan á los vencidos, y se burlan de ellos por canciones satíricas que componen y recitan en sus fiestas. »

Las armas consistian en palos denominados *godgod anom*, hechos de madera de areck, de ocho pies de largo sobre dos pulgadas de diámetro, y algunas provistas de huesos humanos. A juicio del P. Le Gobien, estos huesos eran tan ponzoñosos, que así que penetraban en las carnes causaban una muerte horrible y convulsiva. El *dogao*, instrumento de agricultura, y el *polos*, red de pescar, servian igualmente de armas defensivas; el *fod-fod* palito, el *atopet* ú honda se empleaban asimismo para los combates de distancias; pero cuando el combate se empeñaba cuerpo á cuerpo, recurrian al *damang* y al *katana*, especie de cuchillo ó de macana cuya forma precisa es actualmente desconocida. El katana se llevaba en la cintura como el machete de nuestros dias.

El arte de las fortificaciones no era estranjero en las Marianas. En sus primeras guerras con los Españoles, sacaban partido del terreno con una intelijencia admirable, y en caso de necesidad sabian improvisar atrincheramientos, con árboles talados, abondar fosos, defender las avenidas de sus reductos con puntas de huesos envenenados y sembrados por el suelo, y echar mano de todas las combinaciones de que era susceptible su estado poco adelantado de civilizacion.

Tales eran las leyes, las costumbres y la fisonomía de las Marianas bajo el aspecto físico y moral. Actualmente no ecsiste nada de esto, pues es un grupo medio español, medio indíjena, sin tipo ni carácter preciso. Su organizacion política es semejante á la de todas las demas colonias españolas. El gobernador manda en ellas con el título de *Gran justiciero, gobernador civil y militar*, teniendo por segundo á un *sarjento mayor*, jefe de la fuerza armada. Cuéntanse en seguida un comandante de la ciudad de Agagna, siete alcaldes administradores, y en cada aldea ó villorio un *gobernadorcillo* cuyas funciones están subordinadas á las del alcalde y son bastante semejantes al poder civil de nuestros correjidores. Bajo las órdenes del gobernadorcillo hay los alguaciles, milicia urbana, y los zeladores encargados de velar por la observacion de los estatutos de las cofradías relijiosas.

El gobernador acumula todos los poderes políticos y judiciales; sus sentencias son ejecutorias y sin apelacion, y únicamente con las que acarrean una pena infamante debe hacerse asistir del mayor, de dos capitanes y de un secretario. Aunque el fallo de la pena capital dependa del mismo tribunal, se acostumbra mandar el acusado á Manila. Los castigos mas severos son los cordazos, desde el maximum de quinientos golpes hasta el mínimum de un corto número. El robo de efectos pertenecientes al Estado es castigado con cien golpes. El gobernador condena igualmente á los trabajos públicos por un tiempo determinado, cargando de grillos ó sin ellos. Las personas degradadas son castigadas con un destierro á Rota, á Tinian ó á Saypan, y por crímenes graves los envian á Manila. Todas las faltas de menor cuantía son castigadas con la prision que se sufre en Agagna ó en Umata.

Los gastos de esta colonia que cuesta á la España mas de lo que le reditua, eran antiguamente cubiertos casi en su totalidad por una subvencion anual que suministraba la Nueva España, y que traía el galeon en su travesía de Acapulco á Manila. Actualmente las Filipinas son quienes pagan la diferencia ecsistente entre los gastos y los ingresos. Aquellos se componen de los desembolsos afectados al colejio de S. Juan de Letran, á la manutencion de la fuerza armada, á las asignaciones del gobernador y de los funcionarios y gastos de ceremonias públicas, etc. La fuerza armada cuenta 112 hombres de tropas regulares, y en caso de necesidad puede aumentarse con 1.400 milicianos sacados de la poblacion sola de Gouaham. El reclutamiento es voluntario y se contrata por toda la vida ó por un tiempo limitado. Los soldados sirven tanto como les acomoda. Cuando lo desean, obtienen su licencia y tienen derecho á una pension despues de cierto número de años de servicio. En caso de guerra, los milicianos tienen sueldo y alimento, y como no pueden darles fusiles á todos, les arman de hondas y lanzas. Toda la artillería de Gouaham diseminada en diferentes puntos, consiste en unos 30 cañones de bronce, los unos en estado, y los otros fuera de servicio.

De este cuadro completo de las Marianas, tal como nos lo suministran las sabias y curiosas observaciones de M. d'Urville, Freycinet, Chamisso, Quoy, Bérard, Arago y Desaison, puede deducirse que bajo el dominio de otro gobierno que el de España este pequeño grupo hubiera adquirido desde mucho tiempo mayor importancia política y comercial. Es de creer que tarde ó temprano llegará á ser una útil escala intermedia entre la India y la Polinesia, sobre

todo cuando la civilizacion europea haya penetrado en el grupo de las Carolinas que manifiesta una disposicion maravillosa para recibirlo.

CAPITULO XXVII.

CAROLINAS OCCIDENTALES.—ISLAS ELIVI, GOUAP Y PELEW.

Nuestra breve recalada en Gouaham habia restablecido completamente los enfermos del *Océánico*, por cuyo motivo cuando á 2 de julio de 1831 abandonó la isla hospitalaria, hallábase en el puente toda la tripulacion dispuesta y apta para el servicio. Era aquella la época de los mejores tiempos, de las brisas dulces y regulares. Deslizábase por el Océano la lijera embarcacion en direccion al S. O. sin que hubiese necesidad de remover una sola maroma de los aparejos ni la mas pequeña parte del velámen. Habian discurrido cuatro dias, y á 6 de julio el vijia señaló en el horizonte una isleta baja y selvosa. Vanamente la buscó Pendleton en sus mapas, pues era la isla Feïs descubierta recientemente, reconocida en 1828 por el capitan d'Urville, y de la que habian hablado los Carolinos ecsajerando su importancia y atribuyéndole seis leguas de circumferencia, siendo así que solo tenia dos ó tres millas. Por otra parte su posicion estaba basada sobre datos muy poco ciertos; mas, segun el capitan d'Urville, está situada á los 9° 45' lat. N. y á los 138° 10' lonj. E.

Dos dias despues el *Océánico* costeaba la parte S. del grupo Elivi (segun d'Urville), compuesto de un gran número de islotes bajos y selvosos, diseminados en los bordes de un inmenso arrecife. Al abrigo de aquella serie de rompientes, el mar estaba terso como un lago, y sin embargo nos hallábamos á tal distancia de tierra que ni una piragua siquiera se atrevió á acercarse. Sin embargo al fin llegó una tripulada por cuatro naturales que pasaron á bordo con alegría y confianza, ofreciéndonos cocos, frutos de pan y algunas raíces de su país. Eran hombres bien formados, de un tinte medianamente obscuro, íntegros, francos, tranquilos y animados de intenciones benévolas. Despues de haber pasado una hora á bordo, viendo que el *Océánico*, siempre á la vela, los conducia á sobrada distancia de sus islas, aquellas buenas jentes se decidieron á despedirse de nosotros.

Las islas Elivi fueron conocidas de los Españoles á principios del siglo último, fundados en las indicaciones que les dieron los Carolinos que frecuentaban entonces las Marianas. Algunos misioneros se aventuraron á desembarcar en aquel grupo para convertirle al cristianismo, pero su tentativa no tuvo otro resultado que una catástrofe estéril y sangrienta. Fernando Valdés Lamon, á la sazon gobernador de las Filipinas, da cuenta de aquel acontecimiento en estos términos:

A 2 de febrero los PP. Cantova y Walter partieron de Gouaham para las islas recientemente descubiertas. A 2 del siguiente marzo llegaron felizmente á una de las Carolinas, y permanecieron tres meses en ella, ocupándose en su ejercicio de misioneros. Como aquellas islas no ofrecian ningun recurso, embarcóse Walter para las Marianas á fin de abastecerse de todo lo necesario para la subsistencia de Cantova que continuaba en la misma tierra con catorce Marianeses que le acompañaban. Empero los vientos contrarios obligaron á Walter á hacer escala en las Filipinas, donde tuvo que estar aguardando un año entero la llegada del buque que cada bienio pasa á las Marianas. Por fin, á 12 de noviembre de 1732 volvió á embarcarse, y despues de tres meses y medio de navegacion, encalló el buque á la entrada del puerto. Lejos de desalentarse por este revés, los misioneros hicieron construir otro á grandes gastos y cargardo de víveres, en el que se embarcó Walter á 31 de mayo de 1733 con cuarenta y cuatro personas. Despues de nueve dias de navegacion se encontraron ya junto á las islas, y al momento dispararon muchos cañonazos para avisar su llegada á Cantova; pero no se acercó ningun barco, lo cual indujo á creer que los bárbaros le habian quizás arrebatado la vida. Tomóse la resolucion de entrar en una bahía formada por dos islas, siendo la mas considerable Falalep; y habiéndose aproesimado á la playa á tiro de pistola, se descubrió que la antigua vivienda era incendiada, y que la cruz fijada en la costa no ecsistia ya. Finalmente, acercáronse al buque cuatro barquitos henchidos de isleños y presentaron algunas nueces de cocos. Preguntáronles en su lengua por Cantova y sus compañeros, y contestaron con muchísimo empacho que habian ido á la grande isla de Yap; pero el temor pintado en su semblante y su tenacidad en no querer subir á bordo, apesar de ofrecérseles bizcocho, tabaco y otras bagatelas de su gusto, no dejaron la menor duda de que nuestros camaradas habian muerto por mano de los bárbaros. Consiguióse al fin cojer un isleño y hacerle subir á bordo; pero los restantes abandonaron inmediatamente sus barcos y se arrojaron á nado lanzando los mas terribles alaridos. El buque pasó la noche en aquella bahía, y al dia siguiente se alejó de las islas con ánimo de pasar á Yap. Navegaron los Españoles por espacio de tres dias enteros, pero nunca pudieron descubrir la isla, por razon de que ignoraban su situacion y el rumbo que debian seguir. Entretanto hicieron varias preguntas al isleño, asegurándole que no

le harian ningun daño si hablaba la verdad, y de esta suerte confesó por fin que poco tiempo despues de la partida de Walter, habian muerto á Cantova y á todos sus compañeros.

« Este relijioso habia partido con su intérprete y dos soldados para la isla de Mogmog con objeto de administrar el bautismo, quedándose sus compañeros en Falalep para guardar su casa. No bien se hubo apeado en la isla, cuando se acuadrillaron gran número de naturales armados de lanzas, y lanzando los mas horríficos aullidos salieron al encuentro de Cahtova; pero este les preguntó dulcemente por qué motivo querian arrancarle la vida, siendo así que no les habia hecho el menor daño. « Tu vienes, le respondieron, para destruir nuestros usos y costumbres: en ninguna manera queremos admitir tu relijion. » A estas palabras le acribillaron de tres lanzadas, despojaron su cadáver de sus vestidos, le envolvieron en una estera, y lo enterraron al pie de una casita, cuya ceremonia solo conceden á los magnates de su isla. Asimismo asesinaron á los otros tres, y depusieron sus cadáveres en un barco que abandonaron á la discrecion de los vientos y de las olas. Despues de este asesinato se embarcaron, y pasaron á la isla Falalep al sitio donde se habian quedado los restantes. Al acercarse los bárbaros, que parecian sobrecojidos de furor, los soldados se pusieron á la defensiva y tiraron cuatro cañonazos que habian colocado delante de su casa, causando la muerte de cuatro isleños. Continuaron defendiéndose á sablazos, pero postrados por el número, fueron acribillados de lanzadas, y sus cuerpos enterrados en la playa del mar. Catorce personas murieron en aquella ocasion, á saber, Cantova, ocho Españoles, cuatro Indios de las Filipinas y un esclavo; salvándose tan solo un jóven Filipino que fué ahijado por uno de los caudillos de la isla. La casa fué saqueada por los bárbaros, quienes se repartieron todo el botin, y la destruyeron. »

El desgraciado ésito de aquella mision parece haber retraido á los Españoles de hacer una tentativa de la misma naturaleza; porque las Carolinas no son citadas en la historia de las Marianas. Las islas Falalep y Mogmog de los misioneros quedaron sepultadas en un profundo olvido, y en su lugar se ven solamente figurar en los mapas un grupo de islas bajo el nombre de *Egos*, designacion que debe su orijen al capitan D. Bernardo de Egoi, su primer descubridor en 1712. Reinaba la mayor vaguedad sobre el conocimiento jeográfico de este grupo, cuando en junio de 1828 el capitan d'Urville le reconoció y le aplicó el nombre de *Elivi* segun las designaciones de algunos naturales que se acercaron al buque durante la noche y tuvieron con él rápidas comunicaciones. « Esos naturales, dice este capitan, no se acercaron á la corbeta hasta las siete de la tarde, y cuatro de ellos pasaron inmediatamente á bordo. Su buen humor, su confianza y su amabilidad nos recordaban perfectamente los habitantes de Hogoleu, cuando el viaje de la *Coquilla*. Nos dieron á comcer con muchísimo gusto los nombres de todas las islas que componen su pequeño archipiélago en número de diez y ocho ó veinte; mas como iba anocheciendo no pudímos aprovecharnos de aquellas luces. Así es que en el mapa trazado por M. Guilbert, me he contentado con distinguir estos islotes con números ordinales. Únicamente, como el nombre de *Elivi* era tomado mas comunmente en boca de los isleños que todos los demas, lo he impuesto provisionalmente al grupo entero.

« Cuando les pronunciámos el nombre de *Yap*, señalaron inmediatamente el O; igualmente conocian Saterval, Feïs, Mogmog, Lamourek, Youli, etc., pero el nombre de *Egoi* les era absolutamente desconocido, y cuando pronunciámos esta voz mostrando sus islas, hacian un signo negativo diciendo: *Elivi*. La palabra *Tamouel* por caudillo, es tambien de su idioma, y *mamai* parece significar: *bravo*, *bravísimo*.

« Los buenos de aquellos salvajes me hubieran dado todavía con mucho gusto otras noticias, por cuanto eran muy comunicativos y aun locuaces; pero no acertábamos á comprender su lengua, y como nos hallábamos envueltos en la obscuridad sus jestos mismos eran del todo perdidos para nosotros. Al cabo de una hora les dí á entender que abandonábamos sus islas; por cuyo motivo se despidieron con mucho sentimiento y prometiéndonos réiteradas veces presentarse por la mañana del dia siguiente á bordo y traernos sabrosos pescados. »

Seis meses despues sobrevino el capitan Lutke que trazó la jeografía completa y circunstanciada de este grupo imponiéndole el nombre de *Ouluty*, nombre que sin duda alguna debe ser preferido al de Elivi. Como la relacion de ese reconocimiento no ha visto todavía la luz pública, nos ceñirémos á una sucinta descripcion de estas islas. Es imposible reconocer en el mapa de Lutke muchos de los nombres que los Carolinos de recalo en las Marianas habian comunicado antiguamente al esuíta Serrano. Las islas Loto, Fataray, Fatalap, Patagarus, Yaos, Luxel y Eu del catálogo de Serrano son indudablemente idénticas con las islas Lothoou, Fatharay, Falalep, Patangaras, Ear, Losieppe y Eou del mapa del navegante ruso. Sea como fuere, el grupo Elivi ú Oulathy, de diez y ocho á veinte millas de largo de N. á S. con una anchura casi igual de E. á O., comprende unas veinte islas bajas y selvosas, todas de cortísimas dimensiones. Las mas considerables, como Falalep, Mogmog

y Patangaras, apenas tienen una milla de largo sobre media de ancho. Este grupo está situado entre los 9° 4' y los 10° 6' lat. N. y entre los 137° 8' y los 137° 28' lonj. E. Si debe darse crédito á las antiguas relaciones españolas, el caudillo principal de estas islas residia en Mogmog. Cuando navegan los barcos por este golfo, dicen, así que llegan á la vista de Mogmog, abajan las velas como muestra de respeto y de sumision de los isleños hácia sus señores. »

Hallábase el *Oceánico* á alguna distancia del grupo Elivi, cuando á 15 de julio por la mañana ví desaparecer á través de nuestras portas y á dos ó tres leguas de distancia una deliciosa isla orillada de una playa cubierta por hermosos grupos de cocos. Era la isla Yap, segun la mayor parte de los mapas, Gouabam segun M. d'Urville. Los Españoles la conocieron antiguamente en virtud de las noticias que les dieron los Carolinos, y segun su costumbre, ecsajeraron sobremanera su importancia atribuyéndole cerca de cuarenta leguas de circumferencia, por cuyo motivo figuró por mucho tiempo en los mapas con una forma desmedida. « Ademas de las diversas raíces de que usan los habitantes en vez de pan, dice Cantova, se encuentran patatas, llamadas en su lengua *camotes*, procedentes de las Filipinas, segun me ha referido uno de nuestros Carolinos llamado Caïal. Asimismo narra este sujeto que su padre llamado Coor, uno de los mas ilustres de la isla, tres de sus hermanos y él, á la sazon de veinte y cinco años de edad, fueron arrojados por la tempestad á una de las Filipinas denominada *Bifaïai*, que uno de nuestros misioneros les tomó por su cuenta y les dió vestido é hierro, que es lo que mas aprecian en el mundo; que á su regreso trajeron simientes de muchas plantas, entre las cuales se hallan las patatas, las que se han multiplicado tan prodijiosamente que su isla abastece de ellas á todas las demas. Estos isleños hacen una pasta odorífera de color amarillo y encarnado con que se pintan el cuerpo los dias festivos; siendo este en su concepto uno de los adornos mas magníficos. Apenas puede creerse lo que me añadió aquel sujeto en órden á la ecsistencia en su isla de algunas minas de plata; pero que se saca en corta cantidad, á falta de instrumentos de hierro propios para escavar la tierra; que cuando encuentran algun pedazo vírjen lo trabajan para darle una forma redonda y lo regalan al señor de la isla, denominado *Taguir*. Díjome asimismo que en su casa hay algunos de un tamaño propio para servirle de silla.» El bueno del P. Cantova tenia fundamentos para dudar de la veracidad de este relato; porque una tierra tan sumamente rica no es posible que se hubiese sustraido á las indagaciones de los codiciosos aventureros de aquella época.

Esta isla fué olvidada por mucho tiempo, y reconocida por fin en 1792 por los buques *Exeter*, *Hawke* y *Dundas*, y por el *Swallow* en 1804. Empero el capitan d'Urville es el primero que ha presentado con ecsactitud su forma y su posicion. A 4 de julio de 1828 tuvo algunas comunicaciones con los naturales. Léese en su diario lo siguiente:

« Cuatro piraguas que desde mucho tiempo se dirijian hácia nosotros, asieron aquella ocasion para alcanzarnos. Tres de ellas no contenian mas que tres ó cuatro hombres cada una; pero la cuarta era mucho mayor y llevaba nueve. Todos esos salvajes pasaron á bordo sin ninguna dificultad, y no manifestaron la menor sorpresa al vernos. Tenian un semblante injenuo, la jovialidad y la mayor parte de las maneras de los otros Carolinos; por los andrajos que llevaban muchos podia juzgarse fácilmente que habian tenido frecuentes relaciones con los Europeos. Con efecto, uno de ellos, que hablaba un poco el español, me citó los nombres de seis ó nueve buques que habian sucumbido cerca de su isla, y me indicó un fondeadero en una bondonada de la costa del E. Ese sujeto me dijo que habia estado en Gouabam en uno de sus grandes paros; no tenia conocimiento alguno de las islas Elivi; pero me ha hablado de las islas Egoi situadas al E. S. E. y que me ha asegurado ser en número de cuatro. Hame indicado con ecsactitud las islas Palaos y Matelotas en sus direcciones respectivas, pero me ha dicho que las últimas se apellidaban *Goulou* en su lengua, y que su propia isla se denominaba *Gouap*. Es de creer que *go* no es mas que una partícula que significa *es* ó el artículo *el*, *la*, como el *ko* de los Nuevos-Zelandeses y el *no* de los Taitios. Si es así, los verdaderos nombres de estas islas son *Oulou* y *Ouap*, tanto mas cuanto que en Elivi los salvajes pronunciaban claramente *yap*. Sin embargo hasta mas amplios informes adoptarémos las designaciones de *Gougo* y de *Goulou*.

« Esos naturales son bastante bien formados, y apenas se pintan; su tinte es sumamente claro, y muchos de ellos llevan sombreros puntiagudos como los Chinos. Sus piraguas son del todo semejantes á las de los Carolinos, sin otra diferencia que las dos estremidades se realzan mucho mas á manera de las góndolas de Constantinopla. Nunca trajeron á vender frutos ni provisiones, ni objeto alguno de su industria.

« Sin embargo su isla ofrece el aspecto mas risueño y fértil, sobretodo en toda su parte meridional, que es baja y casi del todo cubierta de soberbios cocos. De trecho en trecho se observan en la playa espaciosos edificios con inmensos techos por el estilo de las casas de Ualan. La parte del N. es mas elevada, bien que las montañas mas encumbradas parecen no te-

ner mas de sesenta ú ochenta toesas de elevacion sobre el nivel del mar.

« Por lo demas Gouap es mucho menos estensa de lo que á primera vista parecia en los mapas de Arrowsmith y de Freycinet, porque á lo sumo tiene diez millas de N. á S. y cinco ó seis de E. á O. Es probable que, segun ha acontecido varias veces veces en lo tocante á evaluaciones de magnitudes de islas, las millas españolas habian sido tomadas por leguas.

« Cuanto hubiera gustado poder fondear en Gouap, y dedicarme algunos dias al estudio de sus habitantes y de las producciones de su territorio. Pero el *Astrolabio* no era mas que un hospital flotante; reinaba á bordo un desaliento jeneral. Tuvímos pues que contentarnos con la ojeada rápida que acabábamos de tender sobre este rincon de tierra, y proseguir nuestro derrotero al S. ¼ S. E. llevando el rumbo hácia las islas. Al momento todos los naturales que se hallaban á bordo saltaron precipitadamente á sus piraguas y se apresuraron á alcanzar la playa: no parecia sino que temian que fuésemos tentados á llevárnoslos en esclavitud. Es probable que no pocas veces les han jugado semejante morisqueta. »

A estas observaciones del capitan d'Urville, debemos añadir que este navegante fijó la posicion de la punta S. de Gougo á los 9° 25' lat. N. y á los 135° 41' lonj. E.

Al dia siguiente, 16 de julio, el tiempo, hasta entonces delicioso, pasó á ser incierto y caprichoso. De cuando en cuando caian sobre el *Oceánico* chubascos imprevistos que le forzaban á seguir todas las direcciones del compás. En medio de los obstáculos de aquellas maniobras señalé un grupo de árboles que parecia flanqueado de un ancho rompiente. Apenas lo mostré á Pendleton, cuando salió repentinamente al encuentro del timonero: « Deja arribar á babor! » esclamó. El timonero obedeció al comandante, y el navío se deslizó en la direccion opuesta á la del arrecife. Desaparecido todo temor, Pendleton me salió al encuentro. « Me ha dado V. un buen aviso, dijo; no me creia tan cerca de los terribles *matelotas*, y es preciso que la corriente nos haya impelido hácia ellas con bastante rapidez. Créame que estábamos á treinta millas de distancia; pero apenas estamos á seis. » Preguntéle en que consistia este grupo, y me lo esplicó en los siguientes términos. «Son unas islas pobres, que fueron descubiertas en 1547 por Villalobos, y Gabraon, gobernador de las Molucas, despachó á ellas á Francisco de Castro para bautizar á sus habitantes. En 1796 el almirante Reynier, que mandaba el navío, el *Suffolk*, tuvo conocimiento de ellas y las denominó *Spencer Keys*. Sin embargo el conocimiento ecsacto de su posicion se debe al capitan d'Urville, quien en 1828 costeó de muy cerca toda su parte occidental, y reconoció que este grupo, compuesto de algunas islas bajas sumamente pequeñas, estaba circuído de un inmenso rompiente que hacia muy peligroso su acceso. Hasta aquí no se ha recojido ninguna noticia positiva en órden á su poblacion. Está situado entre los 8° 14' y los 8° 34' lat. S. y entre los 134° 58' y los 135° 11' lonj. E.

Durante cinco ó seis dias, impelido por los vientos contrarios, el *Oceánico* sostuvo la capa aguardando que soplase una brisa favorable; pero las corrientes debian de ser muy fuertes en estos parajes, supuesto que á 22 por la mañana se percibió en frente una nueva tierra prolongada y de una altura mediana, que parecia tener una estension de cuatro ó cinco leguas. Cuando estuvímos á algunas leguas de distancia se desplegó á nuestra vista una dilatada serie de arrecifes. Aquellos rompientes formaban una barrera inaccesible, á escepcion de la parte S. donde se aprocsimaban mucho á la playa. Hallábase el *Oceánico* á la altura de la isla del S., cuando se le acercaron dos ó tres piraguas. Dispensólas Pendleton una acojida alhagüeña; pero al avistar á lo lejos un número mayor de embarcaciones, en vez de amainar su marcha para aguardarlas, hizo una maniobra que debia cansarlas si se obstinaban en seguirle. Permutáronse algunos objetos manufacturados con los que se habian presentado contra varios cocos y batatas; mas viendo que la marcha del buque les alejaba demasiado de su isla, se despidieron al momento. Los que se columbraban á lo lejos, habian virado ya de bordo, y de consiguiente me fué imposible recojer numerosas observaciones relativamente á aquellos isleños. Todo cuanto pude averiguar es que eran bien formados, vijilantes y llenos de confianza en sí mismos. Cuando hicímos ademan de enmararnos y huir su acceso, se manifestaron tristes cuanto sorprendidos, cual hombres que no habian hecho nada para merecer tal desconfianza y que estaban familiarizados con los Europeos. Eran efectivamente unos moradores de las islas Wilson, célebres por la relacion del naufrajio del *Antelope*, relacion que participando de la popularidad de Cook y de Robinson ha sido tan hojeada por la juventud, dispuesta á sentir las mas vivas impresiones á la lectura de aventuras estraordinarias. Estas islas Pelew y su buen soberano, el jóven Li-Bou, el noble Abba-Thulle su padre, todos estos nombres se fijaban en mi imajinacion á vista de la isla como otros tantos recuerdos recientes y graciosos. « Porque no vamos, dije á Pendleton, á hacer una breve visita á los hospitalarios habitantes de las islas Pelew? — Parece que V. lo dice en estilo pastoral, me replicó el capitan con un tono semi-serio y me-

dio jocoso: se conoce que tiene V. el cérebro atestado de las baladronadas de Wilson ó mas bien de su corrector, el caballero Keate. La costumbre de trazar relaciones poéticas sobre esas pueblas oceánicas era entonces de moda: fabricábanse salvajes de agua de colonia, y los hacian vivir en un país digno de la edad de oro. Los caníbales mismos eran representados como inocentes corderos por la pluma de los publicistas europeos. Pero, qué ha resultado de ahí? *Mentís* crueles y nada satisfactorios. El teniente Macluer, alhagado por las relaciones de Wilson y cansado de la sociedad de los Europeos, vino á buscar en Pelew hombres de mejor conducta. Pasó allí una parte de los años 1793 y 1794; pero no pasó mucho tiempo sin quedar disgustado de los isleños que encontró, como la mayor parte de los salvajes, ávidos y malignos. Si Macluer no hubiese fallecido, sin duda nos hubiera presentado relaciones mas ecsactas, mas curiosas y mas fidedignas que las fábulas de Wilson. Por desgracia Macluer no nos ha dejado ningun escrito, y sí tan solo un plano de esas islas levantado con harta imperfeccion, pero que tiene esta circunstancia de característico, y es que los nombres de su mapa difieren completamente de los de Wilson y merecen ser preferidos por todos los jeógrafos como lo han sido por el capitan d'Urville.

« Despues de Macluer, prosiguió Pendleton, es probable que han comunicado con las islas Pelew algunas embarcaciones, y hasta se sabe que una de ellas estuvo á punto de ser víctima, hace algunos años, de su confianza en esos salvajes. El capitan Anderson me refirió en Gouaham lo siguiente, de cuyas resultas el *Oceánico* ha maniobrado hace una hora del modo como V. ha visto. Subidos en gran número al buque del capitan, los naturales se portaron al principio con mucha reserva y decoro. Efectuáronse algunas permutas, y parecia reinar la mas completa armonía entre las partes contratantes, cuando los salvajes se precipitaron súbitamente sobre los marineros desprevenidos y se apoderaron del buque. Afortunadamente algunos marinos que se hallaban en las cofas tiraron algunos balazos sobre los salvajes, cuya imprevista mosquetería dió principio á la resistencia, que quizás hubiese sido inútil sin la presencia de un negro, *cok* ó cocinero de á bordo. Habia en el fuego un caldero lleno de agua hirviente; tomó el negro un gran cucharon y echó á rociar á los isleños que recibian el líquido sobre su cuerpo del todo desnudo. Fácilmente se concibe que semejante rociadura les debió disuadir del pillaje, y en efecto se fugaron todos lanzando horribles ahullidos. Mucho tiempo despues se oia como ahullaban en la playa. Merced á la presencia de ánimo del negro, los Europeos se salvaron. »

Así es que Pendleton destruyó en un momento los ensueños de toda mi juventud. Qué! esta historia de Wilson era una fábula; ese naufrajio del *Antelope* habia sido embellecido y abrillantado á toda costa! Yo persistia en no creerlo: mi capitan con sus ideas positivas no podia menos de engañarse: los salvajes de nuestros dias, nómados por el contacto europeo, no podian ser ya los salvajes antiguos. Tal es lo que decia para mí á trueque de mantener mis ilusiones, y apesar de Pendleton creía todavía en las aventuras del *Antelope*. Vamos á juzgar inmediatamente de su verosimilitud.

CAPITULO XXVIII.

ISLAS PELEW. — NAUFRAJIO DEL ANTELOPE.

El *Antelope*, paquete de la compañía de las Indias, de trescientas toneladas, montado por 34 Ingleses y 16 Chinos, mandado por Enrique Wilson, que tenia á bordo su hijo y su hermano, partió de Macao á 21 de julio de 1783. Este capitan dió la vela hácia el E.; dobló el 26 las islas Bashee y no encontró mas tierra hasta el 1.° de agosto, por la noche, en que se perdió en un rompiente. Cortáronse los palos, se botaron las chalupas al mar; el naufrajio era completo é irremediable.

Al rayar del alba, se percibió á tres ó cuatro leguas de distancia una isleta al S. y algunas otras al E. Despacháronse á ellas las embarcaciones, mientras se trabajaba á bordo en la construccion de una almadía en que debian cargarse los objetos mas útiles. Acercáronse los botes á una pequeña ensenada bien abrigada, desembarcaron sus provisiones confiándolas á la custodia de cinco hombres, y regresaron á bordo. Entretanto se dió cima á la almadía; completóse su cargamento, y la tripulacion dejó el *Antelope* y pasó á tierra. En el decurso de su rota, la almadia tropezó con obstáculos tan grandes, que tuvo que abandonarse anclada en un abra; y solo las tripulaciones desembarcaron viniendo en conocimiento de que la isla era poblada y oyendo gritos humanos durante toda la noche. Los dias siguientes se ocuparon del salvamento de los objetos de la almadía, sin que circunstancia alguna fuese parte á retraer á los náufragos de la faena. A las ocho de la mañana del 12, mientras se ocupaban en despejar el terreno para plantar reales, llegaron dos piraguas tripuladas por algunos salvajes, y uno de ellos se acercó á los estranjeros y les dijo en chapurreado malayo: « Sois amigos ó enemigos? » Afortunadamente un marinero comprendia su lengua, y le contestó: « Somos unos Ingleses desgraciados cuyo buque ha encallado en este arrecife, y hemos tenido la dicha de salvar nuestra vida. »

Desde entonces quedó sellada la mas íntima amistad entre los náufragos y los isleños.

Entre los ocho individuos que se habian relacionado con los Ingleses, se contaban dos hermanos del rey y un Malayo de Ternate, que habia servido de intérprete. Patron de un buque mercante, perteneciente á un Chino, este hombre se dirijia á Amboine diez meses antes cuando las corrientes le arrastraron á las islas Pelew. El rey le dispensó la acojida mas alhagüeña, y la conducta que hácia él observaron los naturales le era altamente satisfactoria.

La admiracion y la sorpresa que se manifestaron entre aquellos salvajes al ver los objetos desembarcados demostraban con evidencia que hasta entonces no habian tenido relacion alguna con los Europeos. A todo cuanto percibian y palpaban, esclamaban: *Weal! weal!* y á veces *Weal a tracoy!* esclamacion de sorpresa, segun nos significó el Malayo. Lo que mas llamó su atencion, fué el blanco cútis de los Ingleses, y lo holgado de sus vestidos que no podian no tocar con curiosidad, á trueque de cerciorarse si hacian parte de su cuerpo. Por lo demas, en breve comprendieron la esplicacion que les dió el Malayo relativamente á esos vestidos indispensables en un pais mas riguroso y frio que las islas Pelew. Entonces manifestaron deseos de saber si los brazos eran del mismo color que las manos y el rostro; y al momento muchos Ingleses se descubrieron el pecho y les hicieron patente que el resto de su cuerpo era del propio color. Los pelos que guarnecian el busto parecieron inspirarles cierto fastidio, pues les parecia efecto de desaseo, por razon de que entre ellos los dos secsos tienen la costumbre de quitarse el vello con la alanquia.

Como los salvajes entraban en las tiendas con sus nuevos amigos, un perro de Terranova y otro perrito faldero, salvados del naufrajio, echaron á ladrar con vehemencia. Los naturales contestaron á sus ladridos con estrepitosos gritos; pero poco á poco se fueron habituando á la vista de aquellos animales que les ofrecian un espectáculo del todo nuevo, por cuanto no conocian otro cuadrúpedo que el raton.

En la primera entrevista quedó acordado que el hermano del capitan, Matías Wilson, se presentaria al rey con algunos dones, y que los Ingleses retendrian como rehenes al hermano del rey, Saa-Kook, otro natural y un intérprete. El número de aquellos isleños se acrecentó dos dias despues por la llegada de otro hermano del rey, Arra-Kooker, y uno de los hijos del rey, llegados en piraguas cargadas de batatas y nueces de coco que ofrecieron al capitan. El hijo del rey llevaba un mensaje del monarca, concebido en los siguientes términos: « El rey veía con placer á los Ingleses en sus Estados y les hacia saber que tenia pleno permiso de construir un navío en la isla en que se hallaban, y que asimismo podian ir á construirle en la isla donde residia y bajo su proteccion inmediata. »

Poco tiempo despues volvió á aparecer Matías Wilson; habia tenido grandes inquietudes, pero el resultado manifestó cuan poco fundadas eran. El pueblo de Pelew le habia dispensado la mas alhagüeña acojida. Su relacion es la siguiente.

« Cuando el bote que me llevaba llegó á la isla donde residia el rey, el pueblo en masa salió de sus domicilios para verme desembarcar. Acompañábame el hermano del rey, y me tomó por la mano para conducirme del desembarcadero á la ciudad. Habíase estendido una estera sobre un enlosado de piedras cuadradas, donde me hizo seña de sentarme. Obedecí al momento, y en breve llegó el rey advertido por su hermano: me levanté para saludarle al estilo de los orientales aplicando la mano á mi frente y encorvando el cuerpo; pero pareció que no prestó en ello la menor atencion.

« Tras esta ceremonia ofrecí al rey los presentes de que me habia cargado mi hermano, y los recibió con mucho agrado. Entonces Arra-Kooker habló con él algun tiempo, y entendí que le instruía de nuestro desastre. Concluída esta confabulacion, el rey comió un pedazo de azúcar piedra que le pareció bueno, y distribuyó un pedazo á cada jefe. Inmediatamente mandó que llevasen los presentes á su domicilio é hizo venir refrijerantes en una nuez de coco, consistiendo en agua caliente que suavizaron con una especie de melote. Despues de haberlo gustado, mandó un jóven que se hallaba á su lado que se encaramase á un coco para cojer nueces frescas. Tomó una, quitó su cáscara, cató su leche y la entregó al jóven natural paraque me la presentase haciéndome seña de que se la devolviese en cuanto hubiese bebido. En seguida rompió la nuez en dos, comió un poco de ella y me la restituyó paraque igualmente comiese.

« Entonces me hallé rodeado de una multitud de individuos de ambos secsos, en tanto que el rey habló largamente con su hermano y los caudillos presentes. Sus miradas, que á menudo se fijaban sobre mí, me dieron á entender que su conversacion era relativa á mi presencia. Por casualidad me quité el sombrero, y toda la asamblea quedó altamente sorprendida al verlo. Habiéndolo echado de ver, inmediatamente me desabroché el jestillo y me descalzé los zapatos para mostrarles que no hacian parte de mi cuerpo, por cuanto me creía que estaban en esta idea. En efecto, así que se desengañaron, se me aproximaron mas, me palparon y apli-

caron sus manos sobre mi pecho para tocarme la piel.

« Entretanto iba anocheciendo, y de consiguiente el rey, su hermano, muchas otras personas y yo nos retirámos á una casa donde nos habian preparado batatas cocidas en agua para cenar. Consistia la mesa en un camoncillo guarnecido en torno de un banco de tres á cuatro pulgadas de alto. Habia en ella un plato de madera que contenia una especie de pudingo hecho tambien de batatas machacadas y batidas juntamente. Observé ademas algunos mariscos, pero no pude reconocer sus especies.

« Despues de cenar me acompañaron á otra casa situada á alguna distancia de la primera, donde encontré á cincuenta personas de ambos secsos. Fuí presentado por una mujer, que en el acto de entrar me dió á entender que me sentase ó me acostase en una estera estendida espresamente para mí en un ángulo de la pieza; á lo que pude comprender, que me habian destinado aquel sitio para dormir. Cuando el resto de la compañía hubo satisfecho su curiosidad, cada uno se fué á acostar, yo me tendí en la estera, y me coloqué otra encima, que presumí destinada para este objeto. Mi almohada fué un tajo, único cojin de que se sirven aquellos isleños.

« Aunque me fué absolutamente imposible dormitar, pasé la noche tranquilamente. Mucho tiempo despues de hallarse todos sumidos en el silencio de la noche, se levantaron siete ú ocho hombres, y empezaron á encender dos grandes hogueras en cada estremo de la casa, que no estaba dividida en piezas y formaba solo una grande habitacion. Fuerza me es confesar que esta ceremonia me amedrentó, pues creía que se disponian á asarme, y que solo se habian acostado para dejarme dormir, y apoderarse de mí en aquella situacion.

« Dejando á un lado lo que hubiera podido ser de mí, en el peligro que me amagaba de todos lados y que me era imposible evitar, reconcentré todas mis fuerzas y me encomendé al Ser Supremo, aguardando con resignacion mi destino ulterior. Pero, cual fué mi admiracion cuando poco tiempo despues de haberse calentado les ví cubrirse con sus esteras y echarse á dormir pacíficamente hasta el amanecer! En este momento me levanté, y me paseé en todos sentidos á través de la muchedumbre que me rodeaba.

« Juntóseme en breve el hermano del rey; acompañóme á muchas casas donde me ofrecieron patatas, nueces de coco y algunas golosinas insignificantes, y en seguida me presentó en casa del rey su padre á quien dí á entender por jestos que deseaba mucho encontrar á mi hermano. Comprendióme el rey perfectamente, y me significó igualmente por señas que los botes no podian enmararse á causa del viento y del proceloso mar. Para designarme el ímpetu del viento, me mostró con la mano los astros y sopló con vehemencia; en cuanto á la violencia de las olas á que estarian espuestos los botes, juntó entrambas manos, levantólas y dejólas caer al momento, dándome á entender con esto que los botes podian zozobrar.

« Empleé el resto del dia en pasearme por la isla, cuyas producciones me parecieron consistir en batatas y en cocos; los naturales cultivaban las primeras con sumo esmero en grandes plantaciones situadas en medio de terrenos pantanosos, como el arroz en la India. Los cocos crecen junto á sus casas, ni mas ni menos que el betel, que mascan como tabaco.»

Al dia siguiente Abba-Thulle, que Keate llama el rey de Pelew, apesar de no ser mas que jefe de una de las islas del archipiélago, vino en persona á visitar á Wilson. Renovóle sus ofrecimientos de servicio; insinuóle que el sitio en que se hallaba era insalubre, y que bajo todos aspectos le seria mas ventajoso residir á su lado. Wilson dió las gracias al rey sin afectar desconfianza; mas prefirió permanecer en el punto en que estaba, calculando que le seria mas fácil ponerse á cubierto de una sorpresa ó de una traicion. Abba-Thulle, este rey de Pelew, iba completamente desnudo (Pl. LXIV. — 2), y ni siquiera llevaba en el puño la señal distintiva de su hermano el jeneral. Llevaba en el hombro un hacha de hierro, al paso que todas las otras eran de concha. Conforme al deseo que manifestó el jefe salvaje, Wilson mandó á sus fusileros que hiciesen en su presencia el ejercicio de fuego, lo que causó entre los isleños una sorpresa y admiracion imposibles de describir: saltaban, daban brincos, gritaban y jesticulaban. Desde entonces sus consideraciones hácia sus huéspedes fueron siempre en aumento, sea que se hubiese mezclado en su amistad cierto sentimiento de temor, sea que les tomasen por seres sobrenaturales dotados de un poder superior. Por otra parte sabian hacer la diferencia de los Ingleses y de los Chinos, pues estos últimos fueron considerados por ellos como individuos de una especie subalterna, cuando vieron que no estaban habituados como los Ingleses al manejo de las armas de fuego.

Satisfecho que hubo el rey su curiosidad, retiróse con su estado mayor á una parte algo distante de la isla, en donde deseaba pernoctar. Algunos caudillos se quedaron al lado de los Ingleses con muchos isleños. En el acto de acostarse, Wilson y sus marinos oyeron á aquellos salvajes entonar un canto discordante que dió aviso á los náufragos: este canto fué considerado como un grito de guerra ó como una señal des-

tinada á avisar al rey y sus guerreros. Cada uno tomó sus armas, decidido á vender cara su vida, y Wilson se encaminó al sitio donde acampaban los naturales para cerciorarse de sus disposiciones. Allí se convenció fácilmente de que semejantes gritos eran una especie de preludio á un canto nacional que se pusieron á ejecutar, pero de un modo tan estraño y tan estrañamente esplicado por el relator, que es preciso echar mano de su mismo contesto para dar de él una sucinta reseña:

« Cuando estuvieron de acuerdo, Raa-Kook presentó un sedal ó mas bien una tablita, que tomó otro *rupack* (jefe), sentado á alguna distancia. Este cantó un estribillo, acompañado de otros isleños, á escepcion de Raa-Kook y del jóven príncipe. Dos veces repitieron el retornelo, y los naturales que se hallaban en la tienda vecina lo repitieron en coro. Raa-Kook presentó otra tablita, con la que cantaron de la propia suerte, y así continuaron los diez ó doce estribillos. En los intérvalos se baldaban entre sí, y parecieron dar á entender que los cantores no habian tomado á bien los diferentes tonos.

« Cuando hubieron dado cima á sus cantos, desearon oir algunas canciones inglesas, y se les dió satisfaccion al momento. El jóven Cobbledick entonó muchas de que quedaron muy contentos. Así es que nuestros temores quedaron desvanecidos, y no dudámos al momento que el objeto de aquellas jentes no habia sido mas que el de divertirse. Finalizados estos cantos se fueron á dormir; pero pocos Ingleses se recobraron del susto aquella noche, pues eran sobrado violentas las sospechas que les habia infundido la alarma paraque les diesen aliento con prontitud. »

Abba-Thulle estaba entonces en guerra con un jefe vecino, y despues de haber quedado acorde con sus hermanos, calculó que la asistencia de los Europeos podria serle de un grande ausilio en aquella lucha. Sin embargo por de pronto no se atrevió á declararlo á sus huéspedes temiendo que semejante súplica no les pareciese una conviccion impuesta á su hospitalidad: así que, con la mayor timidez pidió á cinco ó seis Ingleses que le acompañasen en una espedicion á una isla vecina. Su demanda fué acojida con júbilo, y de consiguiente los isleños se sintieron sobrecojidos de la mayor alegría. Al siguiente dia se embarcaron para la isla Pelew cinco jóvenes marineros robustos y bien armados, en tanto que los otros se ocupaban con la mayor actividad en la construccion de un pequeño schooner que debia servirles para enmararse (Pl. LXIV. — 3).

Abba-Thulle habia prometido despedir á sus ausiliares al cuarto dia, y ya habian pasado nueve sin saber de ellos ninguna noticia. Su ausencia empezaba á inquietar á Wilson, cuando llegaron á 25 de agosto guiados por Raa-Kook, y refirieron lo siguiente:

« El 17 emprendieron la marcha para una de las islas del rey, situada á unas seis leguas de la caleta por la parte del S. Fueron recibidos y tratados con mucha amistad, y pasaron en ella toda la noche. Al siguiente dia se encaminaron á Pelew, donde residia el rey, distante tres ó cuatro millas del punto que abandonaron. Allí vivieron hasta el 21 sin que el rey hubiese podido reunir todos sus botes; pero al amanecer del 22 se alinearon todos con sus armas en frente del palacio del rey, quien les pasó revista. Estas armas eran flechas de bambú de ocho pies de largo, guarnecidas en el cabo de una punta de madera de betel en figura de sierra. Con estas flechas se baten de cerca, pues tienen otras menos largas para combatir de lejos. Las arrojan con un palito de unos dos pies de largo, en el que se encuentra una empulgadura para recibir la punta de la flecha: aplican la mano al otro cabo de esta, que siendo de bambú es elástica, y la encorvan en razon de la distancia á que ponen la puntería, y la dejan partir. En jeneral estas flechas caen perpendicularmente sobre el objeto que deben alcanzar.

« Los Ingleses que formaban parte de aquella espedicion se embarcaron en cinco botes diferentes, y llevaron el rumbo hácia el E. haciendo unas diez ó doce leguas para congregar algunos refuerzos de muchas aldeas que estaban puestas bajo el dominio del rey. A las dos y media de la tarde llegó á la vista del enemigo. El rey tenia una flotilla de 150 botes que llevaban á bordo mas de mil combatientes. Nuestras jentes no pudieron saber á cuanto ascendian las fuerzas del enemigo.

« Antes de empeñar el combate, Raa-Kook se aprocsimó á la ciudad con su bote y habló algun tiempo al epemigo, teniendo á su lado á Tomas Dultou. Habiase prevenido á este de no hacer fuego mas que á cierta señal que debian hacerle. Habiendo oído el enemigo con mucha indiferencia lo que le dijo el jeneral, este arrojó un dardo que fué devuelto inmediatamente. Esta era la señal acordada. Tomas Dultou hizo fuego al momento y mató un hombre, lo cual sorprendió sobremanera á los enemigos. Los que se hallaban en la playa emprendieron la fuga; los otros que estaban en los botes se arrojaron al agua para alcanzar la tierra. Disparáronse algunos postreros fusilazos y la victoria fué asegurada.

« Nuestros enemigos se manifestaron sumamente satisfechos de aquella derrota; pero no sacaron de ella otra ventaja que la de desembarcar para cojer cocos y batatas. Despues de este combate, ó mas bien derrota, regresó la flotilla entre nuestros isleños. El rey se congratuló

sobremanera de su triunfo, y la flota se detuvo en diferentes puntos en donde se presentaron las mujeres trayendo refrescos para las tropas; mas como era demasiado tarde para retirarse á sus casas, dispersáronse todos á las ocho de la tarde y pernoctaron en diversas caletas.

« La mañana siguiente fué empleada en preparar diversiones en todas las vecinas casas. A las tres de la tarde volvieron á embarcarse todos y velejaron hácia Pelew adonde llegaron á las siete de la noche.

« Sus mujeres se manifestaron dispuestas á recibir las tropas con nueces de coco llenas de agradables bebidas. En el acto de atracar á la playa, los Ingleses dispararon una descarga de mosquetería y prorumpieron en tres aclamaciones de que el rey estuvo muy contento. Acostáronse: habíanles comprometido á pasar un dia allí y diferir su partida para su isla. La ciudad se disolvió en regocijos, y pasó todo el dia en placeres. Hubo danzas y canciones análogas á las circunstancias. »

El señalado servicio que los Ingleses acababan de prestar á los isleños estrechó mas fuertemente los vínculos de amistad que los unian mutuamente. Deseando darles una nueva garantía, Abba-Thulle mandó declarar á Wilson por el órgano de su hermano Raa-Kook, que le abandonaba la isla á su discrecion en donde se hallaba con toda propiedad, y al propio tiempo invitaba al capitan á ir á encontrarle paraque recibiese los honores debidos á su rango. Wilson rehusó la segunda oferta, pero aceptó la primera haciendo izar en la punta de un palo el pabellon inglés y saludándolo con tres descargas de mosquetería. Entonces fué cuando se supo por primera vez que el nombre de la isla era *Oroulong*. No pudiendo ir á visitar el rey en persona á causa de sus ocupaciones, decia, envió á dos de sus compañeros para felicitarle por su victoria. Agregó al séquito de aquella embajada un Chino á quien encargó de ecsaminar con cuidado el país y sus producciones para saber cuales eran sus recursos comerciales y agrícolas. Los enviados ingleses fueron recibidos con distincion, bien tratados y festejados por todo el pueblo. La relacion del Chino fué, que el país era miserable; que el pueblo era muy pobre; que no habia vestidos, arroz, ni cerdos, pero sí batatas, pececillos y nueces de coco; que no hacia ningun comercio, y que de consiguiente no tenian mucho de que comer. Como el bueno del Chino era muy positivo, el sentimental Keate lo compara á un Holandés que solo calcula en un país lo que sus habitantes pueden dar á ganar.

Wilson, seguido del médico Sharp y de otras dos personas, fué á visitar á Abba-Thulle. El domingo 31 de agosto se embarcó para Pelew, y llegó al desembarcadero de esta isla á la una de la tarde (Pl. LXIV. — 1). Raa-Kook acompañó á los estranjeros á una casa situada en la playa, en la que debian aguardar la llegada del rey. Sirviéronse refrescos con cierta simetría: en primer lugar presentaron un ancha sopera de madera, cuya forma era la de un pájaro, guarnecida interiormente de corteza y llena de una bebida azucarada; en seguida una batea pintada de unos dos pies de altura, guarnecida como la sopera, y en la que se habian dispuesto algunos almíbares y naranjas; finalmente dos canastillos, el uno lleno de batatas y el otro de nueces de coco.

Entretanto entró Abba-Thulle, recibió el abrazo del capitan Wilson, y se sentó á su lado. Los Ingleses eran servidos por un hombre que distribuia á cada uno por órden del rey su parte de provisiones. En seguida Wilson ofreció á Abba-Thulle los presentes que habia traído, abarcos de hierro, collares de oro y de plata unidos por una cinta en cada cabo. La casa estaba circuída de naturales que ecsaminaban á los estranjeros con la mayor curiosidad. Uno de los camaradas de Wilson, llamado Devis, que sabia dibujar, habiendo observado entre la muchedumbre una mujer bastante bonita, empezó á hacer su retrato; pero esta viendo que el estranjero la miraba con frecuencia trazando algun bosquejo en su presencia, retiróse con aire de mal humor, sin que pudiesen retenerla las instancias de los rupacks. Uno de ellos dió una ojeada al bosquejo de Devis, y le agradó tanto que quiso enseñarlo al rey, quien manifestó deseos de que Devis retratase á dos de sus mujeres, de las cuales la una se llamaba Luoï (Pl. LXIV. — 4). Mandólas presentar, y al principio no tuvieron reparo en mantenerse firmes con aire risueño y satisfecho; pero en cuanto echaron de ver que Devis no cesaba de clavar en ellas sus miradas, empezaron á inquietarse seriamente, tanto que sin las órdenes formales del rey se hubieran marchado inmediatamente. Al fin se concluyeron los retratos y fueron presentados al príncipe, que se manifestó muy contento de ellos. Por lo que hace á los dos modelos, recobraron su buen humor al ver el dibujo y no pudieron menos de ruborizarse por las inquietudes que habian concebido.

En seguida Abba-Thulle acompañó á sus huéspedes á la capital, situada en un collado cubierto de bosques, á trescientas toesas de la playa. Allende el bosque empezaba una hermosa calzada con muchas hileras de árboles. Esta calzada en las avenidas de la ciudad se dividia en dos senderos, de los cuales el uno conducia á un arsenal de construccion para las piraguas, y el otro al sitio donde se tomaban los baños. Llegados á la ciudad, que el relator apellida al-

gunas veces *Pelew* y otras *Pali* (sin decir porque), los Ingleses entraron en una gran playa embaldosada y circuida de muchas casas, y penetraron en un edificio situado en el centro de uno de los lados (PL. LXV.—1). Muchas mujeres salieron de aquella habitacion, y su belleza, ni mas ni menos que sus ornamentos, indujeron á creer que pertenecian á elevada alcurnia. Su rostro y su pecho eran pintados de amarillo.

Introducidos en aquella casa, los Ingleses fueron seguidos por las mujeres que les distribuyeron nueces de coco y bebidas azucaradas, ocupándose en seguida en trenzar esterillas con hojas, ocupacion la mas ordinaria de su sexo en Pelew. Abba-Thulle instaló á sus huéspedes, y despues de haberles manifestado que aquella casa estaba á su disposicion durante su permanencia en Pelew, despidióse de ellos para ir al baño. Apenas habia partido, cuando los Ingleses recibieron un mensaje de la reina que estaba deseosa de verlos, y al momento fueron á hacerle una visita precedidos por Raa-Kook. La soberana habitaba en una vivienda retirada y circuida de plantaciones de cocos. Delante de la casa corria una balaustrada, en la que habia muchos pichones domesticados y atados por la pata. Los pichones son unas aves muy raras en Pelew y solo los rupacks con sus familias tienen derecho á comer de ellos. Cuando la reina vió á los Ingleses á poca distancia de su casa, abrió su ventana, y por el órgano de Raa-Kook les rogó que se sentasen en el empedrado en su presencia. Entonces sobrevinieron algunos esclavos con refrescos, mientras la reina interrogaba á su cuñado el jeneral por cuenta de los estranjeros. Como prueba de alta consideracion, les hizo servir un pichon asado, previniéndoles que era el plato mas sabroso de su isla. Curiosa hasta el esceso, la princesa hizo acercarse á la ventana algunos Ingleses, y les rogó que se quitasen los vestidos paraque pudiese ver el color de su piel. Satisfecha su curiosidad, les despidió con mucha urbanidad. Entonces el jeneral acompañó á sus huéspedes á su casa, y les hizo servir nuevos refrescos y un nuevo pichon asado. Raa-Kook estaba fuera de sí al ver á los Ingleses en su casa: su familia, en la que se contaban dos niños muy pequeños, parecia profesarle el afecto mas íntimo correspondido por Raa-Kook; los chicos saltaban á las rodillas de su padre, y este los entregaba á sus huéspedes paraque pudiesen acariciarles á su guisa.

Los Ingleses partieron de casa de Raa-Kook y se volvieron á la casa que les habian asignado, donde pasaron una noche bastante buena, merced á algunos juegos con los que contrarrestaron la humedad y se libraron de la presencia de los músticos. Al dia siguiente fueron convidados á desayunarse con el rey: acompañáronles de nuevo á la casa donde fueran á visitar á la reina el dia anterior, compuesta de una pieza espaciosa cuyo piso no era entablado, sino cubierto de bambúes ajustados con propiedad y ecsactitud. En uno de los estremos de la sala habia una pieza que no estaba separada por ningun tabique y en donde los criados hacian la cocina. En el otro estremo corria una alta balaustrada cubierta por una grande estera que colgaba de arriba á bajo. Invitaron á los Ingleses á sentarse, y en cuanto lo hubieron verificado, la estera cayó y puso de manifiesto al rey y la reina en cuclillas el uno al lado de la otra. El desayuno consistió en pescados y batatas hervidas. Durante el banquete, el rey mostró á Wilson una pieza de indiana que el Malayo salvara de su naufrajio y que le habia dado en presente. Abba-Thulle conservaba aquella tela como uno de los objetos mas preciosos que pudiesen encontrarse en todo el globo.

Por la tarde hubo un gran consejo al aire libre, en medio de la plaza y á poca distancia del alojamiento de los Ingleses. Veíanse en ese consejo muchos rupacks sentados cada uno sobre una piedra colocada junto al borde esterior del area enlosada. El rey estaba sentado sobre una piedra mas alta que la de los otros rupacks, con el brazo apoyado sobre una segunda piedra todavía mas alta. A sus espaldas se veían en pie algunos rupacks inferiores. En ese consejo cada uno daba sucesivamente su voto, y las cuestiones se decidian por mayoría. Las voces *englis* y *artingall* fueron pronunciadas frecuentemente por los miembros deliberantes, lo cual dió á entender á los Ingleses que hablaban de ellos. Con efecto al salir del consejo, el rey seguido del intérprete malayo fué al encuentro de los estranjeros, y pidió á Wilson diez individuos de su tripulacion paraque le asistiesen en un segundo combate, que deseaba presentar á los mismos enemigos; á lo cual contestó Wilson que los Ingleses eran amigos suyos y que de consiguiente consideraban á sus enemigos como si fuesen adversarios propios. Preguntando por la causa de aquella guerra, Abba-Thulle le contestó que en una fiesta á Artingall uno de sus hermanos y dos de sus jefes habian sido muertos, y que en vez de hacer justicia de semejante atentado, Artingall habia protejido á los asesinos. «Desde entonces, añadió el rey, las dos islas están en guerra.» Wilson consintió en su demanda, diciendo que deseaba retener sus jentes en Pelew el mas poco tiempo posible. «Como quereis, dijo entonces afectuosamente el rey, que los despida en el momento mismo en que acaban de prestarnos servicios importantes? Dejádmelos almenos dos ó tres dias para festejarlos; así que nuestros

enemigos hayan sido vencidos.»

Por la tarde del mismo dia, los Ingleses presenciaron una danza guerrera. Los bailarines tomaron hojas de banano, que cortaron en forma de cintas, y con ellas se rollaron la cabeza, las muñecas, la cintura, las rodillas y los tobillos. Estas hojas, teñidas de amarillo, disonaban agradablemente con la piel obscura de los isleños. Igualmente empuñaban algunos haces de las mismas hojas, formábanse en círculos concéntricos y echaron á dar vueltas. Entonces uno de los mas ancianos entonó con gravedad una especie de estribillo que todos los bailarines repetian en coro continuando sus figuras. En aquella danza los naturales daban muy pocas pernadas: únicamente se ladeaban de cierta manera inclinándose con frecuencia y cantando juntos. Al propio tiempo los círculos se aproesimaban, de suerte que los bailarines se hallasen en frente uno de otro levantando cada uno el manojo que empuñaba y ajitándolo contra el de su vecino. Despues de este paso se detenian súbitamente, daban el grito de *ou ou*, entonaban una nueva estancia y por este tenor continuaban la danza hasta el fin. Durante esta diversion, los corifeos presentaron dos grandes vasos de bebida azucarada que presentaban, en primer lugar á los Ingleses y á los principales rupacks. Terminada la danza, los actores se sentaron y les distribuyeron la bebida cuatro personas de distincion, segun el hueso que traian en el puño.

Estas fiestas y ceremonias duraron hasta 4 de setiembre, en cuya época Wilson y sus compañeros se volvieron á Oroulong, donde continuaron los trabajos con actividad. Algunos dias despues recibieron una nueva visita de Abba-Thulle acompañado de muchos de sus oficiales. Aquellos isleños se complacieron sumamente en ecsaminar los trabajos de los Ingleses y en admirar su industria. Cuando regresó á Pelew llevóse en su compañía los diez ausiliares que Wilson le habia prometido y que seis dias despues estuvieron de vuelta en Oroulong. El hermano del capitan, Matías Wilson, refiere esta nueva campaña en los siguientes términos:

« Por la noche en que salimos de Oroulong, llegámos á Pelew; el rey queria continuar su camino sin detenerse hácia Artingall, pero el tiempo era muy húmedo. Hicimosle observar que la lluvia podria inutilizar nuestras armas, y en consecuencia difirió la partida para la noche siguiente. Fuímos acompañados á la misma casa donde mi hermano y el médico Sharp habian sido regalados anteriormente y nos suministraron cuanto podíamos anhelar.

« Por la tarde del siguiente dia nos reunímos en la calzada donde se hallaban el rey, Raa-Kook, Arra-Kooker y los otros rupacks ú oficiales jenerales, y pasámos á bordo de los botes que estacionaban para recibirnos. Fuímos seguidos en la playa por una multitud de ancianos, de mujeres y niños, que parecian atraidos por la curiosidad y el interés. Cuando los botes empezaron á enmararse, se oyó un bocio que anunciaba nuestra partida. Al propio tiempo se despacharon otros botes en diferentes puntos de la isla para tomar algunos destacamentos que estaban difundidos por los ancones mas remotos, y que solo estaban aguardando una real órden para partir.

« Despues de haber recibido esos refuerzos, nuestra flotilla se compania de mas de doscientos botes. Durante la noche fuímos avanzando hácia Artingall; pero antes de amanecer nos detuvímos algunas horas en una isla dependiente de las posesiones de Abba-Thulle, desembarcando en una especie de muelle, y durmiendo unas tres horas en el duro suelo. Entonces nos volvímos á embarcar navegando hácia un verdadero laberinto de roquedos, y llegando ante Artingall un poco antes de amanecer. Hicímos alto hasta el salir del sol; los pueblos de Pelew no sorprenden jamas á su enemigo y no lo atacan en la obscuridad.

« Ya empezaba á remontarse el sol por el horizonte, y un pequeño bote de pequeñísima construccion, henchido de ocho individuos solamente, se adelantó para intimar al enemigo á que se presentase á fin de dar batalla. Cuatro hombres tenian en los cabellos una pluma blanca de un ave del trópico. Los que iban adornados de semejantes plumas llenaban las funciones de nuestros heraldos; iban á hacer proposiciones sobre las circunstancias de la contienda y en el interin se suspendian las hostilidades.

« Al principio Abba-Thulle habia hecho saber al rey de Artingall que dentro de pocos dias se presentaria á empeñar el combate, y en consecuencia este rey hizo los preparativos necesarios. El enemigo viendo la señal por la que le pedian una conferencia, despachó un bote á Raa-Kook, que le intimó acceder á cuanto le proponia su hermano en reparacion de la injuria de que se quejaba. El bote se dirijió al rey de Artingall y le dió cuenta de las proposiciones del rey de Pelew; pero no quiso convenir en ello, y en consecuencia Raa-Kook informó á su hermano que el enemigo se hallaba prevenido al ataque.

« Al momento Abba-Thulle hizo resonar el bocio, y poniéndose de pie en su piragua ajitó al aire su baston de mando para mandar á las diferentes escuadras que se formaran en batalla.

« Entretanto el enemigo reunia sus botes á poca distancia de la playa y hacia resonar igualmente el bocio para retarnos: no parecia sino que estaba decidido á aguardarnos sin abandonar la playa. Los diez Ingleses se habian colocado en muchos botes diferentes: el rey tenia

uno en el suyo, el jeneral otro, y los restantes, armados cada uno de un mosquete, de un sable ó de una bayoneta, acompañaban á los diferentes rupacks. Habia muchos botes lijeros tripulados por cuatro hombres que llevaban plumas blancas en sus cabellos. Estos botes estaban ocupados sin cesar en trasladar de una division á otra las órdenes del rey y del jeneral y á los otros caudillos con una rapidez increíble.

« Viendo el rey que el enemigo estaba decidido á no abandonar su puesto, y juzgando que no podia atacarlo ventajosamente, despachó á una de sus piraguas paraque llevasen la órden á una division de ocultarse á espaldas de una eminencia. Despues de estas disposiciones, las dos parcialidades se arrojaron al momento algunos dardos; resonó el bocio, y el rey de Pelew hizo ademan de huir en su bote. Al momento fué seguido de todas sus tropas, que se retiraron con una precipitacion aparente.

« Esta estratajema de Abba-Thulle infundió aliento al enemigo, que creyendo que nuestra flota estaba sobrecojida de un terror pánico abandonó la playa para conseguirlo. En cuanto lo hubo percibido la division emboscada, salió á todo remo, y se plantó entre la isla y el enemigo para cortarle la retirada. Viendo el rey el resultado de su ardid salió al encuentro del enemigo y formó su flota en batalla. Entonces el ataque se jeneralizó; las flechas volaron de una y otra parte con una rapidez inconcebible; los Ingleses hicieron un fuego continuo y mataron mucha jente. Los enemigos desordenadós estaban confundidos al ver sus guerreros sucumbiendo sin ver el golpe que les mataba, y si bien veían que estaban atravesados, en vano buscaban el arma que habia causado la herida, sin que pudiesen concebir por que medios podia arrancarse la vida á aquellos combatientes.

« En jeneral aquellos isleños no tienen mas que un guerrero en cada bote, pues los demas no hacen mas que remar ó dirijir los movimientos. El fuego de los mosquetes desordenó á los guerreros de Artingall, y causó un efecto totalmente contrario entre los de Pelew. En cuanto empezó á retronar el estruendo de las armas estos se levantaron todos en sus botes, hicieron resonar el aire con sus clamores, y acrecentaron el terror del enemigo. Finalmente las tropas de Artingall, no encontrándose en estado de hacer frente á un ataque tan terrible, emprendieron la fuga.

« La division apostada entre ellas y su isla les atacó al propio tiempo por detras y detuvo por mucho tiempo el curso de su retirada; pero como su fuerza no era igual á la del enemigo, este pudo alcanzar la playa.

« Tomáronse solamente seis botes y nueve hombres, lo que fué considerado como una victoria de tomo y lomo, por cuanto aquellos isleños raras veces hacen prisioneros. Los vencidos se esfuerzan siempre en llevarse sus muertos y heridos, por temor de que el enemigo esponga públicamente sus cuerpos.

« Nuestra flota se paseó en triunfo en torno de la isla de Artingall, y tocó el bocio para retar al enemigo sobre el cual se continuaba disparando cuando se hallaba á tiro de mosquete. La accion no duró mas de tres horas; hiciéronse inútilmente muchas evoluciones á lo largo de las costas para atraer al enemigo á nuevo combate. Entonces Abba-Thulle mandó á los botes que se dispusiesen para partir, lo cual se verificó en breve, y regresámos á Pelew.

« Los nueve prisioneros que teníamos eran todos heridos; y apesar de la viveza de nuestras instancias paraque no les condenasen á muerte, nada pudimos recabar en su favor, siendo pasados cruelmente á cuchillo casi sobre la marcha. Deseando justificar esta conducta, que nos parecia tan opuesta á la humanidad ordinaria de los habitantes de Pelew, nos representaron que se veían forzados á obrar de aquella suerte para su propia seguridad. Aseguráronnos que en otras ocasiones respetaban la vida de los prisioneros, reduciéndolos á la esclavitud, pero que estos siempre hallaban medios de evadirse á su tierra, y que despues de haber vivido algun tanto entre los habitantes de Pelew, y ecsaminado detenidamente los canales y ancones de la isla, desembarcaban en ellos á hurtadillas y cometian las mas horrendas depredaciones: por cuyo motivo la conducta que á nosotros nos parecia reprensible era dictada por la necesidad.

« Entre sus prisioneros se contaba un rupack, que en la muñeca llevaba un hueso que nuestros isleños pretendieron arrebatarle; pero apesar de todos sus esfuerzos defendió tan tenazmente el distintivo de su dignidad, que solo lo perdió con la vida. Trasladáronlo á Pelew, y lo decapitaron, fijando su cabeza en la punta de un bambú ante el frontispicio del palacio real.

« El bote que me volvia á traer de aquella espedicion contenia dos de aquellos prisioneros. El uno tenia el muslo quebrado, y el otro estaba acribillado de lanzadas. Cuando esas jentes van á la guerra, acostumbran trenzar sus cabellos de un modo que les es particular, y los juntan en el sincipucio; mas si llegan á caer prisioneros, los dejan caer en desórden sobre el rostro aguardando con intrepidez el golpe mortal que están seguros recibirán del vencedor. Cuando aquellos dos infortunados se vieron en el bote donde yo me hallaba, y hubieron manifestado su resignacion á morir, nuestros isleños les instaron paraque se sentasen en el fondo del bote. El que tenia el muslo roto lo hizo con

suavidad; mas como el otro oponia alguna resistencia y aparentaba provocar al destino por su tenacidad, uno de los naturales se abalanzó inmediatamente á mi bayoneta y se la sepultó en el pecho. El desgraciado prisionero luchó por mucho tiempo contra las convulsiones y las ansias de la muerte y derramó mucha sangre, pero no cesaló el menor suspiro ni plañido.

« M. Béranger, á fuerza de instancias y de súplicas, habia podido conservar durante dos leguas la vida de un prisionero herido; mas uno de los súbditos del rey, herido igualmente por el enemigo, en cuanto echó de ver á aquel desgraciado, tomó el puñal del Malayo Sougel, y le mató inmediatamente sin que M. Béranger lo observase siquiera. Ese natural de Artingall que por la vez primera de su vida veía un hombre blanco, se sujetó á su destino con la mayor grandeza de ánimo; clavó constantemente sus últimas miradas sobre el Inglés, y parecia vivamente afectado, en el acto de morir, del color de su enemigo verdaderamente nuevo para él.

« Al regresar á Pelew, Abba-Thulle se detuvo en muchas isletas que presumímos estar sujetas á su dominio ó al de sus aliados, y en todas partes hizo esponer públicamente los cadáveres de sus prisioneros. El pueblo de esas diversas islas se regocijó sobremanera de su victoria, y aprestó considerables refrescos. Nosotros no pudímos justipreciar la pérdida del enemigo; pero no cabe duda que fué muy considerable. El rey tuvo por su parte algunos heridos, pero ningun muerto.

« La noche habia precedido nuestra llegada á Pelew. Cuando estuvímos bastante cerca, resonó el bocio para participar el regreso del rey, y no bien nos encontrámos en el muelle de donde habíamos partido, cuando acudió el pueblo en masa á recibirnos con refrijerantes. Nos detuvímos hasta haberse reunido todos los que faltaban; porque por el camino se habian detenido muchos botes. Entrámos finalmente en Pelew, donde se entonaron varias canciones y se bailó durante una parte de la noche; los naturales nos atribuían la gloria de aquella jornada, y repetian frecuentemente en sus cantos la voz *Englis*. Los cadáveres de sus prisioneros fueron espuestos públicamente durante ocho dias, y pasado este término fueron quemados ó arrojados al mar por razon de que inficionaban la atmósfera. »

Envanecido por tales victorias y por la presencia de sus poderosos aliados, el bizarro Abba-Thulle quiso sacar de ellas algun fruto domando al pueblo de Artingall. En consecuencia pidió de nuevo á Wilson, algunos dias despues, quince hombres y un pedrero para una tercera campaña, y despues de haberle opuesto algunas dificultades, Wilson le concedió diez hombres y el pedrero, con la condicion espresa de que los prisioneros serian entregados á los Ingleses y puestos á su discrecion. Salió de Oroulong la nueva escuadra á 29 de setiembre, y á 7 de octubre estuvo de vuelta Matías Wilson, historiógrafo de todas estas guerras, quien refiere lo siguiente:

« La tripulacion era casi la misma que en la espedicion segunda, á escepcion del número de botes que era mucho mas considerable. Al llegar á Artingall no echámos de ver ningun bote, apesar de que, segun costumbre, el enemigo estaba ya prevenido del ataque. Los soldados de Pelew, con objeto de provocar al enemigo, desembarcaron y se internaron un poco en la isla. Raa-Kook habia tomado el mando y los dirijió, pero el rey se quedó en el bote y de vez en cuando le hacia dar cuenta de sus disposiciones ni mas ni menos que á Arra-Kooker. Nos suplicaron que no desembarcásemos, mas como el enemigo comenzaba á defenderse, saltámos en la playa para socorrer á nuestros amigos y pusímos un sitio riguroso á muchos edificios ocupados por el enemigo. El cañon, situado en un bote, que los naturales habian dispuesto con tanta destreza como buen sentido, estaba haciendo un continuo fuego sobre las casas atestadas de jente: pero nuestra mosquetería desalojó en breve tiempo á los Artingalleses y redujo un edificio á cenizas. Sin embargo no dejaron de causarnos bastante daño á fuerza de lanzadas. Por lo que á nosotros hace, el fuego no interrumpido que estábamos haciendo no podia menos de dispersarles y matar de ellos un número considerable. Despues de haberles perseguido por mucho tiempo, Arra-Kooker subió á una colina opuesta á los botes, y viendo descender á un Artingallés se ocultó tras unas malezas para sorprenderle y atontarlo á impulsos de un golpe de su espada de madera. Iba á conducirle prisionero á su bote, cuando Tomás Wilson observó que algunos enemigos iban á precipitarse sobre él y matarle, y en consecuencia corrió á su ausilio y les encaró el cañon. Los Artingalleses sobrecojidos de miedo emprendieron inmediatamente la fuga, cuya circunstancia fué tanto mas afortunada, cuanto que Tomas Wilson habia agotado todas sus municiones y no tenia en aquella sazon un cartucho siquiera para cargar su mosquete.

« Los naturales de Artingall se portaron en aquella accion á las mil maravillas, defendiendo el edificio incendiado sin abandonarlo hasta que se vieron que iba á aplastarles por su derrumbamiento. Un soldado de Pelew manifestó asimismo un denuedo estraordinario: corrió al edificio mientras estaba ardiendo todavía, cojió un hachon, y con él fué á pegar fuego á otro edificio donde se habian refujiado los enemi-

gos, transformándolos cuanto antes en presa de los materiales combustibles que encerraba. Este hombre, despues de haber ejecutado una empresa tan atrevida, tuvo la dicha de regresar entre sus compatriotas. El rey recompensó públicamente su denuedo, poniéndole en persona un anillo en la oreja y confiriéndole el grado de rupack inferior á su regreso á Pelew.

« Los enemigos perdieron en aquella accion seis botes que habian balado á la playa, y su dique, que era mucho mas largo y ancho que el de Pelew, fué de todo punto destruido. Los vencedores, ademas de muchos perjuicios causados al enemigo, se llevaron la piedra en que el rey de Artingall acostumbraba sentarse para tener consejo. Con este objeto se hicieron grandes fiestas; pero los transportes no fueron tan vivos como despues de la segunda batalla. La muerte del hijo de Raa-Kook y la de otro jóven distinguido disminuian la gloria de este último triunfo; por otra parte hubo cuarenta ó cincuenta heridos, de los cuales hubo muchos que murieron algunos dias despues de su llegada á Pelew. »

El hijo de Raa-Kook era un jóven de diez y ocho años, no menos valiente que su padre, y herido en la precedente campaña de una bala que le habia atravesado el pie. En el último combate una flecha le atravesó el cuello y le mató al momento. El cirujano Sharp presenció la ceremonia de sus funerales: ignorando que hubiese mas recurso, habia ido á ofrecer sus servicios á Raa-Kook, y lo encontró en medio de veinte y un rupacks aliados de Abba-Thulle, y que le habian secundado en las últimas guerras. Despues de algunos minutos de recojimiento, Raa-Kook salió con ellos y tomó la direccion de la ciudad en donde se detuvieron todos en una plaza enlosada y circuida de muchos edificios. Hallábanse en medio de la plaza una multitud de refrijerantes rodeados de varias personas de ambos secsos que se levantaron respetuosamente al llegar Raa-Kook y los rupacks. Cuando todos se hubieron sentado, algunos criados ofrecieron las provisiones, en primer lugar al jeneral, en seguida á sus huéspedes, por fin á los asistentes, y despues de esto se retiraron todas las mujeres. Sharp echó de ver que en aquella ocasion los cocos eran añejos, siendo así que en todas las demas fiestas solo hacian uso de cocos nuevos. Sin embargo procuraron retirar los viejos de la presencia de los Ingleses para servir otros frescos en su lugar. A este banquete, que se pasó en el silencio mas profundo, sucedieron unos lamentos lúgubres que se oyeron á lo lejos, y sin interrumpir el silencio, Raa-Kook hizo seña á Sharp paraque fuese á descubrir la causa de aquellos gritos. Sharp y el segundo contramaestre se encaminaron al punto de donde partia, y vieron una multitud de mujeres que acompañaban un difunto envuelto en una estera y colocado sobre una especie de ataud fabricado con bambúes. Llevábanlo cuatro hombres sobre sus espaldas, que eran los únicos de la multitud. Los dos Ingleses llegaron precisamente en el acto de bajar el cadáver á la hoya que le habian destinado, lo cual tuvo lugar sin ceremonia alguna. Los que habian llevado el cuerpo empezaron á trabajar de pies y manos para llenar la hoya de tierra, mientras que las mujeres consternadas daban prolongados quejidos. En este momento sobrevino un fuerte aguacero que obligó á los Ingleses á buscar un abrigo.

Al rayar el alba del dia siguiente, Raa-Kook acompañó despues á sus dos huéspedes á una casa vecina al sitio donde se habian inmolado á su hijo. Allí compareció una anciana con dos cocos añejos, un ramo verde de pimiento y ocre encarnado. Raa-Kook tomó uno de los cocos, y haciendo una especie de cruz con el ocre, lo puso en tierra á su lado. Despues de una larga pausa, el rupack pronunció con emocion y en voz baja algunas palabras que los Ingleses tomaron por una súplica. Raa-Kook repitió la misma maniobra con el otro coco y el ramo de pimiento, y guardó un melancólico silencio. Finalmente llamó á la vieja, dióle algunas órdenes y le devolvió los dos cocos y el ramo de pimiento, y la vieja se encaminó á la tumba del jóven sin que los Ingleses pudiesen sacar lo que hizo.

Entretanto los Artingalleses habian pedido y alcanzado la paz. Muchos de sus caudillos guiados por Raa-Kook se presentaron al campamento inglés de Oroulong, y no quedaron menos sorprendidos que los isleños de Pelew al ver las armas de fuego de los estranjeros. Mientras se desayunaban con Wilson, ponderaban los desastres que les habian causado en los diversos encuentros aquellos instrumentos de muerte; pero parecia que no profesaban el menor á los Ingleses. Por el contrario les estrechaban la mano de una manera sumamente amigable, y recibian sus obsequios con gratitud y reconocimiento.

Entretanto Abba-Thulle, ya fuese naturalmente guerreador, sea que la presencia de los Ingleses le hubiese infundido deseos de conquistas, pidió nuevos ausiliares á Wilson. Sus proyectos no eran de dirijirse contra las jentes de Artingall, sino contra las de la isla Pelelew á quienes Abba-Thulle reclamaba dos Malayos que retenian consigo. Deseando coronar de un écsito feliz aquella grande espedicion, Abba-Thulle se dirijió á sus aliados y reunió mas de trescientas piraguas de guerra divididas en tres partes que ofrecian el mas curioso espectáculo. Wilson suministró un refuerzo que partió á 27

de octubre y estuvo de regreso el 31 é hizo la relacion siguiente :

« El dia de partir llegaron á una isleta situada al N. de Oroulong y pernoctaron bajo unas rocas. Al amanecer del siguiente dia singlaron hácia una isla que se hallaba á cuatro ó cinco leguas de distancia por la parte de mediodia. Esta isla inhabitada está á cuatro ó cinco millas de Pelelew ; en ella construyeron algunas hutas donde sentaron sus reales. El tiempo era pésimo ; pero cuando se serenó un poco algunas tropas de Pelew se adelantaron hácia otra isla poco distante de la primera y que pertenecia á Pelelew ; hicieron los mayores estragos en las plantaciones de batatas y cortaron un gran número de cocos. Los habitantes habian abandonado su isla antes que se acercasen las tropas de Pelew. Entre las tropas despachadas no se contaban mas que dos Ingleses. Este destacamento, despues de haber causado algunas desgracias á la isla enemiga, regresó al campo antes de ponerse el sol. Al siguiente dia el tiempo era borrascoso ; pero por la tarde la atmósfera se despejó, y en consecuencia se mandaron otras tropas á la isla para asolar cuanto habian salvado la víspera. En este nuevo destacamento que regresó al campamento por la tarde como el dia anterior, se contaban tres Ingleses. Dos dias despues llegaron al campamento dos rupacks de Pelew, y se volvieron inmediatamente acompañados de los intérpretes. Por la tarde llegaron en presencia del rey con tres jefes de Pelew, y al momento Abba-Thulle reunió consejo. Al siguiente dia Arra-Kooker pasó á Pelew y concluyó la paz. A su regreso el rey hizo saber á los Ingleses que se habia hecho la paz con los habitantes de Pelelew, y que de consiguiente si deseaban visitar la ciudad Arra-Kooker, su hermano, los acompañaria á ella, pero que él y Raá-Kook no desembarcarian siquiera. Este mensaje sorprendió algun tanto á los Ingleses, pero el intérprete desvaneció desde luego su sorpresa insinuándoles que ningun rupack de un rango superior á Arra-Kooker podia pasar á Pelelew en la situacion actual de negocios, por cuanto la presencia del rey ó de su segundo honraria sobradamente á la ciudad. Despues de esta esplicacion los Ingleses aceptaron la proposicion del rey y visitaron Pelelew ; pero convinieron entre sí en tomar sus armas, y no separarse por temor de alguna sorpresa ; por cuanto siendo reciente la conclusion de la paz, los naturales podian tener algun recelo de aquellos estranjeros. Sea como fuere, lo cierto es que recibieron una acojida la mas satisfactoria de parte de los habitantes que, segun la costumbre del país, les ofrecieron todos los refrijerantes ordinarios. Refirieron que la ciudad estaba defendida por un terraplen situado junto á la calzada que conduce á Pelelew ; que este terraplen tenia de diez á doce pies de altura ; que en el interior habia un banco desde el cual podian los habitantes defenderse y arrojar lanzas á sus contrarios ; que el agua era sumamente baja cerca de la ciudad, y que por consiguiente los botes navegaban con mucho trabajo ; lo cual impide á los habitantes de Pelelew, aunque muy numerosos, tener muchas piraguas. Su manera de fortificar así la entrada de su ciudad manifiesta que cuando están en guerra con las islas vecinas mas bien basan su confianza sobre sus fuerzas naturales que sobre las navales.

« Concluída finalmente la paz, Abba-Thulle regresó á Pelew acompañado en uno de sus propios botes por el rey de Pelelew, su hermano con diez mujeres en su comitiva. Dejando á un lado si era una humillacion ecsijida por Abba-Thulle, ó un testimonio público de confianza y de amistad, por cuanto los Ingleses nunca lo pudieron comprender, lo cierto es que las mujeres no regresaron jamás á Pelelew con su rey, supuesto que algun tiempo despues Abba-Thulle condujo dos á Oroulong. Nuestros compatriotas tampoco pudieron comprender si eran conducidas como amigas ó como rehenes. Los dos Malayos fueron entregados al rey. Es probable que Sougel, el Malayo favorito, habia solicitado al príncipe á pedir sus dos compatriotas al rey de Pelelew, y que este negándose á darlos habia inducido á Abba-Thulle á declararle la guerra, por cuanto en esta última espedicion habian mostrado un resentimiento que no se habia notado en los otros debates. Antes de mediodía Raa-Kook llegó á Oroulong con todas sus tropas. Nuestros compatriotas ensalzaron sobremanera la isla de Pelelew ; habian observado que parecia fértil, que era poco montañosa, que las casas eran mas espaciosas y mejor construídas que en Pelew, y que abundaba en cocos y otros árboles. Los habitantes les habian parecido benignos y hospitalarios, puesto que recibieron de ellos mil prendas de afecto, apesar de haberse presentado entre ellos como aliados formidables de sus enemigos.»

En medio de todos esos incidentes se trabajó sin descanso en la construccion del pequeño buque, y el domingo 9 de noviembre de 1783 fué botado al mar en presencia del rey, de sus jefes y de una multitud de isleños asombrados de aquel espectáculo. El buque fué llamado el *Oroulong*, porque así lo deseaba Abba-Thulle. En seguida lo aparejaron y lo surtieron de los víveres necesarios que suministró con abundancia la jenerosidad de los indijenas.

Antes de partir, el bueno de Abba-Thulle quiso á todo trance conferir á su amigo Wilson, *la órden del hueso*, y ascenderle á la dignidad de

rupack de primera clase. El rey participó sus deseos al capitan, quien no tuvo reparo en acceder á ellos: en consecuencia Abba-Thulle y sus rupacks se retiraron á solas y se colocaron á la sombra de algunos árboles, invitando á Wilson á que se sentase á corta distancia. Entonces Abba-Thulle dió el hueso á Raa-Kook; pero antes de entregarlo al capitan, quiso este escudriñar de que mano se servia mas comunmente, para lo cual le dió una piedra con objeto de que la disparase. Habiendo visto que se servia de la mano derecha, rogó á Wilson que se sentase de nuevo, y limó el hueso con la mano izquierda. Como el hueso era harto estrecho, lo limó hasta ensancharlo un poco, y en seguida Raa-Kook ató una cuerda en cada uno de los dedos de la mano izquierda del capitan y le estregó la mano con aceite. Deseando facilitar la operacion, el primer ministro tenia al candidato por las espaldas, al paso que Raa-Kook, habiendo pasado las diferentes cuerdas en el hueso, se esforzaba con el ausilio de otro rupack á hacer entrar en él la mano del capitan. Raa-Kook no perdonaba medio para conseguirlo, apretando y redondeando la mano de Wilson paraque el hueso pasase por encima de las coyunturas. Entretanto reinaba el mas profundo silencio así entre los rupacks como entre los espectadores. Interrumpiólo únicamente el rey indicando con una palabra el modo como podia facilitarse el buen ésito de la operacion. Cuando la mano hubo pasado al fin al través del hueso, Abba-Thulle se dirijió al capitan y le dijo que debia frotar y limpiar aquel hueso todos los dias y conservarlo con cuidado como prueba del rango que entre ellos ocupaba; que en cualquier caso debia defender con valor aquel distintivo de su dignidad, y no permitir que se lo arrancasen de su brazo sino con la vida. Concluida la ceremonia, todos los rupacks felicitaron al capitan por haber entrado en su noble compañía, y los naturales de la ínfima plebe se apiñaron en su alrededor para observar el hueso, manifestando cierta admiracion al ver su brazo adornado de semejante distintivo y apellidándole el rupack inglés.

No fué esta la única prenda de confianza que dispensó á Wilson el jefe salvaje, pues ademas le confió su segundo hijo, llamado Li-Bou, á fin de que pudiese tener la ventaja de perfeccionarse en la sociedad de los Ingleses y aprender muchas cosas que á su regreso podrian ser de una grande utilidad á su país. El capitan se congratuló sobremanera por esta prueba de estima, y prometió al rey tratar al jóven príncipe como su propio hijo. El jeneralísimo Raa-Kook tuvo tambien la veleidad de seguir á los Ingleses, para lo cual pidió el competente permiso á su hermano; pero este se negó á acceder á su demanda alegándole su título de príncipe hereditario y representándole los inconvenientes que podrian resultar al país si llegaba á morir el rey durante aquella ausencia. Con efecto, la autoridad suprema se transmite en Pelew del rey á sus hermanos, y á la muerte del último de estos recae en el hijo primojénito de la primera rama, al paso que el hermano segundo es ascendido á la dignidad de jeneralísimo del ejército. Raa-Kook no pudo menos de acceder á estas razones. Habia otro jóven que manifestaba igualmente deseos de seguir á los Ingleses, cuyas maneras se habia complacido en estudiar. Wilson lo pidió al rey, pero como este jóven era sobrino suyo, hijo del hermano muerto en Artingall, y cuya muerte habia dado márjen á las guerras terminadas recientemente; Abba-Thulle se manifestó muy poco satisfecho del proyecto de su sobrino, y en consecuencia respondió á Wilson que aquel mozo era de un jenio malo, de humor versátil y vagabundo, que no profesaba ningun afecto á su familia, y que para dar libre curso á sus caprichos habia mudado dos ó tres veces de domicilio y de plantaciones. Presentóse el jóven en persona para manifestar su recuesto; mas Abba-Thulle le respondió con una negativa formal, y añadió: « Sois ingrato y neglijente para con vuestra madre; teneis por esposas unas mujeres buenas y honradas á quienes tratais muy mal, así como á todos vuestros parientes, lo cual os acarrea el desprecio jeneral. Os avergonzais de vuestra conducta y traeis deseos de abandonar á vuestra familia, pero nunca lo consentiré. Ruego al capitan que no favorezca vuestro proyecto. Quedáos en casa, y que el rubor y el remordimiento os corrijan. »

Por parte de los Ingleses, un individuo llamado Madan Blanchart manifestó deseos de quedarse entre los isleños. Wilson le opuso todas las objeciones posibles; mas viéndole decidido á llevar á cabo su proyecto, el capitan cedió y le dió muchos objetos necesarios en su situacion, y escelentes consejos para la conducta que debia observar. Nunca se ha tenido ninguna noticia del paradero de aquel hombre.

A 11 de noviembre por la tarde llegó Li-Bou á Oroulong, y su padre lo presentó al capitan y á los otros oficiales. Sus maneras afables, su urbanidad, la jovialidad y la sensibilidad que respiraban sus facciones le captaron sobre la marcha el afecto de todos (Pl. LXV. — 4). Tomóse por él un interés que fué justificado despues por su conducta y su carácter. Despues de un largo ecsordio sobre la confianza que tenia en el capitan Wilson, Abba-Thulle puso fin á su recomendacion en los siguientes términos: « Deseo que enseñeis á Li-Bou todo cuanto le toca saber, y que lo transformeis en Inglés.

No pocas veces he reflecsionado sobre mi separacion de mi hijo: pues no ignoro que los países remotos á donde se dirije difieren mucho del suyo, y que de consiguiente está espuesto á muchos peligros y enfermedades que nos son desconocidas. Quizás fallecerá.... mas estoy dispuesto á soportar este infortunio.... Bien sé yo que la muerte es el destino inevitable de todos los hombres, y que importa muy poco que mi hijo muera en Pelew ó en otra parte. Estoy persuadido, segun la idea que tengo formada de vuestra humanidad, que lo cuidareis con esmero, caso de caer enfermo; mas si os aconteciese alguna desgracia que no hubiese estado en vuestra mano prevenir, no dejeis por esto de venirnos á visitar vos, vuestro padre, vuestro hijo, ó alguno de vuestros compatriotas. A todos os recibiré con la misma amistad, y tendré la mismo satisfaccion en veros. »

Finalmente á 12 de noviembre se hizo á la vela *el Oroulong*. Apesar de las provisiones de que lo cargó la oficiosidad de Abba-Thulle, en el acto de partir se vió circuido de una multitud de piraguas atestadas de naturales que traian presentes y suplicaban á los Ingleses que los aceptasen. Vanamente les decian que el buque estaba lleno, y que no habia puesto para nada mas; pues todos se obstinaban en hacer admitir su ofrenda diciendo: «Nada mas que esto por mi parte! nada mas que esto por amor de mí!» Estos gritos referidos con jestos deprecatorios y ojos llorosos conmovieron vivamente á toda la tripulacion, la que no pudo menos de aceptar de los que estaban mas cerca algunas batatas y cocos. Los que tuvieron que despedirse, desazonados de esta negativa, remaron hácia adelante, y fueron á arrojar sus presentes á la piñaza, ignorando que debia regresar á tierra con Blanchart.

El rey habia acompañado á los Ingleses casi hasta el arrecife. Antes de hacer aprocsimar su piragua, despidióse por última vez de Li-Bou, y le dió su bendicion que recibió el jóven con mucho respeto y enternecimiento. Como el capitan Wilson estaba ocupado en dar órdenes á sus subordinados, aguardó estar libre; y saliéndole al encuentro le abrazó con ternura; estrechó la mano á todos los oficiales con cordialidad y les dijo: «Sois felices, por cuanto regresais á vuestra patria. Yo siento igualmente la mayor satisfaccion por vuestra dicha, pero soy bien desgraciado de veros partir.» En seguida deseando á todos un buen viaje se embarcó en su piragua, y la mayor parte de los caudillos venidos con él á bordo partieron al propio tiempo, á escepcion de Raa-Kook y de algunos otros naturales que deseaban acompañar á los Ingleses hasta haber pasado el arrecife, y verlos libres de todo peligro. Los naturales de los botes que circundaban el del rey tenian la vista fija sobre el buque, y sus miradas, mas espresivas que ningun lenguaje, manifestaban el sentimiento de aquellos hombres buenos y sencillos: sin la menor ecsajeracion podia decirse que los Ingleses abandonaban á un pueblo entero derramando abundosas lágrimas. Esta escena no pudo menos de conmoverles fuertemente, tanto que cuando Abba-Thulle y su comitiva partieron para regresar á Oroulong, apenas pudieron saludarles con tres gritos. Toda la tripulacion estaba llena de reconocimiento por los servicios de aquel buen rey á quien debia en gran parte su preservacion. Raa-Kook, este amigo constante y fiel de los Ingleses, parecia sumido en el mas profundo dolor: el navío estaba ya lejos, cuando volvió en sí y mandó á sus botes que se acercasen para volverse. Hallábase la piñaza cerca del buque, y en consecuencia el capitan y sus oficiales se despidieron del jeneral; pero en el momento de la separacion se sintió este tan vivamente afectado que le faltó la voz, y no hizo mas que estrechar tiernamente la mano de sus amigos y aplicar la suya á su corazon, denotando por esto el disgusto que le causaba su partida. Llamó á Li-Bou por su nombre y le dirijió algunas palabras; mas no pudiendo continuar se encaminó á su piragua y manifestó por una postrer mirada los dolorosos sentimientos que desgarraban su alma.

Wilson y sus compañeros salvaron felizmente la distancia de Pelew á Macao, adonde llegaron á 30 de noviembre. Allí se embarcó Wilson para Inglaterra con Li-Bou, y desembarcó en Portsmouth á 14 de julio de 1784. El caballero Keate refiere las pequeñas anécdotas que marcaron la permanencia del jóven Li-Bou en Inglaterra, de las que prescindirémos. Basta mentar únicamente la dulzura de su carácter, la bondad de su corazon y el atractivo de sus modales con que se supo granjear el afecto de cuantos le vieron. Keate habla de él con toda la fuerza de su entusiasmo. Ya habia aprendido Li-Bou á leer y escribir, cuando fué atacado de viruelas que lo llevaron al sepulcro á 27 de diciembre de 1784, á la edad de veinte años.

Para completar la historia del naufrajio del *Antelope*, basta resumir las observaciones recojidas por los Ingleses durante su permanencia en las islas Pelew.

Apesar de todo su poderío, Abba-Thulle no era soberano del grupo entero, pues los rupacks de Emering, de Emmalagui, de Artingall y de otros islotes eran independientes en sus propios territorios. El mismo Abba-Thulle con toda la plenitud de su poder y de sus atribuciones estaba obligado á convocar el consejo de los rupacks para todos los negocios importantes y conformarse al fallo de la mayoría. Cuando las

cosas seguian su curso ordinario, todas las tardes tenia una audiencia pública en la que escuchaba las reclamaciones de sus vasallos y pronunciaba sobre las diferencias que entre ellos podian sobrevenir. Ya en el consejo, ya en otra parte, cualquier mensaje dirijido al rey era confiado primeramente y en voz baja á un rupack subalterno, quien despues de una profunda reverencia la repetia secretamente á Abba-Thulle, procurando tener el rostro vuelto á la otra parte.

El personaje mas importante despues del rey Abba-Thulle era Raa-Kook, su segundon, que en aquella sazon era jeneralísimo de la fuerza armada y príncipe hereditario. El mismo era quien convocaba y mandaba á los rupacks, pero tan solo en virtud de real órden. El rey tenia constantemente á su lado un rupack investido de funciones particulares. Los Ingleses no descubrieron si su carácter era civil ó relijioso: únicamente observaron que no tenia nada de belicoso, puesto que nunca llevaba armas. Le habian llamado el ministro, porque siempre habia de ser consultado.

Los rupacks, que componen la nobleza del país, se dividen en muchas clases distinguidas por la forma del hueso que traen en el puño. A juicio de Wilson, la dignidad de muchos rupacks no es hereditaria, pero sí conferida por el rey. Durante su permanencia, los Ingleses vieron hacer una promocion de rupacks despues del segundo combate contra los naturales de Artingall. Los principales rupacks acompañan al rey en sus espediciones con cierto número de piraguas armadas, y no pueden volverse á sus casas sino con su anuencia. Por lo que hace á sus derechos y privilejios, lo único que se pudo averiguar de una manera bien positiva, es que todos los rupacks de primer órden eran llamados al consejo por Abba-Thulle, y que gozaban de una gran consideracion entre el resto del pueblo.

Los Ingleses creyeron observar que el rey era propietario de todo el territorio, y que los habitantes solo podian disponer de su industria. Cada uno podia considerar como su propiedad privada su casa, su piragua y sus muebles; cada uno gozaba igualmente del terreno que le concedian mientras lo ocupaba; pero cuando lo abandonaba para establecerse en otra parte, el fundo recaia al rey, quien disponia de él segun su capricho.

La isla Coror, cuya capital era Pelew, era cultivada y sombreada en muchos puntos por árboles de diferentes especies, entre los cuales se contaban el coco, la palma de palmitos, el carámbolo, el árbol de pan silvestre, el banano, el naranjo, el limonero, el *eujenia jambos*, etc. Igualmente se encontraban cañas dulces, batatas y plantas de *turmeric* que les suministraban el color amarillo con que se teñian el cútis.

Estas islas no sustentaban otros cuadrúpedos que unos ratones de un gris obscuro, y dos ó tres gatos macilentos que se creyeron salvados del naufrajio de algun buque. Los Ingleses dejaron en ellas dos perros que no pudieron propagar su especie por razon de ser machos los dos. Abundaban en los bosques los gallos y gallinas comunes; pero los naturales no hacian ningun caso de su carne antes de la llegada de los Ingleses. Sin embargo complacíanse sobremanera en sorberse los huevos, no cuando estaban recientes, sino cuando empezaba á desarrollarse el pollito. En cuanto á los pichones, iban á buscarlos en sus nidos, los alimentaban con batatas y en seguida se los comian como el plato mas esquisito y delicado. Conocian diversas especies de peces, sobretodo el sargo gris y el perro marino: pescaban este último á flechazos cuando se comprometia en los arrecifes, lo amarraban en sogas y lo conducian á la playa. Comian igualmente diversos crustaceos y la tortuga que hacian hervir como un plato muy apreciado. Alimentábanse igualmente de almejas, ostras, pechinas y carne de tridacne ó benitier. Iban á zambullir este último marisco hasta treinta ó cuarenta pies de profundidad, y se lo llevaban dos hombres cuando era demasiado pesado.

Hacian almíbares de tres especies: la primera y la mas usual con almendras de añejas nueces de coco pulverizadas, mezcladas con jarabe de palmera ó de caña dulce, y permaneciendo en el fuego hasta que hubiesen tomado cierta consistencia. Entonces las disponian en galletas tan sumamente duras, que apenas podian cortarse con el cuchillo: los naturales las llamaban *oukell*. La segunda especie se hacia con la misma almendra de coco, que se hacia hervir sin moler, y que se disponia igualmente en galletas. La tercera, que era líquida, clara y transparente, se hacia con una especie de nabo, y se servia en vasos semejantes á soperas. Por fin tenian un modo de preparar la almendra de coco con una especie de fruto, y hacer con el zumo de la naranja amarga una bebida algo semejante al sucro y á la leche cuajada.

Hacian hervir el pescado en agua salobre y se lo comian sin condimento: el sargo era el único que se comia crudo, procurando esponerlo una hora entera al ardor de los rayos del sol despues de haberle quitado las escamas. Jamas empleaban sal ni sazon alguna. Su bebida ordinaria era la leche de coco, y aunque tambien bebian agua y licores, lo verificaban muy raras veces. En sus visitas y regocijos tomaban una especie de sorbete.

Estos naturales, así hombres como mujeres,

se levantan al rayar el alba y se encaminan inmediatamente al baño: cada sexo tenia su local aparte, y si un hombre tenia algo que hacer en el local de las mujeres, debia prevenirlo con un grito particular. Si le contestaba una voz de mujer, debia tomar diferente rumbo, ó aguardar que se hubiese bañado.

A las ocho se desayunaban, y en seguida el rey y los jefes iban al consejo y los hombres del pueblo á sus ocupaciones. Al mediodía comian, y cenaban al poner del sol. Dos horas despues iban á acostarse, escepto en los dias festivos en que se celebraban bailes públicos hasta bien entrada la noche.

Median el tiempo por la altura del sol. El año se dividia en dos estaciones, la una húmeda y la otra seca. Los naturales tenian algunos conocimientos de uranografía, y aplicaron diferentes nombres á las estrellas.

Estas islas parecieron encerrar una poblacion bastante numerosa. Wilson evaluó en 4.000 el número de combatientes que emprendieron la última campaña contra la isla Pelew. Los edificios de Pelew están sostenidos sobre basamentos de piedra de tres pies de altura, y formados de armaduras de piezas de madera encajadas las unas con las otras. Las paredes son de bambúes y hojas de palmera tejidas estrecha y artísticamente. Los pisos son casi todos de tablas espesas que dejan entre sí espacios de una ó dos pulgadas; algunas veces consisten en gruesos bambúes que el uso hace muy resbaladizos. El hogar está colocado en medio del domicilio, en un espacio lleno solamente de tierra y de cascote; los fuegos que en él se encienden solo sirven para hacer hervir las batatas y espulsar la humedad y los insectos. Las puertas sirven al propio tiempo de ventanas; están provistas de un póstigo de bambúes que las libra á la vez del viento y de la lluvia. El techo está cubierto de bambúes y hojas de palmera. Informes en su estructura, estos edificios tienen á veces hasta sesenta ú ochenta pies de lonjitud; pero en este caso son destinados á las reuniones públicas. En las habitaciones particulares se observó que los amos ocupaban constantemente un lado del aposento correspondiente al hogar, y que los criados ocupaban el otro.

Sus utensilios consisten en canastillos fabricados con tiras de hojas de banano, y destinados á recibir su cuchillo, su betel y su hilo; en horteras diestramente trabajadas y guarnecidas interiormente de corteza con sus coberteras; en esteras de banana guarnecidas de camas; en hachas de mariscos ajustadas esactamente á mangos de madera; en fin en copas y cuchillos de conchas de tortuga. Los cuchillos mas preciosos son de concha de ostra perlera, bien aguzados y pulidos esteriormente. Los cuchillos comunes consisten en pedazos de concha de almeja ó de bambúes afilados. Sus peines son de madera de naranjo; el puño y los dientes son cortados en el mismo pedazo de madera (Pl. LXV. — 3). Cada individuo trae siempre consigo su canastillo de betel; la cal pulverizada está contenida en pequeños estuches de mambú trabajados con mucho gusto. Los anzuelos son de concha de tortuga; el hilo, las sogas y las redes son de figuras de coco; sus platos consisten en hojas de banano, y las cáscaras de nueces de coco sirven de vasos para beber. Los naturales fabrican ademas vasos de forma óvala, de tierra rojiza, para cocer su pescado. Para ir á sacar agua se servian á guisa de cántaros de gruesos bambúes de cinco ó seis pulgadas de diámetro, guarnecidos en el lado de una pequeña canilla.

Sus armas eran lanzas de bambú, de diez ó doce pies de largo, provistas de una punta de madera muy dura y en forma de sierra; dardos igualmente de bambú que arrojaban hasta á cincuenta ó sesenta pies; espadas de madera dura guarnecida de mariscos y bastante pesadas para hundir el cráneo de un hombre; por fin dagas de tres pulgadas de largo, hechas con un aguijon de raya dentellado en toda su lonjitud, con una vaina de bambú y un puño de la mas estraña forma.

Las piraguas son hechas con troncos de árboles ahondados, pintadas de rojo interior y esteriormente, é incrustadas con mariscos. En las grandes solemnidades, la popa y la proa son adornadas de diversas especies de mariscos enfilados en una soga y colgando en festones. Las mas pequeñas contienen solamente cuatro ó cinco personas; las mayores pueden contener de veinte y cinco á treinta. Sus velas son de esteras; pero como no se hallan en estado de resistir á un mar proceloso, raras veces se aventuran mas allá de la cadena de los arrecifes, y aun se acercan á ella pocas veces.

Los naturales de Pelew son robustos, bien formados y de una estatura mas aventajada que la mediana. Su piel es de un color broncineo; sus cabellos, largos y flotantes, dispuestos para ser rizados y formando anchos bucles al rededor de la cabeza. Ciertas mujeres, que tenian sus cabelleras muy largas, las dejaban flotar sobre sus espaldas. Los hombres iban enteramente desnudos; mas las mujeres llevaban dos pequeños delantales de diez pulgadas de largo sobre siete de ancho, colocados el uno delante y el otro detras. Esos delantales adornados de largas franjas eran tejidos con los hilos de la nuez de coco y teñidos de amarillo de diversos matices. Entre las mujeres comunes, este vestido estaba prendido en medio del cuerpo por medio de una simple soga; y entre las de un rango distinguido,

por una especie de cordon guarnecido de granos.

Los hombres y las mujeres están cubiertos de pintarroteos (entre ellos *maghot*); pero no sufren esta operacion mas que los de cierta edad, de suerte que ningun niño llevaba este ornamento. Las mujeres traen las dos orejas agujereadas para recibir hojas ó bucles de conchas de tortuga; mas los hombres solo se agujerean la izquierda, de la que suspenden raras veces algun adorno. En ambos secsos se vé agujereada su nariz, de la que cuelgan flores de olor agradable. A cierta edad, así los hombres como las mujeres se ennegrecen los dientes, operacion dolorosa que fatiga mucho á los que la sufren. Li-Bou esplicó á Wilson que esta operacion se hacia con una pasta compuesta de diversas especies de yerbas y de cal que se aplican todas las mañanas en los dientes. El paciente permanece tendido boca abajo, y está salivando todo el dia. Por la noche, cuando la pasta se ha disuelto, le permiten comer un poco. Cada dia se renueva esta aplicacion, y el quinto dia la operacion es completa.

Los individuos de ambos secsos son muy diestros nadadores, y lo mismo les parece el agua que la tierra. Los hombres se zambullen á las mil maravillas, y no tienen reparo en sumerjirse hasta el fondo del agua para buscar el objeto mas insignificante.

Aunque libres de tomar tantas mujeres como quisieran, los hombres ordinariamente solo tenian dos. Sin embargo Raa-Kook tenia tres, Abba-Thulle cinco, bien que cada una tenia su casa particular. Los hombres parecian poco zelosos de sus mujeres, y les dejaban una libertad algo lata. Sin embargo un Inglés quiso llevar el galanteo un poco lejos para con la mujer de un rupack; pero Arra-Kooker le advirtió con mucho comedimiento que no era conveniente llevar á cabo sus proyectos.

Los hijos reciben su nombre sin la menor ceremonia en el acto mismo de nacer, segun se supone. Una de las mujeres del rey parió durante la permanencia de los Ingleses, y deseando hacer honor á Wilson se impuso al niño el nombre de *Capitan*. Por lo que hace á los funerales hemos visto ya lo que de ellos dice el Dr. Sharp. Wilson presenció igualmente los últimos deberes tributados al jóven muerto en la misma batalla que el hijo de Raa-Kook. Llegó en el momento en que trasladaban el difunto de una casa vecina para depositarlo á la plaza en que estaba sentado el rey. La comitiva se detuvo algun tiempo en presencia de Abba-Thulle, quien sin tomarse la pena de levantarse, espetó una arenga á la asamblea con tono grave y solemne, que fué escuchada en medio de un profundo silencio. Concluído su discurso que debió de ser un elojio del difunto, trasladaron al cadáver al sitio de la inhumacion, y Wilson vió salir de la hoya una mujer que creyó ser la madre, ó almenos una prócsima parienta del difunto, que habia ido á cerciorarse de si lo habian dispuesto todo con esmero. En cuanto el cadáver fué cubierto de tierra, redoblaron los lamentos de las mujeres, pues á ellas solas pertenecen semejantes demostraciones, al paso que los hombres guardan un lúgubre silencio. Sus hoyas son semejantes á las de los Europeos, y superadas igualmente de un pequeño *tumulus*, algunas veces de piedras colocadas sobre un ancha baldosa llana, y el todo circuído de una pequeña empalizada á fin de que nadie ande por encima.

Los Ingleses, durante su larga permanencia en las islas Petew no observaron nada que se pareciese en lo mas mínimo á una ceremonia relijiosa, ni menos vieron algun sitio consagrado especialmente á un culto cualquiera. Sin embargo no dejaban de tener ideas supersticiosas que debian estar ligadas á alguna creencia. Así es que el rey, viendo cierto dia á los Ingleses emplear en sus construcciones una especie particular de madera les aconsejó que no hiciesen uso de ella, por cuanto esta madera, decia, era de siniestro agüero. Pocn despues uno de los oficiales ingleses cayó del navío en construccion, y Raa-Kook no dejo de atribuirlo á la madera añadiendo que el maligno espíritu habia dado márjen á aquel accidente.

Cuando Li-Bou se mareó á bordo del pequeño buque inglés, dijo que su padre y sus amigos debian esperimentar en aquel momento una gran desazon, por cuanto, segun él, conocian su enfermedad. Algun tiempo antes de espirar, repitió la misma espresion, no obstante la distancia enorme á que se hallaba de su patria, lo cual dependeria por cierto de alguna creencia y de alguna preocupacion. Con efecto, nada emprendian los isleños sin consultar de antemano el oráculo por medio de las hojas de ciertas plantas semejantes al junco de nuestras lagunas, midiendo las tiras de estas hojas con el dedo del medio. Abba-Thulle no quiso embarcarse en su piragua para la segunda espedicion contra Artingall antes de envolver y mirar perfectamente estas hojas de un modo satisfactorio.

Durante la permanencia de Li-Bou en Inglaterra, Wilson le esplicaba cierto dia que las oraciones del culto tenian por objeto mejorar la condicion de los hombres, y que despues de su muerte iban á revivir hácia arriba. A estas palabras Li-Bou levantó la mano, y con un jesto espresivo dijo: « Lo mismo en Petew; malos quedar en tierra: buenos ir al cielo, hacerse muy hermosos. » Palabras que anunciaban claramente la creencia de aquellos pueblos en una ecsistencia fuura.

Los pormenores suministrados por Wilson en órden á los habitantes de Pelew son en resúmen los siguientes. Acojido favorablemente en aquel grupo, el capitan inglés lo ha descrito todo con brillantes colores y suavizado singularmente los tintes sombríos. Así es que cuando habla del uso bárbaro de inmolar á los prisioneros hechos en el combate, lo colmnesta á la sombra de la necesidad política. En cuanto al robo, dice que bajo este aspecto, los Ingleses no tuvieron que quejarse de los isleños de Pelew, y añade que siempre que denunció á los jefes el menor latrocinio, no se daban un momento de descanso hasta haber restituído el objeto.

No cabe duda que el viaje de Macluer hubiera sido la contraprueba del de Wilson; pero como este viajero no nos dejó su relato, es preciso valernos de las aventuras del *Duff*, su capitan James Wilson, que habia recibido la órden de trasladar una remesa de misioneros á Pelew, á su regreso de una navegacion por el Océano Polinesio. Las circunstancias contrariaron la ejecucion completa de su proyecto, y en consecuencia solo tuvo con los naturales de Pelew comunicaciones á la vela, que refiere en los siguientes términos:

« A las tres y media de la tarde del 6 de noviembre de 1797, estábamos á unas dos leguas del arrecife que se estiende á una distancia mediana de la mas considerable de las islas: denomínase *Babelthouap*, y se halla dividida en dos distritos gobernados cada uno por un caudillo que reconoce la autoridad suprema de Abba-Thulle. Cuando nos pusimos al pairo, estábamos á la vista de la parte meridional del distrito de Artingall. Congregáronse en la playa unas doscientas personas, y se vieron unas doce piraguas navegando con el ausilio de velas ó á fuerza de pagayas; pero á la sazon el tiempo era de una apariencia muy siniestra. Tres solamente se enmararon bastante para acercarse al buque: los naturales llevaban un pedazo de tela blanca atado en el estremo de un palo, y lo ajitaban al aire á medida que se iban acercando. Juzgámos que aquella insignia era un emblema de paz. Acercáronse sin temor, y nos dirijieron la palabra cual si nos conocieran de mucho tiempo. Empero fué tan sumamente ininteligible para nosotros su lenguaje, que ni aun con el ausilio del vocabulario de Enrique Wilson pudimos hacerles comprender una sola palabra, á escepcion de algunos nombres propios. Por lo demas no cesaron de hablar con rapidez acompañando sus discursos con jestos de manos y de cuerpo que espresaban sus vehementes deseos de vernos fondear en un sitio que nos designaban al N. O. Uno de ellos, que creímos ser un rupack por el hueso grosero que llevaba en el puño, se presentó apresuradamente al buque para redoblar aquellas instancias, y fué seguido por otros dos que se mostraron ecsijentes del mismo modo; pero todas sus solicitaciones, juntamente con nuestro deseo de permanecer algun tiempo en aquel grupo célebre, quedaron sin resultado, atendido que no descubrimos punto alguno que ofreciese seguridad para el fondeo, ni menos teníamos el mapa del teniente Macluer para servirnos de guia. Cuando hicimos mencion de Abba-Thulle, repitieron muchas veces este nombre diciendo: *s'thulle, s'thulle!* y mostrando la tierra con el dedo. No les hablámos gota de Li-Bou, por cuanto hablaron con tanta rapidez y de una manera tan incesante, que apenas podiamos dirijirles algunas preguntas: á buen seguro que el tiempo que amenazaba una tempestad les impidió pensar en él. Como los que se habian quedado en las piraguas llamaban á grandes voces á los que habian subido á bordo, ofrecióles el capitan algunos cuchillos, espejos, etc., y se despidieron apresuradamente, bien que con sentimiento. Antes de irse, quisieron dar una prueba de su reconocimiento arrojando á bordo un par de nueces de coco que era todo cuanto poseian, y se volvieron á tierra. Tales son todas las comunicaciones que pudimos entablar con los habitantes de las islas Pelew.

« Si hemos de juzgar del pueblo entero por el corto número de naturales que vimos, esos hombres son inferiores, por lo que hace al aspecto esterior, á los isleños de las islas Marquesas, de la Sociedad y de los Amigos (Nouka-Hiva, Taiti y Tonga); su estatura y sus proporciones no son tan aventajadas ni bellas como las de los dos primeros pueblos, y están muy lejos de tener el aire robusto, varonil y emprendedor de los últimos. Son mas semejantes con sus vecinos los Carolinos, sin que, como estos últimos, pertenezcan á una raza gallarda y robusta. Entre las costumbres que les son comunes, se cuenta la de henderse las orejas para colgarse ornamentos de vejetales, que almenos tienen una pulgada de espesor. En cuanto al pintarroteo, en Pelew como en las Carolinas, parecen templar sus piernas y muslos en una tintura de un negro azulado; pero su cuerpo está adornado de figuras semejantes á dedos ó guantes. Mostrábanse en nuestra presencia del todo desnudos sin esperimentar por ello el menor sentimiento de rubor, y nos manifestaron su comedimiento y su hospitalidad instándonos vivamente paraque fuésemos á visitarles.

En el mes de junio de 1828 apareció el capitan d'Urville á vista de las islas Pelew. Es verdad que estaba igualmente dominado de los mas vivos deseos de visitar aquel grupo tan poco conocido y tan digno de atencion; pero se lo impidió el mal tiempo que á la sazon reinaba, y

mucho mas el estado desastroso de su tripulacion diezmada por las fiebres de Vanikoro. En consecuencia no pudo hacer mas que reconocer la parte oriental de este grupo arrostrando los mas inminentes peligros. Los isleños tampoco pudieron acercarse al *Astrolabio* por razon del mal tiempo, de suerte que no pudo recojerse ningun documento etnográfico en órden á este archipiélago.

De los trabajos combinados de Macluer y de d'Urville se deduce que las islas Pelew ó Palaos forman una cadena de islas y de islotes circuídos de arrecifes que se estienden hasta una distancia considerable de tierra por la parte occidental, al paso que por el lado del E. llegan raras veces á mas de tres ó cuatro millas. El grupo enteró tiene cuarenta leguas de N. á S. sobre veinte ó treinta de ancho, y está comprendido entre los 6° 55' y los 8° 36' lat. N. y entre los 132° 20' y los 131° 40' lonj. E.

Las islas mas considerables de este grupo son las siguientes:

Babelthouap, que tiene nueve leguas de N. á S. y dominada por una montaña desde cuya cumbre se pueden descubrir todas las islas del archipiélago. Sus principales distritos son Artingall, Emmalaguí y Emurings que tienen cada uno su competente caudillo.

Coror tiene seis millas de E. á O. y se compone de varias isletas cercanas unas á otras. En esta isla es donde residen los reyes de las islas Pelew.

Uruckthapel tiene una forma muy regular, y su territorio está entrecortado en todos sentidos por los canales formados por el mar.

Errakong solo tiene tres millas y media de N. á S. sobre una de ancho.

Oroulong al N. O. de Uruckthapel, solo tiene tres ó cuatro millas de largo.

Pelelew tiene ocho millas de N. N. E. á S. S. O., su aspecto es fértil y risueño, y está acompañada de varias isletas.

Angour, la mas meridional de las islas Pelew, es baja, y tiene tres ó cuatro millas de N. O. á S. O. En 1801 permaneció cinco dias á vista de esas tierras el capitan español Ibargoïtia, comunicando con los habitantes, cuyo carácter le pareció tal como lo habia descrito Wilson, benigno, jeneroso y desinteresado.

Antes que el *Oceánico* abandone estos parajes, vamos á recapitular esa prolongada nomenclatura de islas que forman el archipiélago de las Carolinas propiamente dicho, archipiélago inmenso que no tiene menos de setecientas cincuenta leguas de E. á O. sobre unas doscientas de N. á S., formando por sí solo la mayor division de esta parte de la Oceania que M. d'Urville designa bajo el nombre de *Micronesia*. En esta division se cuentan solamente tres islas, Gouaham, Tinian y Rota, que ofrezcan una débil poblacion; de suerte que la historia completa de los Carolinos seria al propio tiempo la de los Micronesios. Por desgracia los documentos relativos á esos isleños son harto incompletos, y es preciso aguardar que acrecienten su número otras esploraciones mas individuadas. La comparacion de las costumbres, de los usos dietéticos y sobretodo del lenguaje, será bastante para unir algunos de los hilos de la cadena que une los Polinesios á los habitantes de las islas malayas, ó colejir con conocimiento de causa de este ecsámen que las dos naciones han sido distintas y separadas desde tiempo inmemorial.

En nuestra revista de las Carolinas empezarémos por los grupos situados mas al E., y no harémos mas que tocar someramente y como por incidencia las que hemos tenido ocasion de citar en el decurso del viaje.

I. Boston, descubiertas á 25 de mayo de 1824 por el capisan Joy del *Boston*. Si hemos de dar crédito á este marino, es un grupo de ocho isletas bajas, de treinta millas de circumferencia. En la relacion de Morrell se lee que á 7 de mayo de 1831 fueron reconocidas por un tal Kiram Covel, comandante del buque *la Alianza*. Este capitan contó catorce islas á las que impuso su nombre de *Covel*, y las halló habitadas por una nacion que hablaba la lengua española.... El grupo Boston está situado á los 4° 45' lat. N. y á los 165° 50' lonj. E.

I. Baring, descubiertas en 1792 por el capitan Bond del *Royal-Admiral*; son unas isletas visitadas en 1825 por el capitan Joy del ballenero *Boston*, y que parecen idénticas con la isla *Namurik* de los naturales representada en el mapa de Kotzebue. Su punta mas meridional está situada á los 5° 30' lat N. y á los 166° 0' lonj. E.

I. Hunter, descubierta en 1797 por Dennat que le atribuyó dos millas de estension del N. O. al S. E. Esta isla es quizá la misma que la isla *Ebon* del mapa de Kotzebue, y está situada á los 5° 40' lat. N. y á los 166° 50' lonj. E.

I. Banham, descubiertas en 1809 por la *Elisabeth*, y esploradas por Duperrey á 28 de mayo de 1824. Segun el mapa de este último, es un grupo de treinta millas de estension de N. á S. sobre veinte y dos de E. á O., que comprende unos cuarenta islotes bajos, selvosos y poblados; los mas considerables de los cuales tienen unas dos millas de estension. Está comprendido entre los 5° 53' y los 6° 18' lat. N. y entre los 167° 6' y los 167° 30' lonj. E.

I. Aur, sin duda idénticas con la isla *Ibbeton* de Arrowsmith, descubiertas por el buque *Carlota* en 1788; esploradas y visitadas en 1817 por el capitan Kotzebue. Es un conjunto de treinta

y dos islotes bajos y poblados, que ocupan una estension de trece millas de N. O. á S. E., y cuya punta meridional está situada á los 8° 11' lat. N. y á los 168° 12' lonj. E.

Kotzebue encontró en Aur el salvaje Kadous, natural de Jouli, que se embarcó á bordo del *Rurick*, donde permaneció mucho tiempo con los Rusos y les suministró una multitud de noticias curiosas. Kotzebue nos narra su primer conocimiento en estos términos:

« Notámos á dos salvajes pintorreados de un modo del todo diferente de los demas, y que hablaban asimismo un lenguaje muy diverso, como observó igualmente M. Chamisso. Preguntámos si eran oriundos de aquella isla, á lo cual contestaron que no, y nos espetaron una larga historia en su propia lengua, de la qué no comprendimos siquiera una palabra. El uno de aquellos estranjeros, de una estatura mediana, de contornos agradables, y cuya edad frisaba con los treinta años, me interesó mucho: así que despues de haber hecho mis presentes á los caudillos, le dí algunos pedazos de hierro que recibió con reconocimiento, bien que sin demostrar la misma satisfaccion que los salvajes restantes. Teníale á mi lado continuamente, y en el acto de ponerse el sol, y cuando nuestros huéspedes se despedian de nosotros, significóme particularmente sus deseos de quedarse conmigo y no abandonarme jamas. Por de pronto creí que este capricho lo olvidaria en breve; mas no pude menos de quedar sorprendido al ver el afecto que inmediatamente concibiera por mí, y en consecuencia decidí quedarme con él, atendido que el suceso mereció la aprobacion de todos. En cuanto obtuvo Kadou este permiso, se dirijió rápidamente á sus camaradas que le estaban aguardando para declararle su intencion de quedarse á bordo, y distribuyó su hierro á los caudillos. La sorpresa que causó esta resolucion en las piraguas fué imponderable; mas aunque los naturales redoblaron todas sus instancias para retraerle de semejante proyecto, todo fué en valde. Salióle por fin al encuentro su amigo Edock, hablóle seria y largamente, y viendo que todos los medios persuasivos eran inútiles, echó mano de la fuerza bruta; mas Kadou se hizo valer el derecho del mas fuerte rechazando á su amigo lejos de sí, y las piraguas partieron al momento. Como su resolucion era para mí del todo inesplicable, no pude menos de sospechar si llevaba el designio de cometer algun robo nocturno y abandonar secretamente el buque; por cuyo motivo hice doblar la guardia ordinaria de la noche y colocar su cama junto á la mia en la cubierta en donde acostumbraba dormir por razon del calor. Kadou se congratuló sobremanera de dormir cerca del *tamon* del buque; habló poco, apesar de cuantos esfuerzos se hicieron para divertirle, comió de todo y fué á acostarse tranquilamente. Vamos á continuar lo que despues nos refirió Kadou varias veces relativamente á su historia.

« Kadou era natural de la isla de Ulle (*Jouk* de nuestro mapa), perteneciente á las Carolinas, que debe de estar situada á 1.500 millas inglesas O. de Aur, y que solo es conocida en el mapa por el nombre, por cuanto el P. Cantova fué enviado en 1733 de las islas de los Ladrones á los Carolinas en calidad de misionero. Partió Kadou de Ulle con Edock y otros dos isleños en una piragua de vela con objeto de ir á pescar en una isla remota. Levantóse una violenta borrasca que desvió á esos desgraciados de su derrotero; corrieron el mar por espacio de unos ocho meses, y por fin aportaron en el estado mas deplorable en la isla de Aur. La mayor parte de este viaje tuvo que hacerse contra la direccion del viento regular del N. E., circunstancia altamente notable para aquellos que han creído hasta aquí que la poblacion del mar del Sur debió de progresar en direccion al E. Segun el relato de Kadou, constantemente tenian su vela desplegada durante su viaje mientras se lo permitia el viento, y la cargaban sin dilacion cuando soplaba el viento del N. E. persuadidos de que se hallaban á sotavento de su isla. Este es el único recurso que resta para esplicar su llegada á Aur. Calculaban el tiempo por lunas, haciendo un nudo en una soga á cada luna nueva. Como el mar les suministraba mucha pesca y conocian perfectamente el medio de cojerle: de ahí es que padecieron menos hambre que sed, porque si bien no dejaban de reunir una corta cantidad de agua siempre que llovia, halláronse muchas veces absolutamente faltos de agua fresca. A menudo Kadou descendia al fondo del mar, siendo como era el mejor buzo, donde el agua es menos salada, con una nuez de coco, provista tan solo de un pequeño agujero; pero si bien es cierto que este medio les consolaba por un momento, es muy probable que contribuia mucho á debilitarles. Cuando avistaron la isla de Aur no sintieron la menor alegría, porque habian perdido ya toda especie de sentimiento. Sus velas estaban rasgadas enteramente, su piragua era el juguete de los vientos y de las olas, y estaban aguardando la muerte con resignacion, cuando los moradores de Aur mandaron muchas piraguas á su socorro, y los condujeron á la playa desnudos de todo sentimiento. Hallábase presente un tamon á la sazon; los utensilios de hierro que aun poseían aquellos desgraciados escitaron la codicia de sus libertadores, y ya estaban á punto de darles el golpe fatal para repartirse sus despojos, cuando Tigodien, tamon de la isla de Aur, llegó afortunadamente con oportunidad para sal-

var su ecsistencia. Cuando Kadou ofreció todos sus tesoros á su libertador, este fué bastante jeneroso para no admitírselos, tomando solamente una bagatela insignificante y prohibiendo severamente á sus súbditos bajo pena de muerte que atentasen en lo mas mínimo contra aquellos estranjeros infortunados. Kadou con sus camaradas se dirijió al domicilio de Tigodien que le tomó á su cargo con una verdadera paternidad, y le profesó un afecto particular, por razon de su intelijencia natural y de su hombría de bien. Segun su cálculo, hacia tres ó cuatro años que se hallaba en Aur. Hallábase Kadou en los bosques cuando apareció el *Rurick* á la vista de Aur; pero los naturales le fueron á buscar sobre la marcha para pedirle la esplicacion de tan estraño fenómeno, por cuanto gozaba de la reputacion de ser un famoso viajero, y pasaba jeneralmente por un hombre dotado de un talento estraordinario y de unos conocimientos sin igual. Muchas veces les habia hablado de unos navíos de alto bordo que visitaran Ulle, y aun se acordaba de los nombres de dos individuos, Lewis y Marmol, procedentes de la grande isla de *Britannia*; por cuyo motivo reconoció al momento nuestro buque. Como tenia mucha inclinacion á los blancos, instó á los isleños á ir al navío, pero estos se negaron á verificarlo fundados en le tradicion acreditada de que los hombres blancos devoraban á los negros. La promesa que les hizo de procurarles hierro por medio de permutas les decidió por fin á pasar á bordo, é inmediatamente tomó la resolucion de quedarse con nosotros, segun llevamos dicho. La precaucion de acechar su conducta era completamente inútil; pues durmió profundamente toda la noche, y al rayar el alba despertó con sumo contento y satisfaccion. »

I. Kawen, descubiertas á 29 de junio de 1788 por los navíos *Scarborough* y *Carlota*, que les impusieron el nombre de *Islas Colbert*, reconocidas á 5 de julio de 1799 por el *Nautilus*, que las denominó *Baas-Reef-tied-Islands*; y esploradas en 1817 por Kotzebue. Si hemos de creer á este último, es un grupo de treinta y dos millas del N. O. al S. E. sobre trece de ancho, que contiene unos cincuenta islotes bajos y selvosos, teniendo el mas considerable unas dos millas y media de largo sobre una de ancho. Kawen es ocupada por unos hombres del todo semejantes á los de Otdia con los que tienen frecuentes relaciones. Su centro está situado á los 8° 42' lat. N. y á los 168° 43' lonj. E.

I. Eregup, descubiertas en 1799 por Bishop, del *Nautilus*, que las denominó *Bishop junction Islands*, y esploradas por Kotzebue en 1817. Este grupo tiene veinte y cuatro millas de estension del N. O. á S. O. sobre diez ó doce de ancho; comprende unos quince islotes bajos, selvosos y poblados, y su punta S. está situada á los 8° 56' lat. N. y á los 167° 50' lonj. E.

I. Legiep, descubiertas en 1817 por Kotzebue que quiso denominarlas *Islas Heiden*, y reconocidas por el mismo en 1824. Este grupo tiene veinte y cuatro millas del N. O. al S. E. sobre dos de ancho, encierra unas treinta isletas bajas, selvosas y pobladas, muchas de las cuales parecen tener de cuatro á seis millas de circumferencia, y su centro está situado á los 9° 55' lat. N. y á los 166° 52' lonj. E.

I. Temer, descubiertas en julio de 1799 por el *Nautilus* que las apellidó *Step-to*, y reconocidas en 1816 por Kotzebue. Esta isleta es inhabitada, tiene dos ó tres millas de circumferencia, y está situada á los 9° 58' lat. N. y á los 167° 22' lonj. E.

I. Ailou, descubiertas en 1788 por la *Carlota* que las denominó *Tindal* y *Watt*, y esploradas en 1817 por Kotzebue que las apellidó *Islas Krusenstern*. Este grupo comprende un gran número de isletas, tiene quince millas de N. á S. E. sobre cinco de ancho, y su punta S. está situada á los 10° 11' lat. N. y á los 167° 45' lonj. E. Chamisso observó que este grupo era el mas pobre de cuantos visitaron los Rusos (Pl. LVI. — 1).

I. Miadi, descubierta á 1° de enero de 1817 por Kotzebue, que la denominó *Isla del Noubel-An*. Esta isleta es baja y arbolada, tiene tres millas de N. á S. sobre una corta de ancho, y está situada á los 10° 7' lat. N. y á los 168° 34' lonj. E.

I. Oudeirik y Tagai, esploradas en 1816 por Kotzebue, que las denominó *Koutousoff* y *Souvaroff*, y visitadas por él mismo en 1817. El primero de estos dos grupos tiene diez y seis millas de estension de N. á S.; el segundo tiene treinta millas de ámbito, y cada uno contiene cuatro islotes habitados y separados por un canal angosto. La punta E. de Oudeirik está situada á los 11° 14' lat. N. y á los 167° 38' lonj. E., y la punta S. de Tagai á los 11° 4' lat. N. y á los 167° 25' lonj. E. Estos dos grupos formaban la isla *Button* del mapa de Marshall que fué el primero que los vió en 1788 (Pl. LVII. — 2).

I. Bigar, descubiertas en 1788 por el capitan Dawson que les aplicó su nombre, é indicadas á Kotzebue en 1816 por los naturales de Oudeirik. Este grupo tiene catorce millas de largo de N. N. O. á S. S. E. con tres isletes desiertos y destituidos de agua dulce. Solo son visitados á veces por los naturales de las islas vecinas para procurarse aves y tortugas. Su punta S. está situada á los 11° 43' lat. N. y á los 167° 49' lonj. E.

I. Delfin, descubiertas por Wallis á 3 de

setiembre de 1767, y reconocidas en 1824 por Kotzebue que las designa bajo el nombre de *Pescadores*. Este grupo comprende algunos islotes bajos de unas treinta millas de circumferencia, en los cuales Kotzebue no pudo distinguir vestijio alguno de habitantes. Su centro está situado á los 11° 19' lat. N. y á los 165° 15' lonj. E.

I. Pescadores. Estas islas hacen tal vez parte de las que vió Wallis en 1767, pero no cabe duda que están separadas totalmente de ellas, como averiguó en 1825 Kotzebue aplicando á estas el nombre de *Korsakoff*. Segun su reconocimiento, este grupo tiene cincuenta y cuatro millas del E. N. E. al O. S. O., y diez de su mayor anchura. Los islotes que la componen están cubiertos de una lozana vejetacion, y sus cocos se encumbran á una altura considerable, pero no contiene ninguna señal de poblacion. Su centro está situado á los 11° 17' lat. N. y á los 164° 35' lonj. E.

I. Eschschottz, descubiertas por Kotzebue en octubre de 1825. Este grupo comprende algunas islas bajas de las que solo vió la parte occidental que formaba una cadena estrecha de quince millas de largo, conteniendo unos doce islotes bajos, pero no vió la menor señal de poblacion. Probablemente es la isla *Udia-Milaï* de los naturales de Radach. Su punta S. O. está situada á los 11° 32' lat. N. y á los 163° 6' lonj. E.

I. Brown, descubiertas en 1794 por el capitan Butter del *Walpole*, visitadas en 1798 por el capitan Fearn, y reconocidas en 1824 por Kotzebue que las designó por equivocacion bajo el nombre de *Islas Bronus*, y en 1827 por Lutke. Es una cadena circular de rompientes de sesenta y cinco millas de circuito con unos treinta islotes bajos y selvosos; pero las islas *Parry* y *Arthur*, que son las mas considerables, aun no tienen tres millas de circumferencia. Su centro está situado á los 11° 30' lat. N. y á los 160° 54' lonj. E.

I. Providencia, descubiertas en 1811 por el buque *Providencia*. Estas islas están circuídas de arrecifes segun el mapa de Duperrey, y son los *Arrecipos* de Horsburg y de Lutke. Su punta S. E. está situada á los 8° 35' lat. N. y á los 158° 45' lonj. E.

I. Wadeln, descubiertas en 1792 por el capitan Bont del *Royal-Admiral*, que las denominó *Minguito Group* con las siguientes; y visitadas en 1797 por el capitan Dennat que las apellidó *Ross*, y por el capitan ruso Chromtschenko en 1832. Este último averiguó que el grupo entero ocupa una estension de sesenta y cuatro millas al E. S. E. sobre diez de ancho, y que contiene cuarenta y cuatro islotes entre grandes y pequeños. Su punta N. O está situada á los 9° 19' lat. N. y á los 164° 36' lonj. E.

I. Namou, descubiertas en 1792 por el capitan Bond, visitadas en 1832 por Chromtschenko que se cercioró de que este grupo tenia treinta millas de estension del N. N. O. al S. S. E. y de doce de ancho, conteniendo cinco islas algo considerables y veinte pequeñas unidas todas por un mismo arrecife. Las islas del S. están situadas á los 7° 45' lat. N. y á los 166° 3' lonj. E.

I. Odia. Sin duda la isla *Lambert* de Dennat en 1797, indicada á Kotzebue por los naturales de Radach. Esta isla, que debe de formar un grupo bien poblado, necesita de una nueva esploracion y debe de estar situada cerca de los 7° lat. N. y los 166° 30' lonj. E. El grupo Odia, con sus dos precedentes, *Wadelen* y *Namou*, debe formar la cadena de las islas Ralik anunciadas á Kotzebue por los isleños deRadack.

Despues de Kadou, el grupo de Ralik seria semejante al de Radack por el aspecto del suelo, el lenguaje de sus habitantes y sus costumbres jenerales. Solo el pueblo es mas dichoso y menos alimentado: los naturales traen grandes ornamentos en las orejas. Cuando estos dos grupos están en guerra, el de Ralik puede armar hasta cien piraguas. La paz estaba concluída entre las dos naciones algun tiempo antes del paso de Kotzebue en 1816.

I. Piguiuam, grupo señalado en el mapa de Lutke, sin que se sepa con que autoridad, á los 2° 30' lat. N. y á los 151° 37' lonj. E.

I. Nougour, descubiertas en 1806 por el capitan Monteverde que les impuso su nombre. Este grupo comprende muchas isletas bajas y habitadas, tiene diez millas de N. E. á S. O., y su centro está situado á los 3° 27' lat. N. y á los 153° 25' lonj. E.

Si hemos de dar crédito á Morrell, que asegura haber visitado estas islas en 1830, los naturales son de aventajada estatura, bien formados y laboriosos. La talla media de los hombres es de cinco pies nueve pulgadas (seis pies dos pulgadas inglesas), y algunos pesan hasta ciento cincuenta libras. Su tinte es aceitunado, su nariz chata, su pelo negro y rizado, de seis á ocho pulgadas de largo, sus carrillos prominentes, sus ojos pequeños negros, vivos y agudos, su frente ancha, y sus dientes blancos y regulares. Despues de casados, el vestido de ambos secsos consiste en una especie de delantal que desciende hasta medio muslo; pero antes de casarse, ambos secsos andan enteramente desnudos. Despues de haber contraído amistad con los Americanos por medio de diversas permutas, los isleños invitaron á sus nuevos amigos á aprocsimarse á la playa prometiéndoles traer ostras perleras, conchas de tortuga y tripangs. En poco tiempo se reunieron unas cincuenta piraguas grandes; pero Morrell recono-

ció en breve con su anteojo que en lugar de los objetos prometidos, los buenos de los comerciantes embarcaban apresuradamente muchas lanzas, macanas, y que ademas se almagraban el rostro, prueba nada equívoca de sus disposiciones hostiles. Con efecto cuando se halló todo dispuesto, las piraguas, tripuladas por quince ó veinte guerreros cada una, se adelantaron en buen órden y en dos divisiones á fin de tomar al *Antártico* por ambos costados. Entonces Morrell sin aguardar un momento hizo cargar todas sus velas y dejó á los naturales de Nougour embobados por la marcha superior de la gran piragua, que se imajinaban tener ya en su poder. Morrell hace mencion particular de que los arrecifes de estas islas están cubiertos litoralmente de ostras perleras, de tripangs y de tortugas; pero esto puede ser mas ó menos ecsacto.

Eunkins. Segun el mapa de Duperrey, este grupo fué descubierto en 1824, y su punta S. está situada á los 4° lat. N. y á los 182° 12' lonj. E. Sin embargo es probable que solamente es una parte del grupo anterior ó del siguiente.

I. Ngarik. Descubiertas en 1773 por Tompson que las apellidó los *Nalicates*; visitadas en 1793 por Mulgrave del *Sugar-Cane*, que las denominó *las Siete Islas*, y en 1794 por el buque *Britannia* que las denominó *Raven Islands*, y esploradas en 1828 por Lutke. Este grupo tiene veinte millas de circuito; contiene once islotes bajos, selvosos y poblados, de los cuales el mas considerable apenas tiene una milla de estension, y su punta E. está situada á los 5° 45' lat. N. y á los 155° 15' lonj. E.

I. Sotoan. Descubiertas en 1795 por el capitan Mertlock que les impuso el nombre de su buque *Young-William*, y esploradas por Lutke en 1828. Este grupo contiene unos sesenta islotes bajos, nemorosos y bien poblados, con unas cuarenta millas de circumferencia. El mas considerable de esos islotes lleva el nombre de *ta*, y tiene cinco millas de largo sobre 300 toesas de ancho á lo sumo. En sentir de Morrell, que visitó estas islas en 1830, dos de sus islotes tienen unas quince millas de circuito, y se encumbran á unos cien pies de elevacion sobre el nivel del mar. Los naturales le invitaron á desembarcar, en lo que no tuvo el menor reparo, siendo acojido muy amigablemente por los hombres, y sobretodo por algunas mozas de las que hace, segun acostumbra, el retrato mas seductor. Si hemos de darle crédito, eran jóvenes ninfas de diez y seis ó diez y siete años, con ojos de gacela, dientes de marfil y de facciones las mas delicadas que hasta entonces habia encontrado. Su talle era pequeño; pero sus manos y sus pies lo eran aun mas á proporcion; tenian cabelleras negras, ojos centelleantes cual granos de azabache en medio de un esmalte líquido; pequeñas mejillas redondas y frescas, una barba proporcionada, labios brindando á los ósculos, cuellos delgados y talles desnudos que hubieran podido abrazarse con las dos manos. A este retrato encantador, añadia injenuamente, no podia menos de oponer un defectillo; tal era un lijero color de cobre en su tinte.

Los obsequios que los habitantes de Sotoan prodigaron á Morrell no servian mas que para encubrir un lazo: en el acto de volver á embarcarse, iban á embestirle cuando sus camaradas pusieron en fuga á los agresores con el ausilio de sus armas de fuego. Apenas se hallaban de regreso á bordo, cuando el *Antártico* se vió á punto de ser bloqueado por un centenar de piraguas que acudian de todas las islas para asaltarlo. Viéndose Morrell, dice, en la alternativa de luchar á brazo partido ó de volver la espalda á los isleños, adoptó esta última medida como la mas prudente.

A poca distancia de Sotoan se encuentran otros dos grupos considerables, esplorados igualmente por Lutke en 1828, á saber: al N. E. *Lougornor*, de diez ó quince millas de circuito, con diez y siete islotes bajos y selvosos, teniendo los mas considerables unas dos millas de estension, y al N. *Etal* que tiene tres millas y media de estension y comprende hasta diez y ocho islotes insignificantes.

El grupo de Sotoan está situado entre los 5° 15' y los 5° 36' lat. N. y entre los 151° 16' y los 151° 38' lonj. E.

I. Namouloek, descubiertas por el Ruso Lutke en enero de 1828, y visitadas en mayo de 1830 por Morrell que las denominó *Skeddy'Sgroup*. ste grupo tiene seis millas de circumferencia y contiene tres islas bajas y selvosas, teniendo cada una media milla de largo. Morrell ecsajera sobradamente las dimensiones de este grupo, y asegura que está poblado por una raza de hombres semejantes á los de Hogoleu, y que el territorio de las islas es cubierto casi enteramente de cocos y de árboles de pan. Está situado á los 5° 53' lat. N. y á los 150° 57' lonj. E.

I. San Agustin, descubierta por el Español Tomson en 1773. Es una isla baja, de seis millas de estension del N. N. O. á S. S. E. con un arrecife que se interna seis millas en el mar por su parte S. E. Su punta N. está situada á los 7° 25' lat. N. y á los 153° 45' lonj. E. Sin embargo, algunos creen que esta isla es idéntica con la siguiente.

I. Bordelesa, descubierta á 18 de junio de 1826 por el capitan Saliz que le impuso el nombre de su buque. Esta isleta es llana, tersa, de una ó dos millas de estension y ochenta pies de altura, y está situada á los 7° 38' lat. N. y á los 152° 45' lonj. E.

I. San Rafael, descubierta en 1806 por Monteverde que le impuso el nombre de su buque. Esta isleta es baja, tiene tres ó cuatro millas de circumferencia y está situada á los 7° 17' lat. N. y á los 151° 32' lonj. E.

I. Mourileu. Descubiertas á 2 de abril de 1826 por John Hall, y esploradas por Lutke en noviembre de 1828. Este pequeño archipiélago se compone de dos grupos distintos; el primero, *Namolipiafane*, tiene cuarenta millas de circuito y cuenta catorce isletas bajas, las mas considerables de las cuales apenas tienen una milla de estension: el otro, *Mourileu*, tiene cuarenta y cinco millas de ámbito y encierra trece islotes bajos, selvosos y todos sumamente pequeños. Están situados entre los 8° 27' y los 8° 48' lat. N. y entre los 149° 24' y los 150° 2' lonj. E.

I. Faicou (Orientales), descubiertas á 2 de abril de 1824 por el capitan John Hall, y reconocidas por Lutke en 1828. Son dos islotes contiguos, bajos, selvosos, y de dos millas de estension inclusos sus arrecifes. Están situados á los 8° 34' lat. N. y á los 149° 5' lonj. E.

I. Ounoun, descubierta en 1801 por Ibargoïtia que la denominó *Anónima*, y esplorada en 1828 por Lutke. Es una isla baja, selvosa y de dos millas y media de largo de N. á S. con un tercio de milla de ancho. Está situada á los 8° 37' lat. N. y á los 147° 30' lonj. E.

I. Maguir, descubiertas en 1824 por el capitan Bunkey, que las denominó *Islas Ramp*, y esploradas en 1828 por Lutke. Son dos islotes bajos, pequeños y arbolados. El del E. está situado á los 9° 1' lat. N. y á los 147° 55' lonj. E.

I. Pesserar, descubiertas en 1824 por Bunkey que les impuso su nombre, y esploradas en 1828 por Lutke. Son dos pequeños grupos compuestos cada uno de cuatro ó cinco islotes pequeños, bajos y nemorosos. *Oumahk* es el mas considerable, aunque á lo mas tiene una milla de largo, y está situado á los 8° 39' lat. N. y á los 148° 7' lonj. E.

Los tres grupos precedentes forman reunidos el grupo total de *Namonouïto* de Lutke, que tiene unas cien millas de circuito. Maguir y Pesserar fueron vistos por el *Eclipse* á 11 de abril de 1827.

I. Poulouot y Alet, descubiertas por el capitan Mertlock en 1795, visitadas en 1799 y 1801 por Ibargoitia, y esploradas en 1819 por Freycinet. Son dos islotes bajos, selvosos y poblados, de quince ó diez y seis millas de circumferencia, inclusos los arrecifes. Los antiguos mapas españoles las denominaban *islas Kata*. La del E. está situada á los 7° 19' lat. N. y á los 146° 55' lonj. E.

I. Souk, probablemente la *San Bartolomé* de Quiros en 1596; visitada por Mulgrave del *Sugar-Cane* en 1793 y por Ibergoitia en 1699 y 1801, y reconocida por Freycinet en 1819. Es un islote bajo, selvoso é inhabitado, de cinco ó seis millas de circuito y rodeado por un fondo alto muy estenso. Está situada á los 6° 40' lat. N. y á los 147° 5' lonj. E.

I. Bigali, descubierta á 3 de julio de 1824 por Duperrey, y visitada en febrero de 1828 por Lutke que la denomina *Piquale*. Este islote es bajo, arbolado, desierto y circuido de un arrecife; tiene doscientas toesas de ancho y está situada á los 8° 13' lat. N. y á los 145° 18' lonj. E.

I. Lidia, descubierta en 1801, y vista por el *Océano* en 1804. Este islote, que sin duda es idéntico con la isla *Feralis* vista por Morrell en mayo de 1830, es inhabitado, bajo y cubierto de malezas, de tres millas de circuito, y está situado á los 8° 37' lat. N. y á los 144° 51' lonj. E.

I. Faicou (occidental), encontrada por Lutke en 1828. Es un islote bajo y selvoso, de doscientas toesas á lo sumo de estension con un rompiente de unas cinco millas de estension, situado á los 8° 6' lat. N. y á los 144° 32' lonj. E.

I. Saterval, descubierta en 1797 por Wilson que la denominó *Tucker*, y reconocida en 1824 por Duperrey y en 1828 por Lutke. Esta isleta es baja y habitada, tiene una dos millas de circuito, y sus habitantes son navegantes atrevidos que casi todos los años hacen una escursion á Gouaham. Está situada á los 7° 22' lat. N. y á los 144° 45' lonj. E.

I. Namourek, vistas en 1797 por Wilson que las denominó con las siguientes, *islas Swede*, y reconocidas en 1828 por Lutke que le parecieron las islas *Lamurek* ó *Lamorsek* de diversos navegantes y de las antiguas relaciones de los misioneros. Estas si se quiere islas, no son mas que una cadena de rompientes de seis millas de lonjitud, con tres islotes muy pequeños, bajos, selvosos y poblados, cuya punta S. E. está situada á los 7° 30' lat. N. y á los 144° 10' lonj. E.

I. Elet, que forman parte de las islas *Swede* de Wilson en 1797, y reconocidas en 1828 por Lutke. Es una cadena de rompientes de seis ó siete millas de estension, que contiene siete islotes bajos, selvosos y poblados. Su punta S. está situada á los 7° 26' lat. N. y á los 144° lonj. E.

I. Farroilep, descubiertas en 1817 y denominadas entonces *Gardner*, y esploradas por Lutke en 1828. Este grupo tiene tres ó cuatro millas de circuito, compónese de cuatro islotes bajos y arbolados, y está situado á los 7° 25' lat. N. y á los 142° 12' lonj. E.

I. Youli, *Ulee* de Cantova, *Guliai* de Torres, muy conocido de los misioneros desde principios del último siglo por las relaciones de los naturales. Sin embargo el primero que la vió sin conocer su verdadero nombre fué Wilson en 1797 y la denominó las *Trece Islas*. Luis de Torres de Gouaham la visitó en 1804 á bordo del buque *María*. Finalmente Lutke la ha esplorado circunstanciadamente en marzo de 1828, y escribe su nombre *Oulleay*. Es una cadena de doce millas de circunferencia conteniendo unos veinte islotes muy pequeños, bajos y arbolados. Los principales son *Raoure*, *Baliaou*, *Oulleay*, *Tagoilap*, *Saliape* y *Oulemaray*. Kadou, de quien hemos hecho mencion, era de este último islote, y su caudillo, que lo era tambien del grupo entero, se apellidaba Toua, cuyo jefe hizo un viaje al rededor de Gouaham en 1807. La punta E. está situada á los 7° 24' lat. N. y á los 141° 40' lonj. E.

I. Arrowsmith, segun el mapa de Arrowsmith, descubiertas en 1791 visitadas por Saliz en 1826, y reconocidas por Lutke en 1828. Son tres islotes bajos muy pequeños, situados á los 6° 40' lat. N. y á los 140° 59' lonj. E.

I. Phillip. Compónese de dos isletas descubiertas por el capitan Hunter en 1791; *Sorol* del mapa de Lutke. Están situadas á los 8° 6' lat. N. y á los 138° 34' lonj. E.

I. Sonsorol. Dos isletas descubiertas en 1710 por el Español Padilla, capitan del *Santa Trinidad*, y denominadas *Sanserol* por los habitantes de Pelew. La isla del mediodía es la mas considerable, y está separada de la otra por un canal de dos millas y situada á los 5° 20' lat. N. y á los 129° 54' lonj. E. Los naturales la llaman *Kodokopouli*.

Dos misioneros españoles que montaban el navío de Padilla para ir á predicar el evanjelio á los habitantes de Sonserol, hicieron una tentativa esplicada en los siguientes términos en las *Cartas edificantes*, por José Somera, uno de los oficiales del *Santa Trinidad*.

« El navío en que nos embarcámos para ir á descubrir las islas *Palaos*, se llamaba la *Santísima Trinidad*, y su tripulacion era de ochenta y seis hombres. Lo mandaba el sarjento mayor D. Francisco Padilla, y llevaba consigo á los misioneros jesuítas, el P. Duberon y el P. Cortil con el hermano Estévan Baudon, que iban á predicar la fé á los isleños.

« El dia 14 de noviembre de 1710 salí de las islas Filipinas haciendo rumbo hácia las Palaos, estimándolas entonces en 13° 9' lat. y 144° 22' lonj.

« Navegué quince dias enteros, como se nota en el mapa, y el dia 30 de noviembre avistámos tierra, que estaba al N. E. tres grados N. como á tres leguas de distancia, habiendo observado la variacion de cuatro á cinco grados N. E. en este rumbo. Revirámos á bordo para llegarnos de mas cerca, y descubrímos dos islas á las cuales el P. Duberon dió el nombre de las *Islas de San Andrés*, por celebrarse el mismo dia la fiesta de este grande apóstol.

« Arrimándonos á las islas, vímos un barco que venia hácia nosotros, y los isleños que habia en él daban voces de lejos, diciendo: *Mapia*, *Mapia*; esto es, *buena jente*. Un Palaos, que habia sido bautizado en Manila, y que habiamos traído con nosotros, se llegó á ellos y les habló. Al instante vinieron á bordo, y nos dijeron que esas islas se llamaban *Sonrosol*, y que eran del número de las Palaos. Se mostraron muy satisfechos de estar con nosotros, y nos lo dieron á entender besándonos la mano y dándonos abrazos.

« Esta jente es bien hecha, de buen cuerpo, y robusta complecsion. Andan desnudos, esceptuando que por la cintura se cubren de un pedazo de estera, ó junco. Sus cabellos son crespos y tienen muy poca barba. Para defenderse de las lluvias, llevan sobre los hombros una capa corta hecha de hilo de patata, y sobre la cabeza una especie de sombrero hecho de juncos, y en todo su borde prenden plumas de pájaros, todos derechos, y de punta. Se pasmaron al ver fumar á nuestros marineros, y mostraron hacer mucho caso del hierro. Cuando veian algun pedazo, lo miraban con ahinco, y sin cesar nos lo pedian.

« Por la tarde vinieron á nuestro bordo otros dos barcos, con ocho hombres cada uno. Al acercarse comenzaron á cantar, y llevaban el compás dando con las manos contra sus muslos. Luego que entraron en el navío lo midieron, juzgando que era un solo madero: otros contaron la tripulacion: nos trajeron cocos, pescados é yerbas. Están las islas y sus costas pobladas de árboles: sus barcos bien construídos. Se sirven de velas latinas, y uno de sus lados está sostenido de un contrapeso que impide que se vuelque.

« Les preguntámos á que viento quedaba la principal de sus islas, á la cual llaman *Pandog*, y nos señalaron al N. N. E.: añadieron que al S. 1/4 S. O. y al S. 1/4 S. E. habia tambien dos islas, la una llamada *Merieres*, y la otra *Poulo*.

« Habiéndonos arrimado á tierra, envié á mi segundo piloto con la sonda para buscar paraje donde echar el ancla. Luego que la chalupa llegó á un cuarto de legua de la isla, la vinieron al encuentro dos barcos con muchos isleños á bordo. Uno de estos, viendo un sable, lo tomó; lo miró con atencion, y arrojándose al mar se lo llevó. No pudo el piloto hallar fondo propio para anclar, por ser todo de roca y ha-

ber mucha profundidad. Luego que volvió, á las tres de la tarde envió á otro al mismo fin. Llegó á la orilla misma, y, como el segundo piloto, halló en todas partes el gran fondo de roca, y ningun paraje á propósito para echar ancla.

« En todo este tiempo me mantuve á la capa contra la corriente, que con lijereza me llevaba al S. E. Entonces los isleños, que estaban á nuestro bordo, tomaron sus barcos para volver á su isla. Quisieron los dos misioneros empeñar á uno de ellos á que se quedase, mas no hubo modo de persuadirselo. Habláronle por un buen rato de las verdades de la relijion, y le hicieron pronunciar repetidas veces los nombres de Jesus y María: lo que hizo con mucho afecto. Se le hicieron varias preguntas sobre la magnitud de la isla y el número de sus habitantes. Respondió que tenia como dos leguas y media de circuito, y que habria en ella como ochocientas personas, que vivian de yerbas, cocos y pescados. A mediodía observé la altura del sol, y lo halló como á 5° 16' de latitud septentrional y se halló el salir el sol, que la variacion era de 5° N. E.

Nos engolfaron con precipitacion las corrientes hácia el S. E., de manera que nos pudimos acercarnos á tierra hasta el dia cuarto á las seis de la mañana. Nos vimos entonces á la embocadura de las dos islas: envié la chalupa á buscar donde anclar, pero en vaon. Volvió á las cuatro de la tarde con la noticia que en todas partes el fondo era de roca, y que no se podia echar ancla.

Despues de haber reconocido Pandlog, regresó Padilla á las islas Sousorol para informarse de la suerte de los misioneros; pero pasó tres dias en crucero al rededor del grupo sin ver piragua alguna; y al fin tuvo que alejarse, merced á un furioso viento que se levantó. Al año siguiente el P. Serrano partió para ir á socorrer á los PP. Dubaron y Cortil; pero al tercer dia de navegacion una violenta tempestad estrelló su buque, de la que solo escaparon dos Indios y un Español que llevaron la noticia á Manila. Algun tiempo despues pasó á poca distancia de Palaos un buque español que armó contiendas, y se llevó algunos cautivos á Manila. « Allí, dice el P. Carier, que es el que da estas últimas noticias, les hicieron algunas preguntas por medio de señas sobre el paradero de los dos PP. que se habian quedado en sus islas, á lo que contestaron igualmente con señas dando á entender que sus compatriotas se los habian comido. »

I. Poulo-Anna, descubierta en 1761 por el navio *Garnadon;* vista á 12 de octubre de 1767 por Carteret que la apellidó *isla de la Corriente*, en 1769 por el buque *Ponsonby*, y en 1785 por el *True-Briton*. Esta isleta es baja y selvosa y está situada á los 4° 38' lat. N. y á los 129° 44' lonj. E.

I. Poulo-Mariere, encontrada en 1781 por el *Montrose*. Esta isleta es habitada, tiene dos millas de N. á S. sobre una de anchura, y está situada á los 4° 20' lat. N. y á los 170° 8' lonj. E.

I. Nevil, descubierta en 1781 por el buque *Montrose* que le impuso este nombre, y vista en 1782 por el navio *Lorsh North* que la denominó *North*, en 1788 por Douglas, capitan de la *Ifijenia* que la apellidó *Johnston*. Esta isla probablemente es idéntica con la isla *Evening* vista por Carteret á 16 de setiembre de 1767: es baja, de tres millas de circuito con un arrecife eh su punta E., y está situada á los 3° 3' lat. N. y á los 129° 44' lonj. E.

Damos fin á esta larga nomenclatura por el grupo siguiente que pertenece tambien á la Micronesia.

I. Guedes, descubiertas en 1537 por Grijalva y Albaredo, encontradas en 1767 por Carteret que las denominó islas *Joseph Freewill;* vistas en 1788 por Meares, despues por Macluer, en seguida por el capitan William del *Thams*, y por fin por Horburgh que determinó ecsactamente su posicion. Barclai fondeó en ellas en 1805 y contó cuatro bien pobladas. Son llajas, cubiertas de corpulentos cocos, tienen catorce millas de N. á S. y cinco de E. á O., é igualmente han recibido el nombre de islas *San David*. Estas islas ofrecen una circunstancia notable, y es que apesar de su procsimidad á la Nueva Guinea habitada por la raza negra, son ocupadas por hombres de color amarillo, circunstancia que las hace dignas de toda la atencion de los navegantes. Seria muy importante estudiar la longua de estos isleños, porque suministra medios de descubrir si pertenecen á la gran familia polinesia, ó bien si corresponden á las pueblas malayas, ó si constituyen una de esas variedades anómalas que ocupan la Micronesia Las islas Guedes están situadas á 0° 50' lat. N. y á los 132° 2' lonj. E.

CAPITULO XXIX.

TRAVESÍA. — PESCA DE BALLENAS. — ISLAS GALÁPAGOS. — JUAN FERNANDEZ. — CABO HORNO.

Durante su navegacion á través del archipiélago de las Carolinas, Pendleton habia meditado seriamente sobre el objeto principal de su viaje. Su peregrinacion de escala en escala, trayendo á cada una los objetos que eran de fácil venta para cargar de los artículos mas convenientes á un mercado vecino, sus diez campañas en una campaña, sus diez especulaciones en una especulacion, estaban terminadas ya.

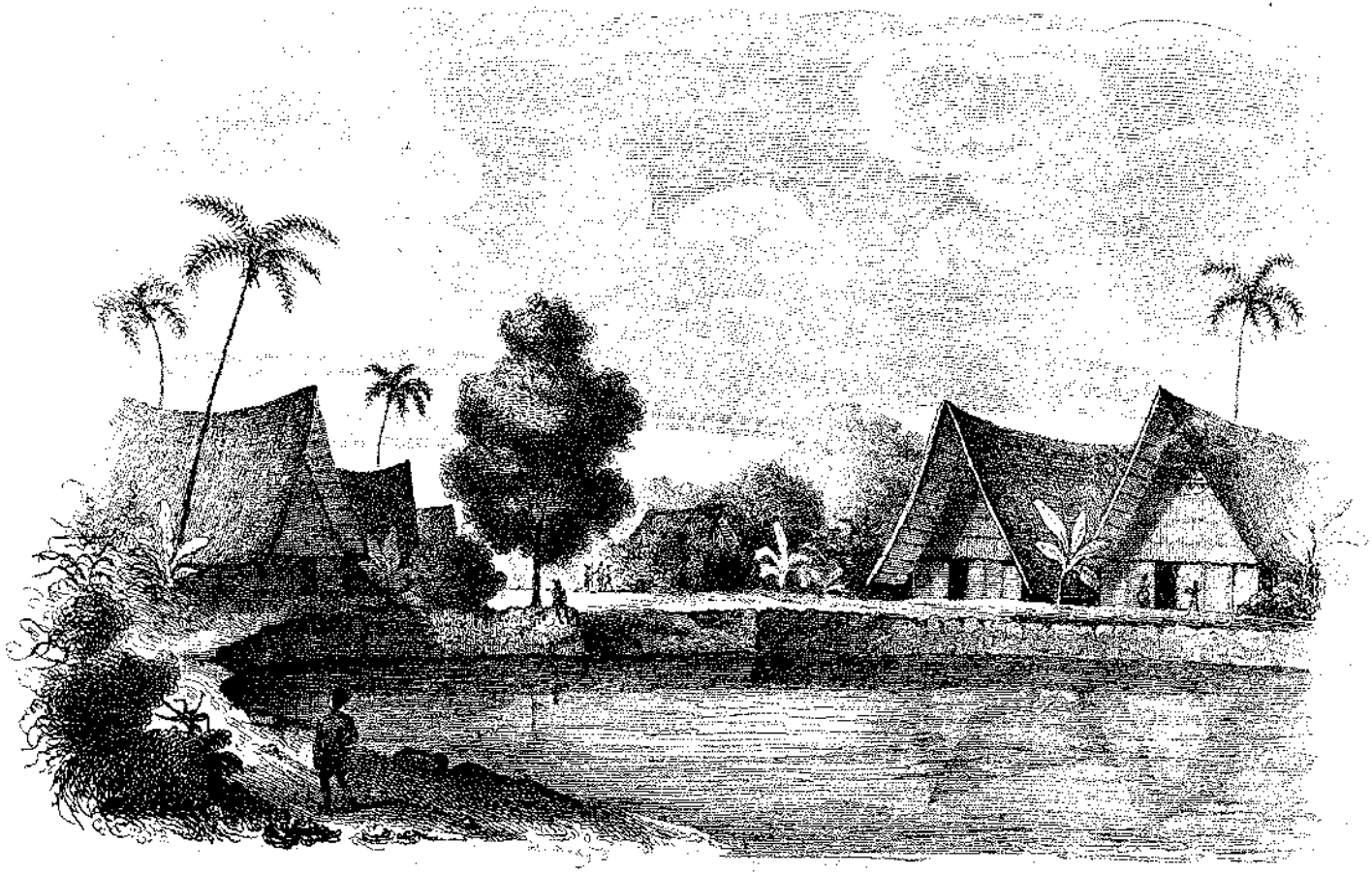
Vista de la costa de Tierra Firme en la Bahia de Cartagena.

1. Indio de Ulaan.
2 Natural de Jalan

1. Indias de Ulaan.
2 Mujeres de Jalan

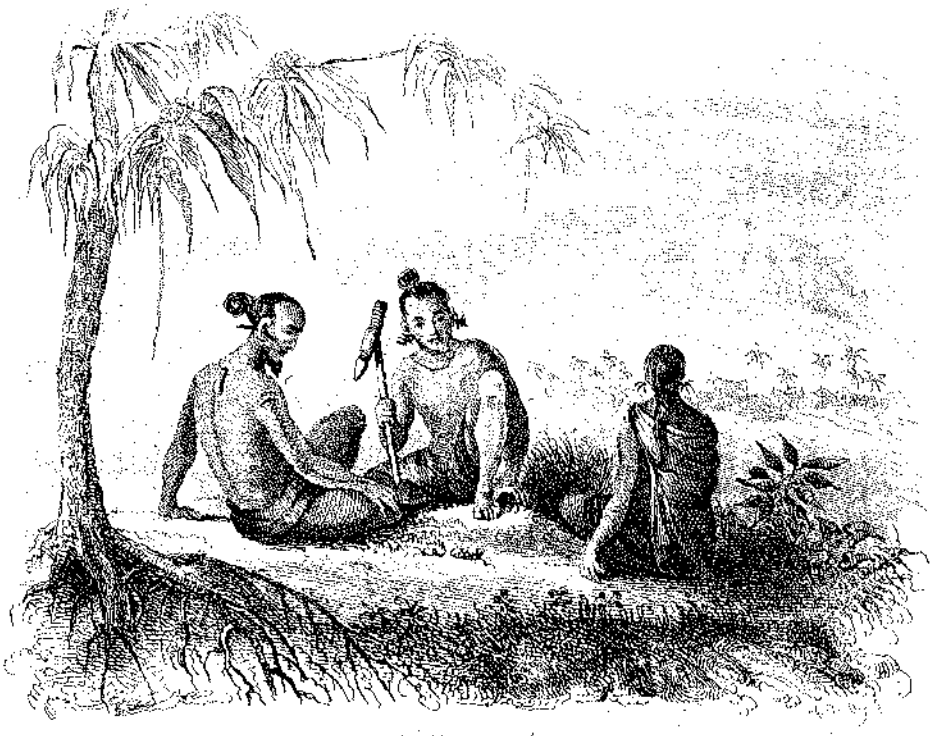
Lam. 2 – Ulaan.

PITTORESCA.
PI1502232C



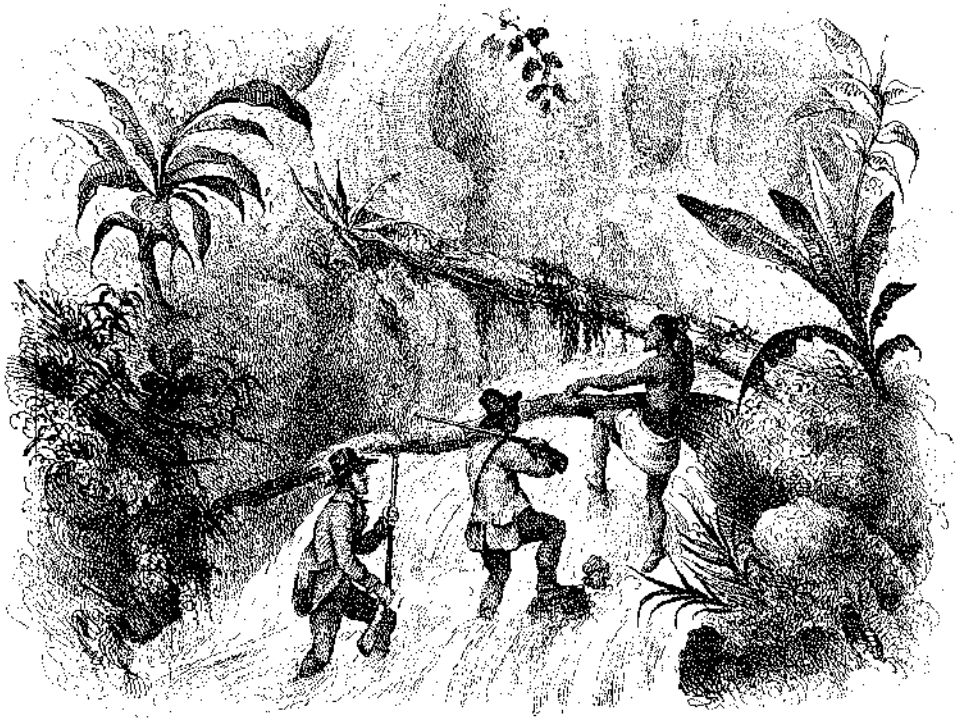
Village à Ualan

Aldea en Ualan



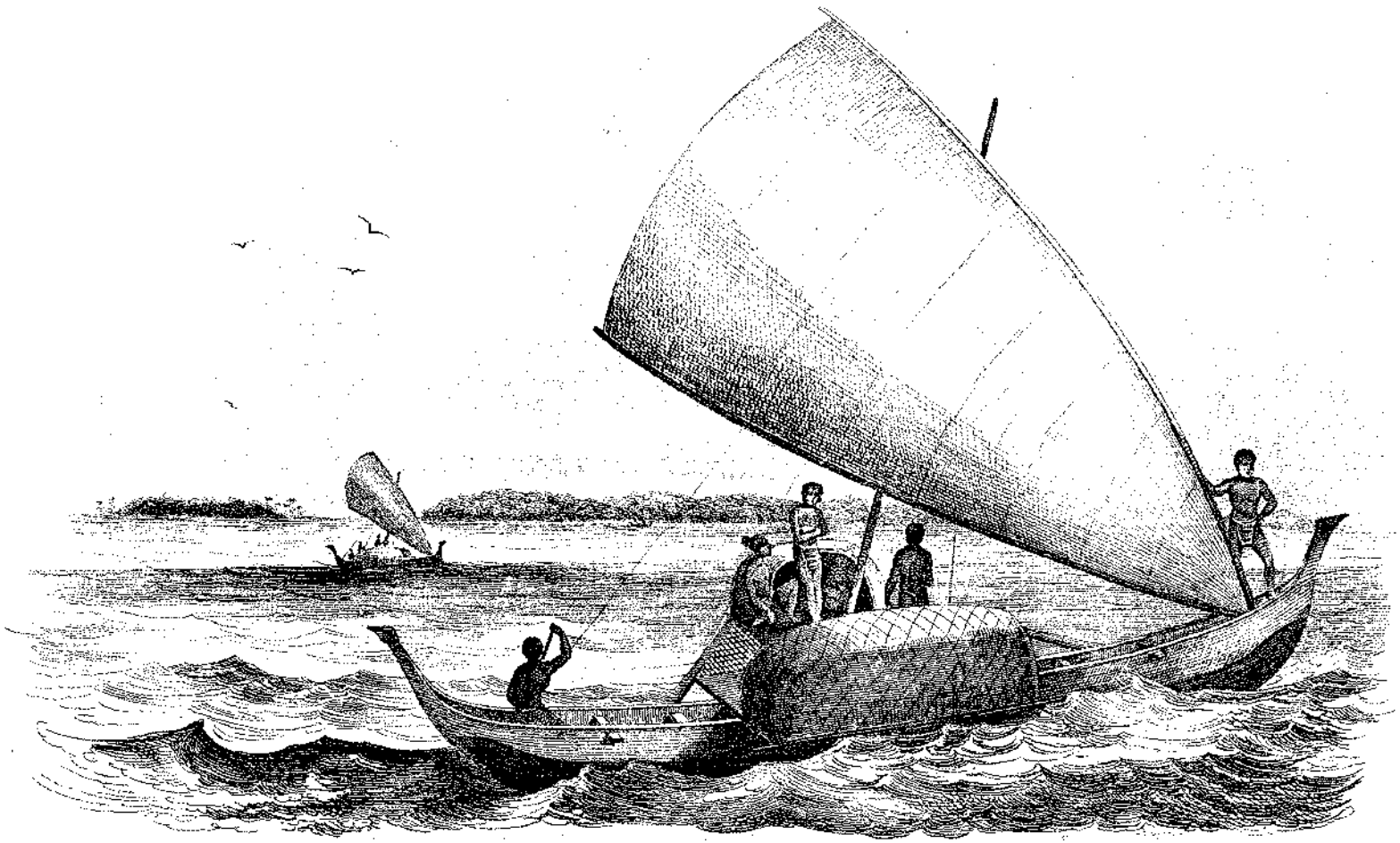
[illegible]

2. Habitantes de Haiti.



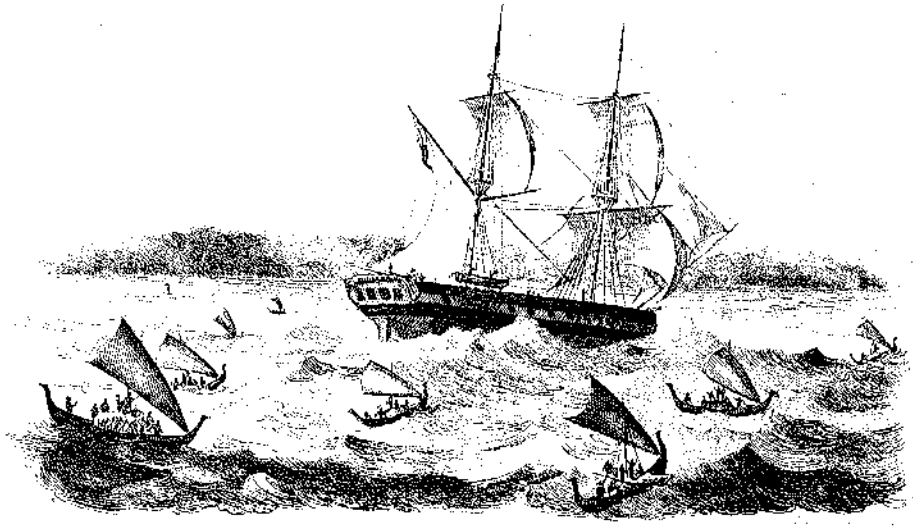
[illegible]

3. Conversacion del intrante de los negros en Haiti.



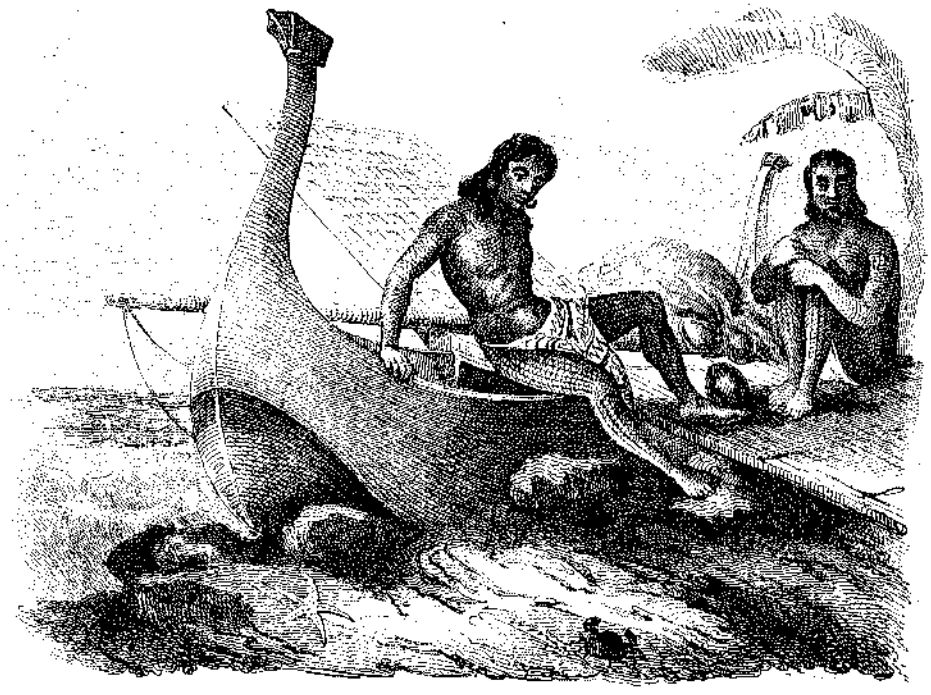
1. Grandes Proes des Carolines à Tamatam.

1. Grandes Proes de los Carolinas en Tamatam



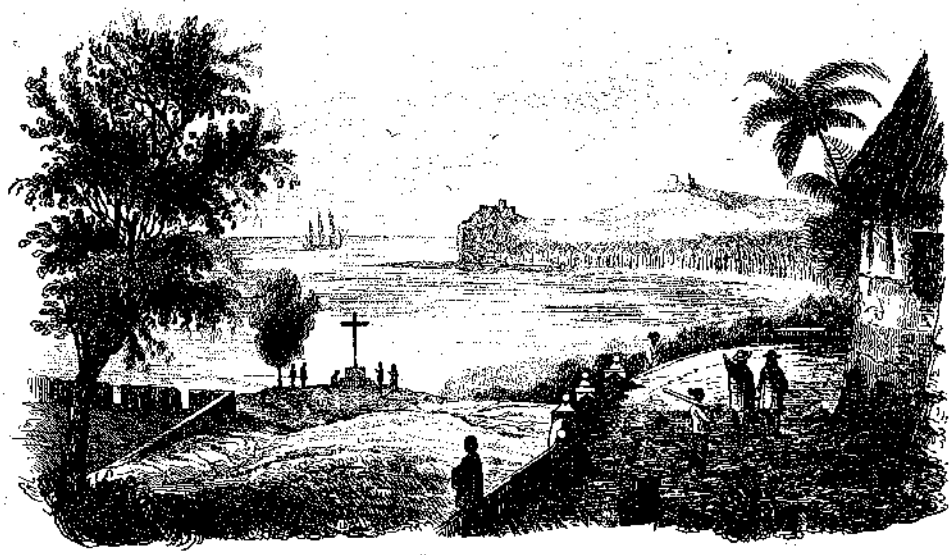
2 Entrevue et traite avec les Naturels de Tanatan.

2 Entrevue et traite avec les Naturels de Tanatan.



3 Naturels de Tanatan.

3 Naturels de Tanatan.



1. Pueblo de Orocuiza.

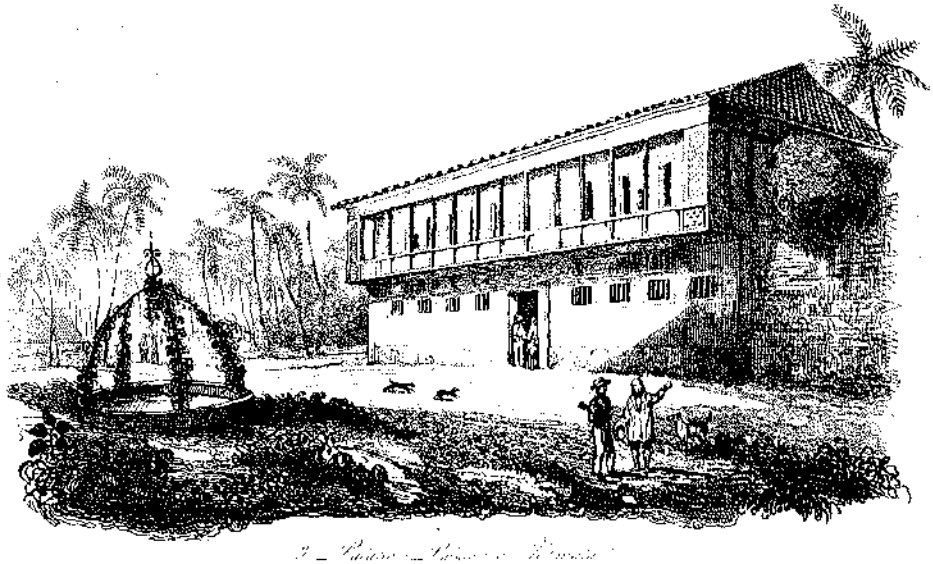
2. Bahia de Tinata.

1. Mujeres de diferentes naciones de Guayana.

2. Jendeles de varias clases en Cabello.

J. Lanson del.

Vol. 1 de 8
Vol. 1 de



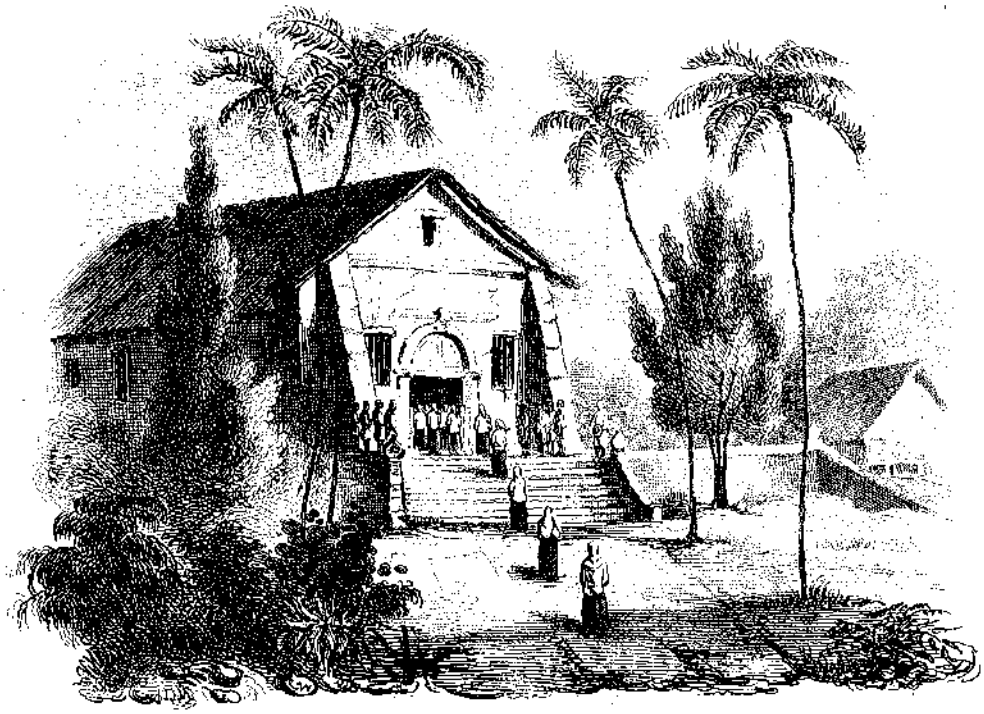
1 _ Palais _ Palais de Pouvoir

1 Palais de Pouvoir

2 Tambour d'Oraculo

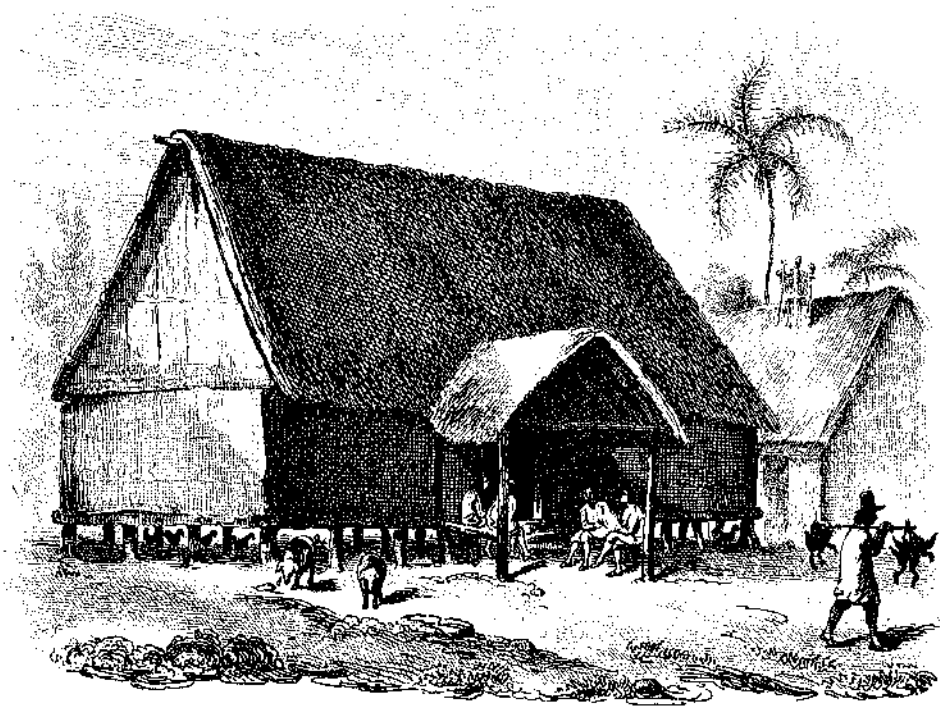
2 Tambour d'Oraculo

PETERSBURG.
[illegible]



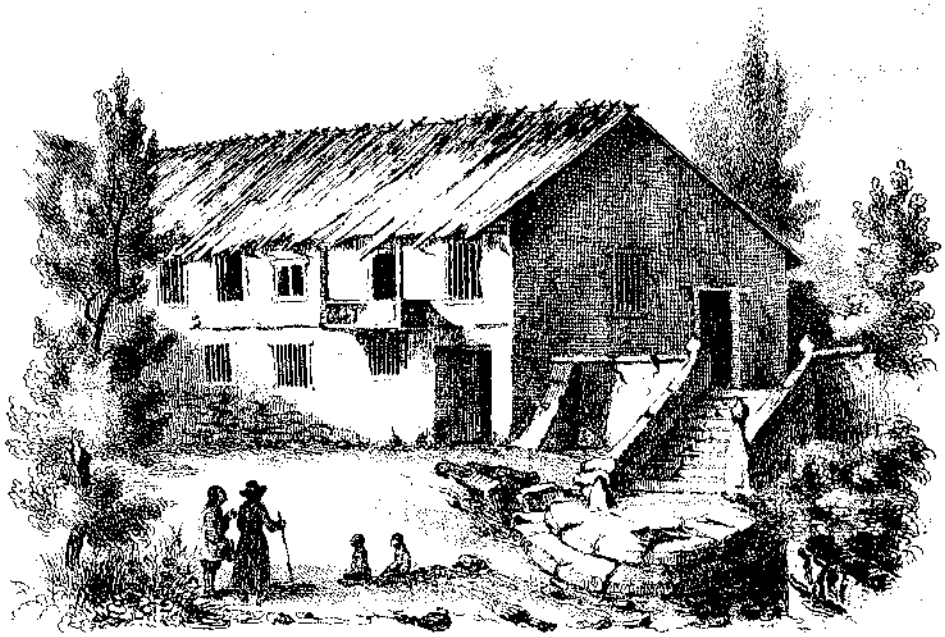
Église d'Umata (Marianas)

Iglesia de Umata (Marianas)



Case des Moraïques de Guahan

Casa de los Moraïques de Guahan



1. Habitation à l'Espagne

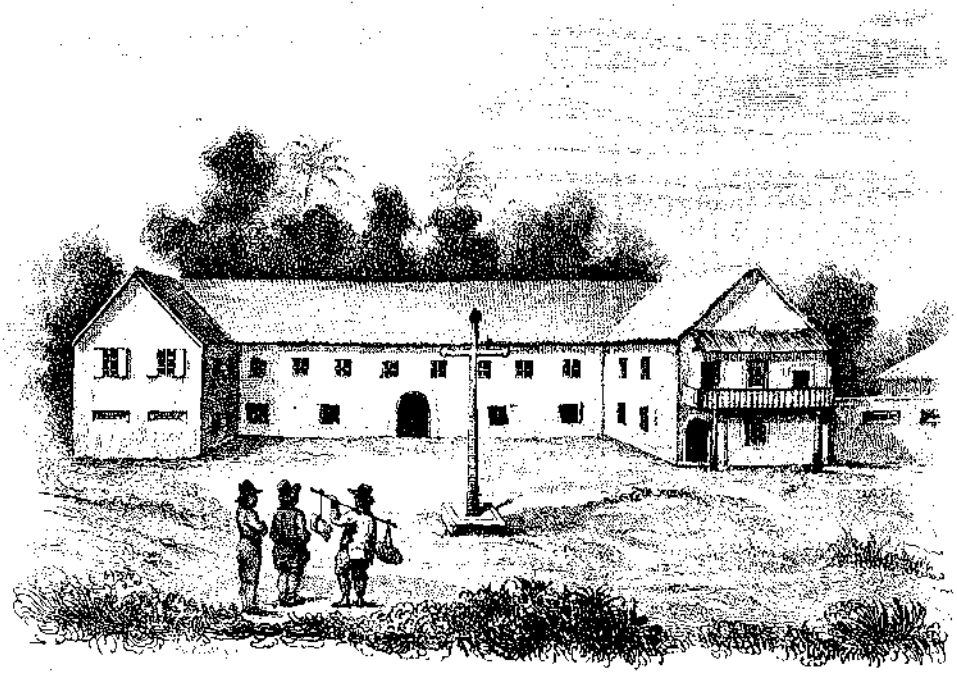
1 Habitation de Havana

2. Manière de Voyager à Cuba

2 Mode de Voyager en Cuba

de Sainson del.

CUBA
VIAJE



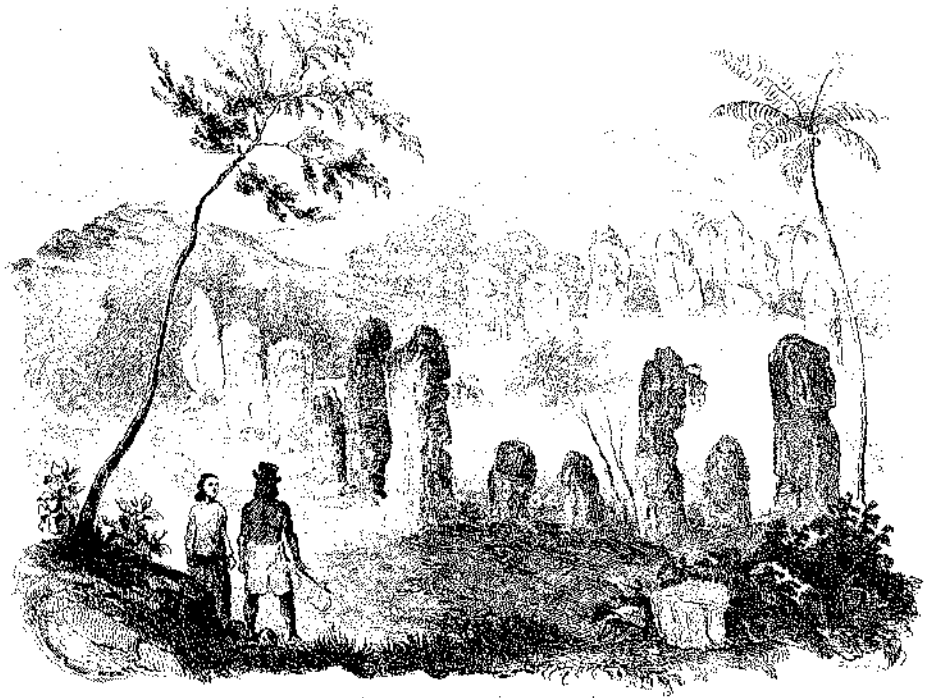
3. Église de Agana.

L'Église de Agana.

4. Ruines antiques de Tinian.

4. Ruines antiques en Tinian.

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA



Vista de una Choza del Pueblo de Pamas

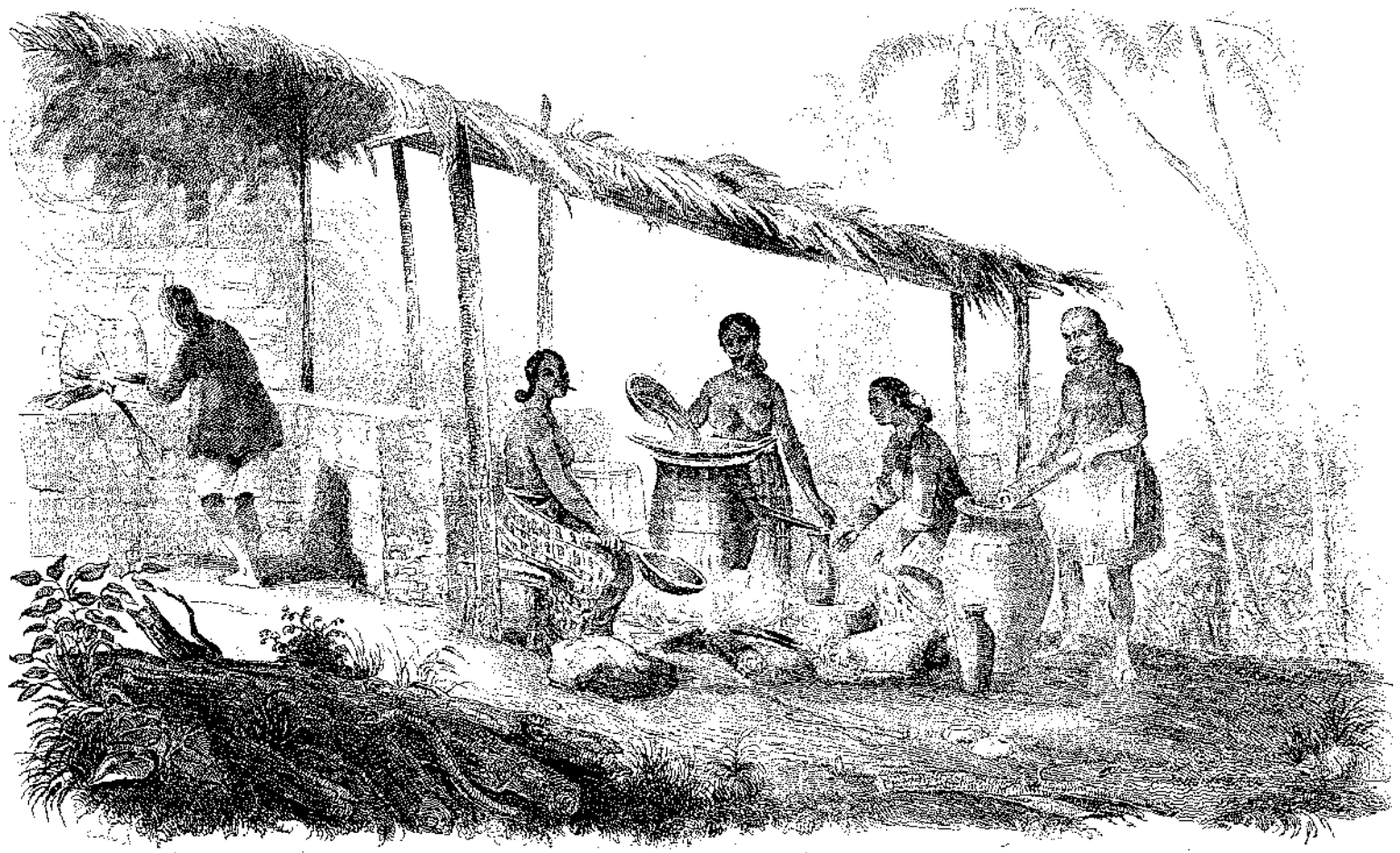
Pamas en la Isla de Roma

Vista de una Choza del Pueblo de Guadalcanar

Guadalcanal y Rastrillo en Guatemala

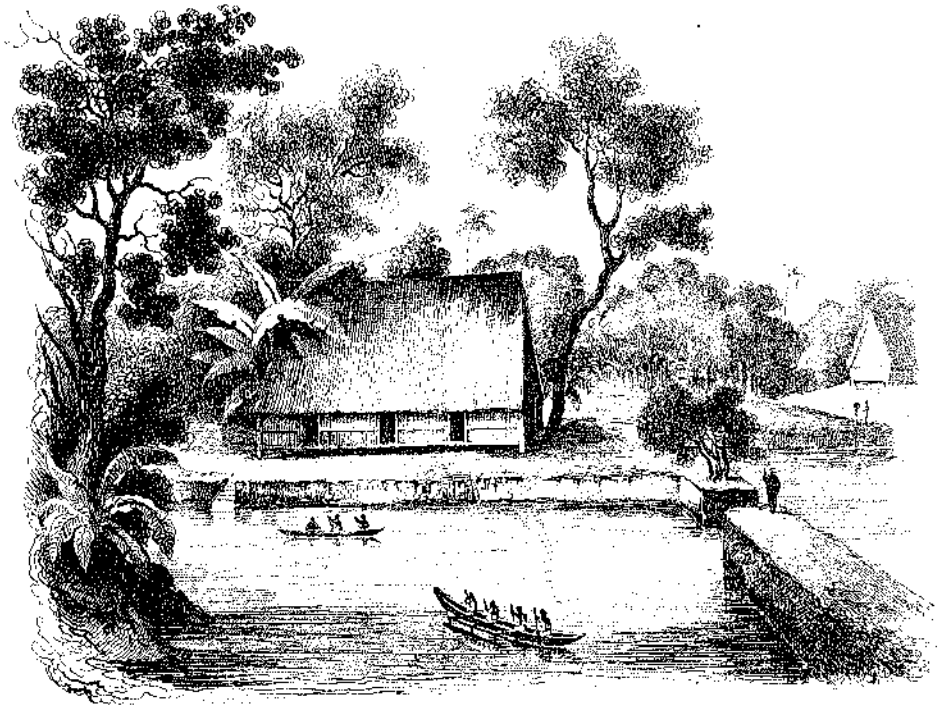
Lithoscopie de

PARIS
VINCK



5. Distillation d'eau de vie de Cocos à Guachaca.

5. Destilatorio de Aguardiente de coco en Guachaca



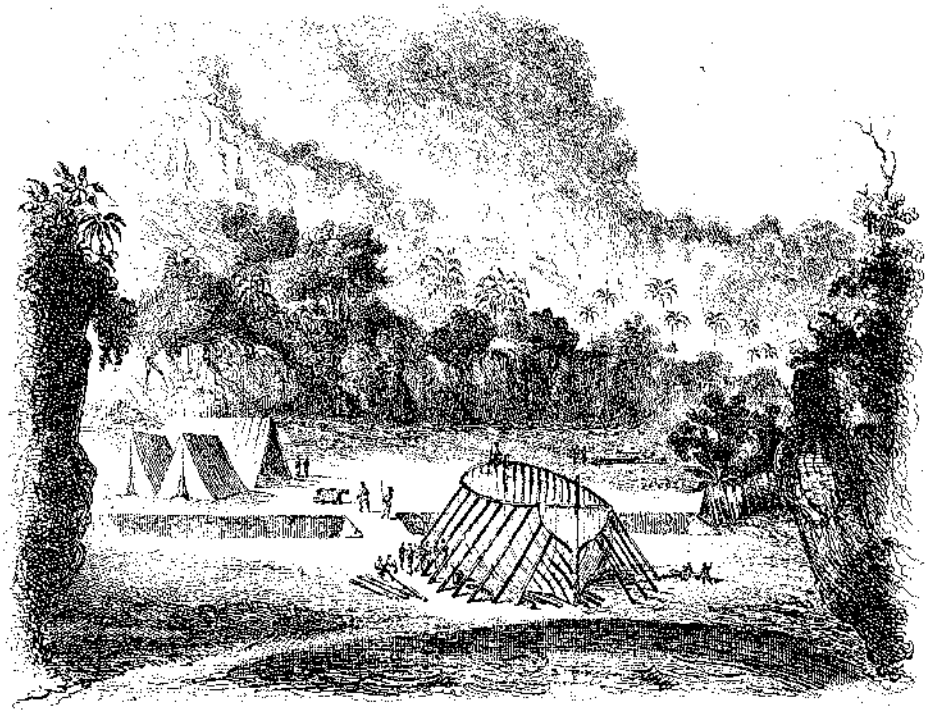
Pavillon à Bâle

Pavillon de Bâle

Le Docteur Fabri Médecin à Vienne

Le docteur Fabri, médecin de Vienne

d. Lauron del. *Tavernier*



3. Camp [illegible] du Capitaine Wilson à Eriow.

3. Camp [illegible] du Capitaine Wilson en Eriow

4. Indien du Pays de Wilt et Tilt.

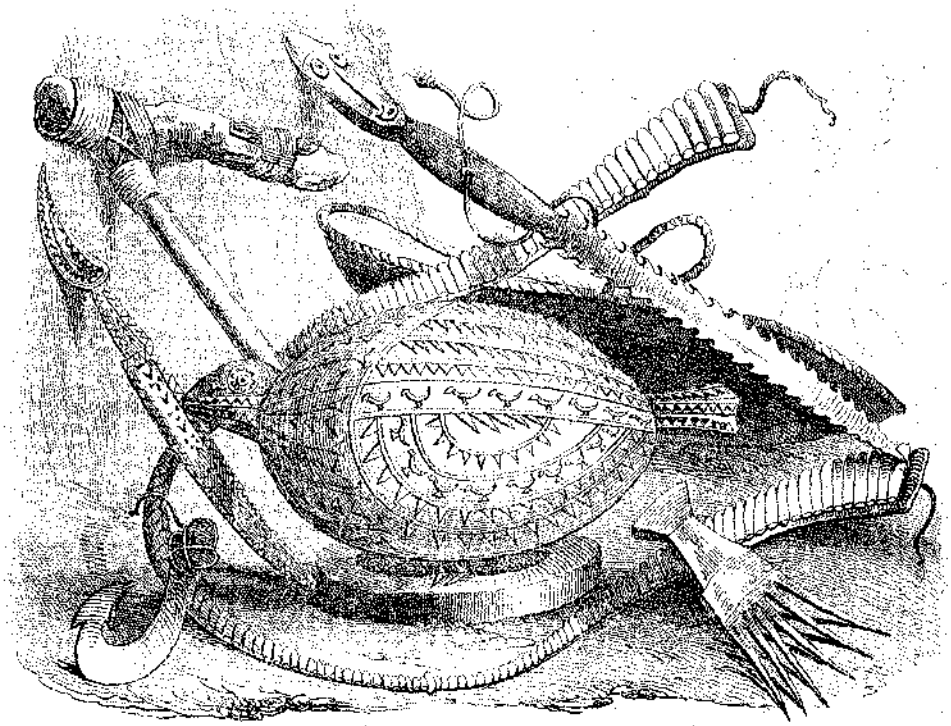
4. Indien du [illegible] de Wilt et Tilt

Voyage [illegible]

Plate 4. View of the Cantonment of Pelo.

1. [illegible]

2. [illegible], hijo de Abo Tele, Rey de Velez.



3. [illegible]

3. Cofre, [illegible], Flecha, Pamales, Anzuelo, Cuchillos de Fuego.

Nº 2. Pl. xxv.

Litografia de
Montalesco